



# Sin causa aparente

Empar Fernández

Lectulandia

Matías intenta asumir la muerte de su esposa, Raquel, y hace lo que puede para salir adelante junto a un hijo de corta edad que no deja de hacer preguntas para las que Matías no tiene respuesta. La policía habla de un posible suicidio, ya que el cuerpo fue encontrado sobre la acera bajo la ventana del domicilio familiar, pero él se niega a considerar esa posibilidad. Sostiene que todo iba bien, razonablemente bien. Nada en la conducta de Raquel le había permitido sospechar que se sentía mal; tampoco a ninguno de los que la conocieron en vida. Ni la menor señal, ni un momento de debilidad, ni una lágrima. Nada. La investigación, asignada a Enric Nasarre, un policía cargado de años y de buenas intenciones al que la experiencia ha enseñado a desconfiar de todo y de todos, permite desvelar los motivos y entender el infierno en el que Raquel vivió sus últimos días.

Empar Fernandez

# **Sin causa aparente**

ePub r1.0

Titivillus 20.11.2019

Empar Fernandez, 2013

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

# **PRIMERA PARTE**

## 1. Martes, 3 de junio

HACÍA una buena tarde y había decidido olvidar durante unas horas los muchos expedientes por resolver que se le acumulaban desde hacía días sobre la mesa. Para Matías una buena tarde era aquella que amenazaba lluvia, siempre había sido así. Al salir del trabajo había comprobado que el cielo, de un gris mortecino, era completamente mate, la panza de un burro sobre sus cabezas.

Lo primero que vio al acercarse a su casa sujetando la mano de su hijo fue a la gente reunida a pocos pasos de su edificio. A media tarde en su calle siempre había movimiento y no era de extrañar que la gente se agrupara en corros para cruzar unas palabras. El suyo es un barrio popular en la periferia de la ciudad en el que abundan las tiendas abiertas, los talleres, los locutorios, los críos entrando y saliendo a todas horas de los portales, las mujeres siempre en tránsito y los adolescentes perpetuamente varados junto a los porteros automáticos. Pero cuando hubo avanzado unos pasos, la forma en que las personas se concentraban sobre la acera arrimándose las unas a las otras, situándose muy cerca, demasiado cerca, como arropándose y mirando en una misma dirección, le hizo pensar inmediatamente en un hecho trágico.

A punto estuvo de no detenerse y de continuar con su hijo de la mano hasta la plaza de los columpios para evitarle la impresión. La mala impresión. Pero no lo hizo. Pensó que su hijo David, con seis años recién cumplidos, bien podía empezar a enfrentarse de su mano al lado oscuro de esta vida. Matías era enemigo declarado de engañar a los niños y de hacerles creer, cueste lo que cueste, que el mundo en el que sobrevivimos se asemeja al paraíso.

Continuó adelante con la intención de subir a su casa, quitarse la americana y los zapatos, aparcar la cartera en un rincón, prepararle un bocadillo, coger un libro y salir un rato. Por ese orden. David no perdonaba nunca un rato al aire libre. Aunque amenazara lluvia siempre podían apretar a correr desde el parque hasta llegar a casa. No estaba tan lejos. Matías recordó que debían conseguir una botella de agua. El ayuntamiento de la ciudad, obligado por una sequía apocalíptica, había cortado el agua de las fuentes públicas como medida para ahorrar agua potable, agua de boca, como habían dado en llamarla. El agua destinada al riego hacía semanas que había dejado de existir y el parque era un arenal. La ciudad llevaba meses asfixiándose

debido a la prolongada ausencia de lluvias y los pantanos no recordaban tiempos peores.

Advirtió, con un leve vuelco de su estómago, que la policía había acordonado la zona y hombres y mujeres permanecían a cierta distancia con las cabezas bajas. Murmuraban. Alguna mujer arrastraba una lágrima con la punta de un pañuelo y un crío, un vecino del primer piso algo mayor que su propio hijo, permanecía completamente inmóvil, con la vista clavada en algún lugar que Matías no alcanzaba a ver todavía. Los brazos a lo largo del cuerpo, las manos rígidas, la boca ligeramente abierta, sin pestañear; el chaval parecía recién petrificado sobre el bordillo, como si, objeto de una maldición, acabara de solidificarse. Unos pasos más allá, a pocos metros de su portal, distinguió las pirámides blancas con los números en negro distribuidas sobre la acera. Le recordaron a las que había visto tantas veces en las series de investigadores. Alcanzó a ver el 7, el 2, el 4... y a un agente de uniforme arrodillado en el bordillo y fotografiando el lugar.

Algo más allá una ambulancia mostraba su interior vacío, como una gran boca abierta, como las fauces de una especie animal por clasificar. Dos hombres con vistosos chalecos anaranjados acababan de sacar la camilla y la inmovilizaban sobre la acera.

Pensó inmediatamente en un atropello. La calle, muy larga y con escasos semáforos, propiciaba que las motos y algunos coches sobrepasaran los límites de velocidad. Él mismo había enviado una carta, que no mereció respuesta del ayuntamiento, exigiendo un semáforo en la esquina o las chinchetas amarillas que clavaban en el asfalto para que los vehículos redujeran la velocidad. Lo había hecho pensando en su hijo, en una pelota en mitad de la calle, en una carrera a destiempo... Últimamente sólo pensaba en su hijo.

—¡Dios bendito! ¡Por fin!

La señora Emilia, la vecina del piso de abajo, se santiguó al verlos aparecer instantes antes de abalanzarse hacia ellos y de empezar a hablar atropelladamente. Tenía los ojos enrojecidos, igual que sus manos, y la mirada desarbolada. Lloraba. Apenas los miraba, como si no quisiera hacerlo, como si algo le impidiera enfocar la cara de Matías o la de su hijo. La señora Emilia miraba a todas partes y a ninguna. Evitaba los ojos de los recién llegados. Hablaba y hablaba, se interrumpía a sí misma.

No pudo entenderla.

—Tranquilícese, señora Emilia, explíquese, ¿qué ha pasado? —le rogó Matías sin soltar la mano del niño—. Tranquilícese, la ayudaremos —

prometió al verla tan angustiada.

—No te acerques, Matías, no te acerques. Por lo que más quieras, no os acerquéis. Llévatelo de aquí. El niño tiene que irse, no dejes que...

Su voz era casi un susurro, pero un susurro de los que ponen los pelos de punta. Matías lo había comprobado en más de una ocasión, algunos susurros se parecen extraordinariamente a los peores gritos. A su espalda la señora Antonia y el señor Vicenç, ambos con el rostro grave, asentían y en sus ojos pudo leer: tiene razón, la señora Emilia tiene razón, corre, llévatelo.

—¿Por qué tiene que ir a ninguna parte? —quiso saber sin dejar a su hijo de la mano—. Voy a casa. Todavía no... Va a merendar y...

—Ya me lo llevo yo —zanjó la vecina cogiendo a David de la muñeca y tirando de él—. Yo le prepararé la merienda. No te preocupes. Nos iremos a la granja y pedirá lo que él quiera. ¿Verdad, David?

La señora Emilia acababa de decidir que se habían acabado las explicaciones, que lo mejor era el camino recto.

—¿Adónde se lo lleva? ¿Por qué tiene que irse? —quiso saber Matías instantes antes de rendirse.

Recuerda que fue entonces cuando empezaron a temblarle las piernas. Recuerda que quiso saber y no saber, que pensó en lo peor sin intuir, sin tener la más lejana idea de qué podía ser lo peor.

Y lo peor pasó.

—Hazme caso, Matías, yo me lo llevo. Es lo mejor, lo mejor para él. Llamaré a tu hermana, la conozco, sé donde trabaja. Ella puede venir enseguida y... —La vecina lloraba de nuevo y por un momento pareció escupir las lágrimas al hablar. David se apartó unos centímetros—. Se hará cargo de todo, tú no te preocupes por el niño, estará bien. Tu hermana lo llevará a...

Había dejado de sujetar la muñeca de su hijo, que preguntaba ya qué es lo que estaba pasando y por qué tenía que irse con Emilia si lo que quería era llegar a casa. También Matías quería llegar a casa más que nada en el mundo. Plantarle un beso a Raquel como cada tarde, dejar la cartera, quitarse la americana, darle un gran abrazo a su hijo, uno de esos que, como tantos padres, sólo sabe dar en la intimidad de sus cuatro paredes, coger un libro, meter el balón en una bolsa y acercarse un rato a los columpios.

Como cada tarde.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mientras la señora Emilia le indicaba a David la dirección de la granja en la que se sentarían a merendar y le hacía mil promesas que el crío parecía no escuchar.

También David sintió miedo al alejarse. Matías pudo verlo en sus ojos bien abiertos y comprenderlo en su rostro grave y en la ausencia de las protestas habituales. Había algo en su muda aceptación, en la resignación con la que siguió a la señora Emilia, que le hizo pensar que David estaba creciendo, que pronto, demasiado pronto quizás, dejaría de ser un niño y de vivir en el paraíso.

Y aunque no pudo oírla, no necesitó más. En los labios de la mujer que se distanciaba ya tirando de su hijo, pudo leer un nombre que no llegó a romper el aire: Raquel.

¡Raquel! Algo le había pasado a Raquel. Era ella la causa de aquel revuelo en mitad de la calle, ya no albergó al respecto ninguna duda: algo malo le había pasado a Raquel, algo terrible. Lo peor que podía pasar.

Cuando de un par de zancadas se plantó en su propia acera, no tardó en comprender que era Raquel la persona que acertó a ver en el suelo tapada de arriba abajo con una manta dorada, de un dorado estridente y completamente fuera de lugar. Como si su cuerpo, magnífico, estuviera a punto de ser destapado por un mago. La maldita manta dorada. Matías sabía lo que significaba, lo había visto otras veces. Se abalanzó sobre la gente, quiso acercarse al cadáver completamente oculto a la vista que yacía sobre la acera, junto al portal, y que le pareció mucho más pequeño que el cuerpo de Raquel.

A su alrededor todo eran cuchicheos y miradas compasivas. Creyó oír un «pobre hombre» y un «qué será de ese niño». También oyó a gente que se lamentaba y vio a algunas mujeres santiguarse al ver que se aproximaba, como si al hacerlo exorcizaran al unísono la mala fortuna. Se precipitó hacia adelante haciendo uso de las fuerzas que encontró en algún rincón de su cuerpo. Apartó a empujones a un par de hombres que se hicieron a un lado al reconocerlo. Un policía le salió al paso inmediatamente, lo sujetó por los hombros y le impidió avanzar. Sus manos eran grandes y firmes.

—Soy policía. No puede usted pasar —pronunció sin ceder ni un milímetro. Y su tono no admitía negociación.

—Es mi mujer, creo que es mi mujer... Quiero verla. Por favor... Es... Necesito verla. Creo que es Raquel Soldán, es mi mujer.

Le faltó el aire al empezar a hablar, como si al hacerlo diera por sentado por primera vez que Raquel había muerto. Le fallaron las piernas, se le reblandeció el cuerpo entero y a punto estuvo de derrumbarse y caer. El policía lo advirtió a tiempo e impidió que así fuera. Lo cogió del brazo, cruzó la calle de nuevo hasta alcanzar la acera de enfrente y, a falta de bancos, le indicó que podía sentarse en el bordillo. Matías obedeció sin dejar de aferrar

el asa de su cartera de trabajo. Hubiera obedecido si le hubiera indicado que debía tumbarse sobre la calzada al paso de un camión o arrodillarse en mitad de la acera. Acababa de abandonarse en las manos grandes del policía, en su gesto grave y en su voz cargada de autoridad.

Vecinos del edificio, rostros conocidos del barrio en el que llevaba toda la vida, se acercaron y lo rodearon en un abrir y cerrar de ojos. La señora Antonia, Vicenç, el mecánico del taller de la esquina, Charo, la vecina del primer piso cargada de críos y de deudas, Marcial, el de la inmobiliaria a punto ya de echar el cierre, un cantamañanas al que Raquel no podía ver ni en pintura, Fina, la dueña del Dos Hermanas, el chico sonriente del colmado pakistaní que había dejado de sonreír momentáneamente... Alguno llegó a tocarle, otros susurraron palabras de consuelo; todos y cada uno le angustiaron todavía más. No necesitaba sus palabras, ni sus manos en la espalda; no quería compasión, no la necesitaba. Necesitaba ver a Raquel, saber qué es lo que había ocurrido, por qué estaba allí, tendida sobre la acera.

Muerta.

El policía, con una mirada, le indicó a un agente que apartara a los curiosos, que no les permitiera acercarse.

Matías pensó en un robo con violencia, en una navaja atravesándole el estómago, en unas ruedas pasándole por encima... Todo le vino a la cabeza en un instante. Las más aterradoras formas de morir que tantas veces había visto en la pantalla tomaron forma en su mente. Todas menos una. Sentado como estaba sobre la acera le alcanzó el olor a cloaca procedente del albañal junto a sus pies. Su estómago se estremeció y experimentó la primera arcada, pensó en atribuirle al mal olor. No sería la última.

Rodeado de gente que se resistía a marcharse, acompañado de cerca por un policía que sujetaba de nuevo su brazo, Matías se convulsionó como si hubiera perdido por completo el control de su propio cuerpo. Ligeros espasmos lo sacudieron durante unos minutos, desbarataron su lengua, sus labios, sus manos... Durante unos instantes permaneció callado, sacudiéndose involuntariamente, sudando, temblando a intervalos, con la cabeza entre las manos, descompuesto el cuerpo y desbordada la mente.

—Nadie puede pasar hasta que el juez lo autorice, es el procedimiento — oyó decir al policía sudoroso que se había sentado a su lado con un suspiro y un esfuerzo evidente de las vértebras lumbares—. ¿Es usted su marido? — preguntó en una voz tan baja y tan grave que Matías tuvo que intuir sus palabras.

Matías asintió al tiempo que precisaba:

—No estábamos casados.

—¿Su pareja? —rectificó el policía tras buscar el término que le pareció más adecuado.

Matías asintió nuevamente.

—¿Estaba enferma? ¿Se había encontrado mal últimamente? ¿Sabe si estaba triste, si tenía problemas...?

El policía continuaba hablando en voz baja, la voz de las confidencias. Tenía los ojos grises medio entornados y entre los brazos una americana que le estorbaba visiblemente.

—No estaba enferma, estaba perfectamente, como siempre. Sólo estaba un poco cansada. Y tampoco estaba triste. ¿Por qué me pregunta si estaba triste? ¿Qué puede importarle si estaba triste? ¡Está muerta! El que está triste soy yo. ¿Qué puede importarle a usted si estaba triste o si se...?

Las palabras de Matías acabaron casi en un grito. Con el rostro sin rastro de sangre, los labios igualmente lívidos, los ojos casi desenfocados, Matías se interrumpió y miró al agente a la cara.

—¿Por qué me ha preguntado si estaba triste? ¿Qué ha querido decir? —preguntó con suspicacia y sin atender a la presencia cercana de media vecindad. No acertaba a entender el porqué de una pregunta tan estrafalaria—. ¿Qué ha querido decir?

—Quizás usted no lo supiera y, sin embargo, ella estuviera pasando una mala racha... Estas cosas... Uno nunca sabe... A veces la gente no quiere hablar, guarda sus secretos, pasan lo malo a solas y... Quizás había ido al médico y... —El policía se retiró el sudor de la frente con el dorso de una mano. Un sudor excesivo debido tanto al calor como al esfuerzo por escoger las palabras. Hay cosas que no resultan fáciles de decir aunque uno lo haya hecho ya miles de veces—. A veces pensamos que conocemos a...

El policía bajó la vista y frunció el ceño. El olor a alcantarilla resultaba difícil de ignorar.

—¿Quiere decirme de una puta vez de qué coño estamos hablando? Llevo diez años viviendo con ella, tenemos un hijo... No estaba enferma, no se quejaba de nada, era joven. ¿Puede usted explicarme de una vez por todas qué es lo que ha pasado?

Matías acabó gritándole directamente a la cara al tiempo que se ponía en pie propulsado por la indignación.

—¿Puede alguien decirme qué es lo que ha pasado? ¿De qué estamos hablando? ¡Por favor! —Y su voz, desde la altura, le sonó al policía como una súplica.

El policía le siguió no sin esfuerzo. Le sobraban unos kilos, no muchos, y tenía un problema crónico con sus lumbares que no había recordado al sentarse despreocupadamente en el bordillo. A menudo se olvidaba de sí mismo, de los años, de un cuerpo algo atropellado y, sobre todo, de las malditas lumbares. Pensó que en cualquier momento se quedaría clavado y a medio incorporarse y que necesitaría ayuda para salir del paso. El policía consiguió la verticalidad y permaneció en silencio unos segundos, controlando el dolor impertinente, con los ojos de un gris azulado todavía medio entornados y las piernas intentando afianzar su cuerpo dolorido.

—Por favor —repitió en actitud implorante—. ¿Puede decirme de qué estamos hablando? Creo que tengo derecho a... —insistió.

—Soy el subinspector Nasarre, de los Mossos, y me haré cargo del caso —dijo el policía tendiéndole la mano que retiró de sus riñones y que quedó suspendida en el aire unos instantes al no encontrar otra mano que le saliera al encuentro—. Es pronto para afirmar nada, todavía no hemos entrado en el piso, no sabemos si...

—Voy a ser más concreto. ¿Puede decirme qué es lo que sabe? Lo que sepa en estos momentos, no le pido más. —Su voz era un ruego manifiesto.

A Matías le temblaban las manos y al hablar parecía a punto de perder la mandíbula inferior, como si se le desencajara. La gente apenas se había apartado unos palmos cuando ambos se pusieron en pie a instancias del agente que oficiaba de barrera. A cierta distancia, vecinos y paseantes continuaron rodeándolos como si estuvieran a punto de asistir a una pelea de gallos o a un duelo con pistola. El policía se llevó una mano a la cabeza, se atusó el pelo lacio que le clareaba en la coronilla, tomó aire y ánimo e intentó explicar lo sucedido en pocas palabras.

Carraspeó.

—Ha caído desde la ventana de su casa. Probablemente ha muerto en el acto. No sabemos más, nos ha llamado una vecina y aquí estamos. Cuando hemos llegado ya había fallecido, no se podía hacer nada, no había reanimación posible. El juez está autorizando el levantamiento. Todavía no podemos decir si... No estoy en condiciones de poder informarle.

—¿Ha caído desde nuestro piso? —insistió Matías incrédulo mientras comprobaba que el cuerpo, que los dos hombres con chalecos anaranjados reflectantes levantaban en ese momento para colocarlo sobre la camilla, se hallaba justo en la vertical de la ventana de la habitación que ambos compartían en el tercero segunda.

No pudo verla. No habían retirado la lámina dorada.

Por un momento pensó en sangre, en fracturas terribles, en Raquel destrozada y rota. Advirtió sobre la acera una mancha oscura de sangre derramada a la altura del lugar en el que previsiblemente se hallaba la cabeza de Raquel. Se llevó la mano a la boca como para detener el vómito, sintió miedo de su propio cuerpo, miedo de su propio miedo, del miedo que pudiera llegar a sentir.

Casi todo le había pasado por la imaginación en unos instantes, casi todo menos una caída mortal.

—¿Qué es lo que no pueden decir? —preguntó recordando las últimas palabras del policía.

—No sabemos todavía cómo pudo caer, la ventana no es muy grande, es alta, no parece fácil... por el momento nadie ha dicho que la viera limpiar la persiana... Todavía no hemos podido preguntar a todo el mundo, pero...

El subinspector Nasarre escogía las palabras con tiento. Tenía la facultad de ponerse, quisiera o no, en el lugar del prójimo y por eso conocía la importancia de medir lo dicho, de ser preciso y cauto.

—Cree usted en un suicidio, cree que se ha matado. Es eso, ¿no? Por eso me ha preguntado si... ¿Usted cree que Raquel se ha tirado por la ventana?

El color ha regresado a sus labios y a sus mejillas y Matías empieza a pensar con cierta claridad. Entre los dedos de su mano derecha identifica el peso de su cartera, en los de la izquierda nota la ausencia brutal de la mano de su hijo, bajo los pies reconoce el asfalto recalentado ya por el sol de finales de primavera.

El policía no abre la boca, sabe que hay ocasiones que no lo requieren. Se lleva las manos a la espalda y las enlaza. Se ha acostumbrado a permanecer así, con las manos unidas y abandonadas sobre sus lumbares. Como un fraile.

—No estaba enferma, ¿sabe? Me lo hubiera dicho, ella me lo decía todo. Tampoco estaba triste. No que yo sepa. Estaba cansada, eso sí, estaba cansada, trabajaba mucho, en una escuela. Es maestra. Y está David. Un niño siempre...

El subinspector se retiró un mechón gris que pendía sobre su frente. No despegó los labios. Había pasado por eso antes. Sabía de dobles vidas, de enfermos terminales cuyos parientes cercanos ignoraban su estado, de hombres y de mujeres que no sospechaban los turbios manejos de sus parejas, de... Había visto tanto y tan sorprendente que el desconocimiento de Matías no llegó a extrañarle. Sintió compasión por aquel hombre joven y desconcertado que necesitaba una explicación.

—¿Puedo pedirle que no aparezca su nombre? Ni el mío, desde luego. No quiero que esto sea un circo. No quiero que...

—Haré lo que pueda, pero se sorprendería usted de lo que pueden llegar a saber —respondió el subinspector sin demasiada convicción—. Haré lo que pueda, se lo aseguro. Le doy mi palabra de que intentaré que su identidad...

Y era todo lo que podía hacer. Tantas veces habían facilitado sólo las iniciales, y en ocasiones ni tan siquiera eso, y tantas veces habían visto, devorados por la impotencia, cómo hasta el último detalle, el más sórdido, era explicado en vivo y en directo o desmenuzado en un reportaje, que el subinspector no se atrevía a prometer nada.

—Piense usted que intentarán hablar con los vecinos, con los amigos. Siempre encontrarán a alguien. Hay gente que se pierde delante de un micro. Lamentablemente, estas cosas son así —le advirtió.

—Tenemos un hijo, un hijo pequeño.

Y sus palabras sonaron nuevamente a ruego. Para Matías la existencia de David era la mejor prevención. David conseguía que apartara de su cabeza cualquier mal pensamiento, como si la existencia de su hijo fuera un eficaz anticuerpo, como si le inmunizara. También lo era para Raquel, lo había dicho tantas veces... Una especie de vacuna contra la rendición, contra el desánimo.

—Él no debería... No quiero que...

La voz se le llenó de lágrimas. No pudo continuar.

—Si la identifica usted ahora quizás pueda ahorrarse tener que pasar por el depósito —le indicó el subinspector al tiempo que sujetaba su brazo como si Matías necesitara un apoyo y empezaba a caminar en dirección a la camilla, que introducían ya en la ambulancia. Y en ella el cuerpo de Raquel envuelto en la manta dorada.

Matías pensó que podía identificar su cuerpo pero que, a la vista estaba, nada en absoluto sabía de su mente. Una mente enferma, torturada, quizás... Una mente posiblemente desesperada.

La mente de una suicida.

Obedeció.

## 2. Jueves, 5 de junio

LE faltó el valor necesario para comunicar la noticia personalmente a los padres y a la hermana de Raquel. No podía, no le salían las palabras, no sabía qué decir puesto que no sabía qué pensar. No encontraba el valor para acercarse a Eulalia, la enfermiza madre de Raquel, y ofrecerle algún consuelo. No podía ni pensar en encarar la mirada de Eduardo, el estanquero, que esperaba la jubilación para dedicarse a su familia, para esperar a David a la salida de la escuela, para viajar, para... Sus hijas, Alicia y Raquel, y su único nieto lo eran todo en sus vidas. ¿Qué podía decirles? Quizás los padres de Raquel, de puro dolor, llegaran a sospechar de él, quién sabe qué es lo que llegarían a creer. Quizás, con el paso de los días y la amarga permanencia del duelo, pensarían que le daba mala vida, que la maltrataba a escondidas o que llegó a amargarle el presente hasta hacerle desear no conocer el futuro. Con toda seguridad, y como mínimo, llegarían a creer que la descuidaba. Pronto se convencerían de ello y lo culpabilizarían directa o indirectamente, estaba seguro. No podía ser de otra manera.

Él mismo no dejaba de pensar que hubiera podido... que hubiera debido...

La primera noche Raúl, un buen amigo, le obligó a tomar un par de tranquilizantes y la pasó llorando y abrazado a su hijo dormido como se abraza uno al salvavidas que lo ha de mantener a flote en mitad de una galerna. Su hijo, su salvación. Las sucesivas fueron, en esencia, repeticiones puras y duras de la primera. El despertar, también el mismo, la cabeza embotada del que no está habituado a los somníferos, los párpados que oponen resistencia, como lastrados por piedras, y el estómago que pertenece a otro cuerpo, un cuerpo en las últimas.

Las primeras noches las pasó con David en casa de su hermana Ana. Fue ella la que se encargó de casi todo. De avisar a parientes, a amigos, a la escuela en la que trabajaba Raquel... Matías se limitó a preguntarse obsesivamente qué es lo que le había pasado a Raquel por la cabeza. Le daba vueltas y más vueltas al asunto sin llegar a ninguna parte y más de una vez pensó que también él llegaría a enloquecer. No hallaba motivos que explicasen un suicidio, no podía haberlos, no quería creer que pudiera no haber reconocido en Raquel las señales de la desesperación. Repasó días enteros, las últimas semanas en su compañía, sin identificar en el

comportamiento de su mujer alteraciones significativas, indicios que pudieran haberle permitido entender que algo no sólo no iba bien, sino que iba tan mal que debía acabarse de la peor de las maneras. Recordó que últimamente se sentía cansada, que se aburría de mirar la tele, que ya no leía en el sofá y que se retiraba a dormir poco después de acostar a David. Pero Raquel nunca había sido trasnochadora y su comportamiento no llegó a extrañarle.

La evocó durante las últimas semanas frecuentemente absorta, pero no especialmente triste, ni falta de ánimo. Sólo abstraída, cansada, algo más callada quizás, pero... También recordó que a menudo ponía excusas cuando intentaba acercarse a ella, cuando la acariciaba. Raquel hablaba de agotamiento, que si la escuela, la casa, David... Él mismo había pasado por semanas de cierta desgana. Siempre pendiente de mil cosas, a veces perdía el interés. No le dio entonces la menor importancia, no la tenía. Se querían. Ambos lo sabían. Vendrían días mejores.

Muy pronto, sorprendentemente pronto, David dejó de preguntar. A su corta edad había alcanzado sus propias conclusiones, y se limitó a permanecer muy callado, como embebido en mil cavilaciones necesariamente amargas. Entendió, como entienden a veces los niños estas cosas, que las explicaciones se quedarían siempre por el camino, a medias, que no acabarían de llegar y, como hacen los niños a veces, se conformó. De tarde en tarde se le escapaban las lágrimas y bajo ningún concepto aceptaba quedarse solo en una habitación. Seguía a Ana, a su tío Ramón o a Matías como una sombra menuda y callada. Los seguía a todas partes y a todas horas, caminaba tras ellos en su rondar por la casa incapaz de permanecer a solas con sus pensamientos. Matías no encontraba las palabras adecuadas para explicar lo inexplicable y se limitaba a estrecharlo entre sus brazos y a asegurarle que no debía preocuparse por nada.

¡Qué mal sonaba todo!

No acababa de dar crédito a lo sucedido, no conseguía entender qué había podido pasar por la mente de Raquel para poner fin a su vida. No podía comprender cómo había podido lanzarse al vacío pocos instantes antes de que David llegara a casa como cada tarde. Raquel no podía hacer algo así.

Llegó a creer firmemente en la presencia de un extraño en su casa, a autoconvencerse de que un desconocido, sin duda un asesino, la lanzó por la ventana en contra de su voluntad. Era la mejor explicación posible, al menos la mejor para él, la que le exculpaba de no haber entendido a tiempo, de no haber atendido quizás a..., de no haber podido evitar lo evitable. Y tal como

lo imaginó se lo expuso al subinspector de la policía autonómica que se hizo cargo del caso y que lo visitó en casa de Ana al día siguiente.

—Ella no lo habría hecho nunca, no era de esas mujeres. Si usted la hubiera conocido sabría que Raquel...

—A veces las personas son más complicadas de lo que creemos, no siempre lo sabemos todo —objetó el subinspector, el mismo policía considerado cuyos dedos se hincaron en su brazo para evitar que se desplomara sobre la acera.

Era un hombre corpulento y casi siempre sudoroso que no dejaba de pasarse el pañuelo por la frente. Lo hizo en el tono del que ha pronunciado miles de veces palabras parecidas en situaciones similares y se esfuerza por que su discurso suene como si acabara de estrenar las palabras para la ocasión.

Los ojos de Nasarre, de un azul propenso al gris sobre un fondo de venas rojas muy finas, parecían ya fatigados a primera hora de la mañana. Matías pensó que tampoco él había descansado lo suficiente. El policía tenía el rostro grave y el hablar calmo. También sus gestos eran pausados, mucho más de lo que acostumbran a ser los gestos de un policía. Resoplaba a intervalos como si le faltara el aire. Y le faltaba, así lo sentía él cuando el calor y la humedad arreciaban sobre la ciudad. Los puños arremangados de su camisa mostraban unos antebrazos sorprendentemente pálidos, como las carnes al descubierto de un anciano.

—Por favor, compruébenlo, tomen huellas, qué sé yo... Hagan ustedes lo que se hace en estos casos, pero tengan en cuenta que alguien pudo subir y obligarla a... Raquel nunca... Se lo puedo asegurar, ella...

—No se preocupe, no desestimamos ninguna posibilidad. Si hubo alguien con ella y dejó pistas, las encontraremos. Estamos en ello. No hemos dejado un palmo sin registrar. Y volveremos. No desestimo ninguna posibilidad. Pero piense que ni siquiera usted advirtió nada fuera de lugar cuando estuvo en el piso. No había señales de lucha ni de alguien que hubiera intentado resistirse ante un atacante. La verdad es que, atendiendo a lo que tenemos, un intruso no parece lo más probable.

El policía se interrumpió unos instantes. Hay palabras que necesitan posarse, como el polvo, como la nieve.

—De momento hemos empezado ya a preguntar a los vecinos del edificio. Un par de agentes están en ello. Preguntaremos en la escalera, en las tiendas, en la escuela, a sus amistades...

—Sí, lo sé. Y se lo agradezco.

El subinspector Nasarre, con una americana ligera y clara colgada del brazo como un trapo, se caló las gafas doradas que pasaron de moda hace un par de décadas y que le resbalaban continuamente nariz abajo e hizo ademán de retirarse. Dos grandes manchas en su camisa gris se extendían bajo sus axilas y parecía a punto de sufrir una lipotimia. No soportaba bien el calor. Lo detestaba. Era hombre de latitudes altas.

La conversación tampoco daba más de sí y hacía rato que le esperaban en comisaría.

—Haremos lo que podamos. Se lo puedo asegurar. Y si usted recuerda algo, si llega alguna nota, si recibe alguna llamada, un comentario... No sé, cualquier cosa... Aunque no le parezca importante, usted llámeme.

—Se lo agradezco. Lo haré.

—Es mi trabajo.

A Matías le consolaba pensar en un asesino, en un crimen. Las manos de otro empujando a Raquel, acercándole una navaja o amenazándola con una pistola. Flaco consuelo, pero todo resultaba preferible a pensar en la muerte voluntaria. No soportaba la idea de que Raquel hubiera podido sentirse tan desesperada como para suicidarse arrojándose al vacío. No le cabía en la cabeza. Siempre pensó que eran razonablemente felices. Él lo era, sin duda, lo hubiera admitido en cualquier parte, podría gritarlo a los cuatro vientos, en los siete mares; ella, por lo visto, no.

Durante las primeras horas que siguieron a la muerte de Raquel la policía no le permitió volver a casa. Precintaron el piso y dejaron a un agente de guardia día y noche. Tan sólo pudo entrar en una ocasión, dos días después, la mañana del 4 de junio, bajo una lluvia intensa que la ciudad no conocía desde hacía muchos meses, para buscar ropa para su hijo y para él y unos documentos que tardó una eternidad en encontrar. Un agente de los Mossos no lo perdió de vista en ningún momento, le siguió a cada habitación y se cercioró de que en su revolver cajones y llenar maletas apenas alteraba el escenario. El teléfono sonó en tres ocasiones, llamadas largas, acuciantes, de las que se interrumpen por puro aburrimiento, pero Matías ni tan siquiera comprobó en la pantalla digital del aparato de quién se trataba, no quiso hacerlo. No pensaba descolgar, no tenía el cuerpo para recibir más condolencias.

La verdad es que tampoco sintió deseos de quedarse. En aquel piso, desesperada, sola, enloquecida quizás, Raquel había decidido, contra toda lógica, arrojarse al vacío. Y, aunque él no podía creerlo, la policía insistía en que todo apuntaba a una muerte voluntaria. Estaba convencido de que Raquel

nunca hubiera escogido una forma de morir tan espantosa. Tampoco le cabía en la cabeza que se hubiera arrojado por la ventana momentos antes de que su hijo llegara a casa. Sencillamente, Matías se negaba a admitir algo así. No podía.

A punto de traspasar el umbral y de alejarse de los 70 metros cuadrados que todavía no habían pagado por completo, Matías sintió todas sus vísceras anudadas a la altura de su estómago. Pensó que tardaría en regresar. Que quizás no podría nunca.

Abandonó el edificio con dos maletas a rebosar acompañado por el mosso d'esquadra que enarbolaba sobre sus cabezas un paraguas inmenso, como los que había visto que protegían a veces a los jugadores de golf en su deambular por el *green*. Al poner el pie en la calle se les acercaron un par de chicas. Les abordaron. Cada una llevaba un micrófono en una mano y un paraguas en la otra y era escoltada por un joven cámara en ristre. De la acera emanaba el olor de la ciudad mojada. Se presentaron por su nombre de pila, como apellido facilitaron ambas el nombre del canal que, con toda seguridad, les escatimaba un sueldo digno y dieron inicio a una batería de preguntas a cuál más inapropiada.

Una de ellas, con un top escarlata que apenas dejaba nada a la imaginación, unos pantalones de talle muy bajo y el cabello aplastado a conciencia sobre la frente, la que tenía menos escrúpulos, inició su interlocución preguntando:

—¿Sabe su hijo lo que ha pasado? ¿Cómo se lo ha tomado? ¿Qué le ha dicho usted al niño? ¿No cree que es muy pequeño para...?

Ante la perplejidad y el silencio de Matías, que no acertó a entender la totalidad del discurso, fue la muchacha que representaba a la competencia y que vestía como si fuera a participar en un desfile *ad lib* la que se animó y continuó en un tono parecido, quizás peor:

—Hemos oído comentar que su mujer pasaba por una mala temporada. ¿Tenían ustedes problemas de pareja? ¿Discutían? Podemos pensar que padecía una depresión...

—¿Por qué cree usted que lo hizo? ¿Sospechó usted que algo no iba bien? Nuestros espectadores quieren saber...

Matías no acertó a abrir la boca ni para deshacerse de ellas. La del top llamativo había renunciado a sostener el paraguas y se estaba mojando. El agua le obligaba a entrecerrar los ojos, resbalaba por su cabello y por sus hombros y corría escote abajo. No parecía importarle. De hecho, bien pocas

cosas parecían importarle. Parecía convencida de que los espectadores necesitaban saber y sabrían.

—¿Qué piensa la familia de su mujer? ¿Han hablado ustedes?

Matías arremetió contra la del top escarlata porque era la que tenía más cerca y la que le había plantado el micrófono junto a los labios sin el menor miramiento. La esponja negra acababa de rozarle la boca. Estaba húmeda y sintió asco. Y tanta ira que empujó micrófono y brazo para apartarlos y seguir andando. Pensó que vomitaría allí mismo, a los pies de las chicas, en directo, agarrando un par de maletas. Vomitaría después de enviarlas a la mierda, a ellas y a sus telespectadores devoradores de carroña, de golpearlas con las maletas, de escupirles a la cara su repugnancia, de... Pero no lo hizo. Se limitó a bajar la cabeza, a callar y a soportar el envite como pudo. Se abrió paso sin miramientos, a empujones, a golpe de maleta y de falta de escrúpulos. ¿Por qué habría de tenerlos?

El agente, que no se había separado de él ni por un momento, les indicó que se fueran y que no siguieran grabando. Lo hizo primero con buenos modos, más tarde empleó los aspavientos y pasó, por fin, a amenazarlos con una sanción. Habló de privacidad, de hostigamiento, de mala praxis... Matías no entendió los conceptos, estaban en la calle, a la vista de todos, en un sitio público. Al parecer, los chicos que manejaban la cámara, sí. El policía seguía hablando de acoso informativo y de algunas otras cosas, para lo cual utilizaba una jerga policial que no acertó a desentrañar. La lluvia golpeaba el paraguas y apenas consiguió entender la mitad del discurso. No le importaba. Las palabras le alcanzaban turbias de lluvia y de indiferencia.

Los jóvenes descabalgaron los pesados artefactos cubiertos con una lona impermeable con un suspiro de fastidio. Se rindieron instantes antes de que lo hicieran las muchachas. Se dispusieron a marcharse en vista de que la lluvia arreciaba y no conseguirían nada. No abandonaron sin que la chica sin ojos, —el cabello sólo permitía entrever su párpado inferior—, aprovechara una última oportunidad para invitarlo a acudir al plató.

—Pregunte por mí, señor Ballester, soy Sonia, estaré encantada de escucharle. Su historia interesa mucho, nos interesa mucho, tiene interés humano. Ponga usted sus condiciones. Cuando usted quiera, cuando le vaya bien. Por eso no se preocupe. También tiene usted mi móvil. Recuerde, soy Sonia. Piense que nuestra audiencia es...

Siguió hablando en parecidos términos y, antes de abandonar, la desacomplejada joven le metió una tarjeta del canal que la empleaba en el

bolsillo de la camisa. Matías se echó hacia atrás y el corazón se le aceleró como si la muchacha estuviera a punto de atravesarlo con una navaja.

Con las palabras de la chica rebotando en su cabeza el agente lo llevó en el coche policial hasta la casa de Ana. *¡Interés humano!* No dejó de llover en todo el trayecto. En la radio, que el policía sintonizó con la intención evidente de hacerle olvidar lo sucedido, el locutor se congratulaba por las intensas lluvias que habían empezado a caer con intermitencias pocos días atrás, dos días exactamente, y que debían prolongarse durante más de una semana. Sin duda sería un mes de junio pasado por agua, afirmó. Los embalses empezaban a llenarse y había pasado el riesgo de carecer de agua potable. Era una buena noticia, de seguir así las cosas el ayuntamiento volvería en breve a dejar fluir las fuentes públicas y a regar los parques y los jardines en los que la hierba podía oírse crepitar bajo los pies. Quedaba, pues, conjurada la pertinaz sequía que la ciudad arrastraba tan penosamente desde mediados del año anterior.

Raquel, que adoraba la lluvia tanto como él, hubiera sido dichosa al encadenar un día lluvioso detrás de otro. Matías bajó la ventana del vehículo para no perderse el olor a mojado que subía desde el asfalto. *¡Interés humano!* El corazón continuó encabritado durante mucho rato. Hasta mucho después de estar a solas en el piso de Ana y de haberse librado, con malos modos y sin contemplaciones, de un par de emisoras de radio que consiguieron de alguna oscura manera su número de móvil. Nada se les resiste si advierten el tufo a podrido. *¡Interés humano!* Pretendían entrevistarle en riguroso directo, a través de las ondas, para hablar de la *desgracia acaecida en su familia*.

### 3. Viernes, 6 de junio

ENRIC NASARRE había llegado muy temprano a comisaría y había encontrado sobre su mesa los primeros informes de sus hombres, poco más que notas preliminares. Ni rastro de violencia, ni testigos que recordasen a extraños subiendo o bajando la escalera, ni ruidos inesperados, ni gritos, ni llamadas de auxilio. Nada que pudiera inducir a pensar que la muerte no fue voluntaria. Un caso extraño. A falta de preguntar a personas cercanas a Raquel Soldán, el asunto parecía claro. Triste, desconcertante, pero claro. Y, a pesar de todo, no había dejado de darle vueltas en toda la noche. Quizás por la conmoción del viudo o por los ojos de su hijo mientras lo alejaban del cuerpo tendido sobre la acera. Quizás porque el policía también tenía una hija. Continuaría investigando, desde luego, un caso así no puede cerrarse en un par de días. Se imponía una visita al médico de cabecera, a sus padres, a la hermana, a... Mientras determinaba el orden en el que debían proceder y tomaba cuatro apuntes en una libreta diminuta que llevaba siempre en el bolsillo del pantalón, como lleva el carpintero el lápiz de dos colores, el teléfono interrumpió el errático curso de sus cavilaciones.

La voz de Irene, afortunadamente, era la de siempre. Sonaba alegre, casi despreocupada. Como siempre.

—Hola, papá. ¿A que no sabes dónde estoy?

No le importó que la voz de su hija se enredara entre sus pensamientos. Tampoco parecían llevarle a ninguna parte.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Menos en casa en cualquier parte, eso seguro —respondió el policía con una mezcla de sarcasmo y amargura en la voz. Tenía por hija a una mujer itinerante, siempre en tránsito, casi nómada. Traductora de profesión y viajera por vocación, Irene recalaba en la ciudad algunos días al mes, era entonces cuando aprovechaban para verse. Aunque hacía lo que podía para ocultarlo, el policía, viudo desde hacía pocos años, se resentía de tan prolongadas ausencias.

—Estoy en Hamburgo. Sí, papá, en Alemania.

—Eso no cae cerca —comentó por decir algo mientras una media sonrisa le subía de los labios hasta los ojos.

—No, papá, no cae cerca. Si te dijera que aquí duermo con dos mantas... ¡Ah! Y que no para de llover...

¿No te doy envidia? Además es una ciudad bonita, te gustaría. Estoy segura.

Nasarre no lo creía, pero se abstuvo de decirlo. No era hombre de grandes distancias, ni de pequeñas. Su mundo se reducía al barrio en el que trabajaba, a los casos que asumía, a la comisaría en la que había aprendido a sobrevivir. Todo su interés, más allá de sí mismo y de sus allegados, recaía ahora en Raquel Soldán. Tampoco le explicó que, para alivio de la ciudadanía y satisfacción propia, desde hacía horas la lluvia arrasaba la ciudad sin contemplaciones. Se guardó para sí que la humedad incrementaba el bochorno y que se pasaba el día fatigado y bañado en sudor con la tensión arterial desplomada.

—Si tengo un rato esta tarde iré de compras. ¿Quieres que te traiga algo?

—No necesito nada, Irene. Ya lo sabes. ¿Cuándo vuelves?

—No lo sé todavía, depende de si las negociaciones se alargan o no. Pero en cuanto llegue te llamo y nos vemos. Por cierto ¿te has cambiado ya las gafas?

—No, Irene. ¿Debería?

—Vamos, papá. Si parece que acompañes a Darwin en una expedición.

—Lo estudiaré, Irene, pero no prometo nada.

—Un beso, papá. Nos vemos.

La voz de Irene, sus preguntas, su risa tan familiar, tan liviana, tuvieron la virtud de alegrarle el día durante unos instantes, muy pocos. No conseguía olvidar a Raquel Soldán, una mujer algo mayor que su propia hija, probablemente bella, que se lanzó por una ventana y se estrelló contra el suelo minutos antes de que Matías y su hijo llegaran a casa.

El policía se levantó y salió al pasillo, necesitaba aire y luz, quizás incluso unos minutos de charla. En su despacho la luz natural, generalmente escasa, era apenas una traza medio oculta por las nubes.

El día resultaba demasiado mortecino, demasiado triste incluso para un viejo policía como él.

## 4. Sábado, 7 de junio

TARDARON cuatro días en poder dar sepultura al cadáver de Raquel. La autopsia convirtió la demora en un infinito de dolor y de lágrimas. Las horas en el tanatorio fueron las peores. A pocos pasos de los padres de Raquel, Eulalia y Eduardo, que se derrumbaron en sus sillas y no dejaron de llorar en ningún momento, y observado de cerca por Alicia, la hermana mayor, Matías pasó un verdadero calvario. Horas inacabables, lágrimas a flor de ojos y en el nacimiento de la boca. Se sorprendió a sí mismo llorando con los ojos cerrados. Estúpidas palabras de consuelo, siempre las mismas, abrazos que no deseaba, palmadas en el hombro de desconocidos que preferiría mil veces que no le pusieran la mano encima. Una mortificación larga y penosa como carretera al infierno. Por fortuna, el sábado, el día que se ofició el funeral, Ramón, su cuñado, se quedó en casa con David y lo llevó a pasear y a comer un helado. Ana, la buena de Ana, estuvo a su lado, muy cerca, hombro con hombro, no se separó de él en ningún momento y respondió a los pésames en su nombre.

En el tanatorio, en un rincón, apoyado en la pared junto al aparato de aire acondicionado, con el pelo revuelto y aire de fatiga crónica, el subinspector Nasarre aguardó durante horas junto al libro en el que los asistentes acostumbran a dirigir al muerto breves palabras cariñosas que no leerá. Mienten algunos en pocas líneas, fingen que no recuerdan el mal recibido, que no saben de los malos momentos, de las traiciones o de los olvidos. Sólo recuerdan lo bueno, nada que reprochar, ni la huida. Mienten. Todos mienten.

Enric Nasarre tiene los ojos grises y medio entornados. Ojos de camuflaje, del color de las piedras. Piedras azuladas en los ojos, como aseguraba su hija Irene, cuando todavía era una niña, para hacerlo reír. Ojos de poli enmarañados por la falta de sueño, por el desvelo, ojos como piedras tras los cristales algo sucios de sus gafas de otros tiempos. Ojos que no dejaban detalle por escrutar. Todo él parecía andar siempre de camuflaje, desde bien joven. Siempre había sido así, incluso cuando no lo pretendía. Especialista en confundirse con la gente, en pasar desapercibido, en asemejarse a las paredes y en devenir sombra de la propia sombra. Experto, sin poner en ello el menor empeño, en no llamar la atención. Arrimado a la pared, confundiéndose con los demás, sin llamar la atención ni por un momento, distraído entre los parientes llorosos y los amigos compungidos, un hombre cualquiera, un

conocido, un familiar lejano. Mejor así, siempre es preferible que nadie identifique en él al policía. Tan corriente que nadie diría...

Algo sudoroso, como casi siempre, con la americana arrugada y colgada de un brazo, las manos cruzadas sobre el vientre levemente prominente, un par de mechones estorbándole sobre los ojos y la mirada atenta y gris. Matías lo reconoció de inmediato, entre una palmada en el hombro y un contundente estrechar de manos. Recordó haber leído que con frecuencia la policía asiste a entierros y velatorios, es una fase más de la investigación, como la autopsia del cadáver o las preguntas necesarias a sus allegados. Pensó que el subinspector, un hombre alto y fornido en mangas de camisa y resoplando a intervalos por lo que, con el lógico desconocimiento de los presentes, podría interpretarse como una ligera aflicción, no perdía de vista el menor detalle. Se alegró de verlo allí, pensó que quizás siguiera interesado en el caso. Mejor que así fuera. Quizás acabaría por descubrir algo. Seguía convencido de que Raquel no podía haber hecho lo que había hecho por voluntad propia. Al menos él, su viudo, seguía sin entenderlo.

Desde luego, no parecía un policía.

El informe del forense, que el subinspector Nasarre le había dado a conocer el día anterior a la celebración del funeral, poco después de que el cadáver de Raquel, vestido y maquillado para la ocasión, fuera expuesto en una de las salas, era concluyente: la muerte se produjo con toda seguridad por el impacto brutal contra la acera. Le permitió leerlo detenidamente frente a un café solo en la cafetería del servicio de pompas fúnebres. Nasarre, que guardaba silencio frente a él, vació una botella de agua en menos de lo que se tarda en pedirla. Alicia, la hermana de Raquel, lo estudió también poco después sentada a la misma mesa.

Matías comprobó que el cuerpo examinado no presentaba signos anteriores de violencia ni de enfermedad o colapso físico que explicasen el deceso de una mujer joven y aparentemente sana. Tampoco había rastro de estupefacientes ni señales de golpes previos. Alicia Soldán se echó a llorar al concluir la lectura y sus lágrimas humedecieron el informe del patólogo.

Según les comunicó el subinspector, sus hombres no habían encontrado nada en el piso que permitiera pensar en la irrupción de un extraño. Nadie en la escalera había visto u oído nada que avalara esa posibilidad. Matías no podía continuar pensando en navajas a la altura del corazón, ni en pistolas amenazadoras o en destornilladores a pocos centímetros de la yugular. Tampoco en el edificio de enfrente habían hallado testigos que hubieran observado algo útil y ninguno de los preguntados vio a Raquel subirse a una

escalera para descolgar las cortinas, limpiar la persiana o quitar el polvo del alféizar. No había trapos, ni escaleras, ni esponjas que pudieran hacer pensar en un accidente doméstico. La hipótesis quedaba descartada.

—¿Qué van a hacer ahora? —quiso saber, temeroso de que la policía diera la investigación por concluida.

—Investigar la vida de su esposa. Es el procedimiento. Intentar explicar las razones que pudieron llevarla a... He hablado con su médico, he visto su historial. Nada que pueda permitirnos entender... Hablaremos con sus compañeros de trabajo, con los amigos...

—Entiendo —aseguró Matías. No necesitaba saber más.

—No quisiera crear falsas expectativas, generalmente prefiero no hablar más de la cuenta. Debe usted saber que no siempre averiguamos las causas. La conducta de un suicida no siempre puede ser explicada. Ni entendida.

Matías asintió, no confiaba en llegar a saber los motivos, no acertaba a entrever ninguno. Alicia, aparentemente ajena a la conversación, no dejó de llorar en ningún momento. Lloraba en silencio y recogía sus lágrimas en un pañuelo de papel que arrugaba entre sus dedos. Tenía los ojos enrojecidos y la falta de maquillaje en el rostro le hacía parecer otra mujer. Una mujer más vieja e infinitamente más cansada. El subinspector prosiguió mientras se desabotonaba el cuello de la camisa y soplaba en dirección a su escote, evidentemente sofocado por un calor en aumento que nadie, más allá de él, parecía advertir.

—La experiencia me demuestra que debemos intentarlo, las familias prefieren comprender las razones por duras que sean. Resulta mucho más doloroso para los parientes asimilar la muerte cuando no hay explicación alguna, como parece ocurrir en este caso. En las desapariciones y en los suicidios lo peor es el desconocimiento total. No hay nada más difícil de asimilar que la ausencia de una razón, de un motivo.

Matías asintió en silencio. No había explicación, llevaba días enteros pensando en ello y no tenía ni la más leve sospecha, ni el menor resquicio que le permitiera entrever una causa. El desconocimiento total, la imprevisibilidad. La peor de las sorpresas, la mayor de las angustias.

—Según parece no había una depresión previa, ni una enfermedad terminal ni un problema grave entre la pareja o con los hijos. Tendremos que contrastar sus palabras, pero todo indica que... —apuntó el policía enfilando directamente los ojos de Matías.

—No, nada que yo sepa. Ni enfermedades, ni discusiones importantes. Vivíamos bien, Raquel y yo nos queríamos. No había terceras personas, al

menos por mi parte, se lo puedo asegurar. Y Raquel..., ella adoraba a nuestro hijo, puedo jurárselo. Por eso no consigo entender...

Matías acababa de recordar a Raquel y David aquel último día, pocas horas antes de que se precipitara sobre la acera. Los evoca muy juntos, abrazados, sonrientes. Los había visto instantes antes de dejar el piso cartera en mano para correr al trabajo. Podía rememorarlos sin esfuerzo dándose «el abrazo del oso». Ambos son felices en su recuerdo, el recuerdo que conserva de lo sucedido a primera hora, a las ocho de la mañana. David gritando de risa, Raquel, todavía en pijama, despeinada, la voz grave, divertida; atravesando el comedor con los pasos torpes y el cuerpo basculante imitando a un oso, un gran oso. Un abrazo enorme, un estrechar el cuerpo del otro hasta casi la asfixia, una forma inventada por ambos para darse los buenos días, para dejar bien fuerte en el cuerpo del otro la propia huella.

—*Sus abrazos son mis vitaminas* —le había dicho Raquel en más de una ocasión al separarse de su hijo—. *Mi ginseng, mi jalea real...*

«El abrazo del oso» y «el beso de la vaca», dos prácticas comunes, frecuentes. «El beso de la vaca», un largo lametón de David en el cuello o en la mejilla de sus padres que acababa indefectiblemente en un retorcerse de risa. ¡Vitaminas! Y era cierto, también para Matías el beso de su hijo, su sonrisa de niño feliz, suponía energía destilada.

En el futuro inmediato no habría osos, se habían extinguido de la peor de las maneras, y las vacas tardarían meses quizás en volver a besar como lo hacían.

—Tampoco problemas graves con otros miembros de la familia. Los padres, usted misma... No sé, a veces las familias...—continuó el policía dirigiéndose ahora a Alicia Soldán que, llorosa, buscaba algo en un gran bolso negro que sostenía sobre el regazo.

La hermana de Raquel niega con la cabeza antes de responder.

—No, nada de lo que insinúa. Raquel no tenía problemas ni con mis padres ni conmigo —afirmó sin fisuras—. Siempre nos habíamos llevado bien.

Y, aunque Matías sabía que esto último no era del todo cierto, no puso objeciones. No las tenía.

—Sólo una cosa. Necesitaríamos el teléfono móvil de su esposa. Rastreamos las llamadas. Nunca se sabe.

Matías asintió.

## 5. Lunes, 9 de junio

INTENTÓ por todos los medios recuperar una rutina que no alterara mucho la vida de su hijo. La suya ya no tenía remedio. Cada mañana Ana, su hermana menor, que trabajaba en una tienda de ropa para hombre y entraba tarde, era la encargada de llevar a David a la escuela. Salían ambos de la mano, muy juntos. Él con la mochila a cuestas, ella maquillada con esmero y al hombro un bolso diminuto. Ana intentaba hacerlo reír y le explicaba cosas que inventaba y que siempre pasaban en la tienda, una especie de bazar de los horrores, una galería de monstruos. Le hablaba de hombres muy gordos o tan delgados que no se fabricaban tallas, de personajes altos y enormes como camiones o diminutos como niños con bigote, o muy sucios, o terriblemente tímidos, o confusos, o con calcetines rotos por los que aparecía medio pie, o... Eran disparates increíbles que un adulto hubiera puesto en duda, pero que hacían sonreír a David. Incluso reír a carcajadas. Le dejaba apretar el botón en el ascensor y cuando el niño se cansaba acarreaba su mochila roja. David no se desprendía de su mano. Ana lo despedía a la puerta del colegio estampándole un par de besos y asegurándole que era su niño preferido, el más guapo de este mundo.

Y no mentía.

David echaba a andar por el camino de cemento hasta llegar a la puerta sin dejar de mirarla.

Matías se ocupaba de su hijo a la salida de la escuela y lo llevaba puntualmente al parque, a los columpios. Hizo de tripas corazón, ni se le pasó por la cabeza romper con su rutina. Se enfrentó como pudo a la compasión, a las preguntas, a las caras que eran un mero interrogante de la primera tarde. No se le ocurrió nada mejor, tampoco imaginó nunca nada tan duro. Por fortuna la rubia Ana, la hermana menor y mayor a un tiempo, no vivía lejos, a pocas manzanas. Allí volvían cada atardecer, a casa de Ana y de Ramón. Si la lluvia concedía una tregua acudían cada tarde a la misma plaza que habían frecuentado durante años, veían las mismas caras, saludaban a madres, a abuelas y a algún que otro padre. David encontraba allí a los mismos niños con los que llevaba meses persiguiendo un balón sin desfallecer entre nubes de polvo que la lluvia había fijado al suelo.

En la plaza, a patadas con la pelota, aprendió a no perder de vista a su padre. Matías Ballester, sentado en un banco y con pocas ganas de

conversación, leía, fumaba un cigarrillo o, sencillamente, cavilaba y daba vueltas y más vueltas a los recuerdos. Los ojos del niño, oscuros e inquietos, empañados de cierta angustia de cuño reciente, iban constantemente del banco a la sombra a la pelota azul. Estaba convencido de que en cualquier momento, en cuanto dejara de mirarlo, si lo perdía de vista, su padre podía volatilizarse, esfumarse como el humo del cigarrillo que se elevaba cansinamente por encima de su cabeza. Podía desaparecer, o perderse, o ser engullido por un agujero... A su madre se la tragó un agujero traidor con forma de ventana. Eso es todo lo que cree entender. Las explicaciones han sido pocas y siempre a medias. Siente miedo de los agujeros y de no saber reconocerlos. No se acerca a las ventanas. Por culpa de un agujero no la volvió a ver, por eso no debe descuidarse ni perderlo de vista, por eso tiende entre ambos un hilo invisible, un hilo con el que nadie tropieza, que no estorba ni aprieta ni estrangula. Aunque a veces sí lo hace, ahoga sin querer, Matías lo sabe, es el hilo de la mirada.

En silencio, con un libro caído sobre las rodillas del que nada recordaba cuando lo abrió tras sentarse en el banco, Matías rebuscaba en su memoria trazas de ansiedad o de tristeza en el rostro de Raquel. Momentos de desazón o palabras empañadas de desánimo. El niño le recordaba tanto a Raquel que le era más fácil recuperar su rostro, sus gestos, sus palabras, mientras miraba a su hijo correr de un lado para otro de la plaza. David tenía el pelo castaño, como los ojos, y cortado a cepillo por la inminencia de un verano tórrido, la nariz diminuta y en la mandíbula superior mostraba la ausencia de un diente. Pero sobre todo era en su forma de reír con todo el cuerpo y echando la cabeza hacia delante, como si alguien agitase un sonajero, que el niño era la viva estampa de su madre. Eran tantas y tan negras las cosas que le pasaban por la cabeza que ninguna de aquellas tardes que pasó en el parque, a pocos metros de su hijo, advirtió la presencia de un hombre en un banco a su espalda. Un hombre que se ocultaba tras un diario abierto y que no lo perdía de vista.

## 6. Martes, 10 de junio

HABÍA decidido que se quedarían unos días más en casa de Ana, los necesitaban para reunir fuerzas. Lo habían hablado los adultos mientras David, dormido en el sofá, continuaba sujetando la mano de su padre. Matías prefería esperar, necesitaba un valor que no tenía todavía para retomar sus vidas en el piso de siempre, con los muebles de siempre, las mismas cortinas, los mismos cubiertos en cada cena y las mismas ventanas. Los mismos agujeros traicioneros abiertos al vacío. Decidió quedarse un tiempo en casa de Ana, encarar la nueva vida, en ausencia de Raquel, sin prisas, sin agobios.

En todo lo anterior pensaba Matías cuando el martes siguiente, pocos días después del funeral al que asistió la oficina entera, desde el primero al último, regresó a su mesa en la aseguradora. El trabajo pendiente se había acumulado y allí seguían las mismas carpetas por archivar, los mismos expedientes pendientes de revisión, las mismas llamadas por hacer y parecidos quebraderos de cabeza. Pero no todo continuaba igual, había cambiado la mirada en los ojos de sus compañeros, la forma de dirigirse a él, el tono grave de sus voces y la trascendencia de sus palabras. Nadie le explicó chistes ni le vino con chafarderías de mesa de café, no se atrevieron, tampoco se metió nadie con él ni le buscaron las vueltas. Ni tan siquiera le hablaron de fútbol. Nadie preguntó, el personal al completo se esforzó por hacer ver que nada había pasado, los más, a falta de algo que decir, callaron.

No pudo menos que agradecer interiormente que lo dejaran en paz. Era la única manera de poder continuar dando vueltas y más vueltas a los recuerdos que más pronto que tarde dejaron de ser sólo eso, recuerdos, y se convirtieron en fijaciones, en retos para la mente, en obsesivos misterios por resolver. Únicamente Nati, la administradora, conocida entre los empleados por vestirse como una cuáquera y comportarse como tal, hizo un primer y único esfuerzo por tender puentes de improvisada amistad. Matías los derrumbó de un soplido, como en el cuento de los tres cerditos que tantas y tantas veces le había explicado a su hijo.

Nati se acercó a él el mismo martes, poco después de que Matías se hubiera sentado ante el montón de papeles que le aguardaban sobre la mesa. Quitándose las gafas para hablar y descubriendo así su lánguida mirada de miope, se dirigió a él en voz muy baja. No era la primera vez que Matías

advertía que algunas personas prefieren no ver a su interlocutor cuando la conversación que se va a iniciar presenta algún escollo.

—Hola, Matías, no sabes cuánto lo siento. Si necesitas hablar, si quieres que te eche una mano... Mi marido murió hace un par de años y sé perfectamente por lo que estás pasando. Los primeros días son los peores. Lo sé por experiencia. Si quieres...

Matías estaba convencido de que si abandonaba su silla en silencio Nati no lo vería, no se daría ni cuenta y seguiría hablando, de hecho eso es lo que la mujer pretendía, seguir hablando de su propia vida. De su viudez, de su soledad, de su casa vacía. Pero no lo hizo. Matías ni se levantó ni se fue. Se limitó a responder en el tono cortante que no deja margen para la duda y a acompañar sus palabras de un resoplar impertinente y de un bajar la vista e ignorar a la voluntariosa interlocutora.

—Estoy bien, Nati. Muy bien. No necesito nada. Gracias.

Sabía que no tardaría en arrepentirse, que quizás con el paso del tiempo se sentiría forzado a disculparse, a iniciar quizás la conversación tan abruptamente abortada. Lo sabía, pero clavó la mirada en la pantalla todavía a oscuras e intentó no volver a pensar en ello. Nati, momentáneamente petrificada, volvió a colocarse las gafas, recuperó así el sentido de la vista y se retiró con la cabeza baja y un:

—Disculpa, no quería molestarte. Lo entiendo, puedo entenderlo. No quería...

Matías no llegó a saber qué es lo que la administradora no quería, tampoco pudo asegurarse, a sabiendas de que sería mentira, que no había sido una molestia. Se dispuso a revisar los primeros expedientes. Muchos de sus compañeros habían seguido la escena sin perderse una coma. Algunos continuaban mirando a Matías cuando Nati se hubo perdido, con un suspiro de dolor y el aspecto de un perro maltratado, tras la puerta del despacho del director de la agencia. Otros habían vuelto de inmediato a sus quehaceres. Pocos le reprocharon interiormente el desplante.

Instantes después Alejandro, un chico afectado por el síndrome de Down, avanzaba lentamente por el pasillo central flanqueado por despachos diminutos separados unos de otros por mamparas bajas del color del ámbar y depositaba sobre cada mesa la correspondencia recién llegada.

—Buenos días, Matías, me alegro de verte.

No hubo mención alguna a lo ocurrido. Alejandro le dirigió exactamente las mismas palabras que le destinaba cada mañana con una ligera variación, un añadido, *me alegro de verte*.

—Buenos días, Alejandro. Y gracias. Eres muy amable, también yo me alegro de verte —respondió Matías con un ensayo de sonrisa.

El chico se alejó empujando despacio el carrito en el que apenas quedaban un puñado de cartas por entregar, los periódicos del día que depositaría sobre la mesa de Mauricio Nieto, el máximo responsable de la sucursal, y un par de paquetes no muy grandes.

Matías, incapaz de fijar el pensamiento en ninguno de los expedientes abiertos sobre su mesa, cerró de golpe una de las carpetas, revolvió en los bolsillos de su americana hasta dar con el paquete de rubio, se levantó y se dirigió a la salida de incendios. Era allí, en el pequeño rellano metálico de la escalera de emergencias, donde se reunían los fumadores irredentos desde que entró en vigor la ley que prohibía fumar en los lugares de trabajo. No importaba si hacía un frío insoportable y en los labios el humo se confundía con el vaho que se escapaba de las bocas o si, a pleno sol, el calor recalentaba el metal hasta que las suelas ardían y permanecer en la pequeña plataforma era como caminar descalzo por la arena de una playa abrasada. Pasadas las primeras lluvias, un calor bochornoso se había apoderado de las calles y el estrecho espacio, encarado al sol, era un verdadero horno, mejor todavía: un cocedero. Cuando salió la baranda todavía no quemaba y el calor no traspasaba las suelas ni recalentaba la planta de los pies. Por allí pasaban un par de veces al día, como mínimo, los que precisaban de una ración periódica de humo y de alquitrán o, como en el caso de Marta, la becaria, fumadora meramente circunstancial, una sesión extra de confidencias.

No esperaba encontrar a nadie, era demasiado pronto para el pitillo de media mañana y demasiado tarde para el de antes de fichar, pero se dio de bruces con Gustavo y con Sebastià, ambos miembros de la «hermandad del humo». Así había bautizado Sebastià, aficionado a la novela de aproximación histórica, a los que diariamente se daban cita junto a la escalera de hierro que recorría el edificio entero por el exterior. Ambos le saludaron con un movimiento de cabeza. Sebastià añadió una media sonrisa y le alargó su paquete.

Gustavo Armesto, uno de los tres contables de la empresa, un tipo hosco que acostumbraba a fumar con la mirada al frente y perdida entre los edificios, bajó la vista y, sin dejar de sujetar el cigarrillo entre los dedos, empezó a darle vueltas a su alianza matrimonial, un círculo estrecho y dorado que sujetaba con el índice y el pulgar para hacerlo rotar en torno a su dedo anular. Con dedicación, como si apretara un tornillo o encajara una arandela. Apenas habían cruzado palabra en muchos meses, era un tipo poco sociable

que acumulaba gran número de tics. Torcía la boca hacia la izquierda cada pocos segundos, motivo por el cual nunca soltaba el cigarrillo de entre los dedos ni aun teniéndolo entre los labios, parpadeaba muy a menudo y tartamudeaba ligeramente al explicarse. A veces sus movimientos involuntarios eran tan violentos que la cabeza giraba unos grados también hacia la izquierda, y el cuerpo entero sufría un leve espasmo. Marta, que acostumbraba a defender públicamente a todo bicho viviente, decía de él que era muy tímido, que tenía dificultades de comunicación, pero que en el fondo era un buen tío.

Matías había observado que eran muchos los que últimamente enmudecían en su presencia, los que se angustiaban y los que buscaban desesperadamente las palabras más convenientes. Recordó los versos de un poeta que había escrito tiempo atrás *«yo sé que ver y oír a un triste enfada»*. En su caso no era enfado, pero sí incomodidad, cierto enojo, lo que sentían muchos al no saber qué se esperaba de ellos y, de saberlo, al sentirse incapaces de satisfacer las expectativas. Que Gustavo Armesto hiciera lo posible por no mirarle y que consumiera parte de su cigarrillo a grandes caladas dignas de un concurso ni tan siquiera le extrañó.

El contable tardó pocos instantes en apagar contra el suelo su cigarrillo mediado y despedirse con un sucinto «hasta luego» pronunciado mirando directamente a la plataforma de metal del suelo. No es que habitualmente fuera hablador, ni comunicativo, pero su marcha fue, como poco, algo brusca. Desconcertante.

Sebastià, con la americana en el antebrazo, sudoroso, perplejo, no pudo dejar escapar la ocasión.

—¡Qué tío más raro!

—Lo que pasa es que es muy tímido —respondió Matías parodiando las palabras de la becaria—. Tiene problemas para comunicarse.

Rieron ambos durante unos instantes, los suficientes para ahuyentar la solemnidad, sentirse algo más cómodos y seguir fumando en silencio.

Cuando regresó a su mesa se sentía más tranquilo. Guardó el tabaco en el primer cajón, ordenó las carpetas y las colocó en una esquina. Decidió empezar por lo más apremiante, contestar el correo electrónico. Puso en marcha el ordenador mientras sacaba su agenda de la cartera de trabajo y buscaba en ella los días anteriores, los peores de su vida. Dio un vistazo a las llamadas pendientes y la dejó abierta junto al teléfono.

A su espalda, de pie, a punto de dejar sobre la mesa de Matías un papelito amarillo con el nombre de una mujer y el teléfono de una revista que

pretendía hacer un reportaje sobre la vida de Raquel, Marta, la becaria, la chica para todo y para más, acababa de detenerse. La pantalla del ordenador, acabadas las comprobaciones, se había estabilizado. Marta se llevó la mano abierta hasta la boca para reprimir una exclamación que se transformó en una especie de extraño grito sofocado que alertó involuntariamente a toda la planta, del primero al último.

En la pantalla del ordenador, como fondo de escritorio, había aparecido procedente de otro mundo, de otra vida, de una vida anterior, la fotografía de Raquel y de David. Matías la había escogido pocos días antes, tenía por costumbre cambiarla cada dos o tres semanas. Le gustaba aquella fotografía, tenía la sensación de que el día empezaba mejor si los veía sonreír. Abrazados, ofrecían sin reservas el rostro a la cámara. Raquel, con los hombros al descubierto y un collar de cuentas de madera grandes y rojas, como sus labios, ceñía en la imagen los hombros de su hijo y desde su espalda le estampaba un beso en la mejilla. David reía y parecía a punto de encogerse sobre sí mismo vencido por las cosquillas.

En vivos colores aparecieron sus rostros enormes, casi de tamaño natural, sobre un fondo azul celeste, un luminoso cielo de primavera. Sonrisas francas, dientes muy blancos y dos pares de ojos de un castaño muy oscuro, vivaces y exactamente iguales.

David todavía no había perdido su primer diente.

La mirada de Marta permaneció instintivamente prendida de la imagen. Embobada. Como si no consiguiera creer lo que estaba viendo. Su grito quedó suspendido en el aire unos instantes, muy pocos. Los justos para que Matías sintiera ganas de echar a correr.

Rebuscó en el bolsillo de su americana el primer Tranxilium del día. No sería el último.

## 7. Miércoles, 18 de junio

HABLAR con Raúl le costó un gran esfuerzo y un par de llamadas que frustró en el último momento. Aunque hay quien asegura que los amigos están para las ocasiones, Matías hubiera preferido mil veces no tener que hacerlo. Se decidió una noche, dos semanas después de la muerte de Raquel, tras la cena. Imaginó la sarta de noches inacabables que tenía por delante enrocado en cavilaciones que por el momento no le habían llevado a ninguna parte. Obsesionado, torturado a conciencia por una vaga idea de culpabilidad que no había podido concretar. Culpable, quizás, de no saber, de no anticipar, de no reconocer. Imaginó, y no pudo soportar, las horas nocturnas en blanco que se avecinaban. Llegar al final de cada día era ya un esfuerzo supremo. Para sobrevivir a las noches que no se acababan nunca no le quedaban ánimos. Miró a David que, en pijama, se acurrucaba junto a Ana y se disponía a dormir.

Había desistido de obligarlo a dormir solo. Ya habría tiempo. Pensó que David era todo lo que tenía y que necesitaba un padre en plena forma, al menos en la mejor forma posible. No un padre insomne, malhumorado y perpetuamente cansado. Esperó a que el niño estuviera completamente dormido y marcó el número.

—Raúl, soy Matías. Quería hablar contigo. Si tienes un momento...

—Sí, claro. Acabo de cenar y nos vemos. Parece que ha dejado de llover. ¿Quedamos en El Bonanza dentro de media hora? Es tranquilo —sugirió—. Todavía te acuerdas de El Bonanza ¿no?

—Sí, claro, El Bonanza está bien.

El Bonanza era el bar que ambos frecuentaban cuando, durante la adolescencia, conseguían alargar una coca-cola toda una tarde y una bolsa de patatas fritas alcanzaba para cuatro. Si no recordaba mal poco había cambiado en el bar, casi nada. En el interior el mismo mostrador de formica y bajo el cristal las mismas tapas cada vez menos apetecibles con el transcurso del día. O de los días. Algunas se diría que llevaban allí desde la última glaciación. Las mismas mesas de metal cada vez más abolladas, las mismas caras algo más viejas y el mismo olor a fritanga. En la puerta, pintados con escasa pericia y colores rabiosos, un par de pulpos con ventosas como ojos bien abiertos, cuatro mejillones, un jamón rampante y un plato de patatas bravas del color de la piel de las naranjas. En la calle las mismas sillas blancas de

resina en torno a un par de mesas —sobre la acera no cabían más— bajo un toldo que años atrás fue rojo.

Al llegar, Matías se sentó en una de ellas, prefería evitar las miradas y el efecto silenciador de su presencia. No podía soportar que la gente bajara la voz cuando lo veía aparecer en señal de respeto o de compasión, por eso no llegó a entrar. De vez en cuando el silencio era pura mezquindad, estaba completamente seguro de ello. La gente callaba para concentrar toda su atención en su persona, para contemplarlo a placer y reconocer en su rostro los estragos de la tragedia. Eso acabó por pensar cada vez más a menudo, que se había convertido en la razón de todas las charlas. La sola idea de atravesar el bar y acercarse al mostrador se le hacía insoportable, por eso prefirió esperar fuera, arropado por un toldo permanentemente tendido, a que el único camarero y dueño de El Bonanza advirtiese su presencia.

Raúl no podía tardar, era de los pocos amigos que, como Matías, habían decidido no abandonar el barrio. Continuaba viviendo en su misma calle, el Paseo Fabra i Puig —justo allí donde el Turó de la Peira pierde pendiente y autoridad—, en uno de los bloques nuevos varias manzanas más abajo, cerca ya de la Plaza Virrey Amat. Una plaza a la que llaman la de las cerillas porque en el consistorio alguna mente esclarecida autorizó la disposición de algo parecido a un puñado de cerillas gigantes hincadas en distintos grados de inclinación junto a los columpios infantiles.

En la terraza de El Bonanza, con el pensamiento anclado en su primera juventud, advirtió que la lluvia, todavía reciente, perfumaba deliciosamente el aire y que sobre el asfalto quedaban charcos en los que se reflejaba una luna tímida y menguante, como sus propias fuerzas.

—Hola, Matías. Me alegra que me hayas llamado —saludó Raúl al llegar, acompañando sus palabras de una palmada cómplice en la espalda. Matías se limitó a saludarle con un gesto. Pensó que quizás dejaría de alegrarse cuando escuchara lo que tenía que pedirle, pero no dijo nada, se limitó a corresponder con un movimiento de cabeza y un amago de sonrisa. Raúl se sentó frente a él. A excepción de las entradas cada vez más pronunciadas y de unas incipientes bolsas bajo los ojos, Raúl continuaba teniendo buena presencia sin hacer para ello el menor esfuerzo. Apenas había engordado y conservaba la misma expresión animosa que Matías recordaba en su rostro desde la niñez. Sus ojos algo saltones de pupilas muy grandes y del color de la miel le hacían parecer permanentemente sorprendido. Sus incisivos enormes y adelantados le impedían cerrar la boca por completo y acentuaban su aparente perplejidad. Un rostro perpetuamente joven.

—Una caña, Fermín —ordenó Raúl levantando la mano al paso del propietario.

—Que sean dos —añadió Matías, que no había conseguido recordar el nombre del camarero.

—Tú dirás —quiso saber Raúl mientras acercaba su silla a la de Matías, prendía el primer cigarrillo y le alargaba el paquete.

—No sé ni cómo empezar —dijo Matías mientras con un gesto de su mano rechazaba el tabaco—. La verdad es que desde lo de Raquel no he conseguido... Siempre estoy nervioso, tenso, no dejo de darle vueltas a la cabeza, no dejo de pensar en los motivos que pudo tener para hacer lo que hizo. Lo intento, te lo aseguro, Raúl, sé que tendré que hacerlo, que un día tendré que darme por vencido, dejar de intentar averiguar por qué... Pero por el momento...

Matías acercó su silla a la mesa con el torso casi vencido sobre el vaso, las manos cruzadas, el rostro grave.

—Lo intento, Raúl, lo intento por David, te juro que lo intento. He vuelto a trabajar, ya lo sabes, pensé que me ayudaría, que podría distraerme, que con todo el trabajo acumulado no me quedaría tiempo para... Pero... Hay días que creo que voy a volverme loco. Hay días enteros en que no tengo otro pensamiento. Trabajo, cierro expedientes, estudio casos, pero en mi mente no hay nada más que... —Se llevó la mano hasta la sien y se golpeó la cabeza con los nudillos en un gesto no premeditado, casi infantil, que intentó rectificar cuando ya era tarde—. Es... No sé cómo explicarlo... es como si pensara en círculos y no pudiera salir nunca. Como si estuviera a punto de volverme loco.

—¿Dejó alguna nota? ¿Alguna carta? ¿Algo para David? —quiso saber Raúl aplastando la colilla en un cenicero de plástico rojo en el que podía leerse *Cinzano* y que llevaba en el establecimiento tanto tiempo como su dueño.

—Nada. Eso es lo peor. No dejó nada. Ni unas líneas. Nada que me ayude a entender... Nada.

Matías hablaba con la mirada trabada en sus manos, entre sus dedos.

—Yo no la conocía como tú, desde luego, pero no hubiera dicho nunca que Raquel era una mujer que de buenas a primeras podía... Quizás fuera un accidente, pudo caer mientras...

—No hay nada que permita pensar que fue un accidente, la policía ha desestimado esa posibilidad. Tampoco hay rastro de nadie más en el piso... Sólo sé que aquel día no fue a trabajar, lo he sabido después, ella no me dijo

nada. Dejó a David en su escuela, pero no llegó a la suya. He hablado con la directora, también ha hablado la policía, no llamó, no avisó. Simplemente: no fue.

Un coche con los cristales bajados y la música a tanta potencia que aturdió su sola proximidad paró durante unos instantes frente al bar. Descendió del infernal vehículo un tipo que ocupaba el asiento del copiloto y que llevaba el ritmo con una mano sobre una batería virtual. Con la visera protegiéndole el cogote de la luz de la luna y los pantalones a punto de deslizarse muslos abajo, echó un vistazo al interior del establecimiento y regresó a su asiento por donde había venido sin dejar de manejar unos bastones imaginarios.

—Salió de casa y no fue a trabajar. Después volvió, pero no la vio nadie, no habló con nadie. Algo le estaba pasando y no fui capaz de darme cuenta. No me di cuenta de nada, de nada en absoluto. Recuerdo aquella mañana antes de salir de casa y todo lo que me viene a la cabeza me parece normal, como siempre. Y no dejo de pensar, y no entiendo qué es lo que pasé por alto, te juro que no lo entiendo. Raquel y yo nos llevábamos bien. La quería, no se lo decía a menudo, pero la quería. Por mi parte no había nadie más. Y creo que ella...

Matías se interrumpió con brusquedad. Si algo había conseguido entender tras pensar día y noche en las mismas cosas, es que apenas conocía a la mujer que se tiró por la ventana sin causa aparente.

—Ella compraba en tu farmacia, quizás tú... No sé, he llegado a pensar en una enfermedad grave, en una depresión que no supe ver... Quizás le vendiste algún medicamento que pueda darme alguna pista.

Raúl dio un par de caladas al cigarrillo antes de responder y frunció el ceño con cierto disgusto. Todavía podía oír la música procedente del coche atronador que continuaba parado ante un semáforo cincuenta metros más allá. Matías no pudo evitar pensar que no había mejor manera de volverse loco que encerrarse allí dentro durante unos minutos, la antesala del infierno. El infierno mismo.

—Nada que yo recuerde. Analgésicos, antitérmicos para David, algún antihistamínico por lo de su alergia... Lo de siempre, nada especial. Algún antiácido para ti. Lo normal, pero de todas maneras hablaré con Cristina, quizás pueda decirnos algo.

—La policía ha interrogado ya a su médico de cabecera, pero en su historial no hay nada grave. Nada que...

—De todas maneras piensa que si ella no quería hablar, si no quería que supieras lo que le pasaba, es lógico pensar que habría cambiado de farmacia y

de farmacéutico. Si no quería que supieras que padecía una depresión no...

—Ya... Entiendo... —atajó Matías.

—Creo que a cualquiera en tu situación le pasaría lo mismo. No es fácil resignarse a no entender —argumentó Raúl mientras se llevaba a los labios la cerveza fría que Fermín acababa de depositar sobre la mesa con el gesto cansado y el ademán brusco.

—Necesito que me ayudes.

—Claro, haré lo que pueda. Pero no sé cómo... Ya te he dicho que no recuerdo nada que hiciera pensar en...

Matías lo interrumpió con un gesto explícito de su mano.

—Necesito más pastillas. Las que me diste se han acabado. Sin ellas no podré dormir, no podré... Ayer no descansé ni un par de minutos, la noche entera en blanco... Quizás sea ansiedad, no lo sé, Raúl. Quizás tenga otro nombre. Es lo de menos. Aunque si te he de decir la verdad, lo que siento es miedo, puro miedo. Tengo miedo a cerrar los ojos y a que esta locura vaya a más. No controlo mi vida, no controlo mi mente y no controlo el miedo. Ya sé que no puedes entender, lo sé, nadie puede entender. Pero no te lo pediría si tuviera otra salida. Sé que te pongo en un compromiso, que no tengo diagnóstico, ni receta, que abuso de...

—Tenías pastillas para varios días, Matías, tenían que ayudarte a dormir, a descansar. Te las di porque era una emergencia, necesitabas tranquilizarte, por eso te las di. Ya lo sabes, las necesitabas. Pero... —replicó Raúl, mientras tamborileaba con el índice y el corazón sobre la mesa metálica—. No sé si puedo. No soy tu médico, ni el tuyo ni el de nadie, sólo vendo medicamentos. Necesito una receta para... Además, en tus circunstancias cualquier médico te ayudará. Te lo aseguro.

—Lo sé. Lo sé, Raúl, sé lo que me dijiste, pero si supieras cómo me siento... Estoy aterrado, Raúl. Tengo miedo, no puedo dejar de pensar, no he podido volver a abrir un libro. Ni... Y lo peor es que no sé qué hacer con mi hijo, tengo miedo por él, no sé por qué, pero tengo miedo por David... Necesito una pastilla para empezar el día, mi mente necesita un descanso, Raúl. No puedo seguir así. Son demasiadas horas. No lo resistiré. Tengo miedo.

Raúl tardó en contestar. Durante unos instantes se limitó a dejar vagar la mirada. Parecía calibrar las circunstancias, medir las consecuencias, valorar lo que no tiene valoración posible.

—Está bien. No sigas. Lo entiendo, claro que lo entiendo, pero me pides que... ¿Cómo puedo asegurarme de que no se te irá la mano?

—Una pastilla para empezar el día y otra para atreverme con la noche. Ni una más, te lo prometo.

—¿Sabes el riesgo que corro?

—Sé lo que te pido, Raúl. Lo sé. No lo haría si... Si tuviera otra opción. Puedo acudir al médico, pero tardaré unos días y no puedo esperar tanto.

Matías escondió el rostro entre las manos y continuó hablando como para sí mismo. Las palabras brotaban turbias de entre sus dedos, apenas eran palabras. Eran gemidos articulados. Raúl no acertaba a entender, pero podía imaginar. No hizo preguntas. Pasados un par de minutos Matías no pudo reprimir el llanto y los sollozos convulsionaron su cuerpo a su pesar. Raúl, con la vista baja y las lágrimas en las comisuras de los ojos, apuró la cerveza y aguardó en silencio.

—Pasa por la farmacia mañana a primera hora. No dejes que Cristina te despache, pregunta por mí.

—Gracias.

Matías no pudo decir más. No levantó la vista.

—Debes prometerme que visitarás a tu médico, son pastillas que necesitan receta. Es arriesgado. Yo no puedo...

No continuó.

## 8. Sábado, 21 de junio

ANA había decidido llevar a David al cine, a uno de esos estrenos para niños en los que todo son preguntas infantiles, agitar de manos y pies, risas, palomitas en los asientos y, en el suelo, crujir bajo las suelas al abandonar la sala. Se despidió de Ramón con un rozar de labios y de Matías con un guiño de complicidad.

—¡Nos lo vamos a pasar...! —aseguró estampándole al niño un sonoro beso en la frente y sacudiendo su mano en el aire para enfatizar sus palabras—. Después os arrepentiréis de no haber venido, pero no me vengáis llorando que os he avisado. ¡Ah, David! Coge el paraguas de los Power Rangers, quizás nos hagan falta superpoderes David rompió a reír.

Salieron poco después de comer para asistir a la sesión de media tarde. David recién peinado, con una camiseta de Spiderman y bien agarrado a su mano; Ana con la rubia melena recogida en una cola alta, los pantalones oscuros ceñidos como un traje de neopreno, el paraguas de los Power Rangers en una mano y su mejor sonrisa puesta. Ramón, como era previsible y sin dar más explicaciones, no tardó en levantarse del sofá y sentarse al teclado del ordenador, su lugar en el mundo. Era un hombre callado, cerebral, con un C.I. que tumbaba de espaldas y un apasionado del ciberespacio. La telemática era su oficio y su mayor afición y aprovechaba para navegar cualquier momento, incluso las más altas horas de la noche. Era su media vida, la otra media era Ana, la bella y jubilosa Ana. Resultaba difícil imaginar a qué hubiera podido dedicarse Ramón Orteu de haber nacido dos siglos atrás.

Matías pensó que había llegado la hora y buscó en su cartera de trabajo las llaves que el subinspector le había hecho llegar al despacho pocos días antes. La policía había tomado muestras y analizado a fondo el piso. No pensaban volver a visitarlo y Matías podía disponer de él.

En la calle la tarde del sábado era calurosa y húmeda, pero soportable, como corresponde al mes de junio en la ciudad. Caminó despacio, tan despacio como le fue posible sin llamar la atención más de lo estrictamente necesario. Últimamente le parecía que todo el mundo estaba pendiente de sus movimientos, de sus más pequeños gestos, de sus palabras... Intuyó la triste verdad nada más poner el pie en la acera. No tenía ganas de llegar.

En la terraza de El Bonanza un par de parejas, entradas en años y en carnes, apuraban entre risas sus tazas de café. Fermín, siempre hastiado y con

un mandil sucio a la cintura, pasaba el trapo a una de las mesas y apartaba a patadas las servilletas de papel arrugadas que habían ido a parar sobre la acera. Matías no recordaba a nadie que detestara más profundamente su oficio. Años atrás, cuando frecuentaba el establecimiento en compañía de sus amigos de siempre, el mal humor de Fermín era proverbial y uno de los atractivos más evidentes de El Bonanza. Con el tiempo había desertado, no necesitaba más desaires.

Se cruzó en la esquina con Vicenç, que vestía todavía el mono azul de trabajo y avanzaba resoplando en dirección a su casa. Acababa de cerrar el taller y se retiraba frotándose las manos sucias con un trapo. Se saludaron ambos sin palabras, con un elevar las cejas de mero reconocimiento. Ninguno de los dos tenía ganas de hablar. Vicenç sólo tenía hambre, Matías algo de miedo y un profundo malestar en las tripas. La señora Emilia, desde su discreta atalaya en el segundo piso montaba guardia. Lo saludó nada más verlo con un agitar de mano y el apuntar de una sonrisa.

—¿Necesitas algo? —se ofreció a gritos.

—Gracias, señora Emilia, creo que no.

La señora Emilia había enviudado joven. No tuvo hijos. Era una mujer repleta de energía que se negó a dejar el mostrador de la carnicería cuando el año anterior cumplió los sesenta y cinco, argumentando a los cuatro vientos que ella no aguantaba metida en su casa todo el día, que la casa se le venía encima. Asomarse a la ventana era tener un pie en la calle. Seguía despachando por las mañanas y buena parte de las clientas del negocio esperaban ser atendidas por Emilia, que tenía fama de ser extremadamente limpia y de ofrecer el mejor corte. A falta de algo mejor que hacer, aburrida de la tele y poco dada a otros entretenimientos, pasaba el tiempo libre apoyada en el alféizar o en la calle yendo y viniendo a ninguna parte. Conocía a todo el mundo y hablaba a gritos desde su torre de vigilancia o regulando la voz a pie de acera. Prestaba ayuda en la misma medida si tenía ocasión. Matías siempre se preguntó qué habría sido de ella si en lugar de vivir en el segundo hubiera comprado un ático.

En el buzón, repleto de folletos de colores que no se molestó en mirar, un puñado de cartas, las habituales, comunicados del banco, una circular de una entidad financiera que se empecinaba en concederle un crédito que no creía necesitar y otra de unos grandes almacenes. Lo de siempre. A Matías no le extrañó cuando, al atravesar el rellano del segundo piso, la señora Emilia le salió al paso. Era de esperar, había sucedido otras veces.

—Si quieres puedo ayudarte, no tengo otra cosa que hacer. Yo ya he pasado por esto y te aseguro que no acabas nunca. Siempre queda algo.

Matías no acabó de entender a qué se refería y Emilia pudo leerlo en su cara. De hecho Matías no tenía una idea muy clara de lo que pensaba hacer. No sabía a ciencia cierta a qué había venido, pero entrar en el piso era una manera como otra de averiguarlo, de ponerse a prueba. En momentos parecidos, con la señora Emilia enzarzada en una conversación no siempre inteligible en mitad del rellano, Matías había echado en falta un ascensor y así lo había comentado al llegar a casa. Raquel siempre se reía de él y le advertía que peor sería encontrarla en el diminuto espacio de una cabina, separados por apenas dos palmos y sin poder desviar la atención ni un par de segundos.

—*Y peor todavía que el ascensor se estropee* —añadía invariablemente para hacer reír a David.

—Sí, hombre. Ya lo verás. Me refiero a sus cosas —continuó—. Cuando uno piensa que ya no queda nada, que sus cosas ya no están en los armarios, ni en las mesitas, ni en ninguna parte... Cuando crees que no hay nada que te lo recuerde, siempre aparece algo, un cuaderno, una medalla... Qué sé yo. Yo todavía encuentro por casa cosas de mi Gregorio que debería haber tirado hace años. Te saltan a la cara de pronto, como a traición. Y han pasado más de treinta.

—Se lo agradezco, señora Emilia, pero todavía no tengo muy claro lo que voy a hacer. No sé...

—Te entiendo, hijo, te entiendo. Pero ya lo sabes, no tengas miramientos, aquí me tienes si necesitas cualquier cosa. Lo que sea —remató con una doble palmada en los muslos.

Matías enfiló el nuevo trecho de escaleras que quedaba hasta llegar al tercer piso esperando no cruzarse con nadie y comprendiendo que lo que acababa de decir era una verdad absoluta. No tenía ni idea de lo que pensaba hacer. Empezaba a arrepentirse de haber ido. Conforme avanzaba hacia su puerta, el estómago se le desbarataba y sentía las piernas blandas y torpes, de plastilina. Dudó unos instantes antes de meter la llave en la cerradura; en el interior el teléfono sonaba como sucedió el primer día tras la muerte de Raquel. ¡Maldito teléfono!, pensó mientras el corazón se le aceleraba y las lágrimas le trepaban a los ojos. El dolor se convertía fácilmente en rabia, y ésta de nuevo en un dolor que se repartía por todo su cuerpo como impulsado por la sangre. Dolor y rabia lo devoraban todo. ¡Maldito teléfono! No pensaba descolgar, ni ahora ni nunca. Quienquiera que fuese podía seguir llamando hasta el día del juicio final.

Abrió lentamente mientras el teléfono seguía sonando. De no haber sido por que Raquel se había precipitado por una de ellas, quizás habría arrancado el aparato y lo habría arrojado por la ventana. Cuando segundos después el teléfono dejó de atronar en sus oídos, Matías avanzó intentando no hacer ningún ruido, aunque sin entender por qué. ¿A quién podrían molestar sus pisadas en un piso vacío?

El piso entero estaba a oscuras, los agentes habían bajado las persianas y cerrado todas las puertas antes de abandonarlo definitivamente. Sintió una angustia creciente conforme se adentraba en el pasillo y alcanzaba el comedor, no soportaba la penumbra en el piso desierto. Lo primero que hizo Matías fue olvidar las cartas sin abrir sobre una mesa y apresurarse a dejar pasar la luz de primera hora de la tarde. Pensó que le haría bien, y así fue. Inmediatamente después se desplomó en un sillón. Se sentía extenuado, como si acabara de acarrear el mundo entero a la espalda. El piso, con las tripas al aire, presentaba el desorden propio de un registro a fondo. Advertir que apenas quedaba nada en su lugar no le ayudó lo más mínimo a afrontar la tarde.

Desde la cómoda la figura de Raquel, con un vestido rojo y negro y el pelo oscuro recogido, destacaba sobre el fondo oscuro de la catedral de Estrasburgo. No vivían juntos cuando hicieron aquel viaje, lo decidieron poco después, al cabo de unos meses. En otras fotografías David, Raquel y él mismo asomaban en mitad de un bosque o junto a la playa. Fotografías del pasado, escenas que no volverían a repetirse. David en diferentes momentos de su corta vida: un bebé sonriente, un párvulo con la mochila a cuestas y en la más reciente un niño guapísimo de ojos inquietos. Algo más allá, un primer plano de Raquel, una instantánea bellísima. Debería decidir qué haría con ellas. Podía no tocarlas, pero sería doloroso contemplarlas cada mañana, cada tarde, cada noche antes de dormir. Doloroso para él y mortificante para David, que continuaría echando en falta a su madre y no hallaría tregua. Podía deshacerse de ellas o guardarlas en un armario. La mera idea de tirarlas, el hecho de que se le hubiera pasado por la cabeza librarse de ellas, le permitió entrever lo que hacía días que se negaba interiormente a admitir.

Estaba terriblemente resentido con Raquel, sentía verdadera cólera y una ira que supuraba constantemente como una herida mal cerrada. No sólo no entendía nada, sentía la rabia desbordar cada poro. No era un sentimiento en estado puro, eran muchos y todos a la vez. Cólera, rabia, ira, enfado... cualquiera de ellos. Un rencor desmesurado por haberlos dejado solos, por haberse marchado, por haberlos abandonado como lo había hecho, sin la

menor explicación, en cuestión de unas horas, de un momento para el siguiente. Se sentía terriblemente furioso, superado por una violencia reprimida que lo asaltaba casi a ráfagas como el ataque de un enemigo feroz y siempre agazapado. No necesitaba el nombre exacto para reconocer en su interior un resentimiento profundo y doloroso, como una brecha abierta en la carne con un hacha.

En el suelo, junto a la mesa del comedor el bolso de Raquel. Algún policía lo había dejado allí tras sacar el móvil para rastrear las llamadas.

Incapaz de decidir cómo continuar y si debía hacerlo, lloró a solas durante un buen rato, hasta que el sol asomó entre los edificios enfrentados y pudo verlo desde el sillón. Hasta que el sol compasivo de la tarde avanzada acarició sus párpados enrojecidos. Lloró hasta que, evaporadas las fuerzas, no le quedaron ni lágrimas. Quizás era eso lo que había venido a hacer, superar su asignatura pendiente, llevar adelante el duelo por Raquel. Un duelo que no se había permitido llevar a cabo.

Cerró los ojos y con la mente en gris oscuro decidió solucionar un par de cosas. En el contestador una larga serie de llamadas que no se molestaría en contestar. Amigos que se disculpaban por no haber podido asistir al funeral, comerciales que intentaban vender a toda costa terminales de telefonía y conexiones casi regaladas, números desconocidos desde los que alguien había llamado muchas veces sin dejar mensaje y por fin la voz de Alicia, que le sonó especialmente distante y severa. Quizás sólo se tratara de una extraña manifestación de su tristeza. Ella era así, extraña, severa.

—Matías, soy yo, Alicia. Necesito hablar contigo. Te he llamado al móvil un par de veces, pero no me has contestado. No tengo el número de tu hermana. Llámame cuando puedas. Es urgente.

Muerta Raquel, no quedaba, a su entender, nada en el mundo que pudiera ser urgente.

Cogió las fotografías en las que aparecía Raquel y las guardó boca abajo en el estante superior del armario, bajo las mantas. Quizás más adelante, cuando su muerte no fuera tan reciente, volvería a colocar algunas de ellas sobre la cómoda, donde habían estado siempre. Tampoco pensaba privar a David de la imagen de su madre ni de su recuerdo. La verdad es que, hiciera lo que hiciera, difícilmente saldría bien. Sacó todo lo que Raquel llevaba en el bolso, no advirtió nada que no le pareciera normal. Las llaves, su agenda, el pequeño neceser con cuatro cosas, unas gafas de sol compradas el verano anterior y un paquete de pañuelos de papel. Abrió su agenda y comprobó que no había registrado nada especial para el día de su muerte y que, aunque muy

pocas, había alguna anotación de lo que debía hacer en los días posteriores: David al pediatra, comprar los libros escolares de David, redactar informes, revisión del ginecólogo.

Planes para el futuro. ¡El futuro!

El asunto era como para volverse loco, y así se sentía Matías, a punto de enloquecer. Nunca antes se había sentido tan frágil, tan desvalido ni tan triste.

Se sentó en la cama que habían compartido durante años y vació sobre las sábanas los cajones abiertos de la mesita de Raquel. Nada que le hubiera pasado por alto a la policía, nada que le llamara la atención. Retiró los libros que esperaban desde hacía semanas junto a su lámpara y los colocó en una repisa en la habitación a la que siempre habían llamado estudio y en la que tenían el ordenador, los libros acumulados a lo largo de sus vidas y los álbumes escolares de David... Buscó un par de bolsas de basura y fue metiendo en ellas todo lo que encontró y que creyó que no debía conservar. Cremas, frascos de colonia, su ropa interior...

El teléfono volvió a sonar rompiendo el silencio y desbaratando su ánimo. La llamada le inquietó, como todas las anteriores, pero Matías ni se aproximó al aparato. No quería hablar con nadie. Y menos con Alicia.

Necesitaría algunas cajas grandes para vaciar su armario. Pensó que quizás pudiera entregar sus cosas a alguna asociación, no sería difícil, podrían serle útiles a alguien. Pero imaginó por un momento tropezarse con una mujer que vistiera la blusa negra que tenía en aquellos momentos entre las manos, la camiseta de colores o el collar de cuentas rojas de madera que acababa de sacar de un cajón. Imaginó en un instante tantas cosas que no supo ni pudo continuar. Colocó toda su ropa, sus zapatos, sus cinturones, los bolsos... todo sobre la cama, como si estuviera preparando una mudanza, cerró la puerta y allí lo dejó. Dentro de unos días se ocuparía de ello. No le quedaban arrestos para seguir vaciando el armario del baño, ni los archivos del ordenador, ni el cajón de las medicinas, ni... Era el piso entero el que debería poner patas arriba.

Raquel estaba en todas partes sin estar en ningún sitio.

Quizás a eso se refería la señora Emilia, y no dejaba de tener razón. Necesitaría ayuda. No resultaba fácil ni rápido borrar completamente la presencia de alguien.

Antes de disponerse a salir tras haber echado una ojeada al resto de la casa y haber comprobado por segunda vez que, efectivamente, no había bayetas, ni cubos, ni productos de limpieza fuera del lugar que acostumbraban a ocupar en el lavadero, sonó de nuevo el teléfono. Matías se acercó al aparato,

comprobó que no era el número de Alicia. No se sentía bien y no quería emprender con ella una conversación, ni trivial ni de gravedad, no tenía ganas de hablar con Alicia. Pensaba demorar la conversación cuanto le fuera posible. La imaginaba desconsolada, como a sus padres y, puesto que no sabía qué pensar, no sabía qué decirle. No había vuelto a verlos, no podía. Qué consuelo podía ofrecerles, qué alivio podrían encontrar.

No reconoció los dígitos que durante unos segundos aparecieron en la minúscula pantalla, por eso descolgó el auricular.

—¿Sí? Diga —preguntó.

Al otro lado el silencio de alguien que no había colgado, alguien que escuchaba, alguien que esperaba quizás otra voz.

—Dígame —insistió malhumorado, no tenía el cuerpo para juegos de mal gusto. Y su voz sonó como una orden.

No hubo respuesta. Una persona aguardaba al otro lado, alguien escuchaba, de eso estaba completamente seguro, probablemente un hombre. Matías creyó poder oír su respiración. Hubiera jurado que se trataba de un hombre. No hubo respuesta. Pasados unos segundos en los que ambos, Matías y su mudo interlocutor, permanecieron en silencio, el desconocido colgó.

—¡Hijo de puta! —gritó al auricular antes de colgar.

La llamada consiguió alterarle el ánimo todavía más. Matías lamentó no haber retenido el número desde el que se efectuaba la llamada ni haberlo apuntado de inmediato para no olvidarlo. Era un teléfono móvil, de eso estaba seguro, recordaba que la primera cifra era un 6, pero sabía que al descolgar el receptor los dígitos ya no quedaban retenidos en la memoria del aparato y que no estaba en su mano recuperarlo.

No tardó en olvidarla, tampoco era la primera vez, absorto como estaba en todo cuanto le quedaba por hacer para regresar a casa en compañía de David. Acababa de decidir que se instalarían nuevamente en el piso pocos días después de que finalizara el curso escolar. De esta manera, David recuperaría cuanto antes lo más parecido a la normalidad que en adelante podría proporcionarle.

Volvió a casa de Ana mientras la noche se derramaba sobre las calles y los paseantes regresaban ya a sus casas. A poca distancia, avanzando hacia él por la misma acera, reconoció a una pareja de amigos. En otras circunstancias probablemente se habría alegrado de encontrarlos. Caminaban del brazo, despacio, riendo. Se llevaban bien, siempre lo habían hecho. Los vio venir, los reconoció enseguida, pensó que preferiría no tener que pararse, pero era demasiado tarde. Joana era amiga de Raquel, habían compartido pupitre, se

conocían desde que ambas iban a la escuela. Manel, su marido, era un buen hombre, un tipo divertido que conducía un autobús urbano y que siempre tenía cosas que contar. Simpatizaban.

También ellos lo vieron y en un gesto que no supieron, o no pudieron reprimir, desligaron sus brazos, se distanciaron unos centímetros y rectificaron el gesto divertido. A la gente le resultaba extrañamente impúdico exhibir su felicidad, una felicidad que duraba años, ante Matías al que suponían triste hasta la desesperación. Y no erraban.

Matías bajó la cabeza y pasó de largo.

Aquella noche, momentos antes de rendirse a los efectos de las pastillas que garantizaban el sueño, pensó de nuevo en la estúpida llamada telefónica. Quizás la maldita llamada no tenía importancia. A menudo la gente se equivocaba de número y al no identificar la voz no se molestaba en responder. En otras ocasiones se trataba de algún descerebrado sin otra ocupación que intentaba así causar inquietud. Pero a falta de otros hilos de los que estirar... Quizás debería hablar con Nasarre aunque sólo fuera para forzar que la investigación permaneciera abierta.

Intentó aparcar la llamada durante unas horas en un pliegue de la memoria y con ella la dosis añadida de desasosiego. Pensó que ya tenía bastantes preocupaciones y que no soportaría una más.

Sin poder evitarlo se durmió pensando en el sombrío silencio del auricular.

## 9. Jueves, 26 de junio

HACÍA días que a Matías sólo le asignaban casos de poca importancia, menudencias. Reparó en ello camino del despacho mientras subía y bajaba del vagón atestado que a primera hora de la mañana le acercaba a la Gran Vía. Repasó mentalmente los últimos asuntos a su cargo, un par de siniestros parciales derivados de las lluvias prolongadas y las consiguientes inundaciones de sótanos y aparcamientos, indemnizaciones de poco valor que debía negociar a satisfacción de la empresa, a la baja, desde luego, la revisión de unas cuantas pólizas y un puñado de asuntos de escasa relevancia y menor riesgo.

Tres semanas y no se había encargado de evaluar ni de supervisar un solo accidente mortal, ni laboral ni de circulación, tampoco le habían adjudicado ningún siniestro de fuste, ningún incendio, ningún robo. Todas sus ocupaciones habían sido cuestiones de mero trámite. Quizás debiera agradecersele a la buena intención de Mauricio Nieto, el encargado de distribuir el trabajo entre la docena larga de peritos a su cargo y su máxima autoridad directa. De superiores indirectos no conocía ni el número, pero eran legión. En otras circunstancias los lunes, en la reunión que acostumbraba a celebrarse a primera hora de la mañana, Matías siempre recibía algún problema mayor. Uno de aquellos en los que no dejas de pensar durante días enteros y del que no te libras hasta considerarlo cerrado tras haber redactado un informe, negociado con los beneficiarios o habiendo emprendido en última instancia la vía judicial.

Quizás, y no le extrañaba que así fuera, Mauricio desconfiaba de él, de su capacidad actual de trabajo, de su concentración, de su estabilidad emocional. Él mismo albergaba serias dudas.

Matías nunca antes se había quedado dormido en el metro y en muy contadas ocasiones se había saltado la parada mientras andaba ensimismado y pensando en sus cosas. Aquella mañana, en lugar de apearse en Urgell se había visto obligado a hacerlo en Rocafort al abrir los ojos y darse cuenta de que en el vagón se cerraban ya las puertas. Había llegado casi diez minutos tarde bajo una lluvia disparatada y sin paraguas, tras intentar, sin conseguirlo de ninguna manera, bajar del convoy cuando ya era demasiado tarde. Tampoco recordaba nunca haberla emprendido a puñetazos con las puertas ni haber desdeñado tan abiertamente la opinión del resto de los viajeros, que, en

resumidas cuentas, le importaba un carajo. Recordaba con bochorno haber respondido con insolencia a un hombre mayor, casi un anciano, que educadamente le recomendaba paciencia. Para acabarlo de arreglar, en lugar de esperar al próximo metro que llegase en dirección contraria, había resuelto caminar al trote unas cuantas calles bajo el mayor chaparrón que recordaba haber visto.

Ni él mismo se reconocía en sus actos y no lograba reconciliarse con sus pensamientos. No debía extrañarle que Mauricio Nieto le asignara asuntos menores por lo que pudiera pasar. Quizás no fuera del todo ajeno que aquella misma noche, a pesar de la pastilla indispensable para conciliar el sueño, se hubiera despertado bañado en sudor, angustiado, devorado por el miedo y con la sensación de tener a Raquel muy cerca. De poderla tocar si alargaba el brazo y de poder escuchar su respiración en la intimidad de la habitación que ocupaba todavía en casa de Ana. Una mera sensación, un engaño de la mente. Una locura. Ni tan siquiera había soñado con ella, no la había visto moverse, ni reír, ni hablar. Había intuido, con una mezcla de alegría y de horror, su presencia a su lado, el volumen de su cuerpo, la tibieza de su piel, la caricia de sus cabellos en la espalda.

A punto había estado de susurrar su nombre, a punto de hablarle a un espectro.

Como lo haría un loco, como un demente.

Matías, atormentado por un cerebro infatigable, estremecido por una compañía que añoraba intensamente en el lecho, en la mesa, en el sofá, en la mano vacía, había roto a llorar en mitad de una noche poblada de fantasmas que prefería mil veces a los días que tenía por delante. A la vida por vivir.

Por el momento no había recibido ningún aviso ni reproche alguno procedente de Mauricio, pero saltaba a la vista que no rendía lo esperado.

Las pastillas arrancadas con sudor, lágrimas y abundante sangre ajena, la sangre de Raquel, a la buena voluntad de Raúl, conseguían calmar su ansiedad y relajar sus nervios, tensos como cuerdas de guitarra. Pero no estimulaban su concentración, que continuaba dispersa, como descarriada, errando de un matorral al siguiente como vaca sin cencerro. Se sentía más distraído de lo habitual y alarmantemente propenso a abandonar a su suerte los pensamientos ya iniciados. A menudo tenía la sensación de que durante unos instantes su mente permanecía colgada y sus cavilaciones en suspenso, como si se tratara de un ordenador que debiera reiniciarse para continuar funcionando. Como si su capacidad de pensar se viera interrumpida,

colapsada, como si no pudiera progresar, ni proseguir, ni mucho menos finalizar una especulación.

Y así pasaba Matías el día entero, reiniciándose. Junto a la máquina de café, en el lavabo, cerca de la ventana barrida por la lluvia o frente a la pantalla del ordenador. Lo conseguía con un simple parpadeo o, en su defecto y en situaciones de completo ensimismamiento, con un movimiento enérgico de la cabeza.

Y en ello estaba, reiniciándose a sí mismo mientras sorbía los restos de un café muy azucarado junto a la máquina dispensadora, cuando Marta, la becaria que hacía las veces de telefonista, recepcionista y secretaria personal de Matías, le indicó con un gesto que le pasaba una llamada.

—Es personal, creo —añadió la chica casi en un susurro cuando Matías, ostensiblemente contrariado, pasó junto al mostrador camino de su mesa—. Una mujer.

Marta vestía un top de color rosa a juego con su sombra de ojos de un rosa intenso, unas gafas con las patillas rosas, una falda tejana sobre unos leggings negros y unos zapatos bajos, como de torero, que mostraban unos tobillos excesivamente anchos a los que sucedían unos pies diminutos. En la muñeca izquierda varias pulseras, todas de color rosa a juego con otras tantas en su tobillo derecho, y colgando de sus lóbulos unos aros rosados y anchos como esposas. El conjunto, que en otra mujer hubiera resultado francamente desafortunado, en Marta adquiría proporciones de verdadero desatino. La chica compensaba su escasa pericia en algunos asuntos como la apariencia personal con una inteligencia sorprendentemente rápida, unos bellísimos ojos violeta que la sombra de ojos no conseguía disimular y una bonhomía a prueba de bombas.

—¿Sí? Soy Matías Ballester.

—Hola, Matías, soy yo, Alicia —contestó la voz al otro lado—. He llegado a pensar que no querías hablar conmigo...

El corazón le dio un vuelco, la voz de Alicia era dura, afilada como la hoja de un sable. El cuerpo reaccionó como siempre, se le llenó de pinchazos, como si alguien disparase miles de agujas de pino a sus axilas, a sus ingles o a su vientre. Ni su gesto de contrariedad ni su sobresalto pasaron desapercibidos a sus compañeros más cercanos. Trabajar en despachos abiertos tiene sus inconvenientes. Matías juraría que el ruido ambiental descendió en unos cuantos decibelios y que los ocupantes de la gran sala, atestada de ordenadores y teléfonos, bajaron la voz y separaron las manos de sus teclados. No era la primera vez, lo había observado en otras ocasiones.

*Algo personal*, había dicho Marta, y no se equivocaba. No lo hacía nunca. No había en el mundo nada más personal.

—No tenía muchos ánimos, Alicia, la verdad —respondió sintiéndose súbitamente obligado a mantener una conversación que no deseaba. Como si acabara de caer en una trampa. Todavía sentía alfilerazos en las axilas. Le pasaba siempre que experimentaba miedo, era su reacción habitual, a otros se le altera el estómago o experimentan urticaria. Pero, ¿miedo de qué? ¿De lo que pudiera pensar Alicia? ¿De lo que pudiera decir?

Alicia estaba en su derecho, quizás incluso pudiera ayudarle a entender, pero no deseaba hablar con ella. Desde la muerte de Raquel, Matías se había sentido en falso, como si llevara el paso cambiado. No le habían acusado, no encontraron de qué, tampoco él se había sentido culpable, pero antes y durante el funeral, los padres de Raquel y su hermana apenas se habían acercado, no habían cruzado más que unas cuantas palabras, muy pocas, de dolor y de asombro. No lloraron juntos, no se ofrecieron consuelo, no supieron hacer de su duelo un único duelo. Por separado se dejaron cercar por la pena, se alejaron y así permanecían, sitiados. A gran distancia unos de otros, como enfrentados. Matías junto a Ramón y Ana, Alicia, como era de esperar, muy cerca de sus desesperados padres.

—Te he llamado a casa, al móvil, he conseguido hablar con tu hermana y siempre me ha dado alguna excusa. Que si ha salido un momento, que si está durmiendo a David, que si se está duchando... Me ha asegurado que me llamarías, pero no lo has hecho. ¿A qué estás jugando, Matías? ¿Por qué no quieres hablar conmigo? ¿Por qué te escondes?

Matías tardó en contestar, tampoco él lo sabía exactamente, pero no quería hablar con ella, de eso estaba seguro. Intentó no parecer todavía más descortés.

—No me escondo. Ni de ti ni de nadie, Alicia. No pienses lo que no es. Pero no tengo ganas de hablar. Con nadie. Simplemente prefiero no ponerme al teléfono, no tengo muchas ganas de conversar. Sigo dándole vueltas...

—¡Ganas de conversar! ¿Tú te has oído? ¿Y cómo te crees que estamos los demás? ¿Cómo crees que están mis padres? Han visto a David porque tu hermana es una buena persona y lo llevó una tarde. Ha pasado un mes, y de ti ni la menor noticia. ¿Has pensado en ellos? Han perdido a una hija y si tú no pones nada de tu parte, quizás habrán perdido también a un nieto. ¿Cómo crees que está mi madre, Matías? ¿Y mi padre? ¿Cómo puedes...? No ha pisado el estanco, no ha podido. ¿Te lo imaginas? ¿Te imaginas perder

también a David de un día para otro? ¿Y cómo estoy yo? ¿Has pensado cómo estoy yo? Era mi hermana, mi única hermana.

La voz de Alicia se reblandeció en el aire, perdió pie como si dejara de sostenerse, se replegó y se llenó involuntariamente de lágrimas. También los ojos de Matías. Le temblaba la mano en la que sostenía el auricular y apoyó el codo en la mesa. Se sintió de repente tan cansado y tan abrumado por su llanto que a punto estuvo de dejarlo caer, de colgar. Se inclinó sobre la mesa casi sin darse cuenta, no quería que le vieran. A Alicia no le faltaba razón, pero quién era ella para exigirle que velara por otros cuando apenas podía continuar con su vida. ¿Qué derecho tenía a...?

Marta no le quitaba ojo de encima, le interesaban especialmente los asuntos personales, sentía una verdadera inclinación por la intimidad de los demás. También Nati, desde su mesa en el otro extremo de la sala, miraba en su dirección. Colgar y dejarla con el llanto en la boca sería demasiado fácil, pensó. Alicia no se resignaría. Volvería a llamar, irrumpiría en la sucursal, se plantaría frente a su mesa. Si se había propuesto hablar con él, si tenía el asunto entre ceja y ceja, no habría escapatoria. Nunca la había. No con Alicia. Dejó pasar casi un minuto, quizás incluso algo más, antes de volver a hablar. Alicia, al otro lado, continuaba sollozando. Se le antojó una eternidad.

—Tú dirás, Alicia. ¿De qué quieres que hablemos?

—De todo, Matías, de lo que ha pasado, de por qué ha pasado... De... Necesito una explicación. Como tú, tú también debes necesitarla. No podemos...

A Alicia se le atropellaban las palabras en la boca, muchas se le quedaron entre los dientes, medio mordisqueadas, otras llegaron ilesas hasta el aparato. Algunas, sencillamente, Matías pudo adivinarlas.

—Yo no puedo explicarte nada, ojalá estuviera en mi mano —aseguró con toda la templanza que fue capaz de reunir—. ¿Crees que si tuviera explicación...? Si pensara que...

—También quiero hablar de David, es mi sobrino, el hijo de mi hermana, es... —continuó Alicia en un tono desconcertante a medio camino entre el ruego y la rabia.

Fue una inflexión sutil en su voz la que hizo saltar todas las alarmas.

—¿De David? ¿Qué hemos de hablar de David? Tus padres podrán verlo y tú también, desde luego, no pienso... Están en su derecho, si no lo he hecho antes es porque no me quedaban fuerzas, pero no tengo nada que hablar de David. Nada.

De un manotazo hubiera arrojado bien lejos el aparato y hubiera puesto fin a una conversación que le resultaba todavía más dolorosa de lo que había imaginado. No lo hizo, pero sus dedos se tensaron en torno al auricular y un dolor agudo le subió hasta el pecho. No consiguió descifrarlo.

—Quiero que hablemos, pero no por teléfono —insistió Alicia, y en su voz advirtió Matías el rescoldo de la súplica.

Matías no contestó.

—Mi hermana nunca... David era su hijo, ella no... Raquel... —continuó farfullando sin conseguir acabar ninguna de las frases.

—Está bien, Alicia. ¿Cuándo quieres que nos veamos? —Se resignó, los malos tragos cuando antes, había oído decir.

—Si te va bien podemos comer juntos hoy mismo. Te espero a las dos en la puerta de la agencia.

Alicia había madurado la posibilidad, había hecho sus planes. Era una mujer cerebral que no dejaba nada a la improvisación, todo en ella era premeditado. Sabía *a priori* que hoy comerían juntos.

—Está bien. Nos vemos a las dos —aseguró Matías con los dedos agarrotados.

Aliviado porque sólo disponía de una hora para comer y eso acotaba el tiempo que podía dedicarle, se despidió de su cuñada con un «hasta luego» y colgó. Tuvo que volver a reiniciarse mediante un resoplido involuntario y perfectamente audible desde el mostrador que fue convenientemente malinterpretado por la becaria. Sólo después de hacerlo tuvo arrestos para abordar el expediente que esperaba sobre su mesa.

Y las dos del mediodía se le echaron encima. No fue un suspiro, nada más lejos, se le hizo largo, eterno, como se le hacían últimamente todas las mañanas. Pero juraría que llegaron por sorpresa, que se le encimaron como un batallón enemigo. Dejó sobre la mesa una maraña de carpetas y acometió despacio la distancia que lo separaba de la calle. Como si arrastrara cadenas. Y en cierto modo así era, pesadísimas cadenas en torno a sus pies y, a juzgar por la opresión que sentía en el estómago, también en torno a su abdomen. Un extraño y desorientado reo que deambulaba en dirección a la calle.

Se despidió de Marta, de Pau y de Sebastià, que lo aguardaban como cada día varados en el portal, muy cerca del arranque de las escaleras. Acostumbraban a comer juntos. No hablaban mucho, tenían poco en común. Matías apenas explicaba nada y se resistía cuanto podía a hablar de lo sucedido. Pau se encargaba de animar la conversación, a veces la sostenía en solitario, como un titán. Sebastià generalmente se limitaba a ojear el diario

deportivo y a mostrar su apoyo con algún cabezazo ocasional y sin desviar la vista de los pies de foto.

Marta sólo se interesaba si la charla tomaba una deriva confidencial. Asistía al resto intentando disimular su indiferencia. Ella era así.

—Hoy no puedo, me esperan —se disculpó Matías señalando la calle con una mirada.

Alicia estaba allí, en la acera, escrutando a través del cristal, buscando su silueta en el interior, impaciente. Aunque Matías adoraba la lluvia pensó que afortunadamente había dejado de llover, nada le hubiera gustado menos que acercar su cuerpo al de Alicia, rozarse incluso, para compartir un paraguas.

Le saludó con un gesto al reconocerlo al pie de la escalera. Se había vestido como para asistir a una reunión de negocios. Francamente alarmante. Zapato alto, falda negra y abierta por detrás rematada por un cinturón ancho y camisa blanca. En torno a su cuello un collar plateado, probablemente plata, de eslabones gruesos como brazaletes que le obligó de nuevo a pensar en las malditas cadenas. Los labios rojos, los ojos resaltados por un festón negro, parecida en casi todo a Raquel, verdaderamente guapa. La portada de una revista.

Marta abrió los ojos con admiración y sin disimulo hasta hacer desaparecer de sus párpados la sombra rosada. Su labio superior se acercó a las inmediaciones de su nariz y dibujó una interrogación. Sebastià a punto estuvo de silbar apreciativamente, pero demostrando una discreción *ad hoc*, no lo hizo. Matías se lo agradeció interiormente. La mirada de Sebastià al pasar junto a ellos y rebasarlos habló por él. Alicia ni tan siquiera pareció advertir que era objeto de su interés. Estaba acostumbrada a que así fuera.

—Tengo que volver a las tres —se disculpó Matías tras cruzar con Alicia un par de besos en el aire.

—Lo sé. No importa —dijo y echó a andar con decisión encaramada a unos tacones altos que la situaban a la misma altura que Matías y le permitían mirarle derecho a los ojos, quizás ése era el propósito—. Conozco un sitio en el que sirven deprisa.

Lo había previsto todo.

Matías se limitó a situarse a su altura y a seguirla Gran Vía adelante. Entró a su estela en un restaurante cercano, uno de tantos. Había estado otras veces. Las sillas eran incómodas, las mesas demasiado pequeñas, como de café parisino, pero era el único local en varias manzanas en el que el sonido del televisor no alcanzaba cada rincón y sofocaba cualquier intento de cruzar unas palabras. Alicia sabía lo que hacía, siempre lo sabía. Ella era así, por eso

infundía temor, porque no presentaba fisuras. Lo supo cuando, casi inmediatamente después de licenciarse, contrajo matrimonio con el maduro abogado, Xavier Ferrer, propietario absoluto del bufete en el que la joven y guapísima recién licenciada había hecho sus prácticas. Matías la recuerda perfectamente. Lista, bella como pocas y ambiciosa como nadie. Casi perfecta para según quién. Perfecta en todo para Ferrer, que se enorgullecía públicamente de una mujer así. Decía de ella que lo que más le gustaba es que no tenía escrúpulos. Por eso Matías no se sentía a gusto con Alicia, porque era casi perfecta en todo y porque, como buena abogada, carecía de escrúpulos. Ya apuntaba maneras en los primeros cursos de la facultad de derecho, cuando se conocieron ambos compartiendo aula y hastío.

Un camarero les indicó una mesa minúscula junto al ventanal tras repasar a Alicia con la mirada de arriba abajo y sin complejos. Desde el cabello perfectamente dispuesto sobre su cabeza hasta sus tobillos torneados, pasando por unos pechos breves apenas intuidos por la abertura del escote, una cintura pronunciada y unas caderas en su justo término. Se sentaron en silencio y durante unos instantes ambos estudiaron el menú. No había mucho que cavilar. Era lo de siempre.

Antes de hablar Alicia llenó su copa de agua y se la llevó a los labios. Al dejarla sobre la mesa Matías advirtió la huella imprecisa y levemente grasienta de su brillo de labios rosa pálido. Rosa, como los complementos de Marta, como sus párpados de muñeca. Sintió miedo. Un miedo intangible que le removió las tripas y se le instaló en las sienes.

—¿Tú notaste alguna cosa en su comportamiento que te pudiera hacer pensar que algo no iba bien? —preguntó Alicia sin tapujos tras olvidarse de la copa y carraspear levemente a modo de preparación.

Matías había respondido a la misma pregunta decenas de veces y no pudo evitar mostrar una fatiga tan real como el rastro del brillo en la copa, como el trozo de cadena que se movía entre los pechos de Alicia, que acababa de inclinarse hacia delante. Sabía que se avecinaban preguntas peores.

—Sabes que no, te lo he dicho. Lo he dicho mil veces, a ti, a la policía, a tus padres, a mis vecinos, a todo bicho viviente. No noté nada, quizás no estuve muy atento, pudo pasarme por alto, no lo descarto, pero te aseguro que si hubiera...

—Ya... Pero sin embargo vivías con ella. Pasabais juntos muchas horas, ¿ella no parecía...? Quizás estaba más abstraída, o lloraba, o... Qué sé yo. Algo deberías haber notado. La gente no se tira por la ventana de buenas a primeras sin que...

En su tono había mil matices y ninguno bueno. No había forma humana de escapar a la alargada sombra que proyecta la duda, una sombra maldita, un maleficio. De nada servía recordar que Matías pasó el día entero fuera de casa en compañía de otros empleados de la aseguradora, ni que, tal como había comprobado la policía, no existiera ni la más mínima posibilidad de que hubiera empujado a Raquel haciéndola caer a la calle.

La sospecha era ahora como una molesta segunda piel.

—La gente, no. Tu hermana, sí —respondió con acritud a la duda omnipresente—. No sé qué es lo que le pasó por la cabeza, te aseguro que no lo sé, y no voy a volver a repetirlo. Llevo semanas sin pensar en otra cosa, no hago más que darle vueltas. No noté nada. Quizás menos ganas de salir, más cansancio, pero... Últimamente prefería quedarse en casa por las tardes. Cuando llegaba de la escuela, no me acompañaba al parque, estaba cansada y en casa siempre había cosas por hacer. ¿Por qué había de extrañarme? Raquel trabajaba en la escuela, es un trabajo duro. Yo mismo estoy cansado. ¿Por qué iba a extrañarme? Quizás ella te lo dijo. ¿Te extrañó a ti?

Alicia permaneció impertérrita mientras jugaba con los eslabones de la cadena que colgaba de su cuello.

—Los dos nos pasábamos el día fuera de casa. Pero no me resultaba extraño, te lo repito, también yo estaba cansado. ¿Quién no preferiría quedarse en casa?

—Y entre vosotros ¿todo andaba bien? No sé, ¿discutíais?, ¿habíais tenido alguna pelea importante?

Y aunque la voz de Alicia era, a oídos de Matías, la de una serpiente, al hablar no era una lengua bífida, no aparentemente. En eso pensó Matías mientras esperaba a que se alejara el camarero de origen lejano y ojos azules como fondos de piscina que, con suma dificultad por la falta de espacio, acababa de depositar un par de ensaladas sobre la mesa sin quitarle el ojo al escote de Alicia.

A punto había estado de volcar la copa de agua.

—No sé, a veces las parejas discuten y uno de ellos...

—No sé qué es lo que quieres decir, pero Raquel y yo no habíamos discutido. Ni ese día, ni en días anteriores. Nos llevábamos bien. Lo sabes, lo saben tus padres, lo sabe todo el mundo. No acostumbraba a alzarle la voz y nunca en la vida le puse una mano encima. ¿Es eso lo que querías saber? O quizás crees que contraté a un sicario para que subiera y...

Los dedos se le tensaron en torno al tenedor. Pensó en tomarse otra pastilla, la estaba necesitando, pero no en presencia de Alicia. A saber lo que

podría pensar. Nada bueno.

—No es necesario que te pongas así, sólo pretendía... Es todo tan extraño, Raquel no era depresiva.

—No me expliques otra vez cómo era Raquel, por lo que más quieras. — Antes de proseguir Matías no pudo evitar preguntarse qué era lo que Alicia más quería. A su marido, desde luego que no. Su trabajo, su carrera...—. Llevábamos juntos más de 10 años, soy yo el que puede hablar de Raquel. — Matías zanjó la cuestión acompañando la ensalada de un trago largo de cerveza fría.

Alicia bebía agua, litros de agua diariamente. Para hacer reír a David, Raquel, su propia hermana, decía de ella que en el fondo era un camello, y que la acumulaba por si la necesitaba en los días calurosos, que sus jorobas eran invisibles y que podría atravesar desiertos enteros en caso de necesidad. Alicia le seguía la corriente en presencia del niño y se llevaba a la boca la botella de agua mineral que acostumbraba a acompañarla las 24 horas. Matías lo recordó todo a ráfagas, como recordaba últimamente tantas cosas.

Agua a pequeños sorbos y alguna hoja de lechuga que ensartaba con el tenedor una a una, muy despacio, como si pretendiera hacerla durar eternamente.

—¿Has hablado con sus compañeras? Una de ellas era amiga íntima, creo que era Alba. Si algo pasaba por su cabeza quizás... A veces una le cuenta cosas a una amiga que no le diría a...

—Que no me diría a mí. ¿Es eso, no? Mira, Alicia, la policía ha hablado con todo el mundo, les he dado el nombre de sus amigas, el de sus amigos, el de los compañeros en la escuela... Les he dicho todo lo que sabía y por el momento no han averiguado nada. Si le pasaba alguna cosa no se lo había dicho a nadie.

Las palabras de Matías no hicieron mella en Alicia. Ella era así. Una esfinge. Piedra y toda la ambición que cabe en un cuerpo.

—Pero contigo sería diferente. Alba quizás no hablaría con la policía, pero contigo...

—Alicia, por favor, si quieres mortificarte puedes seguir haciéndolo. Tú verás, pero yo tengo un hijo, y una vida por apedazar. Dicen que tengo todavía una vida entera por vivir. Me lo han repetido mil veces. Pero no es fácil ¿sabes? Un día de éstos tengo que dejar de pensar, tengo que... Y no me estás ayudando, te lo aseguro. No me...

—De eso quería hablarte —le interrumpió Alicia abruptamente llevando de nuevo al plato el tenedor, que acababa de ensartar un trozo de lechuga

rizada que iba del verde al violeta oscuro, una variedad poco frecuente—. De eso se trata, de que me gustaría poder ayudarte. A ti y a David. Yo también creo que no es fácil y que...

—¿De eso? ¿De qué? ¿A qué te refieres? —inquirió Matías elevando la voz sin pretenderlo, y dejando sobre la mesa la copa mediada de cerveza con un golpe sin premeditación.

Quizás el ruido de fondo de un televisor hubiera podido disipar su voz y amortiguado el sonido. No fue así. Por un momento pensó que los miraban los ocupantes de todas las mesas, incluso los de las más alejadas. El camarero no les quitaba ojo por razones ajenas a su voz destemplada.

—No te alteres, Matías. Lo que sucede es que llevo días pensando en David. ¿Cómo te las vas a arreglar con él? Tienes un horario, tienes que trabajar para ganarte la vida. Me da miedo que... Tenemos que procurar que no le falte nada, y además es preciso que no eche en falta la presencia de su madre. Lo he hablado con mis padres y con Xavier, están de acuerdo. Piensa que tú solo no llegarás a todas partes. David necesitará... Sólo pretendo que tenga todo lo que necesita. Yo podría...

Matías reaccionó como si acabara de explotar una bomba en mitad del local, a pocos pasos. Experimentó un calor tan intenso y tan súbito que el cuerpo entero le pareció a punto de licuarse, el sudor lo cubrió en unos instantes como una mortaja invisible y cada músculo se tensó hasta rozar el límite. Matías no consiguió controlar el miedo, ni la ira, y ambos se derramaron a través de sus labios.

—¿Qué te hace pensar que mi hijo no tiene lo que necesita? ¿Me vas a enseñar tú a cuidar de mi hijo? ¿Qué es lo que podrías hacer?

—Yo no te voy a enseñar nada, desde luego que no, pero no tendrás el sueldo de Raquel. Ella ha muerto, tú tienes gastos, un niño necesita muchas cosas.

—Sé perfectamente qué es lo que necesita mi hijo.

—Verás, Raquel me pidió dinero hace unos días y he pensado que tu sueldo quizás no...

—Raquel no necesitaba tu dinero —le aseguró Matías con toda la convicción que era capaz de sentir y que a esas alturas de la conversación, y habiendo oído lo que Alicia acababa de decir, ya no era mucha.

—Me pidió 6.000 euros. No me dijo para qué los quería, se lo pregunté, pero me dijo que no podía hablar de ello, que era algo estrictamente personal, entre ella y yo, que tú no debías saber nada. Dijo que intentaría devolvérmelos. Pensé que pasabais apuros. ¿Qué iba a pensar?

—Nunca hemos pasado apuros, Alicia. No somos ricos, eso ya lo sabes, no tengo nada que esconder, pero no pasamos apuros. —Dicho lo cual se calló durante unos instantes y se llevó la cerveza a los labios en un intento de sostener una conversación en los límites de la normalidad—. ¿Le dejaste los 6.000 euros?

—Le dije que tenía que hablar con Xavier, que no habría problema, pero que sin su consentimiento...

—¿Eso le dijiste? —preguntó con incredulidad, sabedor de que Alicia disponía de mucho más de 6.000 euros de cuya utilización no debía rendir cuentas a nadie. Era una mujer muy rica. Podía gastar 6.000 euros en una semana, incluso en menos, y Xavier Ferrer ni se hubiera percatado de ello—. ¿Le dijiste que tenías que consultarlo?

—Estarás de acuerdo en...

—No estoy de acuerdo en nada. Y menos después de lo que me acabas de explicar. Si no se los dejaste aquel mismo día fue porque no quisiste, para demostrar que en algunos asuntos tú... Es tu forma de sentirte poderosa, ¿verdad? Quizás pueda prestártelos, pero primero... Primero vas a esperar, y a sufrir, y cuando yo lo diga... Entonces, y no antes... A tu propia hermana...

—No soy tan mezquina, pensé que era mejor que... Ella se lo tomó mal, se enfadó, se puso a llorar. Quise rectificar, pero Raquel se levantó y me dejó con la palabra en la boca. Era orgullosa, ya lo sabes. No sé para qué quería ese dinero, el caso es que...

—El caso es que eres una víbora, Alicia. Una víbora bien educada. Tú lo has dicho antes, era tu única hermana.

Le lagrimea la voz cuando hace uso de la palabra.

—La llamé el día..., el día que murió. Pensaba dejarle un mensaje, algo que pudiera entender, creía que estaría en la escuela, pensaba decirle que no había ningún problema, que... Ella desconecta el móvil cuando está en la escuela y yo salía para el despacho, pensé que era lo mejor, que podría escucharlo al llegar, que...

—¿Y soy yo el que tiene cosas que explicar? —preguntó Matías sin controlar el volumen de su voz ni el sarcasmo adherido a sus palabras—. Me persigues a mí para que te explique, y tú...

—Cogió el teléfono, hablé con ella, Raquel estaba en casa. Me dijo que se encontraba mal y que no había ido a la escuela. No tenía ganas de hablar. Pensé que estaba enfadada conmigo, era lógico. Intenté disculparme, te lo aseguro. Le dije que tenía el dinero, que se lo haría llegar enseguida, le dije que lo sentía, que...

—¿Te dijo entonces para qué lo quería? Te lo creas o no, no necesitábamos ese dinero. Si Raquel te lo pidió ella sabría...

—Me dijo que había cambiado de idea, que ya no necesitaba el dinero. Me aseguró que todo iba a resolverse. Pero antes de colgar me dijo que podía comérmelo o metérmelo por donde... Nunca me había hablado así, ni a mí ni a nadie. Estaba fuera de sí, no parecía mi hermana. No era ella. Ella nunca me hubiera dicho algo así. No era Raquel, no la hubieras reconocido. Entenderás que me sienta como...

—¿Como una víbora?

—Piensa lo que quieras, pero estarás de acuerdo en que tú solo no vas a poder... Tienes una hipoteca y tu sueldo...

—¿De acuerdo en qué? —acertó a pronunciar en voz muy baja y apretando los puños como para estrangular el hilo de su voz—. ¿En que eres una mala persona? ¿Es eso?

Alicia no pudo oírlo.

—¿De acuerdo en que no te das por vencida? ¿De acuerdo en que quieres un hijo por encima de todas las cosas? ¿De acuerdo en que no ayudaste a Raquel cuando tuviste ocasión? Dime, ¿en qué debo estar de acuerdo?

Instantes después, rebasado ya por la onda expansiva, Matías consiguió articular de forma inteligible:

—¿Qué es lo que necesitará David que yo no pueda darle? ¿Me lo vas a decir tú? Dímelo, Alicia, atrévete. A eso has venido, por eso estamos aquí, ¿verdad? Eso es lo que querías decirme, que mi hijo te necesita, que te necesita a ti, que eres tú la solución a sus problemas y a los míos. Es eso lo que has venido a decirme, ¿no?

—Yo no pretendía... No suplantaría a Raquel, pero podría ocuparme de él, podría hacerlo. David me conoce, nos llevamos bien. —Mientras hablaba enredaba sus dedos entre los eslabones del collar para mantenerlos ocupados y evitar mirarlo a los ojos—. Yo podría...

—¿O vas a ofrecerme dinero? ¿Cuánto? ¿6.000 euros? ¿Ese collar? ¿Piensas que todo es tan fácil?

—¡Matías, por favor! —imploró en un susurro.

—Mi hijo, Alicia, necesita a su madre y a su padre. Su madre no va a volver, se fue de la peor manera, se tiró por una ventana, aunque creo que ya lo sabes. ¿Por qué lo hizo? No tengo la menor idea. Quizás tú sepas algo más, algo que no me has dicho. Yo no tengo ni puta idea. No sabía que necesitaba dinero. Ya ves, tú sabías más que yo, como siempre. Pero yo, no lo olvides,

porque no te lo repetiré nunca, yo estoy aquí. ¿Me ves? Estoy aquí, Alicia, tócame, estoy aquí y estaré con mi hijo, no te quepa la menor duda.

Alicia, la bella abogada de éxito, resultaba verdaderamente patética jugando sin querer hacerlo con una cadena de plata mientras inventaba una necesidad para el hijo de otro y le rogaba, llevándose el índice a los labios, que hablara más bajo. Así se lo pareció a Matías, que no por ello dejó de pronunciar cuanto le pasó por la cabeza. Alicia, con el rostro hierático, los dedos nerviosos, parecía repasar sus mejores argumentos, las conclusiones con las que pensaba conmover a un juez, a un jurado entero. No tuvo oportunidad.

—Pero yo podría... A David no le faltaría nada, podrías verlo, podrías... Nosotros...

Probablemente había preparado un buen parlamento, un discurso bien trabado, elaborado, con buenas argumentaciones y un desenlace obvio y fatal. Matías, que había dejado de escucharla, recordó los tres abortos que Alicia había padecido a lo largo de su vida. Se había visto obligada a parir a uno de sus hijos, el último de ellos, sabiendo que ya estaba muerto, que había muerto en su interior y que el dolor extremo sería un dolor sin recompensa. Un dolor que acarrearía más y más dolor. Un suplicio que no había terminado, que no terminaría nunca. Recordó haberla compadecido en su lecho de hospital, derrotada, exhausta, y recordó haber experimentado lástima por ella. Alicia había acabado por desistir, los médicos así se lo aconsejaron. Pero no encontró la manera de sofocar el deseo. No la había.

Ni el dinero, ni la juventud comprada a fuerza de talonario. Xavier Ferrer, su marido, se negó desde el primer momento a oír hablar de adopción.

—No voy a criar los hijos de otro, Alicia. No sería capaz. Tú me conoces. No sirvo. —Había sido cuanto había podido arrancar de él. Ferrer también era un hombre de ideas claras y decisiones inamovibles—. Si los hijos no llegan, no llegan.

Ella no tenía otro pensamiento. Deseaba un hijo por encima de todo, un hijo propio, en su defecto a David, el hijo de otro. Era, sin duda, lo que más quería. Estaba dispuesta a todo. A todo y a más. Quizás Ferrer aceptaría a David, probablemente lo habían hablado, quizás habían llegado a un acuerdo. David no era un niño cualquiera, era el hijo de su hermana, un crío saludable, precioso... Un tesoro. El tesoro de Matías, su fuente de vida, su vacuna contra las ganas de desaparecer. David estaba en su punto de mira y Alicia no cejaba en su empeño fácilmente.

Matías se echó a temblar sin pretenderlo de miedo y de ira.

—No voy a volver a hablar de David contigo, Alicia. Ni ahora ni nunca. No nos vas a separar, quítatelo de la cabeza. Es mi hijo y me haré cargo de él, no lo dudes. Llévame a los tribunales si quieres, si encuentras algo de qué acusarme. Inténtalo. Haz lo que quieras, pero te juro que David no se va a mover, no va a ir a ninguna parte y no se va a separar de mí. Si quieres un hijo, cómpralo, seguro que puedes. Los que son como tú, siempre pueden —le escupió Matías a la cara.

Sus palabras rebosaron crueldad, palabras como puñales clavados en la sien. Alicia, rígida en la silla, con los dedos inmóviles en el aire y el gesto crispado, no abrió la boca.

—Siempre has conseguido lo que querías. Esta vez no será diferente, pero no será mi hijo, te lo aseguro. Quítatelo de la cabeza —remató buscando un billete en el bolsillo del pantalón, acabándose de un sorbo la cerveza y levantándose sin preocuparse por el ruido que hizo la silla al ser arrastrada.

Los ojos de Alicia se llenaron de lágrimas.

—Y métete tu dinero donde te quepa.

Alicia acertó a balbucear alguna cosa que Matías, ya en la puerta del local, no pudo oír. Poco después bajó la mirada hasta el plato y allí la abandonó hasta que reunió las fuerzas necesarias para levantarse y dejar el establecimiento seguida muy de cerca por la mirada del camarero clavada en la abertura trasera de su falda.

Sobre la acera Matías se llevó una pastilla a la boca, la necesitaba. Echó a andar a buen paso Gran Vía de les Corts adelante, alejándose de la empresa que puntualmente le pagaba el sueldo a fin de mes. Minutos más tarde, cerca ya de la Plaza España, dio media vuelta y enderezó el rumbo. No estaba más tranquilo, ni tan siquiera había disminuido su cólera, pero no quedaba otro remedio, las cadenas todo lo pueden y no hay forma de ignorar unos grilletes. No todas las cadenas se ven ni sirven para jugar con ellas.

Aunque apresuró el paso, cuando llegó sus compañeros hacía rato que se sentaban frente a las pantallas y castigaban el teclado de sus ordenadores. Fueron varios los que levantaron la cabeza y le vieron llegar con cierto alivio. Nati incluso sonrió al verlo traspasar el umbral y Marta, que emitió un profundo suspiro, a punto estuvo de aplaudir.

—El director quiere verte. Te espera en su despacho —le indicó la eficiente becaria con un mohín poco tranquilizador al pasar junto al mostrador que hacía las veces de recepción, centralita y confesionario. Le habló en voz baja, quizás para añadir gravedad a un asunto ya de por sí alarmante.

—¿Sabes de qué va? —inquirió Matías.

La chica se encogió de hombros.

—Ni idea. No ha dicho nada. Si lo supiera...

Marta no lo sabía, pero podía imaginarlo. Nada bueno. Tenía unos ojos preciosos a pesar de sus párpados rosa geranio y unos labios que acababan de fruncirse en una mueca de preocupación.

Matías no se acercó a su mesa, encaminó sus pasos hacia el despacho de Mauricio Nieto. No necesitaba más problemas, pero a juzgar por la cara de Marta y por sus propios presentimientos, eran problemas los que le esperaban más allá de la puerta del despacho del director, que hablaba por teléfono cuando Matías pidió permiso para entrar.

—Pasa, Matías, pasa y siéntate, acabo enseguida.

Tardó en colgar el auricular. Había observado a menudo que Mauricio permanecía al aparato en presencia de sus empleados aunque el asunto dirimido fuera completamente banal y no revistiera la menor urgencia, incluso cuando se trataba de una conversación estrictamente privada. Era una forma de marcar territorio, como la meada de un perro, una manera como cualquier otra de demostrar quién manda en una relación laboral. Pero Matías no tenía ninguna prisa, necesitaba serenarse y lo consiguió a medias observando detenidamente el despacho y a su propietario. Mauricio Nieto no había invertido ni un solo minuto en apropiarse del espacio que ocupaba ni se había esforzado en darle una apariencia acogedora. El despacho era un erial con una mesa en medio y archivadores de falsa madera a su espalda. Ni una fotografía de su familia, ni una planta, ni tan siquiera un diploma enmarcado. Nada. Un erial despersonalizado y triste de paredes desnudas y pintadas en un mortecino gris perla y enmoquetado tiempo atrás en un sobrio azul oscuro. Tampoco su apariencia era mucho más imaginativa, traje casi negro, camisa azul celeste y corbata gris. Probablemente igual que ayer y exactamente la misma que tendría mañana.

El director era el tipo de persona que uno acostumbra a encontrar tras la ventanilla en un banco. Mauricio Nieto era el hombre al que la nave nodriza había confiado el manejo de la subestación no sin haber evaluado sus facultades. Las tenía, era evidente. Si una compañía aseguradora detesta algo en particular, ese algo es correr riesgos. Mauricio Nieto era aplomo, seguridad y falta de escrúpulos. Como Alicia Soldán.

Durante la charla telefónica casi amistosa y aparentemente insustancial, a la que asistió sin pretenderlo y con las manos abandonadas sobre el regazo, Matías pudo observar las profundas entradas que se internaban cada vez más en sus sienes, la nariz levemente aguileña y los ojos demasiado próximos que

le daban el aspecto de un pájaro gigantesco. Sus ademanes enérgicos, una mirada escrutadora como pocas y la costumbre de llamar siempre a las cosas por su nombre obraban el resto.

—Bien, ya estoy por ti.

—Usted dirá —se limitó a responder Matías sin alterar el gesto.

—Sí, claro. Perdona, soy yo el que te ha hecho venir. Por un momento se me ha ido el santo al cielo.

No era verdad. No había perdido de vista en ningún momento el motivo de la presencia de Matías en su despacho. Era una forma de ganar tiempo, de prepararse, poco más. Nieto se reacomodó en el sillón de respaldo alto buscando la mejor manera de empezar. Carraspeó ligeramente y se balanceó como si pretendiera darse impulso. Saltaba a la vista que a continuación no vendría nada bueno.

—Verás, no quiero que me malinterpretes, Matías. No entiendas nada más allá de lo que voy a decir. No acostumbro a hablar con segundas intenciones. Lo que tengo que decir, lo digo. Y punto.

Matías asintió. Se conocían desde hace tiempo y, aunque no eran amigos, sentían respeto el uno por el otro, un respeto meramente profesional.

—A lo que voy. Desde que pasó lo de tu mujer tu trabajo no sólo es más lento, has cometido algún error que... Quizás ni lo has advertido, pero al repasar tus informes... Por fortuna, nada grave. Todo ha podido corregirse, no te preocupes. Lo cierto es que llegas tarde, que te quedas como alelado, que no te concentras. Sé que no acostumbras a equivocarte, me consta, pero... Y no creas que no lo entiendo, yo también tengo familia y puedo imaginar lo que estás pasando.

Matías tuvo que morderse los labios para no llevarle la contraria. Ni él ni nadie podía imaginar lo que estaba pasando.

Nieto abandonó el apoyo del respaldo, se inclinó hacia adelante y con los codos sobre su mesa y las manos enlazadas, como para ganar proximidad, prosiguió. Con el cuello corto, la nariz a modo de intrépida proa y la mirada fija al frente, su aspecto era ahora el de un ave rapaz:

—El caso es que he pensado que como estamos a finales de junio y se acercan las vacaciones sería buena idea que las empezases cuanto antes.

Nieto, que no había considerado ni por un momento la posibilidad de interesarse por él ni de postergar lo que tenía que decirle, fue derecho al grano.

—Puedes coger el mes de julio para estar con tu hijo, para tranquilizarte, para poner en orden tus cosas. Entiendo que necesitas tiempo, que... No sé,

creo que te conviene descansar, por el bien de todos. Necesitas olvidarte por unos días de todo esto, dedicarte a tu hijo.

Matías no despegó los labios. No sabía qué pensar ni qué decir. Se limitó a seguir escuchando con las manos cruzadas sobre el regazo. Se había evaporado la cólera, no experimentaba ansiedad, no sabía si lo que estaba oyendo debería importarle o no. Carecía de criterio y no sentía enfado, las palabras del director no le irritaban. Quizás no fuera capaz ni de levantarse de la silla. ¡Bendita pastilla!

—Estoy seguro de que cuando vuelvas todo irá mejor —añadió Mauricio Nieto con un ensayo poco logrado de sonrisa que, dada la falta de reacción de su empleado, acabó en una extraña mueca.

Daba por sentado que Matías acataba su sugerencia y que lo hacía de buen grado. Éste permaneció unos segundos obstinadamente silencioso. Con la mirada clavada en la insulsa corbata del director, el pensamiento mucho más lejos.

La voz de Nieto se encargó esta vez de reiniciarlo.

—No estás obligado, desde luego, pero piénsatelo y me dices algo. Estoy convencido de que sería lo mejor, lo mejor para ti y para todos.

Nieto dio por acabado su parlamento asegurando la corbata en torno a su cuello dando un tirón a la vez que sujetaba el nudo. Era una señal, una bengala en el cielo nocturno y sin estrellas. Nieto acostumbraba a poner así el punto final a las conversaciones difíciles, asegurando la corbata en torno a su cuello. Era *vox populi*. No acostumbraba a perder ni su tiempo ni el de la compañía, tampoco era dado a malgastar las palabras en contemplaciones. Detestaba los rodeos y los evitaba en lo posible. Se levantó, superó la mesa atestada de carpetas, se acercó a Matías y alargó su mano. Matías hizo lo mismo y encajaron por compromiso, como habían hecho tantas veces.

El director le acompañó hasta la puerta y durante unos instantes dejó la palma de su mano sobre el hombro de su subordinado. Matías pensó que sus ojos todavía parecían más cercanos el uno al otro en las distancias cortas.

Sin haber abierto la boca, Matías salió del despacho y se dirigió a su mesa. La mirada de Marta, la de Nati y la de tantos otros le acompañaron hasta su silla. Abandonó la vista en la pantalla encendida de la que días atrás había desaparecido el rostro de Raquel como a principios de junio ella había desaparecido de su vida. La sonrisa de David con una gorra de visera y una mochila roja a la espalda le devolvió a su intransferible realidad y lo hizo de la peor de las maneras.

El niño saludaba con la mano en alto antes de salir de excursión.

Matías se llevó las manos al rostro, las lágrimas se atropellaban en sus ojos y los peores pensamientos en su mente. Pensaba, sin poder evitarlo, en la manta dorada, la maldita manta que el subinspector había retirado parcialmente para la identificación y que había dejado al descubierto el rostro ensangrentado de Raquel. Una Raquel que ya no era ella siendo la misma. Descoyuntada, con el pelo enmarañado y rojo de sangre, los brazos en desorden sobre el cuerpo inerte, los ojos cerrados, la boca...

—Si la identifica usted ahora, quizás pueda evitar pasar por el depósito. Sería lo mejor. El depósito...

Recordaba las palabras del policía como si acabara de oírlas.

La condenada lámina dorada que tantas veces había visto cubriendo cadáveres desconocidos o confortando a exánimes subsaharianos rescatados *in extremis* antes de sucumbir al frío, a la sed, al hambre o a los envites de un mar que no sabe de misericordia. La misma lámina, como de hojalata, que no conseguía apartar de su mente. La misma que cubría a Raquel cuando la imaginó a su lado, cuando la presintió pocas horas antes.

El efecto de la pastilla acababa de esfumarse.

## 10. Lunes, 30 de junio

ACABABA de dejar a David junto a Paula, una de las jóvenes y voluntariosas monitoras que se ocupaban de hacer más llevaderas las mañanas de un verano que se presentaba asfixiante como pocos. Era justo reconocer que también era una de las más guapas. Era su segundo día de *casal* y a David la perspectiva de un baño en la piscina en compañía de otras criaturas de su misma edad le alegraba la cara. Apenas había protestado cuando Matías lo despertó temprano, a la misma hora que tenían por costumbre durante el curso escolar. Tampoco tuvo que pelearse con él cuando poco después le untó la pringosa crema protectora que tanto le incomodaba y le enfundó la camiseta color naranja que los niños usaban cuando salían del recinto. David no dijo nada cuando le plantó ante los ojos un enorme vaso de leche y le colgó a la espalda la mochila con las sandalias de plástico, la toalla y el bocadillo para cuando acabaran de bañarse. Salieron cogidos de la mano y cogidos de la mano llegaron a la puerta de la escuela. Allí David se arrimó a Paula nada más verla. La monitora vestía también la camiseta anaranjada y de su cuello pendía un cartón con su nombre. Sin duda era la más simpática de todas ellas y le estampó un sonoro beso en la mejilla.

En la mente de Matías el dolor por la inexplicable muerte de Raquel empezaba a menguar. No desaparecería nunca, de eso estaba seguro, era lo primero que le venía a la cabeza cada mañana al abrir los ojos resacosos de Tranxilium y recuperar la conciencia. Raquel muerta por voluntad propia, muerta sin causa aparente. Sencilla y llanamente, muerta. Muerta para siempre. El dolor se había asentado, no marcharía nunca, pero en la mente de Matías empezaban a abrirse pequeños resquicios, fisuras por las que se colaban, uno tras otro, los más íntimos reproches. Sin pretenderlo, pero sin poder evitarlo, el dolor extremo dejaba paso a una forma extraña de rencor no menos intenso. Tampoco menos doloroso.

Había aceptado en parte la propuesta del director de la agencia y había decidido hacer vacaciones durante una semana, la primera del mes de julio. Necesitaba regresar a su piso, hacer planes, reiniciar la vida entera que había quedado como suspendida sobre sus cabezas. Con una semana sería suficiente, pensaba dedicarla a desprenderse de las cosas de Raquel, a acudir al gimnasio que hacía un mes que no pisaba y a intentar recuperar el control sobre su vida y la de su hijo. Quizás incluso haría algún cambio en el piso,

necesitaba que David entendiera que en adelante las cosas serían diferentes, probablemente peores. Con toda seguridad diferentes.

David asistiría al casal durante todo el mes de julio y los primeros días de agosto irían los dos a achicharrarse bajo el sol en alguna playa o a chapotear en la piscina de algún modesto hotel de montaña para turistas con niños a su cargo y escasos de recursos. Quizás también a casa de Raúl, a Puigcerdà. Su amigo había insistido en varias ocasiones y no era mala idea. De hecho la compañía de Raúl era, junto a la de Ana y Ramón, la única que deseaba. Confiaba en Ana y en sus abuelos maternos para ocuparse de David durante la última semana del mes, en la que Matías permanecería en la ciudad, trabajando.

Decidió tomarse las cosas con calma y leyó detenidamente el diario en el café que frecuentaba antes de que todo se viniera abajo. Buscaba recuperar una rutina en la que siempre se había sentido cómodo, dichoso. El camarero saldó el obligatorio pésame con un *lo siento mucho* formulado a la velocidad de la luz y le sirvió un café solo y muy corto, tan corto que necesitó una segunda taza para rematar a placer las últimas páginas. No volvió a dirigirle la palabra.

Pensó acercarse al banco, no había conseguido olvidar que Raquel había acudido a Alicia para pedirle dinero. Era su primer día de vacaciones, el primer día que podría dedicar a sus asuntos, y comprobar el estado de sus finanzas era uno de ellos. Lo dejó para más tarde, la agencia no quedaba lejos de la escuela y podría pasar antes de recoger a David. Era mejor emprender lo antes posible la tarea que se le antojaba más pesada, reunir las cosas de Raquel y decidir qué hacer con ellas. Y mejor todavía hacerlo antes del mediodía. Un mediodía en el que los peores auspicios aseguraban que en la ciudad se sobrepasarían los 35 grados centígrados.

En el estanco cercano a su casa le guardaban, por mediación de Ana, la rubia Ana de los mil tentáculos, las cajas de cartón que necesitaba para meter en ellas la ropa y las pertenencias de Raquel. No hicieron preguntas, no eran necesarias. En el barrio todo se sabía pronto y los comercios eran puntos de información privilegiada. Recibió otro *no sabe usted cómo lo siento* y dio por toda respuesta un cabeceo con los labios fuertemente sellados. Eso fue todo. Y, a su juicio, era más que suficiente. Aguardaba el día en que nadie se sintiera obligado a compadecerlo.

Matías compró dos paquetes de rubio. Había bajado la guardia y fumaba como en los peores días. Si Raquel pudiera verlo... Dio las gracias y se llevó las cajas bajo el brazo confiando en no encontrar a la señora Emilia apostada

en la ventana y dispuesta a echarle una mano. Ni a la señora Emilia ni a nadie. No se le ocurría nadie con quien tuviera ganas de hablar. Si los cálculos no fallaban, casi a media mañana la señora Emilia estaría cortando filetes, picando la carne o disponiendo sobre el mostrador rojizos dados de ternera para estofar.

El sol, en implacable ascenso, barría ya las calles y los pocos paseantes apenas rebasaban las zonas de sombra cuando alcanzó su portal. Con dificultad consiguió abrir el buzón rebosante y apoderarse del puñado de cartas y de los muchos folletos publicitarios que se habían acumulado durante las semanas de ausencia. En el piso cerrado y desierto el aire era tan caliente que se fijaba a la piel y costaba respirar. Dejó las cajas en el pasillo, arrimadas a una pared, hizo de tripas coraje y abrió las ventanas, incluida aquella por la que Raquel se precipitó a la calle. No fue fácil, todo se volcó en su interior cuando se acercó a ella, liberó los batientes y tiró de la cinta fijada a la pared. Bajó todas las persianas, una detrás de otra, para que el calor no lo devorara todo poco después con el sol ya alto. En la penumbra resultante se sentó a abrir la correspondencia para librarse de ella cuanto antes.

Desestimó, sin ni tan siquiera rasgar los sobres, las promesas de créditos rápidos y en inmejorables condiciones y las ofertas de productos que ni deseaba ni podía pagar y las apiló junto a la publicidad. Sólo necesitaba más deudas. Abrió la carta del banco que acababa de recoger del buzón, con toda probabilidad se trataba del recibo de la hipoteca que la entidad enviaba tras haber cobrado la mensualidad. Raquel los guardaba puntualmente en alguna parte, era ella la que se ocupaba de esas cosas. Otro de los motivos añadidos de rencor, una razón fútil, pero otro maldito quebradero de cabeza al fin y al cabo. Mezquino, ruin, pero resentimiento en estado puro era lo que sentía cada vez con más frecuencia. Un resentimiento que se abría paso entre el dolor y que, lentamente, muy lentamente, se solapaba con el duelo.

No entendió nada cuando al abrirla comprobó que el formato no era el de un recibo y que la carta, firmada de puño y letra por el director de la sucursal, no se correspondía con ninguna que hubiera recibido anteriormente. La encabezaba un número de referencia y una nota: carta de apremio. Los términos en los que estaba redactada no eran precisamente amables.

Asustado y consumido por el recelo abrió una carta anterior de la misma procedencia que había abandonado sin abrir en su visita anterior. Los términos eran parecidos, quizás algo menos tajantes, una advertencia. La entidad bancaria reclamaba el pago inmediato de cuatro vencimientos de la hipoteca que Matías Ballester y Raquel Soldán no habían satisfecho en la

fecha prevista. El corazón se le disparó como un resorte y el estómago se contrajo por obra y gracia de una nueva forma de miedo. Cuatro recibos eran mucho dinero, casi todo lo que habían conseguido ahorrar en unos años de hacer frente a una hipoteca indecente por un piso modesto en un barrio popular. Buscó en cajones y carpetas, revolvió cuanto encontró y acabó por hallar los recibos perfectamente ordenados. El último, que Raquel había guardado junto al resto, databa de principios de febrero del año en curso. Desde entonces, cuatro meses más tarde, los 1.150 euros mensuales no habían sido satisfechos. La deuda se acercaba a los 5.000 euros.

Matías, que no entendía nada y no sabía por dónde llegaría el próximo golpe, respiró hondo y calculó que la cantidad que debían tener en el banco superaba lo necesario para saldar la deuda. Se serenó pensando que, puestos en lo peor, podría remediar lo que parecía una situación verdaderamente apurada. Además acababa de cobrar la paga extra. Perder el piso que llevaban años pagando era una desgracia en toda regla, otra más. No podía permitírselo. Se sintió súbitamente aterrado y exhausto, fue incapaz de encarar la tarea que se había impuesto. Permaneció con la cabeza entre las manos durante un rato intentando serenarse. ¿Cómo había podido olvidarse Raquel de pagar la hipoteca? Era una mujer meticulosa, ordenada... Le costaba creer en un error y no recordaba que ella hubiera cometido otros durante los últimos meses.

No entendía nada, cada vez menos.

Renunció incluso a buscar la libreta de la entidad bancaria, hablaría con el director, aclararían las cosas, quizás se trataba de un malentendido, de un error de la oficina. Acabó por creer que no podía tratarse de otra cosa. Un error. Cosas que pasan.

Antes de salir de nuevo a la calle para acercarse a la oficina bancaria accionó el contestador. Un par de mensajes de pésame dejados días atrás para cumplir con las formalidades que no pensó en contestar, unas cuantas llamadas sin mensaje que le recordaron a la que recibió días antes. Pensó que en el cuerpo no le cabía más inquietud. Se equivocaba. Por último, la voz de Alba, la amiga de Raquel. La voz familiar de una mujer que llora amargamente, sin disimulos, al otro lado del hilo telefónico:

—Matías, soy yo, Alba. Sé que no estás en casa, he llamado un par de veces pero... No tengo tu móvil y el de Raquel debe de estar desconectado. Necesito hablar contigo, es por Raquel. Es urgente. Te extrañará que no te haya llamado antes, pero... (los sollozos no le permitieron continuar y se interrumpió unos instantes)... tenía mis razones, lo entenderás. Matías,

tenemos que hablar, ha pasado algo, quiero decir que ha pasado algo más... Es por Raquel y por ti. Llámame en cuanto puedas, por favor, cuando oigas este mensaje, llámame. Es importante.

Sus palabras eran una súplica anegada en llanto. Durante un momento apenas se oyó nada, quizás había apartado el auricular o se había tapado la boca con las manos. No había colgado. No lo parecía.

—Por favor, llámame —añadió después de un silencio extrañamente largo e inmediatamente antes de colgar el aparato.

Cuando Matías creía que ya no podía sentir más miedo, ni tan siquiera un miedo diferente, el pánico se le asentó en las ingles, se le aflojaron las articulaciones como si brazos y piernas estuvieran a punto de desprenderse de su tronco y permaneció sentado frente a las cartas abiertas, completamente inmóvil. La respiración forzada, la vista en ninguna parte y el miedo envolviéndolo todo, rodeándolo, asfixiándolo, como una densa nube tóxica ceñida al cuerpo. Era incapaz de levantarse, de reflexionar, incapaz de sentir nada más allá del propio e intransferible miedo.

Permaneció así mucho tiempo, una eternidad de andar por casa.

Con el sol ya alto en el cielo y surcos de luz que se colaban a través de la persiana y recorrían sus manos, su cuello y su cara para acabar estorbándole en los ojos, Matías se llevó una pastilla a la boca intentando conjurar tanta ansiedad y tanto miedo y marcó el número de Alba. No estaba en casa, nadie descolgó el teléfono. No conocía el número de su teléfono móvil. Hubiera podido encontrarlo en el de Raquel, pero no había pasado a recogerlo por comisaría cuando el subinspector Nasarre llamó para avisarle de que estaba a su disposición. La policía lo había hecho analizar, había comprobado los números de su agenda, rastreado las llamadas recibidas y las enviadas, verificado los mensajes. Todo en balde. Sólo quedaban por identificar una serie de llamadas que se habían repetido con cierta frecuencia días antes de la muerte de Raquel y que no conducían a nada puesto que habían sido hechas desde cabinas telefónicas. Nada útil.

Decidió pasar por el banco y llamar a Alba más tarde. Necesitaba hacer algo antes de que el miedo acabara por paralizarlo completamente. Dejó para otro día el asunto de la ropa de Raquel, recogió sus cosas, se metió en el bolsillo las cartas de apremio y se dispuso a marcharse. Antes de abrir la puerta para salir, cuando ya tenía la llave en la cerradura, sonó el teléfono. Tres señales antes de que Matías se abalanzara sobre el aparato y consiguiera descolgar. Por un momento creyó que se trataba de Alba. Una llamada, tres timbres, alguien al otro lado que se resiste a responder, que espera quizás

escuchar otra voz, la voz de Raquel. Esa Raquel a la que Matías empezaba a odiar por tanto daño recibido y a la que ya no conocía.

—¡Hijo de puta! ¡Cabrón! ¿Qué es lo que quieres? ¿Qué buscas? —le gritó al auricular instantes antes de colgar con un golpe y encender un cigarrillo con los ojos entornados por la luz y las manos temblorosas por el miedo y la ira—. ¡Hijo de puta!

El humo le llenó los pulmones y en una fracción de segundo no le quedó aire. No había sabido, el miedo no le había permitido coordinar sus movimientos. No acertó a exhalarlo como hacía habitualmente, sin la menor dificultad, alternando humo y aire, aire y humo. Por el contrario, en su interior sólo quedó humo y Matías tosió violentamente, se volcó sobre sí mismo y escupió el humo como pudo.

El miedo lo había interrumpido todo, lo había confundido todo, no dejaba títere con cabeza.

Apagó el cigarrillo y salió de allí como abandonan los protagonistas las casas encantadas en las películas. Sin volver la vista atrás, con el grito casi a flor de labios, el andar titubeante y el corazón descontrolado, como un puñado de corazones palpitando a la vez en un mismo pecho.

En el banco las cosas no fueron mejor. El director, cuyo nombre Matías no recordaba, caso de haberlo sabido alguna vez, estaba ocupado, y al saber de qué se trataba lo atendió al otro lado de la mesa uno de los empleados veteranos. Se habían visto en ocasiones, se saludaron.

—Soy Armand Gutiérrez, yo le atenderé, pase. —Y le tendió una mano grande y morena más propia de alguien que se gana la vida al aire libre.

Lo invitó a pasar a un despacho aislado de la calle por persianas venecianas y a sentarse al otro lado de la mesa, en la que pudo distinguir una fotografía familiar, niño y niña junto a la pareja formada por el hombre que tenía delante vestido con unos bermudas y una mujer bajita y muy rubia de curvas contundentes ataviada con un pareo de flores sujeto en un hombro con un nudo. El hombre sonreía con el brazo sobre la espalda de su mujer.

Matías se sentó frente a la ventana y de nuevo sintió la molesta luz en los ojos. Armand tiró de un hilo a su espalda, las lamas se acercaron unas a otras y el despacho quedó en una cómoda penumbra.

—Se lo agradezco.

Matías le tendió las cartas recibidas, le explicó que debía de haber un error y que, en siete años, nunca habían dejado de pagar el recibo puntualmente. Que era Raquel la que se encargaba de estas cosas, que ella

había muerto repentinamente y que estaba convencido de que el dinero se había ingresado por error en otra cuenta.

El empleado empezó asintiendo y mostrando una disposición inmejorable. Si se trataba de un error de la entidad no debía preocuparse, le aseguró.

Le echó una ojeada a la carta, introdujo en el ordenador la referencia, posteriormente le pidió el número de DNI y estudió atentamente cuanto apareció en pantalla. Las comprobaciones fueron largas, cabalísticas. Antes de empezar a hablar cabeceó ligeramente. No parecía una buena señal y Matías no tardó en comprobar que no lo era.

—No parece haber ningún error —empezó diciendo sin separar todavía la vista de la pantalla—. No se ha registrado ningún ingreso en los últimos meses. El último recibo que ustedes han abonado es el del mes de febrero. Posteriormente, nada. Bueno, sí, algún movimiento en su cuenta que debería usted...

—No puede ser, se lo aseguro. Mi mujer no se olvida nunca de estas cosas. Ella... Lo guarda todo, es meticulosa.

La utilización del presente para referirse a Raquel era algo que no había sabido rectificar todavía. Continuaba hablando de ella como si estuviera viva y a su lado, se refería a Raquel como si fuera a encontrarla en la puerta o lo esperara frente a una caña en la terraza de El Bonanza.

—Quizás debería usted hablar con ella —se permitió la libertad de aconsejarle el empleado—. Todavía están ustedes a tiempo de interrumpir el proceso. Siendo como son buenos clientes y tratándose de la primera vez que ustedes...

Matías no consideró necesario aclarar que hablar con Raquel era del todo imposible. Una cólera inexplicable le subió hasta los puños y los cerró como si estuviera a punto de noquear a un contrincante invisible. Tampoco necesitaba más pésames.

—El proceso, ¿qué proceso? —inquirió todavía sin darse cuenta del verdadero alcance del alarmante asunto.

—Me refiero al embargo. Es la última opción, sólo se procede si la deuda se prolonga durante mucho tiempo, si...

El empleado inclinó la cabeza en señal del mal cariz que tomaría el asunto si la deuda no se saldaba pronto.

—En su caso creo que podemos renegociar la hipoteca, hacer bajar la cuota prolongando...

—¿Embargo? —preguntó Matías, y hablaba para sí mismo—. ¡Un embargo!

—Estas cosas tienen un procedimiento, si pasa el tiempo y no... pero no tenemos por qué llegar a ese extremo. Siempre hay fórmulas...

El empleado vaciló y estiró el nudo de la corbata hacia abajo, como si le faltara el aire. No continuó. Matías parecía tan sorprendido, tan desorientado, que pensó que era mejor esperar, regalarle algo de tiempo.

—Compruebe usted nuestra cuenta conjunta. Ingrese el dinero de la deuda. Yo ya intentaré averiguar... —le ordenó Matías.

—A eso me refería. En los últimos meses los movimientos en su cuenta han sido negativos. Quedan 400 euros, no bastan ni para uno de los plazos — le explicó Armand con la frente perlada por el sudor y la incomodidad, mientras recogía el extracto que salía de una máquina y se lo tendía para refrendar documentalmente sus palabras—. La cuenta es conjunta, si usted no ha retirado el dinero...

No era necesario acabar la frase, Matías podía hacerlo por sí mismo.

—¿400 euros? No es posible. Es una locura. No puede ser —susurró mientras comprobaba que, efectivamente, según el extracto el dinero de la cuenta había sido retirado a partir de octubre en cantidades elevadas. A principios de febrero ya casi no quedaba nada y el saldo actual era de 415 euros. Una cantidad que no iba a ninguna parte y que no bastaba para sacarle de ningún apuro. Y menos de un apuro de varios miles de euros.

Se levantó, se despidió con un *adiós* de compromiso y salió a la calle, en la que el sol quemaba como un potente foco que alguien le hubiera colocado muy cerca, junto a la cabeza. Armand le siguió hasta la puerta, pero no le ofreció su mano, no se atrevió, Matías no volvió a mirarle.

Se encaminó a la escuela y se dispuso a esperar a David sentado en un banco. Faltaban casi dos horas para que el niño apareciera por la puerta con la mochila a la espalda y hambriento como un lobo joven. Hubiera esperado días enteros en aquel banco, con la vista fija en la verja cerrada de la escuela y la mente en blanco, para poder estrechar a su hijo, la más poderosa vacuna contra la desesperación.

La única.

## 11. Martes, 1 de julio

HABÍA conseguido hablar con Alba a media tarde pero, a pesar de que ella insistía con lágrimas en la voz en que debían verse inmediatamente, Matías no tenía con quién dejar a David.

—Cuanto antes hablemos, mejor, Matías.

En Alicia ni pensar, y sus abuelos maternos, destrozados y sin levantar cabeza, no le parecieron una compañía deseable para un niño de seis años que acababa de perder a su madre y que necesitaba, como el aire que respiraba — así lo entendía Matías—, la ruidosa compañía de otros niños. Pasaron la tarde en el parque. Matías en un banco entre sol y sombra pensando en sus cosas, que eran muchas y de gravedad. David corriendo detrás de una pelota.

Al día siguiente, tras dejarlo bien asido a la mano de Paula, la monitora pelirroja y sonriente, Matías cogió el metro en dirección a la Barceloneta. El calor en el andén era tan sofocante que, a falta del ánimo suficiente para ir tirando, a punto estuvo, medio desfallecido de calor y falto de sueño a pesar de las pastillas mágicas, de volverse atrás y dejar correr la conversación con Alba. Ni el Tranxilium a discreción había conseguido exorcizar las peores pesadillas.

No podía ni imaginar nuevas complicaciones en una vida que hasta pocas semanas antes se le adaptaba como un buen zapato viejo, una vida con la que siempre se había sentido a gusto. Como era de natural tranquilo y de buen conformar, Matías nunca había deseado mucho más. De hecho siempre había creído tenerlo todo. O casi todo.

No se había atrevido a explicarle a Ana lo del posible embargo, no quería pedirle más favores. Tendría que hablar con Mauricio Nieto e implorar un anticipo para ir saldando la deuda, no podía tolerar perder un piso que casi habían pagado en su totalidad. Un trago amargo que debería enfrentar cuanto antes.

Desde que se separó de su marido Alba vivía en una vivienda diminuta, un *quart de casa* en la calle Baluard, en la Barceloneta, muy cerca del mar. Un piso minúsculo, 40 metros cuadrados, con una habitación y una especie de trastero en el que todo estaba muy cerca y parecía imposible que en ocasiones pudieran convivir un par de personas. Una mujer sola y con un sueldo discreto no podía pagar mucho más. La Barceloneta era un barrio popular que a Matías le gustaba cuando en primavera o bien avanzado el otoño podías

caminar con holgura y el único obstáculo era sortear a los reclamos de los restaurantes que, haciendo uso de una *lingua franca*, te invitaban a entrar y consumir en su local, siempre el mejor del barrio, el único en la ciudad, generalmente el mejor del mundo. En la Barceloneta el verano comenzaba a principios de mayo y acababa, con algo de suerte y si refrescaba a tiempo, a finales de octubre. Durante meses las calles estaban sembradas de turistas de ojos generalmente claros, piel atrocemente quemada por el sol y calzando chancletas, sandalias con o sin calcetines o patines. Muchos de ellos, verdadera legión, acarreaban botellas de agua paseo adelante en dirección al mar. Una multitud multilingüe que se instalaba durante horas en las playas de la ciudad, no siempre a la luz del día, y cuyo común interés radicaba en encontrar un lugar en el que les fuera servida una paella regada generosamente por una sangría de garrafa larga de burbujas.

Y ése era el paisaje cuando Matías pisó el barrio y buscó la calle Baluard.

La escalera del edificio, una de las muchas que no habían sido rehabilitadas todavía con ayuda del ayuntamiento, se caía de puro viejo y conservaba en el portal y en los primeros rellanos una temperatura y una humedad casi irreales. Un microclima aislado del mundo por una puerta de aluminio. Mientras en el exterior los paseantes se carbonizaban sobre las aceras, en el inicio de la escalera el aire parecía poder atraparse entre los dedos de puro húmedo y en las paredes empapadas se diría que podía crecer cualquier cosa. En el segundo primera Alba le esperaba ya y le abrió la puerta antes incluso de presionar el timbre.

—Te he visto llegar —le saludó.

Cruzaron un par de besos y Alba le invitó a pasar al comedor-despachosala de estar. Había tirado por completo la persiana sobre el balcón de hierro y en el interior reinaba una agradable semioscuridad. En otras circunstancias, y sin el calor abrasador que imperaba en la ciudad, Matías se habría extrañado. No fue así. Alba había preparado café y le sirvió una taza. Pudo comprobar que parecía haber envejecido en unas semanas y que probablemente la mujer había pasado la noche entera llorando. Llevaba un vestido azul muy largo que se sujetaba en los hombros con un par de tirantes y se había retirado de la cara el pelo rizado y algo cano con una cinta del mismo color. Iba descalza y, a diferencia de lo que Matías creía recordar de las ocasiones en que se habían visto, no se había maquillado. Los ojos enrojecidos, la tez pálida y el temblor en la voz la hacían parecer otra persona, un álter ego cercado por la angustia. Quizás ni tan siquiera se había peinado.

El café era fuerte y todavía estaba muy caliente. Alba le indicó que se sentara junto a la mesa en la que un ordenador portátil permanecía encendido.

—Tú dirás —la apremió.

—No es fácil, Matías. Lo que te voy a decir no te gustará, quizás pienses que debería haber... No lo entenderás, pero lo hice por ella, ella me lo pidió, me hizo jurar que... Era mi amiga, Matías, y yo no podía... No podía... Ella me lo pidió, me suplicó que no dijera nada. A nadie. A ti tampoco.

Alba se llevó las manos a la boca, no podía continuar. Estaba muy nerviosa, tanto que al apartar la silla de la mesa para sentarse frente al ordenador, la dejó caer con un estrépito que pareció multiplicarse en la penumbra de la habitación diminuta. Ocultó el rostro entero entre las manos asustada de sí misma y bien poco faltó para que se echara a llorar de nuevo. Matías cada vez entendía menos y por hacer algo que restara violencia a la situación apartó la vista, palpó los bolsillos del pantalón, sacó el paquete de rubio, encendió lentamente un cigarrillo y sopló la superficie del café. Acabó por añadir:

—Si no hablas un poco más claro...

—Lo intentaré, te lo aseguro. Por eso te he hecho venir, necesito hablar contigo. Y tú necesitas saber lo que tengo que decirte. Creo que me equivoqué cuando le hice caso, pero... Ahora lo veo así, pero cuando ella...

Alba tomó asiento, se apoyó en los codos y se estrechó una mano con la otra como para darse apoyo.

—Ya sabes que Raquel y yo éramos amigas desde hacía muchos años, desde la infancia. Crecimos juntas, estudiamos juntas... Bueno, ya lo sabes. También sabes que dos o tres veces al año cenábamos juntas seis amigas de toda la vida, las amigas del barrio, fuimos a la misma escuela, nacimos el mismo año. Ya las conoces, no hace falta que...

Matías asintió y soltó el humo, que se quedó flotando en la luz que entraba por los resquicios de la persiana. El aire en el interior del piso apenas se movía y las volutas de humo permanecieron entre ambos durante mucho tiempo. Las conocía, las había tratado y siempre había animado a Raquel a asistir a aquellas cenas. Es bueno conservar los amigos, no perderles la pista.

—Siempre cenábamos un viernes, todas trabajamos y al día siguiente no había prisa. A veces, cuando acababa la cena, si estábamos animadas, tomábamos una copa en algún sitio o íbamos a bailar.

Matías no despegó los labios y continuó contemplando el humo, que empezaba a desvanecerse muy lentamente. Alba se había serenado, pero

continuaba sin mirarlo, hablando con la barbilla apoyada en las manos y la vista baja. De vez en cuando se atusaba el pelo, como si le estorbara.

—La última vez que nos vimos fue en septiembre, no recuerdo el día, pero debo tenerlo apuntado en la agenda. Tú habías ido con David a pasar el fin de semana en la casa que Raúl compró cerca de Puigcerdà. ¿Lo recuerdas?

Asintió de nuevo. Lo recordaba, lo habían pasado bien, habían paseado junto al lago, David en bicicleta, Raúl y él, lentamente, sin prisas, hablando de sus cosas como años atrás.

—Raquel sabía que no pasarías la noche en casa. No tenía prisa, podría dormir hasta mediodía. Nos lo pasamos muy bien y estaba animada.

Alba calló durante unos instantes, parecía estar buscando las palabras exactas, las más convenientes.

—La cena había ido muy bien, habíamos cenado donde siempre, ya sabes... Hace años que no vamos a otro sitio. Nos habíamos reído mucho, ya nos conoces, nos habíamos reído por casi todo, habíamos recordado cosas, las habíamos deformado, como casi siempre... Las habíamos vuelto a explicar, también como siempre. Estábamos muy animadas y un poco bebidas, como siempre también. Insistieron en ir a bailar. Y digo insistieron porque a mí me cuesta salir a una pista y porque a Raquel no le gustaba bailar. Decía que necesitaba estar muy borracha. Hay un local cerca, en la Diagonal, el viejo Biquini. ¿Te acuerdas?

No esperó a que llegara la respuesta de Matías.

—Fuimos andando hasta allí, un paseo. Hacía buena noche y nadie tenía que levantarse pronto a la mañana siguiente. Raquel dijo que nos acompañaría un rato y que cuando se cansase pediría un taxi y... Se quedó en la barra, ya la conoces, bueno ya...

Alba tampoco había conseguido dejar de referirse a ella como si estuviera viva. Se dio cuenta inmediatamente, tampoco ella se manejaba bien con los tiempos verbales, pero no intentó rectificar, reemprendió el relato un poco más adelante. Matías lo agradeció internamente, no ignoraba nada de lo que había dicho hasta el momento y no conseguía entender a qué venía tanta urgencia.

—Pidió un cubata, lo recuerdo, siempre tomábamos lo mismo. Nos habíamos quedado ancladas en nuestra juventud, y la nuestra fue una juventud de cubata y de vodka con limón. Me dijo que se lo acababa y se iba, que si no me veía podía despedirla de las demás. Las otras estaban ya en la pista y yo también me animé. Últimamente, con lo del divorcio, no había tenido muchas ocasiones de pasármelo bien. Raquel se quedó en la barra. Yo la busqué con

la vista un par de veces, la vi hablando con un hombre de nuestra edad, treinta y pico, tenía buena pinta y ella parecía entretenida. Cuando me acerqué para pedir una bebida Raquel me lo presentó, creo que me dijo que se llamaba Alberto, pero no estoy segura. Dijo que había estudiado con nosotras en el instituto, pero yo no me acordaba de él, te lo puedo asegurar. Raquel siempre tuvo mejor memoria que yo, me explicó que era de ciencias. Nosotras habíamos estudiado letras y apenas habíamos coincidido, por eso casi no lo recordábamos.

Alba cogió un cigarrillo del paquete que Matías había dejado sobre la mesa y lo encendió. Aspiró el humo con verdadero deleite, había dejado de fumar años atrás, pero había retomado el hábito a raíz de su separación.

—El tipo me estrechó la mano, cruzamos unas palabras y me fui. Raquel me dijo que estaba cansada y que la música y el humo la estaban mareando, que prefería irse a casa. De hecho, en el interior no se puede fumar, pero había humo, siempre lo hay. Hasta aquí todo fue bien, ella detestaba la música tan alta y no soportaba el humo. Ni las luces. La mareaban, se agobiaba. Bueno, ya lo sabes.

Matías llevaba años fumando acodado a la ventana y mirando a la calle por encima de la cabeza de la señora Emilia, o apoyado en la lavadora y propulsando el humo hacia el oscuro patio de luces al que se abre su piso. Nada de lo que dijo Alba le extrañó.

—Encontrarse a un conocido en un sitio así no es nada raro. La verdad es que no pensé que... Ella dijo que tomaría un taxi y que se iría a casa. Era ya más de la una. No me pareció raro, siempre era la primera en retirarse. Raquel estaba un poco mareada, todas habíamos bebido. También yo estaba un poco mareada, pude haberla acompañado, pero me quedé.

No continuó. No acabó la frase. Matías apagó el cigarrillo en el cenicero y se llevó la taza de café a los labios. Tras un par de caladas por fin parecía dispuesta a entrar en materia. En la luz que filtraba la persiana bailaba cansino el humo del tabaco y de la calle subían risas y gritos apagados.

—Al día siguiente, cuando la llamé a mediodía, se echó a llorar, no podía hablar, sólo lloraba. No pudo explicarme nada, lloraba, se quejaba... Todo le dolía. Me asusté y fui a vuestra casa. Sabía que estaba sola, que tú no regresarías hasta el día siguiente, pensé que era mejor ir inmediatamente. La encontré como no la había visto nunca. Apenas conseguía hablar, casi no podía ni fijar la vista, parecía que acabaran de pegarle una paliza, que la hubieran molido a palos... Y en cierta manera así fue. Le hicieron daño,

Matías, mucho daño... No te lo puedes ni imaginar. ¡Si la hubieras visto como yo la vi! Y lo peor de todo...

—¿Quién le hizo daño? ¿Aquel hombre? ¿El de la barra? ¿Por qué, Alba? ¿Por qué a Raquel? —quiso saber Matías, que se enderezó en la silla y aproximó el rostro al de la mujer llorosa.

—Hace meses que no me pregunto otra cosa. ¿Por qué a Raquel? ¿Por qué no a mí? ¿Por qué no a otra? ¿Cómo podía saber tantas cosas?

—Sigue, Alba, por favor —le rogó.

—Cuando hablé con ella en la discoteca Raquel no se encontraba del todo bien, nunca bebía mucho y se mareaba pronto. Estaba algo mareada, ya te lo he dicho, como aturdida, se sujetaba a la barra como si pudiera caerse... Como si estuviera un poco borracha. A mí no me extrañó, yo no estaba mucho mejor y ella tenía poco aguante. Después supe que no llegó a coger ningún taxi. Aquel hombre dijo que también se marchaba, que vivía en el barrio y que no le costaba nada acompañarla a casa. Le aseguró que la dejaría en la puerta, donde le indicara. Y Raquel aceptó, se fue con él, sin pensar ni por un momento que... Nunca fue una mujer desconfiada. Tampoco parecía tener motivos para... Era del barrio, de nuestro instituto...

Alba apagó el cigarrillo en el cenicero con la energía del que acumula grandes dosis de rabia.

—Cuando llegaron a la calle Raquel ya no podía ni andar, no veía nada, no entendía nada. Lo recordaba todo a medias, sólo algunas imágenes, muy pocas. Él la metió en un coche, en la parte de atrás. Raquel no recordaba ni qué coche era ni hacia dónde fueron. No había podido retener nada. Sólo sabía que no se encontraba bien, que sentía náuseas, que los ojos se le llenaron de colores, que las distancias parecían bailar, que veía cosas... Se quedó allí, en el asiento de atrás. No podía pensar, era como si no existiera. El cuerpo no le obedecía, ni los sentidos... Era evidente que le había puesto algo en la bebida, algo que anuló su voluntad. No me preguntes qué era —le indicó mientras negaba con la cabeza—. No tengo ni idea, pero cuando llegué a vuestra casa los ojos de Raquel no me miraban, no fijaba la vista y cuando lo conseguía te aseguro que no me veía. Tardó mucho en reconocermme, no sabía ni quién era yo ni qué quería, hablaba a trompicones, como si no pudiera unir dos frases, repetía muchas veces las mismas cosas, frases cortas que no siempre tenían sentido. De vez en cuando sentía miedo de mí, olvidaba quién era yo y por qué estaba allí, en su comedor, preparándole una infusión. También repetía tu nombre y el de David. No os llamaba, sólo repetía vuestros nombres.

—No entiendo nada. ¿Por qué no me dijo nada? ¿Por qué no me lo dijiste tú?

—Todo esto que te estoy explicando es lo que pude deducir, Raquel estaba ida, medio adormilada, sólo lloraba y decía que todo le dolía. No podía explicar mucho más, te lo aseguro. No sabía ni cómo había llegado a casa aquella madrugada. Pero es mejor que me dejes acabar, te ayudará a entender por qué no quiso decirte nada.

Alba suspiró y se detuvo unos instantes.

—La arrastré hasta la ducha, la desnudé y la duché de arriba abajo. Si la hubieras visto... Estaba llena de cardenales, de rasguños, sangraba un poco, la habían desgarrado... Ella todavía no era capaz de explicar nada, pero era evidente que... El caso es que hice que se estirara en el sofá en albornoz, bajé a la farmacia y le obligué a tomar la pastilla del día después. Ella no sabía ni por qué lo hacía, pero me obedeció, me dejaba hacer. Todavía tardó varias horas en recuperarse. Aquella noche dormí con ella en vuestra casa. No podía dejarla sola.

—Pero, ¿qué es lo que le hizo, Alba? ¿La violó? ¿Es eso? Pero ¿por qué no me lo dijo? ¿No confiaba en mí? ¿Por qué no puso una denuncia? Yo hubiera estado con ella, ella debería...

—No quería de ninguna manera. No hubo forma de convencerla. No quería denunciar. Y lo que le hicieron podrás verlo tú mismo. Ella no recordaba, pero sospechaba que... Así de terribles son las cosas, Matías, podrás verlo tú mismo. Por eso te he hecho venir, para que lo veas con tus propios ojos.

—Cada vez te entiendo menos.

Matías se llevó las manos a la cabeza y allí las dejó durante unos instantes, presionándose las sienes, serenándose. Se le atropellaban las ideas y la ira se fijaba a sus nudillos como un parásito. Apretaba los dientes como si pudiera desgarrar a dentelladas el cuerpo entero del cabrón que había hecho saltar su vida en pedazos.

—Horas más tarde, cuando estuvo un poco más recuperada, preparé algo de comer y le hice tomar un par de tazas de café, era importante que recordara todo lo posible. Yo todavía pensaba que podría hacerle cambiar de opinión, que conseguiría llevarla hasta la comisaría para hacer una denuncia para que aquel cabrón se pudriera en la cárcel, para...

Con los ojos arrasados por las lágrimas y las manos temblorosas Alba colocó el ordenador portátil entre ambos, frente a la columna de humo de la que apenas quedaba ya nada, y esperó unos instantes.

—Acabó por despejarse a fuerza de cafés y de paciencia. Cuando entró en vuestro despacho le llamó la atención el ordenador encendido. Estaba segura de que no lo había dejado así, de que lo había apagado antes de salir a cenar. Completamente segura. Era cuidadosa, ordenada, ya lo sabes. Y no se equivocaba. Fue entonces cuando pudo comprobar qué había pasado, cuando empezó el verdadero infierno.

—¿Qué puede haber peor?

—La verdad, Matías, la verdad de lo que le ocurrió. La verdad en imágenes. Eso es todavía peor. Te lo aseguro.

—¿La verdad?

—Abrió su correo, tenía cuatro o cinco mensajes, algunos eran los de siempre, los que recibía cada día, lo normal. Uno de ellos, el último, era de un remitente desconocido, una serie de consonantes indescifrables, un nombre sin sentido. El asunto del mensaje era «Raquel se divierte» y adjuntaba un trozo de filmación, unos minutos, muy pocos. Los suficientes. Pero era lo peor que podía pasar. Es éste, lo recibí la semana pasada. Juzga tú mismo, te advierto que es una aberración.

Alba pulsó un par de teclas, buscó un mensaje en su correo y lo abrió. Con un suspiro situó la pantalla del portátil frente a Matías, que, apagando el cigarrillo, se inclinó para aproximarse.

Segundos más tarde el mensaje se abrió y Matías pudo ver a Raquel completamente desnuda y de bruces sobre una cama muy grande en lo que parecía ser un garaje particular. Al fondo ruedas, latas y otros objetos en desorden, algunos, los más voluminosos, cubiertos con trapos en una sucesión de bultos informes. En las paredes, hasta media altura un zócalo gris oscuro y por encima una línea azul y otra roja. Había visto antes sitios parecidos. El suelo sucio y de un gris más intenso estaba salpicado de manchas. Raquel, con los brazos y las piernas abiertos, atada de pies y manos con cuerdas a las patas de una cama, como en un grabado medieval. Los pechos temblorosos, la piel muy blanca, el rostro contraído en una mueca extraña y girado hacia la cámara, una mueca que Matías no le había visto antes, como si la que fruncía las cejas y torcía la boca no fuera Raquel, sino una mujer que se le parecía en casi todo. Por momentos parecía una sonrisa. Los ojos cerrados, obstinadamente cerrados, como si no consiguiera abrirlos.

Matías no lograba arrancar la mirada del cuerpo desnudo y blanquísimo de Raquel ni de su expresión dislocada en la que se insinuaba el terror. Sintió miedo, miedo a lo que pudiera ver a continuación, miedo a lo que pudiera ocurrirle a ese cuerpo despojado de todo, completamente indefenso al que

había abrazado tantas veces, en el que tantas veces había pensado como en una prolongación de sí mismo.

Tuvo miedo a sentir todavía más miedo.

Junto a ella tres hombres en mangas de camisa. Uno de ellos, el más alto y el que estaba más cerca, inclinado sobre ella, se cubría el rostro con un pasamontañas oscuro y acariciaba el interior de sus muslos hasta alcanzar sus ingles. Tenía las manos grandes y sucias, quizás de manipular motores. Raquel, que permanecía tumbada con el rostro sobre una sábana arrugada, volteó la cara cuanto pudo. Tiró de pies y manos como si intentara desasirse. Apenas había fuerza en sus movimientos, sus miembros flaqueaban de inmediato como si no le alcanzara la voluntad. Se estremecía sin abrir los ojos, temblaba, se convulsionaba. Cuando separaba los párpados los volvía a cerrar muy fuerte, como si lo que veía fuera infinitamente peor. No cerraba las piernas, no lo apartaba. No podía. A veces sus muecas, que se sucedían con rapidez fruto del delirio y de la alucinación, insinuaban un gesto de alivio que se desvanecía segundos más tarde para dejar paso a un rictus de puro espanto.

—No puede ser, Alba. No puede ser.

El hombre del pasamontañas reía mientras sus dedos gruesos y largos le hacían daño, tanto daño que parecía experimentar espasmos de dolor.

Otro, más delgado y más bajo, se ocultaba tras un pañuelo sujeto a la nariz, como un forajido de película, y contemplaba la escena con los brazos en jarras. El pelo largo y lacio le caía sobre los ojos y apenas podía distinguirse su rostro. El del pañuelo se arrodilló junto a la cama y se abalanzó, sobre sus pechos, los lamió de lado sin retirar el pañuelo y los manoseó a su antojo hasta conseguir una erección evidente bajo la tela de su pantalón. Raquel gemía con los ojos obstinadamente cerrados y se debatía débilmente, muy débilmente, como si no le quedaran fuerzas. Alba tenía razón, las imágenes que tenía ante los ojos explicaban exactamente qué es lo que pasó aquella madrugada en un garaje infecto.

—¿Te gusta, perra? —preguntó entre carcajadas el más corpulento, que se mantenía al margen y ocultaba el rostro con un pañuelo mayor de color azul con el que enmascaraba nariz y boca como lo hacen a veces los que atraviesan el desierto. Sólo se distinguían en su rostro un par de ojos oscuros y redondos.

A Matías la rabia y una repugnancia que no conseguía controlar se le aposentaron de inmediato en el estómago. También él cerró los ojos temeroso de no lograr dominar las náuseas. Sintió como si en su interior venas y arterias se licuaran dejando paso a un torrente de sangre caliente que se

derramara desde su estómago en todas direcciones. Parecía que su cuerpo estuviera a punto de fundirse, su vientre, sus pulmones... Todo su interior a punto de disolverse en un magma caliente y espeso que ocupaba todo su organismo, desde la boca hasta las ingles, y que en su avanzar hasta los labios le producía arcadas. Con los ojos cerrados se replegó sobre sí mismo y se sujetó el estómago con ambas manos. Podía oír las risas de los hombres, sus insultos, sus gemidos de anticipado placer y una secuencia de golpes secos cuyo origen no pudo adivinar y que parecía proceder de las proximidades de la cámara. Como si el encargado de manipularla la golpeará rítmicamente con algo duro. Un bolígrafo, un palo...

Cuando abrió los ojos de nuevo comprobó que Alba no miraba, que con los ojos bajos encendía un cigarrillo y daba las primeras caladas. En la pantalla uno de los hombres, el más fuerte, cortaba las ataduras que sujetaban a Raquel a la cama y tiraba sin el menor esfuerzo de su cuerpo desmadejado. La obligaba a apoyarse sobre los codos y a ofrecer sus nalgas a la vista. La azotaba durante unos instantes con las palmas abiertas y, a continuación, satisfecho algún bajo instinto al que Matías no sabría ponerle nombre, la penetró con tanta fuerza que el cuerpo de Raquel cayó casi inerte sobre la cama. La forzó sin encontrar la menor oposición. A Raquel, que no conservaba ni voluntad ni fuerza, los brazos le fallaban una y otra vez y caía sobre su rostro entorpeciendo la violación. El hombre se enfurecía y ponía mayor empeño.

—Putas, más que putas. Eres de las que lo soportan todo, ¿verdad? Te gusta que te folien, que te hagan daño. Y cuanto más dura y más grande ¿mejor? Eres una puta ¿sabes? Una puta con todas las letras. Pero hoy te vas a enterar.

Raquel gritaba de dolor y en alguna ocasión consiguió abrir unos ojos como piedras para después guiñarlos con insistencia y descomponer el rostro en una sarta de muecas grotescas. No veía, resultaba evidente que no veía nada y que fuera lo que fuera lo que había ingerido le provocaba algo parecido a las alucinaciones. Un pánico particular casi ajeno al que estaba viviendo. Como si proyecciones pavorosas tuvieran lugar en la parte interior de sus párpados. No podía mantenerlos abiertos y volvía a cerrarlos, a fruncir los labios, a aproximar las cejas y a gemir como si agonizara. Con los ojos cerrados continuaba sufriendo lo indecible.

Uno de los hombres, el último en acercarse a ella, se encargó entonces de sostenerla con la cabeza apoyada en su vientre para que su cuerpo soportara los envites de los restantes. Por fortuna la filmación no recogía todo el

proceso, pero sí imágenes de cada uno de ellos mientras la penetraban entre insultos, manoseos y algún que otro golpe propinado para hacerla callar.

Era humillante y tan cruel que Matías apenas conseguía seguir mirando. De nuevo adivinó los golpes cerca de la cámara, una especie de toc-toc que se repetía unas cuantas veces y que, dada su cercanía al aparato, se superponía a las burlas, las bravatas, los gemidos obscenos, los insultos y las mutuas incitaciones de los hombres.

—A mí me gustan las cosas difíciles y esta guarra no nos lo va a poner fácil, os lo digo yo —dijo uno de ellos, el del pasamontañas, antes de desaparecer de plano.

Matías se preguntó qué más podían hacerle. ¿No iban a dejarla en paz? ¿No habían tenido bastante? Sentía ganas de gritar, de salir corriendo de aquel comedor en penumbra y de olvidar cuanto había visto y oído. Un deseo intenso de invertir el tiempo, de regresar a la hora anterior, al momento previo. El deseo de devenir un dios entre mortales, el señor del tiempo.

Regresó el tapado con una fregona a modo de fusil y apuntando a las nalgas blanquísimas de Raquel. Matías experimentó una nueva convulsión y en voz muy baja, dijo:

—No, por favor, eso no.

Alba rompió a llorar con la vista clavada en la persiana de listones.

—Tendremos que abrirnos paso de alguna manera —añadió y volvió a reír.

Matías vomitó entre sus rodillas. Cuando levantó la cabeza el hombre intentaba penetrarla analmente con ayuda del palo. Raquel gritaba e intentaba apartarse, el hombre que la sujetaba por los hombros y que se apoyaba en el cabezal se convulsionaba de risa. Raquel aullaba de dolor, agitaba la cabeza y abría los ojos para volver a cerrarlos muy deprisa. Empujaba intentando escapar y el hombre que se reía de sus vanos esfuerzos golpeaba el cabezal de falsa madera.

Matías no recordaba haber visto nada tan terrible en toda su vida.

Raquel, despavorida, no podía liberarse. La sujetaban, le pegaban, la insultaban, la forzaban con una crueldad inimaginable, y reían. No dejaban de reír, reían salvajemente, como si también ellos se encontraran bajo los efectos de algún estupefaciente. Quizás sólo se trataba del alcohol, probablemente whisky o cocaína, que trasegaban mientras reponían fuerzas.

Matías cerró los ojos. Los gritos de Raquel eran ahora gritos de dolor, de dolor y de desesperación. Vomitó sobre el hombre que le sujetaba la cabeza y

los hombros y éste la golpeó en la cara con el puño y la llamó puta y perra. Dijo que le partiría el alma y le propinó un golpe con la rodilla en el vientre.

Tras el palo, un dolor indescriptible y un rastro de sangre, llegaron los hombres. Matías cerró los ojos. Pudo oír cómo se jaleaban y cómo se daban ánimos unos a otros. Se retiraron, Raquel había desfallecido. Se había desmayado sobre la cama, sobre su propio vómito. Ya no gritaba.

No gemía, no se quejaba, pero seguía haciendo extrañas muecas con los labios, frunciendo los ojos ya fruncidos, agitándose.

—Lo que acabas de ver no es todo. Las imágenes llegaron acompañadas por un mensaje.

No creía poder soportar mucho más.

—Cuando dejaron a Raquel en casa usando las llaves que llevaba en el bolso, abrieron el ordenador, entraron en su correo, no sé cómo consiguieron la contraseña, quizás ella misma... Raquel no recordaba nada. Copiaron todas las direcciones electrónicas de los contactos de Raquel. Mi dirección, la tuya, la de los compañeros de la escuela, la de sus padres, la de su hermana... Incluso la de David, ella le había abierto una dirección electrónica y le enviaba dibujos y mensajes. Ya lo sabes. Las tenían todas, desde la primera a la última. Toda la gente que le importaba estaba allí.

Matías, descompuestos el cuerpo y la mente, tardó unos instantes en poder hablar.

—Pero... No entiendo, Alba, ¿para qué iban a querer...? —preguntó Matías con la vista prendida todavía en la pantalla muda del ordenador—. No tenemos dinero. Vivimos de nuestros sueldos. No...

Alba asintió.

—Cuesta entender lo que pasó. Lo sé, llevo días intentándolo. Es como encontrarte de golpe y porrazo con el mal absoluto. No se puede hacer más daño y tampoco puedes entender... Te lo aseguro, es como si te enfrentaras a... No sé.

Alba hizo una pausa, no encontraba un paralelismo que hiciera justicia a lo que pasó.

—Las imágenes llegaron precedidas de un mensaje firmado por el tal Alberto.

—¿Era uno de ellos? —quiso saber Matías—. Uno de esos hombres que...

—No lo sé, lo he pensado muchas veces. No creas que no. He mirado las imágenes para intentar... Por la altura quizás el del pañuelo azul, pero no estoy segura. No me atrevería a... Además había alguien que manejaba la

cámara, quizás fuera él. Si quieres que te diga la verdad tampoco creo que se llamara Alberto.

Matías bajó la cabeza y la sujetó entre sus manos.

—En el mensaje le reclamaba el pago mensual de 1.200 euros a cambio de no enviar las imágenes a nadie. Si Raquel no pagaba puntualmente esa cantidad el cabrón de Alberto, o como se llame, empezaría por el primero de sus contactos y las enviaría a todos ellos.

—¿Pero...? ¿Por qué aceptó...? ¿Por qué no me dijo nada? ¿La policía...?

—Raquel no quiso ni oír hablar de la posibilidad de hablar contigo ni de acudir a la policía. Me hizo prometer que no hablaría con nadie. Con nadie. Y lo prometí. ¿Qué iba a hacer? Era mi mejor amiga y ella lo quería así. Estaba segura de que si las veías te perdería, segura de que no podrías...

—¿Qué es lo que no podría, Alba? ¿Perdonarla? ¿Olvidar? —preguntó Matías con amargura—. ¿Qué es lo que no podría?

—Dijo que encontraría una solución, pero que no quería... No soportaba la idea de que pudieras ver lo que habían hecho con ella... Dijo que pagaría durante unos meses y que pensaría en algo. Sólo quería olvidar, olvidarlo todo y seguir con su vida. Olvidar, olvidar... A cualquier precio. Como si se pudiera olvidar algo así.

—A cualquier precio... —repitió Matías para sí.

—Raquel no encontró ninguna solución. A la vista está. Alicia se resistió a dejarle el dinero y ella no le explicó para qué lo necesitaba. Ni quería ni podía. Su hermana no hubiera permitido no saber y ella todo lo que quería era olvidar. Dejó de pagar y llegó la primera amenaza. No me dijo nada, pero puedo suponerlo. El resto, ya lo sabes. Me han enviado las imágenes, las recibí hace unos días, después de que Raquel... Fue entonces cuando te llamé. Debo ser uno de sus primeros contactos, los conservaba por el nombre. Piénsalo, Alba.

Matías no pudo evitar pensar que la siguiente podía ser Alicia y que tendría que explicar lo inexplicable.

—Pero Raquel ha muerto, Alba. No puede pagar.

—Lo he pensado mil veces. Tú y yo sabemos que ha muerto, pero quizás ellos no. Quizás no lo sepan. En la prensa la noticia fue un breve y sólo aparecieron sus iniciales. Nadie hizo declaraciones, apenas apareció nada. Creo que no lo saben, que sospechan que se niega a pagar y que todavía esperan seguir cobrando. Por eso han empezado a cumplir su amenaza, por eso las he recibido. Si no lo saben continuarán enviándolas. Raquel no hubiera querido que esto... Deberíamos...

—¿A quién le pagaba? ¿Lo ingresaba en alguna cuenta? ¿Lo dejaba en algún sitio?

—No lo sé, no quiso decírmelo. Me repitió mil veces que cuanto menos supiera de todo este asunto, mejor para mí.

—¿Cómo pudiste dejar que...? No lo entiendo, te juro que no lo entiendo. Era tu mejor amiga.

—Ella me lo pidió, Matías. No podía soportar la idea de que alguien viera esas imágenes. No quería que las vieras tú, no quería que pensaras... Ahora sé que no debería haberle hecho caso, que fue un error, que mi obligación era... Pero ella me hizo prometer...

Matías se levantó.

—Matías, perdóname. Si hubiera sabido...

Alba se puso en pie tras él y se quedó junto a la puerta, descalza, desolada, como si pretendiera impedir que se marchara. Pero no pudo evitar, no lo intentó, que Matías abriera y traspasara el umbral sin volver a dirigirle una mirada.

—Tenía que decírtelo —fueron las palabras de la mujer antes de cerrar la puerta—. No tenía otro remedio.

Cuando llegó a la calle la luz en las aceras era tan poderosa como se supone que sólo alcanza a serlo durante un holocausto nuclear. Así, al menos, lo pintan en las películas. Una luz inmisericorde, arrasadora. Matías cerró los ojos unos instantes y se llevó la mano a la frente a modo de visera. Se quedó allí, en el portal, con los ojos entornados.

Sin saber qué hacer ni adónde ir.

## **SEGUNDA PARTE**

## 12. Miércoles, 2 de julio

EL hombre que el subinspector Nasarre hizo pasar a su despacho avanzada ya la mañana apenas se parecía a Matías Ballester. Sudoroso, con unas bolsas enormes bajo los ojos que el subinspector no recordaba y el aspecto del que acaba de ser corneado por un toro. Entró arrastrando los pies como un viejo que calzara esquis y se dejó caer en una silla al otro lado de su mesa. Tenía el rostro grisáceo y tardó unos instantes en hablar, era evidente que no sabía cómo empezar. Nasarre tuvo ocasión de observar los estragos que el dolor había dejado en aquel sujeto que días atrás ignoraba que la tragedia se cernía sobre su cabeza. Toda su musculatura parecía haberse aflojado y sus movimientos, que recordaba impetuosos, eran ahora lentos, como los de un viejo, casi torpes. Vestía una camiseta azul, tejanos y unas zapatillas deportivas negras, y no parecía el mismo sujeto trajeado que se acercó a él con una cartera de piel en una mano y los dedos de su hijo en la otra.

A la vista de Matías Ballester, Enric Nasarre recordó unas palabras que había leído alguna vez. El subinspector sentía debilidad por los aforismos y, aunque era incapaz por sistema de recordar quién era su autor, las frases colmadas de sentido, así lo entendía él, se le quedaban adheridas por siempre a las meninges. No recordar a su autor tampoco le parecía de gran importancia. Lo que importaba eran las palabras, las palabras y la verdad que encerraban. Y las que le vinieron a la mente estaban dirigidas a Dios y rezaban así: *«no me mandes todo el dolor que sea capaz de soportar»*. Delante de sus narices tenía a un hombre que no parecía capaz de soportar mucho más.

—Usted dirá —le invitó Nasarre cuando Matías Ballester, sentado frente a la mesa, levantó la cabeza y pareció mirarle.

Matías respiraba profundamente, como si cada inspiración fuera dolorosa y cada expiración, un suspiro. Tardó en abrir la boca para empezar a hablar. Enric Nasarre no le apremió. Hay cosas que necesitan su tiempo. No entendía a qué venía su visita, el caso estaba a punto de cerrarse, un suicidio es un suicidio, una muerte voluntaria y sin causa aparente como hay tantas, pero no le urgió, sabía que no debía hacerlo. Si la fallecida tenía un seguro su viudo podía despedirse, nada permitía pensar en un accidente, ni en un homicidio... Todo apuntaba a una muerte autoinfligida.

Lo que aquel hombre joven y con un hijo pequeño a su cargo le explicó durante los minutos siguientes casi sin volver a alzar la mirada ni por un momento, era una historia terrible, durísima, capaz de derribar a cualquiera. Capaz, al parecer, de inducir a una mujer al suicidio y a un hombre, su viudo, al límite de la desesperación. No le extrañó el aspecto desmejorado de Matías Ballester ni el esfuerzo titánico que le costaba hacer emerger las palabras desde el pozo negro del que las rescataba.

Una historia sórdida y de una crueldad desmedida. De las que el subinspector sólo había tenido ocasión de conocer muy de tarde en tarde. A su entender lo más parecido al mal en estado puro.

«*No me mandes todo el dolor que sea capaz de soportar*», recordó a la vista de Matías, que apenas conseguía acabar sus frases y que, con los ojos bajos, las salpicaba de lágrimas y de balbuceos.

—Creo que todavía intentan comunicarse con ella, que no saben que ha muerto. Cada vez que he estado en mi piso... Bueno, en el piso en el que vivíamos, ha sonado el teléfono tres veces. Y cuando una de las veces descolgué a tiempo no hubo respuesta. Esperan a que ella responda. Y como no... Saben lo que hacen, lo saben perfectamente, cuelgan pronto y el número no queda retenido en el contestador.

—En el contestador no, pero quizás podamos localizar... Aunque probablemente volvamos a encontrarnos con que la persona que llamaba lo hacía desde una cabina o desde un móvil de los de prepago.

Enric Nasarre nunca había oído hablar de un chantaje parecido que hubiera tenido lugar en la ciudad. Por lo menos no en Nou Barris, un distrito como tantos otros, sin pretensión alguna. Barrios humildes todos ellos, los nueve, los primeros en padecer los reveses de una economía en recesión. Pondría la mano en el fuego si tuviera un fuego a mano. Sabía de otros chantajes, pero se trataba de gente que no sabía qué hacer con su dinero, gente con cargos oficiales, empresariales, gente que arriesgaba una posición y que había participado voluntariamente en orgías, en juegos enmascarados de perversión, en fechorías dignas de sonrojo. Gente con dinero que era traicionada a cambio de mucho dinero, de grandes cantidades que eran ingresadas en bancos en el exterior. Nunca una maestra de escuela.

En Nou Barris a menudo tocaba terciar en una reyerta vecinal, encerrar durante unas horas a algún borracho, a algún joven fuera de juego por las pastillas o detener a algún marido con la mano larga y las entendederas cortas. Había asuntos más graves, algún vuelo de navajas, algún asesinato muy de

tarde en tarde, trifulcas con heridos en algún bar... Como en todas partes. Pero chantajear a una maestra que no tiene más ingresos que su sueldo...

No le encontraba el menor sentido, pero tampoco encontraba razones para no creerle, de hecho le creía desde que lo había visto llegar con la cara del que acaba de perderlo todo en un bombardeo. Pero necesitaría algo más que una historia delirante para seguir con la investigación del caso, para mantenerlo abierto. Pruebas, alguna pista, algún hilo del que poder tirar...

Como casi siempre que creía haber escuchado bastante, el subinspector se levantó con un leve rechinar de sus lumbares, él hubiera jurado que rechinaban, y caminó hacia la puerta. Cada uno tiene sus manías y Nasarre siempre pensaba mejor andando, aunque sólo dispusiera de un espacio menor como el de su despacho o el pasillo de su casa si estaba a solas. Y estar a solas era lo habitual. Las manos cruzadas en la espalda, por las condenadas lumbares, la mirada baja, el pensamiento lejos... Cavilando.

Por un momento Matías pensó que iba a salir, que no consideraba cierto nada de lo que acababa de decirle, pero Nasarre, tras los primeros pasos y antes de alcanzar la puerta, giró en redondo, se le acercó por la espalda y poniendo una mano sobre su hombro se limitó a decir:

—Necesitaré esa filmación lo antes posible.

—Desde luego, si me deja hacer una llamada. Si Alba, la amiga de Raquel, está en casa puedo hacer que me la envíe enseguida.

El subinspector lo dejó solo unos instantes, se acercó a la máquina y regresó con un par de cafés y una botella de agua sin dejar de darle vueltas a la cabeza. Mientras tanto Matías Ballester telefoneó a Alba, le explicó que estaba en comisaría y le pidió que enviara el mensaje cuanto antes a su dirección de correo electrónico.

Tomaron el café sin mediar palabra. Esperando. Cuando apuraron sus vasos de plástico el mensaje había llegado al buzón de Matías. No quiso verlo. No pensaba hacerlo nuevamente. No podría soportarlo. El subinspector lo abrió y, acertadamente, le invitó a salir.

—No tiene usted que quedarse, puede esperarme fuera o volver dentro de un rato.

Así lo hizo. No necesitó que el subinspector lo sugiriera dos veces. Se levantó y se fue, pero no llegó muy lejos. Se quedó en el pasillo, como podría haberse quedado en una plaza, en una estación de metro o en un cajero automático. Esperó sentado en una sala despojada de todo e intentó ojear un diario gratuito que alguien había abandonado allí el día anterior. No comprendía lo que leía, tampoco conseguía encontrar en sus páginas el menor

interés. Ni en sus páginas ni en ninguna otra parte. No sentía la menor curiosidad por lo que ocurría más allá de los límites de su propia vida.

Consultó la hora, todavía quedaba un rato antes de que tuviera que apretar a correr para esperar a David. Quizás el subinspector quisiera hablar con él. Permaneció allí cerca de 20 minutos. Una eternidad en un soplo. Matías había perdido la noción del tiempo transcurrido y cada pocos minutos se veía obligado a mirar el reloj. Cualquier cosa antes que fallarle a su hijo.

Nasarre contempló la filmación un par de veces en un silencio absoluto intentando no descomponer el gesto a la vista de la brutalidad empleada. En el pasillo un par de agentes comentaban entre risas la larguísima pretemporada futbolística. En la pantalla una vejación tras otra, el fruto del mal en sus diversas manifestaciones. En alguna parte había leído aquello de que *hay otros mundos, pero están en éste*. Y no hay nada más cierto. Miles de mundos simultáneos en los que la gente ríe, grita o se desespera, ofende, arremete, mata, hiere o vende su vida. O compra la de otros. Todo es posible, todos los mundos en éste.

Y todo sucede a la vez, y todo tan cerca...

—Puede usted entrar —le invitó el subinspector cuando creyó haber visto lo suficiente—. Tenía usted razón, visto lo visto y a juzgar por el testimonio de su amiga, su mujer bien pudo ser inducida a suicidarse. Tampoco le quepa ninguna duda, su mujer estaba bajo el efecto de estupefacientes, lo he visto otras veces. Esos ojos, los espasmos, la sonrisa rígida, los cambios continuos de expresión...

Matías experimentó cierta extraña forma de alivio, incluso suspiró. No soportaba la idea de haber hecho desgraciada a Raquel, prefería mil veces pensar en algo ajeno a sus vidas, en cualquier otra cosa.

Se sentó nuevamente frente al policía y esperó.

—Con esto será suficiente para volver a... Para no cerrar el caso, quiero decir —se apresuró a rectificar, aunque Matías, con la vista baja, quizás no hubiera advertido el desliz—. Haré que recuperen las llamadas telefónicas hechas a su teléfono, pero si esos cabrones tienen dos dedos de frente, y yo diría que los tienen, habrán sido hechas desde cabinas o desde un locutorio. No será fácil. Quizás desde un móvil, pero tampoco crea que... Los de tarjeta a veces los utilizan un par de veces y se libran de ellos, cualquiera puede... En el de su esposa encontramos llamadas procedentes de números conocidos y algunas otras de números sin identificar que no nos llevaron a ninguna parte. Ya sabe, cabinas, locutorios... Quizás sólo la llamaban al fijo cuando

imaginaban que estaba sola. Y cuando dejó de contestar arriesgaron y llamaron en cualquier momento, quizás para presionarla.

El subinspector, con el ceño fruncido, permaneció unos instantes en silencio.

—Quizás necesite su colaboración para determinar qué números pertenecen a familiares o a conocidos, aunque no espero mucho. Piense que ya no hablamos de los últimos días, tendremos que remontarnos mucho más atrás, será mucho más difícil. Por otra parte enviaré las imágenes al laboratorio, las analizarán para ver qué pueden sacar de ellas. Por el momento es todo lo que tenemos.

—Pero... Raquel no hubiera querido que...

—Lo imagino, pero no hay otro remedio. Los que las analicen no sabrán de quién se trata, le garantizo la máxima cautela. Quizás nos sirvan para precisar la localización, pero no sé si podrán sacar algo en claro, no crea que una filmación puede conducirnos directamente a... Las cosas no son como en las películas, ¿sabe? Quizás ellos vean algo más, yo, la verdad es que no sé si nos van a servir de mucho.

Matías asintió con resignación.

—Necesitaré hablar con la amiga de su esposa. Es nuestro único testigo, quizás pueda...

—Se llama Alba Ventura y puedo darle su teléfono. Hará lo que pueda, estoy seguro. Era su mejor amiga y ahora se siente mal, se culpa de haber callado tantos meses. Creo que, si puede, nos ayudará en lo que haga falta. ¡Ah! Y no sé si se lo dije ya, pero Raquel no era mi esposa, no nos habíamos casado.

—Me lo dijo, no se preocupe. Y lo recuerdo, pero para el caso tanto da. ¿No cree? ¿O le está siendo más fácil que si hubiera pasado por la vicaría? Además, es mi problema, ya lo sé, pero a veces me cuesta encontrar los términos apropiados. Tendrá que disculparme. Intentaré recordar...

Matías se limitó a asentir. No era la primera vez. Tampoco él acertaba siempre y de hecho Raquel era su mujer, lo era desde hacía años. Su mujer, la mujer con la que deseaba haber vivido el resto de sus días que cada vez le parecían menos deseables y más resto.

Nasarre se despidió de Matías Ballester tendiéndole la mano. No había desaparecido el gris de su cara, un gris repugnancia que el policía había visto en otros rostros. El mismo gris que, así lo había constatado en ocasiones, le trepaba también a él hasta la cara directamente desde las tripas a la vista de

determinadas cosas. Él, un policía que lo había visto todo. Por lo menos eso había creído hasta el momento.

Hubiera querido poder asegurarle que darían con ellos, que se pudrirían en prisión, que les caerían tantos años de cárcel que no verían la calle en mucho tiempo. Hubiera querido afirmar con aplomo otras cosas parecidas; pero no las creía. Eran tantos los casos que se cerraban en falso, tantos los crímenes perfectos si por tales se entendía la ausencia de un culpable al que cargarle el muerto, o el robo, o el secuestro, que optó por callar. Experiencia obliga. No hacía falta ser un especialista para entender que la filmación era una filmación «seca», sin rostros a la vista, sin apenas señales, sin rarezas, sin detalles a los que agarrarse...

Él no era un especialista, pero de la científica tampoco podía esperar milagros.

Un garaje como tantos otros, quizás la parte trasera de un aparcamiento de comunidad, un local cualquiera en cualquier calle de la ciudad o de sus aledaños... Ni idea del tiempo que tardaron en llegar hasta allí, quizás media hora, quizás dos, quizás un par de minutos. Tampoco había música, ni ruido de tráfico, ni de trenes, ni de campanas o sirenas como sucede tan a menudo en las series de policías, en las que todo cobra sentido a partir de un cabello, de unos granos de arena, del tic-tac de un reloj exclusivo o de la semilla de una planta tropical. Nada perceptible más que las voces y las risas de los hombres que no podrían ser contrastadas con ninguna otra. Voces, risas y una serie de golpes secos que bien pudieran deberse a un bolígrafo golpeando la cámara rítmicamente.

Poco más que nada.

Para ser sincero, y los policías raramente podían serlo, cosas del oficio, lo que hubiera querido decirle es que conseguiría invertir el tiempo y regresarlo al día en que se marchó con su hijo a casa de su amigo Raúl, al día en que todavía podría impedirle a Raquel asistir a aquella cena y llevarse a los labios aquel vaso largo. Asegurarle que sería capaz de obrar prodigios. En lugar de prometer imposibles se limitó a marcar el número de Alba Ventura y a citarla para aquella misma tarde a primera hora, justo después de comer.

Le dio un par de vueltas a algo que tenía en la cabeza y, en mangas de camisa y tras haberse atusado levemente el pelo entrecano, salió a la calle en busca de Clarisa. Clara Isabel Núñez, según constaba en su expediente y se había hecho extensivo durante los años de academia. Clarisa la llamaban los que aspiraban a ser agentes de la policía autonómica para provocar su irritación. El subinspector Enric Nasarre siempre la llamaba Clara porque las

clarisas eran las monjas de una orden religiosa de la que Nasarre no conservaba buen recuerdo. La agente le estaba íntimamente agradecida por ello. También ella se obstinaba en presentarse como Clara Núñez, pero siempre había alguien cerca que recordaba el detalle y se dedicaba a apostillar, a mala fe, que su nombre era Clarisa, que así la llamaban en su casa y que así se derivaba de su DNI.

Clara Isabel Núñez, a la que, sólo interiormente y por razones obvias, Nasarre llamaba la monja alférez, era una de las mujeres incorporadas recientemente al cuerpo de policía y había tenido ocasión de demostrar una especial sagacidad y una capacidad de observación poco común en una agente recién reclutada. Nasarre estaba convencido de que Clara era lista, valerosa y especialmente intuitiva, de que poseía una retentiva extraordinaria y de que podía ver más allá de lo que veían la mayor parte de las miradas. Por eso había pensado en ella inmediatamente, por eso tenía previsto hacerle una proposición.

Además era joven y guapa, tan guapa como la mujer de Matías Ballester.

Con las manos en los bolsillos y la americana a buen recaudo en el despacho, Nasarre puso el pie en la calle a mediodía, la hora sin sombras, la peor hora. El andar cansino, el respirar trabajoso, la ropa húmeda por el sudor y los ojos medio entornados por un sol capaz de fundir el asfalto. Encontró a Clara de uniforme a punto de echar una ojeada al menú en la cafetería en la que acostumbraba a comer cuando el turno lo exigía. La saludó con un ¿puedo? y se sentó frente a ella.

Clara le interrogó con la mirada.

Malditos uniformes, pensó el subinspector al apreciar la profusión de ángulos rectos en un cuerpo en el que proliferaban las curvas en su justa medida. Pidió una ensaladilla rusa sin salmonela y una ración de carne en salsa. Bien podía permitirse una mediana bien fría, pensó. Súbitamente la cafetería le pareció un mal lugar para exponer un asunto tan grave. De regreso en el despacho y, con ayuda de las imágenes, tendría tiempo de explicarle el caso a Clara. Comieron en silencio sin dejar de observarse mutuamente de refilón. Nasarre valorando interiormente a la agente que trasegaba una ensalada de atún. Clara con cierta curiosidad. Había aprendido a apreciar el trabajo del subinspector y su buen trato. Era un hombre tranquilo, de pocas palabras, obstinado en su trabajo y amable en sus formas, un superior que no ejercía como tal, un compañero más. Le gustaba trabajar con él y le intrigaba su presencia silenciosa al otro lado de la mesa. Sabía, lo había oído comentar y había tenido ocasión de comprobarlo, que prefería comer solo, que

generalmente se alejaba de comisaría y que esquivaba educadamente a los compañeros.

En la televisión imágenes de la reconstrucción de una remota y nada próspera región de la China recientemente asolada por un terremoto devastador. Ruinas por todas partes y los supervivientes, que lo habían perdido todo excepto la vida, resguardados a duras penas bajo meros entoldados o en tiendas de campaña instaladas con ayuda del ejército. Algunos sonreían a la cámara, otros besaban las manos de los soldados o vagaban por las calles buscando cualquier cosa que pudieran aprovechar. Muchos de los que no habían perecido durante el seísmo acabarían perdiendo las cosechas por carecer de brazos para trabajarlas y veían peligrar su vida por la falta de alimentos durante los próximos meses. Otros habían perdido a sus hijos, hijos únicos en su mayoría, al derrumbarse una escuela. Una tragedia en toda regla, la fatalidad caída a plomo sobre la región y sobre sus pobladores. Hombres y mujeres encaramados a los restos de sus casas, puro material de derribo, personas que le parecieron diminutas, menguadas probablemente por la magnitud de su desgracia, y que llevaban los brazos en cabestrillo o mostraban a la cámara aparatosos vendajes en torno a sus piernas o a su cráneo. Eran muchas las gentes que exhibían sus manos vacías en un gesto que no podía ser más elocuente. Madres y padres sin hijos, abuelas sin nietos, sin techo, sin nada.

Acabada la comida y apurado el café solo y amargo, Nasarre se despidió de Clara indicándole que la esperaba en su despacho media hora después. La agente asintió. No preguntó nada. Ya habría tiempo.

De camino a comisaría el subinspector no pudo evitar pensar en los escasos motivos que aquella gente, de una remota región de China, conservaba para sonreír. Los mismos que Matías Ballester, un hombre que había conocido tiempos mejores, casi ninguno. Y sin embargo eran muchos los que, abandonados a la desesperación, continuaban sonriendo. Con suerte conservaban el hijo, el único hijo en el caso de la mayoría de las familias chinas. Un hijo vivo.

También él, como las familias chinas, como Matías Ballester, tenía una hija, sólo una, su única hija. La joya de la corona, como la llamaba cuando se dignaba aparecer por casa de pascuas a ramos, y le plantaba un beso en la frente. A Irene le gustaba ponerse de puntillas y estamparle un beso en la frente. Francamente Nasarre hubiera preferido un abrazo, pero el beso era mejor que nada y tampoco el policía era hombre de grandes efusiones. Irene había estudiado idiomas y era traductora e intérprete, siempre quiso serlo.

Ahora se esforzaba por aprender chino, lengua que su padre consideraba endemoniada y próxima a la cábala. Lo conseguiría. Tenía su propio piso en Les Corts, cerca del Camp Nou, y a poca distancia del que el policía ocupaba en solitario desde la muerte de su esposa, hacía casi una década. Poca distancia, un puñado de calles no muy largas que a Enric Nasarre se le antojaban un océano. Irene, que andaba siempre prestando sus servicios en eventos internacionales, lo visitaba cuando recalaba en la ciudad, como las azafatas. Y no siempre.

El policía la echaba de menos y al recordar la terrorífica filmación no pudo evitar pensar que algo parecido pudiera ocurrirle a Irene. Le sucedía casi siempre, pensaba en su propia hija a la vista del cadáver de una joven o del cuerpo amoratado de una mujer brutalmente molida a palos por un maltratador. La sola idea le provocó náuseas y un dolor en el pecho que le obligó a entrar en su despacho de prisa y corriendo, a sentarse con la cabeza entre las manos, a respirar hondo varias decenas de veces y a caminar durante unos minutos de un extremo a otro del despacho hasta deshacer por completo el nudo en torno a su corazón.

SPECIAL\_IMAGE-OEBPS/Images/img12658.JPG-REPLACE\_ME

### 13. Jueves, 3 de julio

LA conversación con Alba Ventura sostenida la tarde anterior no había servido de mucho. Nasarre juraría que sólo había conseguido acabar de agriarle el día. Poco más. Alba llegó al despacho con la cara enrojecida por el llanto y apenas había dejado de sollozar durante toda su declaración. El agente que tomaba nota de lo dicho tuvo que interrumpirla varias veces porque no acababa de entender sus palabras. Ni él ni nadie. Sus aclaraciones, entre lloriqueos, tampoco fueron muy útiles. No era extraño en una mujer que había arrastrado durante meses un secreto de tan mal guardar y que había acabado con su mejor amiga rota sobre la acera y destripada posteriormente en la mesa de acero del forense. Un resultado imprevisible e infinitamente doloroso, como tantos. Un silencio fatal.

Casi como un mero trámite, dado que no esperaba mucho, el subinspector le enseñó varias decenas de fotografías de violadores perseguidos o en libertad y de delincuentes sexuales de todo tipo y condición.

Alba no identificó a nadie. Aseguró que ninguno de aquellos hombres le recordaba al tristemente conocido como Alberto.

—Lo siento —dijo al despedirse para abandonar el despacho.

El policía sabía a ciencia cierta que era verdad, que lo sentía con toda el alma o, lo que en definitiva es lo mismo, con la circunvolución pertinente de uno de sus hemisferios cerebrales. Y no le faltaban razones.

Abandonó la mujer el despacho con los ojos inflamados, temblorosa.

Aquella mañana Nasarre había llegado al despacho a primera hora. De hecho apenas había conseguido dormir en toda la noche y había salido de casa con el sol, que en julio es especialmente madrugador. Había caminado durante más de media hora y a lo largo de varias paradas de metro con una temperatura agradable y el pensamiento extraviado en mil cavilaciones. Una vez frente a su mesa había ojeado un par de informes por concluir, a instancias de uno de los mossos más jóvenes había firmado un par de cosas, meras formalidades, y durante más de media hora se limitó a esperar a Clara, a la que había mostrado las imágenes el día anterior.

La joven había reaccionado con rabia, como era de esperar, con una ira efervescente y mal controlada a las detalladas explicaciones del subinspector. Con los puños cerrados, los dientes apretados en torno a un mechón de pelo y el corazón brincando de indignación. En voz baja, los había llamado

cabrones, malnacidos e hijos de puta y Nasarre no había tenido nada que objetar. Quizás lo dicho fuera poco.

La dejó hablar, preguntar, indagar. Estaba en su derecho. Le explicó todo lo que sabía y, zorro viejo, dejó que la historia macerara en pura cólera durante unas horas. Una noche bastaría.

—¿Puedo pasar?

La agente llegó puntual y Nasarre le indicó que entrara y tomara asiento con un gesto de su mano.

—Me gustaría que me ayudaras en este asunto. Voy a cursar la petición a Rosales para que te asigne a este caso. Creo que el punto de vista de una mujer puede servir para...

La chica asentía ya con convencimiento. Desde luego que le ayudaría, en todo lo que pudiera y más. Un caso como el que tenían entre manos merecía todo su esfuerzo, se emplearía a fondo. Quería dar con aquellos cabrones a toda costa. Le gustaría ponerles la mano encima, directamente en la cara para abofetearlos a placer y rematar con una patada contundente en los cojones para ir abriendo boca. Después ya se vería.

No dijo nada de lo que le pasaba por la cabeza. Confiaba en Enric Nasarre, pero no dejaba de ser su superior.

—Si te parece bien nos vemos esta tarde, a primera hora. Quizás tengamos ya el informe de la científica, voy a meterles prisa y enviaré a alguien, si no, ya se nos ocurrirá algo. —Habían sido las palabras del subinspector antes de recoger su americana del perchero y echar a andar pasillo adelante detrás de la agente Clara Núñez—. ¡Ah, Clara! Mientras andemos con este caso puedes prescindir del uniforme.

La agente asintió de nuevo y la cola en la que había recogido su pelo se agitó en el aire.

Necesitaba un café, el tercero de la mañana, y se acercó a la máquina. También necesitaba estirar las piernas y pensar, sobre todo pensar. Clara, que tenía turno en la entrada, bajó a la primera planta.

Algunas horas más tarde Nasarre ingirió un plato de macarrones, un bistec y un insípido plátano en un restaurante raramente frecuentado por el personal de la comisaría para poder seguir dándole vueltas al asunto y hacerlo sin interrupciones molestas. Si al poner el pie en la calle le hubieran preguntado qué era lo que acababa de comer no habría hallado respuesta, tan embebido estaba en lo poco que sabía.

De regreso a su despacho halló a Clara esperando sentada frente a la puerta. No le extrañó. Se había cambiado de ropa y vestía tejanos y camiseta

escotada. Parecía otra. Para su desesperación comprobó que no había llegado el informe de la policía científica. Telefonó de inmediato al responsable, que no pudo asegurarle cuándo podrían acabar de revisar la filmación.

Contrariado, Nasarre le tendió a Clara el resultado de la autopsia que había leído mil veces...

—Quizás se nos haya escapado algo. No está de más que lo mires detenidamente. Dicen que cuatro ojos ven más que dos y por el momento no tenemos mucho más.

A media tarde, mientras el subinspector tomaba notas de cuanto sabían por mantenerse ocupado y no desesperarse, y Clara contemplaba por cuarta vez las imágenes bolígrafo en mano, irrumpió en el despacho Alicia Soldán, la hermana de Raquel. Nasarre la recordaba perfectamente. No era una mujer fácil de olvidar.

—¿Puede usted explicarme de qué va todo esto?

La mujer, plantada ante la mesa del policía con los brazos en jarras, era verdaderamente guapa y capaz de amedrentar a cualquiera, también a un policía con muchos años de servicio. *Dejemos a las mujeres hermosas para los hombres sin imaginación*, había leído en alguna parte. Y, a la vista de Alicia Soldán, no podía estar más de acuerdo. Lejos las mujeres hermosas. Hermosa, desde luego, pero demasiado altiva. Alta, delgada y de huesos prominentes, la piel morena, perfectamente hidratada y aparentemente joven, los labios en el justo punto de color, la falda negra de corte perfecto y sobre la rodilla, un top a juego y cada cabello en su sitio. Toda ella impecable.

La cara adelantada, los ojos, del color del ámbar, en llamas.

—Si tiene la amabilidad... —El policía le indicó que podía sentarse mientras involuntariamente se retiraba unos centímetros de la mesa en un intento por alejarse de una presencia tan intimidante como la de la abogada.

Aunque no era amabilidad lo que cabía esperar de Alicia Soldán. Nasarre buscó con la vista una silla libre que no existía, puesto que la ocupaba Clara Núñez. La agente, que no necesitó ni la más leve indicación, salió en dirección a la sala de espera y regresó con una silla de plástico, que aproximó sin ruido a la mesa del subinspector. No pensaba ceder la suya junto a la mesa del policía ahora que el asunto, a juzgar por el tono de Alicia Soldán, prometía emociones intensas.

Alicia se sentó sin reparar aparentemente en la presencia de Clara, una emperatriz entre pigmeos. La agente recuperó su silla en una esquina de la mesa, no tenía la menor intención de moverse de allí mientras Nasarre no se lo ordenara. Tampoco le dio las gracias. No acostumbraba a hacerlo.

—Usted dirá... —la invitó el policía con un gesto de su mano.

—Acabo de recibir unas imágenes en mi correo personal, no en el del despacho. Es mi hermana y... Es una violación, es algo que... Tiene usted que hacer algo.

Se detuvo unos instantes, evidentemente no le resultaba fácil seguir.

—Las conozco —aseguró Nasarre, que decidió ahorrarse el mal trago.

—He llamado a mi cuñado, pero no ha querido explicarme nada, como si yo no tuviera derecho. Me ha dicho que usted se ocupaba del caso y que podría informarme del asunto. Él se ha negado a... Como hermana de la víctima exijo...

A Nasarre no le extrañó lo más mínimo que Matías Ballester se hubiera sacado a su cuñada de encima, también él lo hubiera hecho. Tampoco escuchó más. Había tanta indignación en la voz y en la mirada de la mujer y tanta arrogancia en sus palabras que el policía, en lugar de adelantar su posición e inclinar el torso hacia delante para aproximarse a su interlocutor como tenía por costumbre, se retrepó en su sillón y aumentó la distancia. Dejó de escuchar sus palabras y se detuvo en sus gestos, en su apariencia perfecta. Cuando Alicia hizo una pausa aprovechó para interrumpirla y para proceder a explicarle el caso con detenimiento. Estaba en su derecho.

—Pero ¿cómo es posible? ¿Y Matías no se dio cuenta de nada? Tantos meses y no se percató de... —inquirió en tono de reproche—. Hay que ser imbécil para no...

Nasarre no abrió la boca, pero la miró con tal severidad que la abogada no continuó. Era una mujer inteligente, cerebral. Con una mano se retiró el cabello de la cara en un gesto inútil, nada en su peinado parecía fuera de lugar. El propósito evidente era el de ganar tiempo.

—Lo que no puedo entender es por qué su amiga no explicó nada, por qué calló durante meses mientras mi hermana...

—Su hermana le pidió que no lo hiciera. Le hizo prometer que no diría nada. A nadie, ni a su marido, ni a usted, ni a nadie. Alba Ventura no quiso traicionarla, le guardó el secreto. Pasados los primeros meses Raquel se negó a hablar del tema, le dijo que estaba a punto de solucionarlo, que lo estaba resolviendo. Su amiga se equivocó, es evidente, pero no podía saber cómo andaban las cosas.

—¿Se da cuenta de lo que le hicieron esos salvajes? Y ni Matías, ni su mejor amiga... Usted dirá lo que quiera, pero...

El gesto de menosprecio de la abogada Alicia Soldán y su escasa simpatía hacia los implicados resultaban tan evidentes que Nasarre decidió no

ignorarlos. ¿Por qué ser clemente con el despiadado, con aquel que no lo es? Pasó a contraatacar. No hay mejor defensa.

—Tengo entendido que su hermana le pidió dinero.

La mujer tensó cada músculo de su cuerpo y se irguió en el asiento. No iba a derrumbarse, al menos no lo haría a la primera de cambio como tantos otros. Sus defensas eran firmes, su confianza, una muralla, su seguridad, total. El policía se fijó en sus manos, que se cruzaron ahora sobre un bolso enorme y también negro, como si alguien en el despacho del policía estuviera a punto de arrebatárselo por la fuerza. Nasarre había observado a menudo cómo con nuestros gestos no siempre protegemos lo que queremos resguardar, sino otra cosa cuya localización no conocemos. Un extraño automatismo que desplegamos cuando nos sentimos frágiles o amenazados. En este caso Alicia Soldán no preservaba su bolso, sino su propia imagen.

Por otra parte advirtió que sus manos eran verdaderamente preciosas, estilizadas, los dedos largos y las uñas brillantes y sin rastro aparente de laca. Los aros de oro muy finos que adornaban sus muñecas tintineaban delicadamente y se desplazaban a lo largo de su antebrazo al agitar su propietaria las manos en el aire.

—Soy abogada, creo que ya lo sabe usted y, sinceramente, subinspector, no sé qué es lo que pretende con ese comentario, pero no creo que eso tenga nada que ver con la investigación.

—Y yo soy policía y, por el momento y hasta nueva orden, decido qué es lo que guarda relación con la investigación y qué no. No olvide que seguimos hablando de un suicidio.

Como lo alegado por el subinspector era por el momento irrefutable, Alicia se sintió obligada a contestar.

—Sí, así fue, me pidió dinero.

—También tengo entendido que usted no se lo prestó —añadió el policía con la intención de bajarle los humos a base de seguir hurgando en la herida abierta.

—No, no se lo presté. Ella no insistió.

—Imagino que tendría usted sus motivos. Quizás no disponía usted de ese dinero —continuó Nasarre sin la menor compasión, calculando que la ropa y los complementos que la abogada llevaba encima superaban largamente el millar de euros.

—Sí, claro que disponía de ese dinero, no juegue usted conmigo, pero quería saber para qué lo necesitaba. Insistí, quería saberlo. Si tenían

problemas me hubiera gustado saberlo. Si ella me hubiera explicado... Raquel se negó a decirme nada. No quiso...

El subinspector guardó silencio y continuó mirando fijamente a la abogada, cuya altivez empezaba ya a mostrar alguna fisura. A punto estuvo de señalarle que la confianza de los demás no puede exigirse y que los lazos de sangre no bastan para casi nada. No abrió la boca, se limitó a seguir mirándola atentamente. No hay puñal más poderoso que el silencio bien administrado. No está en los manuales, por lo menos no lo estaba cuando Nasarre hacía méritos, pero así es.

—Le dije que quería consultarlo con mi marido. Me molestó que no quisiera decirme... No entendía por qué no podía hablar. Si me hubiera explicado...

No estaba dispuesto a dejar pasar la ocasión. Sin despegar la espalda del respaldo del sillón, inquirió:

—Y ¿era verdad, señora? ¿Necesitaba usted la aprobación de su marido?

En las preguntas del policía no cabía más sarcasmo. Recordó aquello tan antiguo y, a menudo, tan cierto de que *en el pecado está la penitencia*.

Alicia Soldán, con la vista baja y las manos enredadas, negó con la cabeza. Nadie en el despacho abrió la boca.

—Fue un error. No hace falta que me lo señale usted. Un error. A estas alturas puedo darme cuenta, el mayor error que pude cometer.

Por la rabia añadida al dolor que colmaba sus palabras resultaba fácil comprender que Alicia no era una mujer que se equivocara a menudo. En caso de hacerlo, difícilmente lo reconocería públicamente. El silencio se prolongó unos instantes hasta que Alicia se puso en pie inesperadamente, adelantó su mano y la de Nasarre le salió al encuentro.

Ni tan siquiera miró a Clara, que no le quitaba la vista de encima.

—Sigo sin entender por qué a una maestra. Raquel no tenía nada de valor, pagaban una hipoteca, apenas tenían ahorros... ¿Qué pensaban sacar de mi hermana? ¿Por qué la eligieron a ella? No es lógico.

Y no le faltaba razón.

—Además, ¿de dónde habían sacado tanta información? El instituto, los amigos, el barrio...

Salió acompañada por el susurro de un adiós.

Hacía horas que Nasarre le daba vueltas a esa misma idea. El encuentro en la discoteca no tenía nada de casual y juraría que la historia de un antiguo compañero de instituto no era más que una forma de acercamiento, una

manera como otra de ganarse la confianza. Por si acaso pensó que lo mejor era empezar por el principio.

—Clara, vas a ir al instituto en el que estudió Raquel. Que Alba Ventura te dé el nombre, la dirección y los años. Todavía debe quedar alguien en su sitio, y si no, lo buscas. Habla con el director o con quien haga falta, quiero los listados de alumnos de todos los cursos que correspondan a los años que pasó allí Raquel cursando el bachillerato. Y si te ponen alguna pega, que me llamen. Y los quiero lo antes posible. Y si puedes traerte las fotos, mejor. Ya sabes, las orlas, los anuarios, las memorias... Lo que tengan...

Y lo antes posible fue aquella misma tarde antes de dar por acabado el día. Regresó Clara con los listados y las fotografías diminutas de los alumnos adolescentes. No servirían de mucho. Repasaron los nombres ordenados alfabéticamente y junto a los que figuraban los datos personales. Sólo constaba un Alberto Santana García, cuyo rastro localizaron inmediatamente al telefonar a sus padres, que continuaban en el mismo domicilio familiar. La madre, tras recibir las oportunas explicaciones no del todo ciertas de labios de Clara, les informó de que Alberto Santana era gerente de un hotel en Mallorca y de que no había puesto los pies en la ciudad desde hacía más de un año. Sus palabras no estaban exentas de resentimiento.

—Si mi hijo ha estado aquí y no viene a vernos, lo mato. Le juro que lo mato —sentenció la mujer a la pregunta de si existía alguna posibilidad de que hubiera venido a la ciudad en septiembre del año anterior.

Aquella misma tarde Clara se fue con las fotos a casa de Alba Ventura, que, a su pesar, no reconoció en ninguna de ellas al sujeto que abordó a Raquel en la barra de la discoteca. Nasarre no esperaba mucho de las fotografías escolares, a los dieciséis años él mismo no guardaba el menor parecido con el sujeto corpulento y de pelo desmayado y encanecido en el que se había convertido con el paso de los días. La foto de Alberto Santana era la de un chico esmirriado, de pelo ondulado, ojos probablemente azules casi ocultos tras unas gafas de respetable graduación y sin asomo de pelo en el bigote. Nada en común con el tipo que se acercó a Raquel aquella noche, en el principio del fin.

No podían dejar de intentarlo.

## 14. Viernes, 4 de julio

ANTES de pasar por comisaría Clara interrogó a la directora del colegio en el que Raquel se ocupaba desde hace años de uno de los grupos del parvulario, era especialista en educación infantil. En el despacho en el que esperó durante unos minutos el calor resultaba tan opresivo y el aire tan irrespirable, que se levantó de la silla, se aproximó a la ventana, la abrió y se quedó de pie con la boca entreabierta mirando al exterior como un pez asfixiado. Mejor eso que desmayarse y que la directora la encontrara al entrar tendida bajo la mesa.

—Lo siento, es que hacía tanto calor... — se disculpó cuando la vio aparecer en el umbral.

—No se preocupe, yo nunca estoy aquí, no hay quien lo aguante. Aquí sólo guardamos algo de material, los archivos... No sé a quién se le ha ocurrido...

A alguien que no siente especial aprecio por el cuerpo de policía, concluyó Clara sin esfuerzo, pero no dijo nada. No era la primera vez. Cruz Estévez, la directora, una mujer rubia de unos cincuenta años y con unos cincuenta kilos de más y el hablar cadencioso como sus movimientos, recuperó un ventilador no muy grande de una estantería y le indicó que la siguiera. Entró en un despacho esquinero con las ventanas abiertas de par en par, las persianas bajadas casi por completo y un aire cruzado que la agente recibió con alivio. La directora situó el ventilador en un extremo de la mesa, girando entre ambas. El ruido resultaba algo molesto, pero Clara dejó de sentir la opresiva sensación de ahogo y la directora, que jugaba en campo propio, permaneció unos instantes encarada a las aspas con el escote levemente abierto.

—Usted me perdonará, pero esto no hay quien lo aguante. Cuando pasa de 25 grados dejo de ser persona y no sirvo para nada.

La invitó a preguntar con un gesto de su mano tras haber retirado el sudor que perlaba su frente y su labio superior y haber resoplado sonoramente antes de disponerse a contestar a las preguntas de la agente de policía.

—Tú dirás.

Saltaba a la vista que las formas le importaban poco.

Según pudo entender Clara de labios de la responsable del centro, Raquel era una maestra muy apreciada, capaz de demostrar cariño sin bajar la guardia.

—Con los más pequeños eso no es fácil —señaló la directora, reconociendo con un gesto elocuente su propia incapacidad. A Clara tampoco se lo parecía—. Yo misma me entiendo mucho mejor con los más grandes, los que están en los últimos cursos. Pero Raquel, no, a ella le gustaban los niños pequeños, los de tres o cuatro años. Y ella les gustaba a los niños, eso tampoco es fácil. No le quepa duda.

Raquel llevaba unos años en el centro, en el que tenía asignada plaza definitiva y sí, claro, como era lógico, había explicado cosas de su vida privada en muchas ocasiones. Maestros, conserjes, servicio de limpieza... La sala de profesores, el vestíbulo, incluso el comedor si no salían a comer, eran espacios en los que se intercambiaban confidencias, como en todas partes. Una escuela no era diferente. Probablemente había hablado en más de una ocasión del instituto en el que cursó la secundaria, de los compañeros, de los profesores... La directora no lo recordaba con exactitud, pero era más que probable. Todos lo hacían y Raquel era una mujer extrovertida, que no tenía manías a la hora de hablar de sí misma, de su familia. Parecía conservar un buen recuerdo de su primera juventud. También parecía no tener nada que esconder.

Aunque la directora no acababa de entender la finalidad de sus preguntas, respondió con diligencia, sin evasivas. No, apenas había advertido cambios en su conducta últimamente.

—He pensado mucho en ello, lo hemos hablado aquí, entre nosotros. Si quiere que le diga la verdad, si algo le ocurría, lo escondía muy bien. Lo único que puedo decirle es que quizás estaba algo más ensimismada, algo ausente, como si pensara en sus cosas... Pero..., ya le digo. Nada que hiciera pensar que... Y con los niños como siempre, ni una mala palabra, ni un mal momento, ni una queja...

La directora confirmó que Raquel Soldán no faltaba casi nunca, tampoco últimamente. Se ausentaba raras veces y siempre por motivos justificados. El día en que murió, la directora, que no había recibido aviso de que Raquel no iría a la escuela, llamó a su casa poco después de comprobar que el aula de su grupo seguía vacía más allá de las 9:10 y los niños se desparramaban desorientados por el pasillo.

—Me extrañó que no hubiera dicho nada. Ella no era así, si podía avisaba con antelación, pero nunca faltaba sin hablar conmigo o con la secretaria. Pensé lo que era lógico, que le había pasado alguna cosa. Una siempre piensa lo peor. Llamé un par de veces y no cogió el teléfono, creí que no estaba, que

quizás había llevado a David al médico. Qué sé yo, quizás una fiebre alta, una fractura... Con un niño, ya se sabe... A veces no sale una de urgencias.

Clara no sabía, no tenía hijos y no había pisado las urgencias de un hospital en toda su vida, pero asintió. Algo había oído explicar.

—Parecía razonablemente feliz. No era una mujer depresiva, al menos no lo parecía. Quizás se medicara, no lo sé, pero depresiva... yo diría que no. Si Raquel era depresiva yo soy una suicida en potencia —dijo y, aunque a punto estuvo de rectificar, no lo hizo, se limitó a juntar las manos ante su rostro en señal de arrepentimiento, como si rezara. Era su forma de expresar sin palabras que lamentaba lo dicho—. Tampoco recuerdo haberla visto malhumorada o especialmente irritada. Se enfadaba, claro, como todos. En una escuela siempre hay motivos para enfadarse de vez en cuando, pero le aseguro que adoraba a su hijo y que, o era una gran actriz, o se llevaba bien con su pareja. No recuerdo que explicara problemas graves. Al contrario, hablaba con cariño y con respeto. Él siempre me pareció una buena persona.

—¿Lo conocía?

La directora acercó el rostro a las aspas del ventilador y abrió ligeramente el cuello de su blusa camisera antes de continuar hablando. La piel de su cuello, la de su cara, la de sus manos, tersa como es habitual en las personas con muchos kilos de más, parecía escarchada. Como si acabaran de rociarla de arriba abajo con un spray.

—No recuerdo su nombre, pero había venido por aquí con David muchas veces. Cuando el niño era más pequeño la esperaban cada tarde en el vestíbulo. Incluso nos había echado una mano con los ordenadores. Nos había instalado algún programa y nos explicó cuatro cosas. No hubiera dicho nunca que Raquel podía acabar así. Nunca. Ni yo ni nadie en este centro —aseguró la directora con un leve temblor en la voz—. Puede usted hablar con quien quiera, no creo que le digan otra cosa.

Consciente de que le había amargado el día, Clara dejó a Cruz Estévez en su despacho sofocada y triste. Cuando salió la directora tenía la vista perdida en el patio completamente vacío y silencioso, un patio recalentado ya por un sol despiadado en el que a Clara no le hubiera sorprendido ver aparecer en cualquier momento un par de arbustos rodantes. El sol de julio, el sol que ajusticia.

Clara se entrevistó a la hora del patio con un par de maestras que la directora había señalado como las más cercanas a Raquel, aquellas con las que parecía tener mayor confianza. Ninguna de ellas, ni la más mayor, cercana ya su jubilación y con una sonrisa beatífica que parecía situarla por

encima del bien y del mal, ni la más joven, la profesora de educación física, que no dejó de moverse por todo el gimnasio ordenando colchonetas, comprobando la presión de las pelotas o simplemente balanceándose sobre uno de sus pies, pudieron proporcionarle más datos. Tampoco habían reparado en cambios de conducta ni de humor, no habían observado nada raro. Ambas confirmaron que Raquel hablaba con naturalidad de su vida presente y pasada y que en ocasiones se había referido a sus años en el instituto de barrio. Coincidieron en afirmar que parecía conservar un buen recuerdo. Y no, no recordaban ningún nombre, eran comentarios puntuales, espontáneos, cosas que se dicen porque vienen al caso. Una de ellas recordaba el nombre del instituto, pero nada más.

Ni la directora ni las maestras con las que tuvo ocasión de hablar reconocieron a ninguno de los maestros de los que habían pasado por el centro en las deficientes fotografías de finales de los ochenta que Clara Núñez les mostró. Muchas de ellas, diminutas y de mala calidad, procedentes de los fotomatonés del metro. Fotos terribles de colores irreales por su intensidad o apagados debido al efecto de una luz excesiva, devoradora. Rostros muy cercanos que apenas caben en el recuadro de la fotografía o tan lejanos que son una reducción de sí mismos, como tratados por caníbales. Tampoco recordaban a ningún Alberto entre sus compañeros de profesión. De hecho, en la escuela, las mujeres eran mucho más numerosas que los hombres. Siempre había sido así, sólo tres o cuatro maestros frente a unas veinte mujeres integraban el claustro.

Cuando regresó a comisaría con las manos vacías y cara de necesitar con urgencia un abanico, Matías Ballester estaba sentado frente al subinspector Nasarre, que le indicó a Clara con una mirada que podía ocupar su lugar habitual. En una esquina, como al bies. La agente, intrigada hasta los tuétanos, así lo hizo. El subinspector no preguntó, al parecer daba por sentado que la visita al colegio era un puro trámite; por otra parte Clara quiso creer que había podido leer la ausencia de resultados en su cara de derrota al aparecer en la puerta del despacho.

—Hoy mismo te vas a enganchar como un piojo al señor Ballester, quiero que vayas con él a todas partes. A todas. En el trabajo te harás pasar por una empleada en prácticas, yo hablaré con su jefe, no pondrán problemas, es un requerimiento policial. En su tiempo libre ya se te ocurrirá... Al gimnasio, al parque, al cine, al restaurante... Quiero que seas su sombra, que no pierdas de vista a nadie, que no se te escape nada de lo que dice ni a quién se lo dice. Te vas a infiltrar durante unos días, como en las películas. Serás su prima, su

ayudante... Lo que quieras. Quiero los ojos abiertos, Clara, bien abiertos. Si en un par de semanas no tenemos nada, en septiembre aprenderás a ser maestra. ¿Qué te parece?

A Clara no es que le pareciera mal, es que no sabía qué pensar. Acompañar a Matías Ballester no sería difícil, pero no acababa de comprender qué esperaba Nasarre al ordenar algo así. La cara de Matías era de absoluta perplejidad. Era evidente que no entendía nada. Una mujer a su lado en todo momento le parecía un disparate. Y no le faltaba razón. ¿Por qué? ¿Qué esperaba el subinspector al ordenar algo así? Una locura, una verdadera locura.

—Pero, yo... Yo no he tenido nada que ver. Yo no... —balbuceó el viudo reciente levantando las manos, que reposaban sobre la mesa, y dirigiendo las palmas hacia el techo de escayola—. Pueden ustedes comprobar que yo no...

—No es usted sospechoso, Matías. No debe preocuparse, no se trata de eso, pero los canallas de las imágenes disponían de suficiente información como para acercarse a su mujer y ganarse su confianza. Dónde estudió, con quién... Algo así no se improvisa, yo diría que la esperaban, que sabían que quizás iría con sus amigas a la discoteca, que lo habían preparado para... Toda esa información salió de alguna parte, probablemente fue su mujer la que en algún momento explicó cosas, detalles, planes... Pero ella ya no nos sirve, no podemos preguntarle.

Nasarre carraspeó y bebió agua de una botella pequeña que guardaba en un cajón, el aire acondicionado le reseca la garganta y detestaba el picor en el principio de las palabras. Hubiera preferido mil veces poder abrir la ventana, pero los edificios modernos son herméticos, cubos cerrados. Una pesadilla.

—También pudo ser usted, o Alba, su amiga... Sin darse cuenta, sin intención... O alguna de las amigas con las que salió a cenar, cualquiera de ellas, fueron varias las que cenaron juntas aquella noche. Alba Ventura nos dio nombres y teléfonos, hablaremos con todas ellas, quizás incluso ordene seguirlas, todo se andará, pero no podemos cubrir todos los frentes. No puedo ponerle una sombra a cada una de ellas, el comisario no lo permitiría. Tampoco podemos descartar nada, una complicidad, una venganza... Empezaremos por usted. No crea que me gusta y sé que será una molestia, pero no podemos hacer mucho más. Además Clara conoce su oficio, es una buena agente, si hay algo que ver, lo verá.

En una profesión en la que predominaban los hombres Clara no había recibido muchos cumplidos, no había tenido ocasión, y a punto estuvo de

sonrojarse. Para evitarlo y para distraer el pensamiento cambió el cruce de sus piernas en la silla. A Nasarre el detalle no le pasó desapercibido. De hecho nada de lo que ocurría en su presencia le pasaba por alto.

—Además aprende rápido, en la oficina le será de utilidad, puede usted confiar en ella —añadió Nasarre para comprobar el efecto de sus palabras en la joven agente, que en esta ocasión, incapaz de permanecer inmóvil, se apartó el pelo del rostro y lo acomodó detrás de sus orejas.

—Pero los informes, las imágenes... Quizás puedan ustedes sacar algo en claro. Algo tendrán para...

Nasarre negó antes de hablar.

—De las imágenes no podemos esperar nada, ya lo verá. La autopsia es concluyente. Lo único que se me ocurre es averiguar quién y de qué manera pudo reunir la información necesaria. Todos hablamos más de la cuenta, explicamos... ¿Lo ha pensado usted? Por el momento nadie ha reconocido al individuo que se hacía pasar por Alberto Santana. Hemos comprobado que el tal Alberto, compañero de su mujer en el instituto, no salió de Mallorca en aquellas fechas. Dirige un hotel y no se movió de allí.

El policía dirigió a Clara una mirada rápida para confirmar que no incurría en un error al afirmar que no sabían nada del sujeto en cuestión. Clara negó, tampoco ella había conseguido nada.

—Lo dicho, nada. Y no espero milagros. Por otra parte, de las imágenes nada que nos sirva, el informe no aporta datos. Y me consta que le han dado todas las vueltas posibles.

Nasarre sobrevoló las páginas y leyó algunos de los párrafos que acababa de subrayar.

—Que *«los hombres que aparecen en la filmación probablemente han nacido aquí, que no se advierte en sus palabras ningún acento que permita determinar..., que tienen constitución absolutamente normal y que sus medidas aproximadas son... Que nada puede deducirse de las prendas que visten, que no destacan ni por la calidad aparente ni por la falta de la misma. De sus rostros, apenas visibles, nada puede afirmarse excepto que los ojos de los tres sujetos son castaños y que uno de ellos... Que, en lo tocante al rostro, la calidad de las imágenes no permite determinar más. No hay defecto físico destacable en ninguno de ellos. A juzgar por los fragmentos de piel que la filmación permite apreciar todos parecen sujetos de tipología caucásica... Tampoco sus penes presentan...»*. —El subinspector no creyó necesario extenderse sobre las dimensiones y la apariencia completamente normales de los miembros viriles de los hombres que aparecían en la pantalla.

Durante unos instantes continuó repasando el informe en silencio, escogiendo los fragmentos de cierto interés.

—Bien, como ve, una serie de datos que no nos llevan a ninguna parte y, como puede comprobar, nada en absoluto que nos permita localizar el sitio en el que tuvieron lugar los hechos.

Prosiguió leyendo el apartado referido al espacio físico.

*«Probablemente el fondo de un garaje particular. Por la iluminación artificial podría tratarse de un sótano, pero dado que los hechos se produjeron de madrugada este dato no puede considerarse concluyente en modo alguno. Tampoco pueden precisarse las dimensiones dado que sólo podemos concretar la distancia aparente desde el objetivo de la cámara al motivo de la filmación, que puede cifrarse en unos 5 metros, y a la pared opuesta, unos 7 metros. De los bultos amontonados junto a la pared no puede extraerse conclusión alguna, excepto que, a la derecha, una lona recubre una moto probablemente de poca cilindrada, scooter o similar. De la pintura aplicada a las paredes hasta media altura puede deducirse que el espacio fue pensado en origen para...»* Lo dicho, un parking, un garaje, un pequeño almacén, llámelo como quiera.

Nasarre hizo una pausa mientras repasaba el contenido del informe.

—*«La bicicleta colgada en la pared, a unos dos metros del scooter, pertenece a un hombre adulto y es de la marca Monty, no nos es posible determinar el modelo, pero podría llegar a concretarse. Las manchas en el suelo son antiguas y con toda probabilidad fueron causadas por vertidos de aceite procedentes de vehículos a motor. [...] El sonido de fondo, un zumbido casi imperceptible, que acompaña a las imágenes, parece proceder de un aparato de aire acondicionado o de un ventilador. En todo caso el artefacto está situado muy cerca de la persona que filma, quizás a su espalda, y no aparece en...»*.

Se refería el informe de la científica a un sonido muy leve y sostenido en el que Clara apenas había reparado y que acababa de recordarle al que en el despacho de la directora hacía más difícil la conversación. Si como parece especular el informe, se trataba de un sótano, no debía esperarse en el espacio cerrado ni el más mínimo desplazamiento del aire. A menudo los sótanos resultaban asfixiantes, mal ventilados, se convertían en acumuladores de calor o de humedad. Tampoco era raro que sucediera justamente lo contrario, que, resguardados del sol directo, y aislados por los materiales de construcción, fueran los lugares más frescos de las casas. Así ocurría en casa de los abuelos maternos de Clara Isabel Núñez, que lo llamaban familiarmente la fresquera.

Clara advirtió que los hombres que aparecían en la filmación no se quejaban del calor en ningún momento a pesar de llevar el rostro casi totalmente cubierto. Ninguno de ellos hacía ademán de retirarse el sudor. El delito se cometió en el mes de octubre y a la agente no le costó el menor esfuerzo recordar que el septiembre en la ciudad, pateando la ciudad como acostumbraba durante el servicio, había sido muy caluroso. Y, aunque menos sofocante que julio y agosto, recordaba perfectamente que el calor no había menguado hasta muy avanzado el mes de octubre. En un sitio cerrado, sin entrada aparente de aire y con la cabeza cubierta en parte o en su totalidad, era lógico pensar que pudieran haber tenido calor. Alguien había pensado en ello, el hecho de instalar un ventilador o un acondicionador de aire permitía suponer que su utilización no era la propia de un garaje, entrar, aparcar, guardar alguna cosa y salir, y poco más. Quizás, y era sólo una suposición, la cama y el aparato de aire acondicionado fueran el indicio de que lo que le ocurrió a Raquel había sucedido más veces en aquel mismo lugar, la antesala de un infierno.

Deberían pensar en ello.

*«... los sonidos que se repiten ocasionalmente a lo largo de la filmación guardan siempre la misma secuencia toc toc-toc-toc-toc toc-toc y parecen haber sido ocasionados al golpear rítmicamente la cámara o cualquier otro objeto muy próximo al aparato».*

*«... respecto a la sustancia administrada a la mujer y, a juzgar por la sintomatología que presenta, es posible pensar que se trata de una sustancia conocida popularmente como líquido de brujas, de color verdoso y que procede del estramonio, planta venenosa empleada desde la antigüedad para producir alucinaciones y aumentar el deseo sexual. Del estramonio se obtiene un alcaloide, la atropina, capaz de producir delirios, alucinaciones, cambios de temperatura, trastornos vitales graves, hipertensión, convulsiones, etc... Administrada en dosis elevadas puede provocar la muerte. Esta apreciación no es concluyente en modo alguno, puesto que podría tratarse de otra droga como la escopolamina, también conocida como burundanga, que presenta cierta coincidencia en la sintomatología, o algún otro producto sintetizado en laboratorio. Cabe señalar que el uso de las sustancias mencionadas ha sido documentado con anterioridad en la violación de mujeres. No es descartable que el compuesto empleado no sea ninguno de los anteriores».*

—Intentaremos seguirle la pista a la sustancia pero, por lo que he podido averiguar, hoy por hoy no se conoce quién la distribuye en nuestra ciudad. Se consume, eso sí, se administra, se vende, se compra. Aquí, como en todas

partes, se consume de todo, incluso eso que llaman líquido de brujas o el puto basuco, que es de lo peor, un veneno. Todas las porquerías del mundo se pueden encontrar aquí, no le quepa duda.

Nuevo carraspeo y nueva pausa de Nasarre, que agita la cabeza en un intento por aclarar su garganta y de paso ordenar sus pensamientos. No es hombre de largos discursos, prefiere el tira y afloja del diálogo en igualdad de condiciones, pero cada día trae lo que trae. Y en la policía los días no traen nunca nada bueno.

—Lo único que sabemos es que, en algunos casos recientes de alteraciones sensoriales muy graves que han requerido hospitalización, la sustancia encontrada ha sido el maldito líquido de brujas. Han acabado por recuperarse, pero...

Nadie supo cómo acababa, el subinspector movía la cabeza como si negara mientras continuaba revisando el informe. El resto, hasta completar tres páginas, resultaba todavía más vago y el inspector no se molestó en continuar en voz alta. Le pasó el informe a Clara para que le echara un vistazo y levantó la vista hasta encontrarse con la de Matías.

—Como habrá comprobado no podemos elegir. Las pistas son bien pocas. Si no tiene usted inconveniente procederemos como acabo de explicarle.

Matías tenía más de uno, todo eran inconvenientes, miles y miles de inconvenientes. El primero y principal, que no deseaba compañía, y menos la de una desconocida, pero no protestó. No encontró arrestos.

—Además, sospecho que si siguen enviando las imágenes, si cumplen puntualmente su amenaza, es porque como usted supone no saben que su esposa ha muerto. Piense que en la prensa la noticia no pasó de un breve y no se publicaron ni las iniciales. Por una vez apenas se filtró nada. Creo que no lo saben y todavía esperan cobrar. —De nuevo el policía se aclara la garganta antes de proseguir—: Esas llamadas que ha recibido usted... Creo que todavía intentan ponerse en contacto con su esposa. Voy a hacer que revisen su correo electrónico, quizás sigan intentando... ¿Sabe usted la contraseña?

Matías Ballester negó con la cabeza. Nunca pensó en abrir el correo electrónico de su mujer.

El policía permaneció en silencio unos instantes y distraídamente se llevó a los labios la botella de plástico vacía, que arrojó a la papelería. Matías pensó en repetir por enésima vez que Raquel no era su esposa, que habían decidido no casarse, pero le pareció una estupidez. Seguro que el subinspector lo recordaba. Nada le pasaba por alto a aquel policía de ojos grises, gafas doradas y apariencia de tendero de barriada.

—Lástima, hubiéramos adelantado bastante. No se preocupe, la averiguaremos. Si recuerda usted algo que pudiera darnos una pista... — sugirió el subinspector, y no recibió respuesta.

Las neuronas de Matías parecían medio adormiladas, así se sentía él. Tenía la mente entera turbia como las aguas confundidas en el fondo de un lago. Quizás debería dejar las pastillas mágicas.

—Necesito que me apunte la fecha de nacimiento de Raquel, la suya y la de su hijo, el día de su boda... Todas las fechas y todas las cifras que pudieran ser significativas para ella. La matrícula de su coche, el número de su portal, el de sus padres... —le indicó, aproximándole una hoja en blanco y tendiéndole un bolígrafo.

Matías hizo lo que se le indicaba. Le costó un esfuerzo desmedido recordar los números que el policía le había pedido. Anotó ordenadamente las cifras indicadas, ni una más, no se le ocurría ninguna otra. Alargó el papel al subinspector, que se lo acercó de nuevo.

—El número de teléfono de su casa, su número de móvil y el de su esposa... —continuó el policía—. El número que calzaba, su edad... Hay datos que ya los tenemos, pero si me hace usted el favor yo pasaré el listado ahora mismo. Cuanto antes empiecen, mejor.

Matías obedeció con una lentitud extrema, desesperante. Tenía graves dificultades para concentrarse, los números se le atropellaban, los recordaba barajados con otros, revueltos, a solas o en grupos de dos o tres cifras. La mirada atenta del policía, la presión de su vista clavada en sus manos no le ayudaba en lo más mínimo a ordenar sus pensamientos. No conseguía pensar con la claridad suficiente ni traspasar la maraña de números que permanecía ahora suspendida en su mente. Todo pasaba lentamente en el interior de su cabeza y todo se enredaba.

—La agente le acompañará y observará a las personas con las que se relaciona, sabe qué es lo que debe buscar.

Clara no estaba tan segura, pero al recibir la mirada del policía se vio obligada a asentir.

—Si mientras están en el piso suena el teléfono y no reconoce usted el número, deje que sea ella la que responda por usted —le recomendó el policía, y su voz era ahora imperativa, una orden—. Quizás pueda hacerse pasar por su esposa y consiga retener la llamada. Una voz femenina es una voz femenina. Si pueden, apunten el número, a veces no podemos... — advirtió mirando a ambos, primero a Clara, que parpadeó en señal de asentimiento, después al viudo, que asintió con la cabeza.

Matías parecía ahorrar las palabras para cuando le hicieran verdadera falta.

Instantes después, mientras el policía anotaba un número en un papel, Matías levantó la vista, parpadeó. No fue necesario que preguntara nada.

—Sí, hoy mismo pincharán su teléfono. No creo que sean unos aficionados ni que llamen desde un teléfono particular, como mucho compran móviles con tarjeta que no hay quien localice... Pero a veces, cuando fallan los planes y las cosas se les van de las manos, es cuando cometen errores. Nunca se sabe.

Matías Ballester bajó la cabeza de nuevo, como si mantenerla erguida representara un esfuerzo suplementario, alargó la mano por pura cortesía e hizo ademán de marcharse.

—Cuando haya hecho planes para mañana, llame usted a Clara, le esperará en el portal. Aquí tiene el número de su móvil —le indicó Nasarre alargándole un papel amarillo antes de dejarlo ir sin paz y sin consuelo.

El policía lo había previsto todo. Matías consintió.

Clara Núñez, levantando la vista del informe, y con cara de desconcierto, se despidió de él con un «hasta mañana» repleto de dudas.

## 15. Sábado, 5 de julio

MATÍAS BALLESTER no salió a la calle hasta pasadas las 10 de la mañana. David acababa de desayunar y había aceptado con un aplauso espontáneo la idea de ir a la playa con Ana y con Ramón. Recibió la propuesta con un batir de palmas y una capa de crema protectora factor 50 cuyo pringue le incomodaba profundamente, y que originó una sarta de protestas y algún intento vano de huida. Matías no se dejó intimidar. Días atrás era Raquel la que se ocupaba de la crema, pensó, y emitió un suspiro involuntario, como todos los demás. Se había propuesto en firme dejar de suspirar. Dejar de suspirar a la mínima ocasión y recuperar el ritmo de sus pensamientos eran sus metas inmediatas. No sabía qué le resultaría más difícil. Por el momento dejar de fumar a todas horas y olvidar la existencia de las pastillas que ayudan a superar los días y a descansar durante las noches se le antojaba un imposible.

Su cuñado, Ramón, detestaba la playa y no se abstenía de reconocerlo, de hecho lo repetía hasta el aburrimiento a la mínima ocasión, pero hubiera ido al fin del mundo por acompañar a Ana. El fin del mundo sobre la arena de una playa, a la vuelta de la esquina o justo en el borde de un acantilado. Se instalaba con el portátil en un chiringuito a la sombra, mejor bajo un buen entoldado por los rayos traicioneros, y dejaba correr las horas con ayuda de un par de cañas de cerveza. De tarde en tarde levantaba la cabeza y escrutaba la arena para reconocer el biquini rojo de Ana. Allí, a la sombra, esperaba hasta ver aparecer a Ana varios tonos más oscura.

—Como una diosa —decía Ramón medio en broma antes de abrazarla—, eres como una diosa.

Y no bromeaba. Ana, la diosa terrenal, por fin tendría compañía sobre la arena, la compañía inquieta de David.

—¡Vaya par de dos! —dijo a la vista de Ramón, resoplando y cargando el portátil y el parasol a rayas, y de David, todavía malhumorado y embadurnado, quieras o no, hasta las últimas consecuencias.

Al aparecer en el portal Matías lo hizo con los ojos entornados y una mano sobre las cejas a modo de visera. A pesar de la hora temprana el sol era ya una amenaza en toda regla. En la otra mano una bolsa de deporte por si les quedaba tiempo y no les faltaban ganas. Era mejor comenzar el día con buen ánimo aunque las circunstancias no acompañaran. Antes de cruzar la calle

pensó que le recordaría a Ana que volviera a ponerle crema a David. Le enviaría un mensaje. Nunca se sabe.

Clara esperaba en la cafetería de enfrente, sin uniforme, con tejanos, una camiseta negra de tirantes y sandalias casi completamente descubiertas y del mismo color. El pelo castaño claro liberado de ataduras, levemente ondulado y recogido con descuido detrás de las orejas, de las que pendían unos pendientes largos, abalorios sin ningún valor que medían lo que medía su cuello. Más tarde Matías se daría cuenta de que tintineaban cuando la agente hablaba, se levantaba o gesticulaba. No había ni rastro de maquillaje a la vista, aunque, bien lo sabía, no era hábil apreciando esas cosas.

Así vestida, la agente parecía otra mujer. Rectificó Matías su particular apreciación al tiempo que se acercaba a su mesa: así vestida parecía una mujer.

Clara tenía un café con hielo ya en las últimas y aceptó otro cuando Matías le propuso esperar unos minutos antes de dejar el local. La policía cerró el diario que estaba hojeando.

—He pensado que quizás podría ayudarme. Me quedan cuatro cosas en el piso que necesito retirar... Cosas de Raquel. Pensaba volver a instalarme allí a finales de la próxima semana, quizás el fin de semana, no podemos quedarnos toda la vida en casa de mi hermana. Y tampoco quiero que sus cosas estén por todas partes y le recuerden a David constantemente que la madre que conoció no va a volver. En el piso Raquel está por todas partes. De hecho no hay nada que no la recuerde. En fin, pensaba que quizás no le importara...

Clara asintió y Matías no creyó necesario seguir con las explicaciones. La agente creía que podía entender sus razones, al menos pensaba intentarlo. Le costaba ponerse en su lugar. Nunca había vivido en pareja y, por el momento, la idea de tener hijos le sobrecogía. Pero lo que Matías acababa de decirle tenía cierta lógica, la extraña lógica de la ausencia omnipresente.

—Si no te molesta, Matías, preferiría que me tuteases. De hecho creo que lo más conveniente es que me haga pasar por tu prima, por lo tanto deberías empezar a llamarme Clara. La gente conoce a los hermanos y a las hermanas, pero a las primas... En el trabajo, en el parque, en todas partes... Una mujer a tu lado siendo todo tan reciente... No sé si... Puede extrañar un poco, puede haber gente que te mire mal, pero si hay un parentesco quizás mi presencia se entienda algo mejor.

—¿Mi prima...? Sí, no está mal... Mi prima Clara. ¿Clara qué más?

—Clara Núñez García.

—Está bien, mi prima materna, entonces. Mi segundo apellido también es García.

Clara sonrió e hizo sonar el hielo en su vaso como para apremiarlo a deshacerse y a enfriar el café. Era una mujer impaciente por naturaleza, una de aquellas personas que siempre querrían estar en otro sitio, siempre más allá, siempre después. Matías encendió el primer cigarro del día, lo hizo pausadamente, sin prisas, al ritmo cansino de sus pensamientos. Había desistido temporalmente de controlar el tabaco, eran tantas y tan graves sus tribulaciones que el tabaco y sus efectos habían pasado al plano de la mera anécdota.

—Se lo he explicado todo a mi hermana, no podía mantenerla al margen. Ana y Ramón, mi cuñado, saben quién eres y por qué me acompañarás a todas partes. Ana ha recibido las imágenes. Era lógico, Alba, Alicia, Ana...

Y, aunque Clara hubiera preferido que no lo hiciera, que no explicara nada a nadie, ésas eran las órdenes de Nasarre, ensayó una sonrisa y se tragó sus objeciones. Matías pensó que le gustaría dejar que la mañana se deslizara en la cafetería, en silencio, sin pensar y, sobre todo, sin volver a su piso. Sin enfrentarse de nuevo a su condición de viudo al borde de la quiebra económica. Pero las cosas raramente son como uno desea que sean.

Le había pedido dinero a Ana después de explicárselo todo y de que su hermana viera parcialmente las imágenes del crimen, que ella había contemplado aterrada. Podría conservar el piso, por el momento había conseguido detener el proceso. *Pagant, Sant Pere canta*. Su hermana no había tenido inconveniente, tampoco Ramón, pero era consciente de que, una vez saldada la deuda y con un único sueldo que no era nada del otro jueves, no le alcanzaría para cubrir los gastos, devolver el dinero y pagar la hipoteca. Quizás consiguiera renegociarla, alargarla en el tiempo y reducir así la cuota, era una posibilidad que el empleado había apuntado. No sería difícil, los bancos se prestan hoy a casi todo para seguir cobrando, pero necesitaría conseguir un aumento, quizás hacer alguna hora extra, llevarse a casa algo de trabajo... Obrar milagros.

Hablar con Mauricio Nieto no sería tan fácil, y menos todavía sin entrar en detalles, sin especificar. Esquivando los pormenores y culebreando al explicarse entre los escollos que, a su entender, no eran ni pocos ni menores.

Podría vender el coche...

Salieron de la cafetería veinte minutos más tarde bajo un sol poderoso y caminaron en silencio buscando las aceras más sombreadas. La agente, de natural apresurado, se obligó a ajustar su paso al de Matías, que caminaba con

una desgana evidente y que no tenía prisa por llegar a ningún sitio. No le resultó fácil.

En el portal se dieron de bruces con la señora Emilia, que retiraba la propaganda de su buzón.

—Señora Emilia, es mi prima Clara, la hija de una hermana de mi madre. Estudia aquí, en Barcelona, y me va a ayudar un tiempo con David. Su compañía nos irá bien —dijo Matías señalando a la agente de policía sin llegar a detenerse por completo.

—Hola, hijo, me alegro de verte por aquí. No sabía que tuvieras una prima tan guapa.

En la voz de la señora Emilia no había ni rastro de malicia, era un cumplido. Así lo entendieron ambos.

Clara le devolvió una sonrisa, Matías un leve gesto de asentimiento.

—Si necesitas cualquier cosa tu primo Matías te dirá dónde vivo. Excepto por las mañanas casi siempre estoy en casa —dijo la señora Emilia con toda la amabilidad de la que fue capaz mientras repasaba a Clara de arriba abajo. La agente, incomodada, cambió de posición y sonrió educadamente—. A cualquier hora, hija, casi siempre estoy en casa.

Matías pensó que no era del todo cierto, la mitad de la vida se la pasaba a medio camino de ninguna parte, en la ventana, en la calle o en el portal metiendo las narices en la vida de los demás, pero no dijo nada.

—Hasta luego —se despidió echando a andar en dirección a la escalera.

—Hijo, ¿quieres que te traiga el pan? Ahora iba...

—No, no, muchas gracias. No comeremos aquí, hemos venido a empaquetar unas cosas y...

—Claro, hijo, claro. Dile a David que tengo ganas de verlo. Seguro que ha crecido —añadió mientras cerraba la tapa metálica del buzón—. Los críos se estiran en pocos días y cuando te das cuenta...

—Se lo diré —contestó Matías ya en el piso de arriba.

Clara lo seguía de cerca.

La agente entró en el piso vacío siguiendo los pasos de Matías.

—Ten cuidado, he ido dejando cosas por todas partes —le advirtió señalando una hilera de cajas de cartón que se alineaban todavía junto a la pared del pasillo como si esperaran a que alguien abriera la puerta para plantarse en el rellano y seguir, en fila india, hasta la calle.

Muebles claros en los que predominaba el diseño por encima de la calidad. Un sofá rojo, unas cortinas a rayas de colores y una estera de cuerda

de color pistacho alegraban un comedor pequeño, pero luminoso y alegre como pocos. En la habitación de David todos los colores del arco iris.

—Quisiera acabar con nuestra habitación. No queda mucho.

Matías abrió la puerta de la habitación que durante años había ocupado la pareja. Había vaciado parte del armario, la parte de Raquel, y dejado las puertas completamente abiertas; también los cajones de su mesita de noche, como dobles fauces, desvelaban impudicamente su interior vacío.

—Los primeros días sólo pensaba en eliminar completamente su rastro, en desprenderme de todo, en librarme de ella y de su recuerdo. Me dolía que hubiera desaparecido así, sin explicación, sin motivo. Sentía tanta rabia... Llegué a odiarla por haber... No soportaba ni su nombre. Intentaba que no se notara, pero me sentía resentido, traicionado, como si me hubiera vendido. Es difícil de explicar. No quería nada de ella aquí, en esta casa. Nada, ni la menor huella. Si por voluntad propia había decidido dejarnos, yo la ayudaría.

Matías calló durante unos instantes, recapacitaba.

—Ahora, después de lo que sé, de lo que he visto... Ya no sé qué es lo que me conviene hacer. No la odio, desde luego, cómo podría odiarla, pero no tengo nada claro qué es mejor para David ni qué es mejor para mí. No sé si librarme de todo esto, o conservarlo y...

—¿Y si hacemos la cama? ¿Podríamos cambiar las sábanas? —propuso Clara, a la que violentaban las íntimas dudas de Matías y que prefería mil veces los hechos a las palabras. No era buena escuchando confidencias y menos si el que le desvelaba su confusión y su dolor era un perfecto desconocido, uno de los implicados en un caso—. Después de tantos días...

—Sí, eso estaría bien —asintió Matías con un movimiento de cabeza improvisado para alejar tanta duda. Un reiniciarse a los que era tan propenso últimamente.

No sin cierta dificultad Matías encontró en un cajón sábanas limpias y fundas para las almohadas. Con la intención de sustituir la funda naranja por otra color malva, cada uno de ellos se apoderó de una almohada. Debajo de la que levantó Clara unos pantalones cortos rayados, un brevísimo pijama de verano masculino; debajo de la que Matías apretaba contra su pecho, una diminuta camiseta de tirantes de color rojo con un gato negro y sonriente a la altura del corazón, la que Raquel usaba para dormir. Matías no sólo no pudo evitar suspirar profundamente, sino que no consiguió controlar la náusea que se desató en el fondo de su estómago y ascendió como el magma en dirección a la boca. Un espasmo de dolor le obligó a inclinarse sobre sí mismo y lo hizo

sin desprenderse de la almohada, que quedó aprisionada contra su pecho. Fue la primera de una larga secuencia de sacudidas.

Era el suyo un llanto violento, ruidoso, casi un grito.

Lloró en presencia de Clara como no había llorado hasta entonces. Se olvidó de casi todo, y lloró. De hecho no fue hasta minutos más tarde cuando recordó, apartándose las lágrimas de las mejillas, que la agente seguía al otro lado de la cama, paralizada y sosteniendo en el aire una funda anaranjada.

—Si te parece continúo yo. No me cuesta nada —le sugirió Clara en un susurro.

Matías lanzó sobre la cama la almohada empapada por el llanto y salió de la habitación. En el comedor, frente a la persiana a media asta, buscó en el bolsillo de sus pantalones un Tranxilium. *Sólo cuando lo necesites de verdad*, le había repetido Raúl mil veces. *No te acostumbres, los medicamentos son sólo para cuando uno los necesita*. Y no podía necesitarlos más. Se acercó al lavabo y con ayuda de un sorbo de agua empujó tripas abajo la pastilla milagrera.

Clara salió de la habitación poco después, tras haber estirado las sábanas, colocado en su sitio las almohadas, cerrado las puertas de los armarios y metido en una de las cajas abiertas la camiseta con el desafortunado gato negro y risueño.

El timbre del teléfono interrumpió el curso de sus pensamientos y pulverizó los de Matías. La agente se precipitó hacia el teléfono mientras hacía señas a Matías para que comprobase el número sin descolgar.

## 16. Domingo, 6 de julio

CLARA, de pie en el portal y cargando su bolsa de deporte, empezaba ya a dudar de que acompañar a Matías Ballester durante un periodo indefinido tuviera algún sentido. Nasarre era un buen subinspector, no le cabía duda, pero convertirse en la sombra de alguien sin saber qué es lo que se espera encontrar ni hacia dónde conviene mirar... Desde luego no era lo peor que le había tocado hacer, pero sí una de las experiencias menos estimulantes de los últimos tiempos. No había conseguido retener la llamada telefónica del desconocido, que advirtió al cabo de pocos segundos que su voz no era la de Raquel y que sus respuestas no eran las esperadas. Para acabarlo de empeorar, el número que apareció en la pantalla del aparato era el de una cabina telefónica del centro de la ciudad a la que no valía la pena enviar a nadie. La persona que llamaba esperando encontrar a Raquel sabía lo que hacía a la perfección y era evidente que no pensaba ponerle las cosas fáciles a la policía. Cabinas, locutorios, móviles de prepago... Si procedía con método, si no bajaba la guardia resultaría imposible localizar al responsable.

Para rematar el día Clara había pasado la tarde anterior en un banco en un parque de barriada siguiendo con la vista a un niño que correteaba incansable detrás de un balón. Cada uno se aburre a su manera, y lo de sentarse en un banco en un parque infantil, sonreír a todo bicho viviente y cruzar cuatro palabras cada veinte minutos había sido un verdadero suplicio.

Matías necesitaba planificar cada movimiento, había perdido la capacidad de improvisar y le aterrorizaban las horas vacías. Pensó que Ana y Ramón querrían estar solos y, ante la magna extensión de todo un día festivo, le propuso a David, y de rebote a Clara, pasar la mañana lanzando a canastas en la pista del gimnasio. Afortunadamente no necesitó insistir, tampoco se le ocurrió nada mejor. Contaba con la ayuda de Raúl que, a falta de mejor plan, pasaba en el gimnasio los domingos por la mañana. Por la tarde el gimnasio cerraba sus puertas.

A Matías le asustaban los días a solas con David, sentía miedo de rendirse, de no ser capaz de reemprender su vida e impulsar así la del pequeño. Por otra parte necesitaba hacer algo de ejercicio, cansarse lo suficiente para que el cuerpo, el propio cuerpo, pasara a primer plano. Quizás de esa manera, dolorido, extenuado y medio asfixiado por el esfuerzo

desacostumbrado, consiguiera dejar de dar vueltas a la cabeza y de analizar una y otra vez un puñado de ideas, siempre las mismas. Ideas pavorosas.

Con David vestido como para una final de la máxima rivalidad y luciendo el número y el nombre de su jugador de fútbol favorito en la espalda, bajaron ambos a la calle. Clara los esperaba ya en el portal y Raúl, el farmacéutico, en la pista.

Se saludaron con un *buenos días* casi de compromiso. Ninguno de los dos era dado a largas conversaciones. David, intimidado por la cercanía de una mujer a la que apenas conocía, se limitó a bajar la cabeza y a mirar sus zapatillas de deporte.

La humedad en el aire era muy alta y cualquier movimiento, incluido el de situar un pie delante de otro para avanzar, resultaba verdaderamente penoso. Al menos así lo entendía Matías, que de buen grado hubiera vuelto sin pensarlo dos veces al resguardo de la habitación y de las persianas bajas. Por unos instantes, cuando no faltaba mucho para llegar a la cancha del gimnasio, Matías creyó que no sería capaz de correr o de saltar en pos de una pelota. Buscó durante el resto del camino un pretexto que no encontró y se limitó a seguir adelante.

A David no parecía afectarle el calor ni la excesiva humedad ambiental, sin embargo le cohibía la presencia de la agente, con la que había compartido ya unas horas el día anterior en el parque y caminaba extrañamente envarado y silencioso de la mano de su padre.

—Hola, David —lo saludó Raúl con un encajar de manos que el niño devolvió con una sonrisa—. ¿Has venido preparado?

David respondió que sí y se giró de un salto para mostrarle el nombre de su jugador favorito estampado en la espalda. A Clara no dejaba de asombrarle la infinita candidez de los niños. Por su trabajo raramente tenía ocasión de comprobar la ingenuidad de esos primeros años.

—Ya sabía yo que tú eras de los míos.

Chocaron las palmas de sus manos como habían visto hacer tantas veces. David se alejó y se dispuso a lanzar a una canasta de reglamento. Apenas llegaba con la pelota al aro.

—Espera, David, mejor así.

Raúl lo subió sobre sus hombros y David encestó con sólo alargar los brazos.

—Raúl, es mi prima Clara. Se quedará con nosotros unos días, hasta que estemos instalados, y me ayudará con David. Está buscando piso por aquí. Si te enteras de algo... —añadió para sumar convicción a sus palabras.

Matías había aprendido a presentarla en pocas palabras y a esquivar más explicaciones.

—Encantado, Clara. —Y el farmacéutico alargó la mano, que fue estrechada por la agente con contundencia.

En el rostro de Raúl Clara pudo advertir un aire de extrañeza, probablemente conocía a otros parientes de Matías, eran amigos de la infancia, y nunca antes había oído hablar de una prima llamada Clara, pero no hubo preguntas.

—Vas a necesitar mucha paciencia con Matías —le advirtió—. No hay quien lo aguante.

—Eso dicen —respondió la agente encogiéndose de hombros y ensayando una sonrisa.

—¿Te gusta el baloncesto? —quiso saber Raúl, que botaba ya la pelota en la cancha vacía con el estruendo propio de un martillo pilón.

Matías, en una silla junto a la pista, reunía fuerzas mientras se ataba unas deportivas y miraba a su hijo, que intentaba chutar con efecto parabólico la pelota de baloncesto. Sus preferencias estaban claras, lo estuvieron desde que empezó a andar y a dar patadas a las pelotas de plástico, que se estrellaban, con mejor o peor fortuna, contra paredes y muebles. El baloncesto era simplemente algo a lo que jugar si no había portería a la vista.

La pelota, la pista, a Matías todo le parecía demasiado grande, inmenso. La canasta demasiado alta y el esfuerzo necesario para ponerse en pie, un imposible. En su interior no encontraba fuerzas para casi nada.

Pronto llegaron más jugadores, algunos conocidos de Raúl, otros que saludaron a Matías. Unos pocos le dieron el pésame a pie de pista y un puñado se sumó sin más preámbulos al simulacro de partido en el que David, botando la pelota de vez en cuando, repartía juego. Matías consiguió lo que pretendía, acabar extenuado, dejarse caer desfallecido en el banquillo y centrar momentáneamente sus esfuerzos en el mero hecho de seguir respirando.

En una esquina de la pista, con las manos en los bolsillos y el aire medio apesadumbrado con el que habitualmente encaraba la vida, Clara descubrió al subinspector Nasarre. Unas sandalias enormes, un pantalón oscuro de loneta y una camisa azul con raya blanca muy fina y por fuera del pantalón que a Clara le recordó extraordinariamente la parte superior de un pijama. Era su forma de vestir informal. Despeinado, como casi siempre, más desaliñado de lo habitual y con los ojos entornados fijaba aparentemente toda su atención en la trayectoria de la pelota. Clara se alegró de verlo allí, *cuatro ojos ven más que*

dos, pero no lo saludó, no podía permitirselo. Sin duda Matías también lo había visto, pero tampoco hizo ademán de dirigirse a él.

La presencia del policía a pie de cancha no llamaba la atención. Podía tratarse de un padre que entretiene la espera hasta ver aparecer a su hija procedente de una clase de aeróbic o un marido que aguarda a su mujer mientras ésta intenta moldear su cuerpo en dura lid contra el paso del tiempo. Sólo Clara podía adivinar que Nasarre merodeaba por allí a falta de algo mejor y más estimulante en lo que invertir su tiempo libre.

Pronto se retiraron de la pista uno detrás de otro, primero Raúl, que se dejó caer a su lado en el banco, algo después Clara, seguida de cerca, demasiado de cerca a juicio de la agente, por uno de los jugadores llegados pocos minutos antes.

—¿Tú eres? —quiso saber, situándose junto a Clara sin dejar de rebotar sobre las puntas de sus pies y encogiendo y estirando los dedos de las manos, como si cubriera una tabla de ejercicios menores mientras hablaba.

Era evidente que el hombre, que debía andar por los treinta y pocos y tenía una apariencia inmejorable, no estaba fatigado y que le sobraba el resuello. También resultaba obvio que sentía cierto interés por la agente de policía, a la que miraba como si en lugar de estar en el margen de una pista deportiva, sudorosa, cansada y resoplando, acabaran de exponerla en la vitrina de un museo. Bronceado como si el verano estuviera ya agonizando y no acabara de empezar, bien conservado y con una dentadura que envidiaría media humanidad, el hombre continuó mirándola sin sombra de pudor. La repasó de arriba abajo mientras esperaba una respuesta que tardaba en llegar.

Clara no quería dar más explicaciones de las necesarias. Le contestó mientras retiraba el sudor que le corría cuello abajo con ayuda de una toalla.

—Me llamo Clara y soy prima de Matías.

El hombre se quedó allí, brincando de puntillas y golpeándose los dientes con la uña del dedo índice. Era puro nervio, un hombre orquesta. Raúl, que había escuchado la pregunta, se puso en pie y se acercó al curioso, al que Matías y él conocían desde hacía mucho tiempo. Trabajaba como comercial para un laboratorio y coincidían a menudo en la cancha o en la pista de squash. Con el rostro grave y una leve inclinación de cabeza le indicó que le siguiera. No era necesaria demasiada imaginación por parte de los presentes para entender que le estaba explicando lo que le había sucedido a Raquel con el propósito de que se abstuviera de hacer preguntas enojosas.

—La mujer de Matías se suicidó hace unas semanas, se tiró a la calle por la ventana de su habitación. Murió en el acto. Es mejor que lo sepas cuanto

antes. Es todo muy reciente y...

El sujeto, al que Raúl había llamado Loren, por Lorenzo, y que se balanceaba ahora apoyando el peso de su cuerpo en el pie izquierdo para bascular después sobre el derecho, abortó todos sus movimientos y se quedó petrificado junto a una de las canastas. Clara hubiera jurado que estaba más pálido, casi lívido, como si el bronceado pudiera evaporarse. No era la primera vez que la agente había contemplado una reacción parecida incluso en individuos que nada, o bien poco, tenían que ver con la persona fallecida. Quizás no era el caso de Loren y éste conocía a Raquel y en cierta manera sentía cierto aprecio. Por su reacción bien pudiera ser así. Se propuso preguntarle a Raúl, pero David le lanzaba ya la pelota para seguir jugando y pensó que podría dejarlo para más tarde. Comprobó de reojo que el subinspector Nasarre seguía allí, a pie de pista, no lejos de Raúl y de Loren, y que con toda probabilidad había podido escuchar la conversación. También él registraría en su memoria los cabos sueltos.

—¿Se suicidó? —insistió con cara de no acabárselo de creer mientras se golpeaba uno de los muslos con el puño cerrado, como para ayudarse a asimilar la noticia—. No puede ser.

Raúl se limitó a asentir.

—No puede ser —repitió Loren, esta vez en voz mucho más baja, mientras negaba con la cabeza—. Es extraño, una mujer joven, con un hijo... ¿Se sabe por qué lo hizo?

Raúl negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—No dejó cartas, ni mensajes. No han averiguado nada. Parece ser que se llevó sus razones a la tumba.

Clara pudo leer las palabras en sus labios y en el rostro de Loren el pasmo y el horror que produce lo inesperado cuando lo inesperado es algo tan trágico como la muerte voluntaria. El suicidio resulta para algunos, entre los que parecía encontrarse Loren, tan incomprensible como la física cuántica e infinitamente más amargo.

*No puede ser*, creyó leer en sus labios un par de veces más.

Loren se marchó poco después. No se dirigió a Matías para compartir su dolor, no le dio el pésame. Hay gente que no sabe cómo obrar en estos asuntos aunque, desde luego, Loren no parecía uno de ellos. Con cierto gesto de abatimiento cogió del suelo la bolsa de deporte y sin recuperar el buen humor y sin volver a mirar a Clara, se marchó por donde había venido.

No se despidió.

Pasaron el resto del día en casa de Raúl. Allí comieron tras haber comprado cuatro cosas en una *rostisseria* y allí dejaron pasar las horas más calurosas del día ante una pantalla de televisión. David durmió durante un rato estirado en el sofá, con la cabeza sobre el regazo de su padre y los pies sobre las piernas de la agente. Un aburrimiento mortal se apoderó de Clara, que se limitaba a sonreír educadamente de tarde en tarde y, también de tarde en tarde, a simular que se interesaba por el argumento de la película. La ausencia de otra actividad le permitió pensar en lo que había visto y oído hasta el momento y acabó con la inquietante idea de que quizás había pasado por alto alguna cosa. Por más que lo intentaba le era imposible concretar de qué se trataba. No había manera, y menos con las sirenas de policía rompiendo el silencio de la tarde desde la pantalla de cuarenta pulgadas y la publicidad a todo trapo cada pocos minutos. Que Nasarre hubiera visto y oído cuanto había pasado aquella mañana era verdaderamente tranquilizador.

Pensó en anotar lo ocurrido hasta el momento, los nombres de todo aquel que se había dirigido a Matías. Qué habían dicho y cómo, cuándo y de qué manera... Quizás sirviera de algo. Así lo recomendaban muchas veces en la academia, poner las cosas por escrito aclara las ideas, las fija, las sistematiza e impide que se volatilicen. Escribir, anotar, establecer relaciones sobre el papel... Nunca está de más. Clara lo tenía por costumbre y en este caso quizás fuera más conveniente que en ningún otro. En la cabeza las ideas se persiguen las unas a las otras, se turnan para cobrar importancia, se esfuman para volver a aparecer poco después desde otra esquina de la mente, se confunden, se enmarañan. Desaparecen. Por eso es conveniente anotar diariamente lo observado con pelos y señales. Cuanto más, mejor.

Ignoraba la agente que Nasarre había procedido de manera parecida y había volcado sobre el papel cuanto había podido apreciar en la pista. Ignoraba también que era la tercera vez que, en la calurosa tarde de domingo, el policía contemplaba la filmación con la intención de reparar en algo que se les hubiera pasado por alto. Raquel, medio desfallecida, con la cabeza enmarañada, sufriendo alucinaciones terribles y humillaciones todavía peores. Una vez, dos veces, tres... Alguna más.

También Nasarre pensaba que había visto, que había oído algo que podía constituir una pista, casi tenía la seguridad, le había pasado otras veces. En su caso todo acostumbraba a comenzar con una especie de desazón que se le instalaba por sistema entre los ojos, una ligera fijación en todo y en nada, una obstinación casi patológica que no lo dejaba vivir y que le obligaba a dar vueltas y más vueltas siempre a las mismas cosas. Por eso se apresuraba a

escribir, a anotar, por eso había repetido una y otra vez las espantosas imágenes de la *snuff movie*. Hay gente que paga por filmaciones como la que tiene delante, mejor todavía si acaban con la muerte de la víctima. Una muerte lenta, infinitamente cruel, un calvario insoportable infligido por un sádico. En este mundo hay mercado para casi todo.

Un detalle, quizás una nimiedad, algo de lo que había ocurrido y que no acertaba a fijar en su mente. Por eso se obstinó en atar cabos a pesar de que mirar repetidamente cómo una mujer joven era violada y humillada le agriaba el humor y le descomponía el cuerpo. Continuó anotando mientras examinaba la filmación a riesgo de pasar la noche entera en blanco. Tenía la seguridad de que no conseguiría dormir y de que las horas tenderían al infinito como un día entero sin pan.

Así lo hizo también Clara cuando, por fin en casa y a solas, tras haber acompañado a Matías y David hasta el portal de Ana y haberse despedido hasta el día siguiente, tuvo un rato de tranquilidad. El resultado fueron cuatro páginas de su letra apretada, su infernal letra de pata de mosca, una letra diminuta y poco femenina, como le habían señalado tantas veces. Páginas llenas de notas, repletas de flecos, de detalles aparentemente banales que cabría indagar si Nasarre consideraba que valía la pena hacerlo, cosas que quedaron por preguntar a Matías o a Raúl, insignificancias. No encontraba nada en ellas. Nada. Sin embargo algo había en algún lugar que merecía ser tenido en cuenta. Lo sabía, tenía la certeza. Lo que empezó siendo una mera sensación, una especie de intuición, la sombra de un presentimiento, acabó por obsesionarla. Quizás se equivocaba y todavía no estaba entre sus notas, quizás simplemente se dejaba llevar por el deseo de llegar a alguna parte, de hallar alguna pista. Pero no conocía mejor manera de proceder que repasarlas una y otra vez. Obstinadamente.

Aquella misma noche, después de una cena monástica, pan con algo de queso y una manzana engullida sin moverse del teclado, volvió a releer las cuatro páginas y añadió un par de anotaciones más, recuerdos atrapados al vuelo en el último momento.

Horas después, de madrugada, y sin haber podido pegar ojo, asediada por las mismas imágenes evocadas mil veces y por las mismas palabras ya empleadas y harta de rotar en torno a su eje, Clara se levantó, encendió de nuevo el ordenador, abrió una carpeta con el nombre de Raquel Soldán y un par de documentos independientes: sábado 5 de julio y domingo 6 de julio. Uno por cada día de observación. Separó sus notas, intentó ordenarlas lo mejor posible, encontrarles algún sentido.

Cuando consideró que ya no podía añadir nada más envió ambos documentos al subinspector Nasarre. Firmó el mensaje como la monja alférez. Hacía tiempo que sabía que Nasarre la había llamado así en algún momento. Y, aunque no le gustaba, no se lo había tomado a mal.

Sabía que el subinspector estaba convencido de que *cuatro ojos siempre ven más que dos*. Lo había dicho muchas veces. Quizás Nasarre, que decía de sí mismo que era gato viejo por los muchos años de oficio a sus espaldas, pudiera ver lo invisible, rescatar un rastro de luz entre las sombras. Dicen de los gatos, incluso de los viejos, que poseen la facultad de ver en la oscuridad.

Clara durmió muy poco aquella noche.

Enric Nasarre recibió las notas de la agente, no esperaba menos de ella. Las leyó, las repasó, las confrontó con las propias y consiguió así mantenerse en vela el resto de la noche. Intentó dormir, apagó el ordenador y persiguió el rastro del sueño tumbado en el sofá durante un par de horas.

No consiguió arañar ni unos minutos.

## 17. Lunes, 7 de julio

CLARA esperó esta vez a Matías bajo un voladizo. Caían ya las primeras gotas y lo hacían al bias, a traición. La agente esperaba la lluvia con alivio, como casi todos. Si seguía lloviendo Barcelona se libraría definitivamente de la sequía y de las restricciones anunciadas a corto plazo, los pantanos se recuperarían y los parterres dejarían de crujir bajo las suelas de los zapatos. Las tormentas de los días anteriores no habían bastado, habían constituido un alivio, eso sí, pero era tanta la necesidad, estaba tan seca la tierra, tan necesitadas las plantas y tan vacíos los embalses, que la lluvia era una gran noticia. A pesar de todo, contemplar los goterones racheados que presagiaban una tormenta mayor no contribuyó a mejorar en nada su estado de ánimo. Pocas cosas podrían mejorarlo y la lluvia, desde luego, no era una de ellas. Maldijo interiormente el día que tenía por delante, un día que previsiblemente transcurriría en la sucursal de la aseguradora en compañía de Matías Ballester y casi sin pisar la calle. Rogó a las ánimas benditas, como hiciera su abuela en el remoto pueblo del que no salió nunca, porque era la única plegaria que recordaba, que las horas por pasar trajeran algún avance en la investigación. Una pista, el cabo suelto del que podrían seguir tirando.

Matías, con la cartera en una mano y en la otra un par de folletos publicitarios que acababa de recoger del buzón, la saludó al pisar la acera con un amago de sonrisa. Lo que la agente no podía saber es que había pasado la noche entera asediado por la imagen de Raquel envuelta en una lámina dorada, tal y como la había visto al acercarse a su casa el día de su muerte, tal como la había presentado en sueños, cubierta con la manta dorada, rígida, a su lado. Una imagen en la que podía apreciar el volumen de su cuerpo, cada una de sus formas. Una aparición que se volatilizaba cuando el inspector Nasarre, tal y como lo hiciera días atrás, con la expresión sombría y sin palabras, retiraba el dorado manto para mostrarle un rostro magullado y sangrante que, en su desvarío, nunca llegaba a concretarse. Había perdido el recuerdo de su rostro.

La lámina dorada y el cuerpo de Raquel envuelto en ella eran la imagen que intentaba por todos los medios apartar de sus pesadillas. Pero deseaba recuperar su rostro. Le dolía que sus rasgos se hubieran desvanecido con el paso de los días y que sólo quedara la memoria de la condenada hoja dorada

que poblaba sus peores sueños. El detalle en el que hincaba el pensamiento sin remedio cuando intentaba, siempre en vano, no pensar.

Mauricio Nieto se encargó de presentar a Clara nada más llegar a la planta diciendo de ella que estaría un tiempo en prácticas y que como casualmente era prima de Matías, sería él el encargado de enseñarle todo lo que un perito de seguros debe saber. Lo hizo sin circunloquios, siguiendo al pie de la letra las instrucciones recibidas del subinspector Nasarre. Marta, solícita, se acercó a ella casi inmediatamente, se presentó y se ofreció a enseñárselo todo y a responder a cualquier pregunta que a la recién llegada se le pasara por la cabeza.

—Tú, si tienes alguna duda, ya lo sabes, pregúntame lo que quieras. Sólo llevo unos meses, pero si puedo echarte una mano... Siempre estoy allí, en el mostrador, y si no me ves estoy fumando un pitillo. Aquí no se puede fumar y nos han buscado un rincón con vistas a la calle, Matías ya te explicará.

Un silencio breve para respirar.

—Tu primo es un buen hombre, a mí me cae genial, puedes creerme, pero no esperes grandes discursos. Es de pocas palabras. Y desde lo de su mujer...

—Sí, lo sé, está muy afectado, casi no abre la boca.

—Imagínate, a mí me pasa lo que le ha pasado a él y qué quieres que te diga, no sé si levantaría cabeza.

Marta Ribas, la becaria, cerró durante unos instantes sus espléndidos ojos violeta. Se había pintado los párpados en gris oscuro, del color del asfalto. Con los ojos cerrados parecía no tener globos oculares, sino dos grandes vacíos, como cavernas, a ambos lados de la nariz, festoneados por un par de cejas perfiladas en un negro rabioso. Colgando del cuello, mediante un cordón del mismo tono, unas gafas color rosa chicle que sólo se ponía para leer y que se balanceaban sobre sus pechos con cada movimiento. No eran pocos los chascarrillos relacionados con sus gafas que corrían por la sucursal desde que Marta apareciera por la puerta. Más de uno y más de dos entonaban *La vie en rose* cuando la becaria deambulaba de un extremo a otro de la gran sala en la que se alineaban los despachos como una doble hilera de chiqueros.

Clara pasó la mañana introduciendo datos en una base cuyo manejo le había enseñado Matías en un par de minutos. Se aburrió infinitamente. En la calle la lluvia había arreciado y de vez en cuando la agente, que no podía alejarse de la mesa de Matías, apartaba la vista de la pantalla del ordenador y dejaba la mirada vagar entre los edificios y precipitarse hasta la calle. Pasadas las primeras horas la oficina entera, los archivadores, los tubos fluorescentes que recorrían el techo de un extremo a otro, los centenares de carpetas... todo

se le venía encima. Se hartó pronto de introducir porcentajes y de anotar las cantidades que recuperaba de un listado. Prefería mil veces las aceras a los interiores cerrados. Es lo que tiene de bueno trabajar en una comisaría, que si acabas de llegar te pasas el día en la calle, patrullando, pateando el asfalto, archivando mentalmente caras, gestos, conductas. Los impresos en general y los números en particular acabaron por marearla, se le embarullaron ante los ojos y el malhumor se apoderó de su ánimo. Como muchos policías, sentía una aversión profunda por el papeleo, una no se hace policía para pasarse el día frente a un teclado o poniendo cruces en un formulario.

Por fortuna Matías no redactaría ningún informe que desvelara sus nulas aptitudes en el campo de los seguros.

—¿Me acompañas?

—¿Adónde vamos? —preguntó Clara levantándose de inmediato y siguiendo a Matías como a un perro-guía. La verdad es que no le importaba el lugar mientras pudiera abandonar su silla, levantarse, caminar, estirar las piernas... Necesitaba moverse con cierta frecuencia como otros necesitan el silencio o el humo de un cigarrillo.

—A despejarnos —contestó él llevándose la mano al bolsillo del pantalón y sacando el paquete de cigarrillos.

—No fumo, pero te acompaño encantada.

Sebastià, Gustavo y Marta ya estaban allí, en la plataforma metálica de la escalera de incendios desde la que se podía contemplar media ciudad. Llovía con decisión a pocos palmos de sus narices, el agua corría junto a los bordillos y se abismaba con estrépito en las alcantarillas. Los paseantes sin paraguas corrían o buscaban el resguardo de los portales. Ráfagas de lluvia mojaban de vez en cuando manos y rostros, apagaban cigarrillos y golpeaban la superficie de metal.

Apenas consiguieron cruzar unas palabras.

Clara, que adoraba el aire cargado de humedad y perfumado de alquitrán que parecía subir directamente desde el asfalto, llegó a la conclusión de que Gustavo, que apenas había levantado la cabeza a modo de saludo antes de volver a bajarla y mirar definitivamente la punta de sus zapatos, padecía el síndrome de la Tourette. A pesar de su mutismo y de su cabeza baja, la agente advirtió los movimientos involuntarios que el contable intentaba disimular por todos los medios, movimientos espasmódicos que, si no recordaba mal, se debían a una afectación neurológica leve sobre la que había leído algo tiempo atrás. No parecía un tipo sociable y no lo era. Al contrario que Sebastià, que

le estrechó la mano, le dio la bienvenida por segunda vez y se brindó a presentarle a todo el mundo.

—Llevo aquí diez años. Cuando entré ni me afeitaba, ahora casi ni me peino —dijo señalándose el cabello, que raleaba en las sienes—. Si quieres saber algo..., si quieres que te presente a alguien... Tú, no te cortes, que para eso estamos.

—Te lo agradezco, pero ya los iré conociendo. No te preocupes. No soy buena para los nombres y al final no recordaría a nadie.

—Está bien, como quieras, pero del mío no te olvides, soy Sebastià Campoy. ¿Comemos juntos? —añadió mirando a Matías, que asintió casi de inmediato. Marta se sumó a la invitación.

Gustavo no levantó la cabeza, no abrió la boca. La hermandad del humo tenía mucho humo y bien poco de hermandad. Se fue tras tirar la colilla a la calle con un movimiento de cabeza a modo de despedida.

—Es un poco tímido —señaló Marta cargada de razón y de buenas intenciones, mientras Matías y Sebastià reían sin disimulos.

—Es borde, Marta, y lo ha sido siempre. Gustavo es borde con todas las letras.

Era Sebastià Campoy el que acababa de hablar y, a pesar de sus despiadadas apreciaciones, a Clara le pareció un buen tipo, una persona sociable, bien dispuesta y que, obviamente, simpatizaba con Matías. Pero un policía no debe nunca emitir juicios apriorísticos, es una regla de oro. También en ese aspecto insistieron repetidamente en la academia. Clara se hizo el propósito de anotar todas sus impresiones, las palabras escuchadas y los gestos percibidos, al ocupar de nuevo su mesa junto a la de Matías. Era una forma útil de pasar el tiempo. Mucho mejor que malbaratarlo introduciendo los condenados datos.

Nasarre, mediante un mail enviado de madrugada, le había agradecido sus notas y la animaba a seguir siendo exhaustiva en sus observaciones.

El inspector pasó el día repitiéndose mentalmente las imágenes que tantas veces había analizado ya. A solas en su despacho, derrengado, vencido por el sueño y las fijaciones, dejó correr el día entero revisando sus anotaciones y las de Clara y repasando, una y otra vez, la escabrosa filmación convencido de que algo en ella podría facilitarle alguna pista. Repasó el informe de la autopsia, los listados de llamadas, la declaración del médico de cabecera, las entrevistas realizadas a las amigas de Raquel, toda la información que había reunido hasta el momento... Lo revisó todo sin atisbar el menor rastro y acabó profundamente irritado consigo mismo, sin conseguir hacer nada a

derechas y sin librarse de la desasosegante sensación de estar pasando algo por alto. No adelantó el informe del caso de Raquel Soldán, al que, por otra parte, bien poco podía añadir, ni comunicó los pasos que había decidido dar. No abrió ni una sola de las carpetas en las que se acumulaba ya el trabajo pendiente y evitó por todos los medios a su alcance coincidir con el comisario para no tener que admitir que no tenía nada.

Absolutamente nada.

Pasó la mañana entera frente a su mesa y sólo abandonó su silla en un par de ocasiones para salir en busca del café que necesitaba cada dos horas para seguir con los ojos abiertos. A mediodía se alejó del despacho para acercarse a una cafetería poco frecuentada por la gente de la comisaría en la que esperaba no verse obligado a distraer sus tortuosos pensamientos circulares dando conversación a un colega. Comió sin hambre y sin el menor placer. Despejó la mente de cavilaciones durante unos instantes atendiendo al informativo del mediodía, las cosas iban mal en todas partes, en algunas el hambre, la guerra o la corrupción se habían convertido en males endémicos, eran las escupideras del mundo. La crisis económica había dejado de ser una mera amenaza y los datos eran los que eran, malos y empeorando. Con la taza de café en las últimas comprobó en la información meteorológica que seguía lloviendo por todas partes y que no había de cesar en las próximas horas.

La primera buena noticia que recordaba en muchos días.

Al poner el pie en la calle se reconoció completamente incapaz de recordar qué era lo que acababa de ingerir. Nunca le había preocupado demasiado lo que se llevaba a la boca, y desde que enviudó se había despreocupado del tema por completo.

A media tarde, enmarañado el pensamiento en mil y una cosas que no llevaban a ninguna parte, habló durante unos instantes con su hija Irene. Fue Irene, extrañada por los varios días consecutivos de pertinaz e insólito silencio paterno, la que le llamó al móvil y la que le hizo prometer que comerían juntos el domingo siguiente. No tuvo que esforzarse. El subinspector la invitaría a un restaurante, el mismo de siempre, el de los manteles rojos. Comerían juntos, charlarían, reirían quizás si se terciaba. Nasarre tenía ganas de verla y de verla contenta. Todo era poco para Irene. Su Irene.

—Papá, soy yo.

—Perdone ¿quién? —preguntó el subinspector, al que había sobresaltado el ruido del móvil en el bolsillo. Seguía demasiado embebido en sus

especulaciones como para reconocer una voz, aunque se tratara de la voz de su única hija.

—¿Cuántos hijos tienes, papá? ¿Siete? ¿Ocho? ¿Veinte? —Irene le devolvió la pregunta en el tono del que acaba de ser herido en lo más hondo. Bromeaba, conocía a la perfección los frecuentes ensimismamientos de su padre. Su madre decía de él que a la mínima se le iba el santo al cielo—. No me dirás que he dejado de ser hija única.

—Perdona, Irene. Estaba pensando en mis cosas.

—Querrás decir que pensabas en tu trabajo. No me parece a mí que sea lo mismo.

—Sí, algo así. Lo siento.

—¿Seguro que estás bien, papá?

—Claro que estoy bien. ¿Por qué me lo preguntas?

—Como hace días que no me llamas... —respondió su hija, acostumbrada a recibir a menudo mensajes de su padre instándola a dedicarle unos momentos. —No es muy normal. Tú siempre...

—Ando liado, Irene. Muy liado —la interrumpió el policía, que de sobras sabía a qué se refería su hija—. Un caso feo.

—¿Me lo explicarás?

—Mmmm... Ya sabes que no me gusta hablar de mi trabajo, Irene. Además es un asunto desagradable, de lo peor que me ha tocado, casi prefiero que... Y ya sabes que mientras el caso siga abierto...

—Pero algo me dirás... Si estás tan liado es que es algo importante —insistió Irene, a sabiendas de que el subinspector no soltaría prenda y menos por teléfono. El subinspector sostenía que los móviles, como las armas, los carga el diablo.

—Ya veremos, Irene, ya veremos —zanjó Nasarre sin aflojar, pero interiormente encantado de conservar el interés de su hija, ya que se veía habitualmente obligado a prescindir de su compañía.

—¿Comemos el domingo, papá? Igual ya has cerrado el caso y te apetece comer con tu hija.

En la intimidad de su despacho Nasarre frunció los labios y ladeó la cabeza. Dijo que sí, no podía negarse, aunque, tal y como estaban las cosas, no confiaba en resolver el asunto tan pronto.

—No me provoques, Irene, no me provoques. Ya sabes que a mí siempre me apetece comer con mi hija.

Irene hizo oídos sordos ante el reproche.

—Nos vemos el domingo.

No hacía falta añadir mucho más. Ambos conocían el lugar y la hora. *Nos vemos el domingo* hubiera bastado en mejores circunstancias para alegrarle el día. No fue así, el efecto duró apenas unos segundos, el tiempo que tardó en desvanecerse la imagen de los familiares manteles rojos.

El resto de la tarde no fue mucho más provechoso. Echó un vistazo a las notas que Clara le envió desde la aseguradora antes de salir a comer, pero no observó nada que pudiera resultarle de alguna ayuda. Retratos a vuela pluma de los compañeros más cercanos de Matías, de su jefe, del ambiente laboral, de la hermandad del humo, fragmentos de conversaciones... Nada. Cuando por fin decidió dar el día por acabado y se plantó en la calle llovía todavía intensamente. Nasarre adoraba la lluvia, las aceras mojadas, los edificios chorreantes, el brillo salpicado de gotas de las lunas de los coches, el de los charcos que espejeaban... A su entender la lluvia restituía el orden de las cosas, era necesaria, gratificante, una bendición. El mundo entero necesitaba la lluvia y en especial el subinspector Nasarre. Los largos meses de sequía, más de medio año, se le habían hecho eternos y había llegado a esperar en los informativos la sección del tiempo como el que espera la carta de una amante.

La lluvia le reportaba bienestar, una cierta tranquilidad interior. Y si además cuando, tras cenar frente al televisor y echar un vistazo a las diversas formas que adopta el mal en las diferentes latitudes, Nasarre se tumbaba en la cama a esperar el sueño y comprobaba que continuaba lloviendo, se apoderaba de él un estado de ánimo rayano en la beatitud. Adormecerse escuchando la lluvia era una de las cosas más placenteras que recordaba. Y si era en compañía de Fina, su mujer, dormir acunado por la lluvia no sólo era un placer, era pura gloria. La ventana abierta de par en par, el brazo sobre su cintura, la nariz cerca de su pelo y la lluvia precipitándose sobre el planeta. Amodorrados y felices, así recuerda él algunos de sus mejores momentos.

Hacía ya unos años de su muerte y no había conseguido acostumbrarse a convivir con su ausencia. Por eso, porque continuaba lloviendo, se apresuró a apurar la copa de vino que había acompañado de mala manera a una tortilla infame engullida de cualquier manera en la barra de un bar.

Roto de cansancio y de impotencia se tendió en la cama sin hacer, como casi siempre, con las ventanas abiertas y las persianas bajas, también como casi siempre. Se dispuso a escuchar la lluvia y a dejarse arrullar por el tamborilear de las gotas sobre las uralitas del patio de luces. Llovía con modestia, sin alharacas, una lluvia mansa, domesticada, pero llovía todavía cuando se le cerraron los ojos y el policía creyó llegado el momento de disfrutar de una tregua.

Y eso fue poco más o menos. Una tregua.

Pasadas las 3 de la madrugada la lluvia dejó de ser el sonsonete ameno con el que había conseguido conciliar el sueño para convertirse en una tromba de agua derramada en pocos instantes sobre la ciudad. Ni desagües ni imbornales daban abasto y el agua corría junto a los bordillos en dirección al mar, subía a las aceras en algunos tramos y se acumulaba en los patios vecinales amenazando ya con inundar los subterráneos. Cuando despertó el ruido no era ya el monótono repiqueteo de las gotas sobre tejados y entoldados, era un rumor creciente, ensordecedor, un golpear cercano de tambores, la piel del tambor a pocos palmos.

Enric Nasarre, sobresaltado, técnicamente despierto pero enredado el pensamiento en el sueño, supo, de la extraña manera en que se alcanza a saber lo que no se sabe, lo que casi se adivina, que debía fijar su atención en el ruido. No en el ruido de las gotas que había escuchado al dormirse, ni en el de las risas de los hombres en la filmación, ni en el de sus jadeos, ni en el de sus suspiros de lubricidad o de impaciencia. En el ruido seco que en las imágenes sucede al golpe.

El ruido, el golpe... No cualquier ruido, no el ruido que estaba oyendo con tanta fuerza como si lloviera a cántaros dentro de su casa, a pocos pasos. No el de la lluvia al precipitarse sobre las calles o en las hojas de los árboles, sino el ruido que se deriva de un golpear rítmico. Una secuencia de golpes leves, un sonido rimado como sólo muy de tarde en tarde lo es el de las gotas. Un ruido siempre igual en intensidad, secuenciado, un ritmo recurrente. Pop pop-pop-pop-pop pop-pop y de nuevo pop pop-pop-pop-pop pop-pop. Un ritmo simple, una tonada, un hábito, una costumbre. Algunos la utilizaban a modo de contraseña al presionar un timbre, una bocina o un silbato.

El golpear de...

Lo tenía en la cabeza, era un toc toc-toc-toc-toc toc-toc. Lo había oído, lo recordaba. Tenía que localizarlo, estaba en algún lugar, tenía que recuperarlo, situarlo, identificarlo. Tenía que... Se levantó a oscuras y, a oscuras y con el piso entero desbordado por el ruido e iluminado sólo de vez en cuando por la blanca luz de un relámpago, buscó las notas de Clara. Encontró lo que buscaba, recordaba haberlo leído y recordaba también haberlo advertido, haberlo oído un par de veces. Clara, la buena de Clara, la eficiente Clara, la monja alférez, se había tomado la molestia de anotarlo.

Encendió el ordenador, volvió a revisar la filmación, lo encontró, lo reconoció, lo escuchó un par de veces más, las suficientes para tener la

certeza de no equivocarse. El mismo ruido, el ritmo que se repite muy cerca, junto a la cámara. Estaba allí, lo había encontrado. No se equivocaba.

Quizás tuvieran algo.

Los bomberos pasaban a pocas calles con estruendo de sirenas cuando volvió a tenderse en el sofá para dejar pasar las horas de otra noche en blanco. No cesaron de recorrer la ciudad en toda la noche.

La lluvia era un fragor, la ciudad entera un mar de agua.

Llamaría a Clara por la mañana, necesitaba hablar con ella lo antes posible.

Quizás también a Matías Ballester. Podría necesitarlo.

## 18. Martes, 8 de julio

CLARA acudió a la intempestiva llamada del subinspector, que sólo consiguió esperar hasta minutos antes de las siete de la mañana para marcar el número de su móvil. Lo hizo doblemente satisfecha. Por una parte se ahorraba la tediosa jornada en la aseguradora siguiendo a Matías a todas partes y, por si fuera poco, según le explicó Nasarre en pocas palabras, quizás tuvieran una pista. No le adelantó nada. Por ese motivo y porque no sabía cómo evitarlo, la agente se pasó el trayecto entero en autobús repasando cuanto sabía sobre el caso. No acertó a intuir nada en absoluto. Nada. Cuando llegó corrió pasillo adelante, eran las ocho y cuarto, se sentía empapada en sudor y terriblemente ansiosa. Nasarre ya estaba allí con el aspecto de haber pasado la noche entera en su sillón. Sin americana, despeinado, con unas bolsas enormes bajo los ojos grises y cierto brillo poco habitual en las pupilas. Una especie de lumbre interior. Buena señal, pensó la agente al advertir el conato de sonrisa con el que la saludó al verla en el umbral de su despacho.

—Pasa y siéntate —le ordenó sin apenas mirarla—. Quiero que escuches una cosa. No quiero que mires la pantalla, tú sólo escucha.

Era la maldita filmación, el origen de todo. Gemidos, sollozos de Raquel, jadeos de los hombres, alguna imprecación... Lo había oído muchas veces. No era agradable. El sonido se hacía acompañar invariablemente de las imágenes en la mente de la policía.

—Ahora, escucha. Escucha bien. ¿A qué te recuerda? Piensa, Clara, piénsalo. Es importante.

El policía había adelantado el torso y entornado los ojos. Tenía la ropa arrugada y Clara podía advertir el olor a café en su aliento.

Golpes agrupados en pequeñas secuencias, golpes que se produjeron probablemente muy cerca de la cámara, quizás en la cámara misma o a pocos centímetros. Una especie de tonada que había oído muchas veces; Sergio, su propio hermano, llamaba al timbre reproduciendo esa misma secuencia, una especie de señal universal de alerta, de reconocimiento.

—Lo recuerdo, mucha gente lo hace.

—Sí, desde luego. Hay quien golpea con un lápiz en la mesa, o quien toca el timbre siempre de la misma manera... Ya lo sé, pero piensa, Clara, piensa. Lo has oído no hace mucho en otro lugar, también en relación con el asunto de Raquel Soldán.

La agente se esforzó por recordar. Con la mano tapándose la boca, la cabeza baja y los ojos cerrados buscando la concentración. Pero fue en vano. Nasarre, que no pretendía someterla a una mortificación innecesaria, le acercó las páginas que ella misma le había enviado. Había señalado en rojo una anotación aparentemente trivial; «... *Loren no puede estar quieto, se mueve continuamente, salta, se balancea y se golpea los dientes con la uña siempre del mismo modo... No son tics, desde luego que no, pero lo parecen. Me pone nerviosa, me imagino que es porque se mueve constantemente, porque no para...*».

—Yo también estaba allí, Clara. Pude oírlo, juraría que es la misma secuencia. ¿No la reconoces?

La mano que tapaba la boca de la agente viajó en un instante hasta su frente y la golpeó un par de veces. Clara resopló y se maldijo interior y exteriormente. No le preocupaba guardar las formas. Empleó palabras que el subinspector no alcanzó a oír. Eran los mismos golpes, exactamente la misma sucesión de golpes, la misma secuencia que utilizaba su hermano Sergio cuando se presentaba en su piso de visita, la que había empleado toda la vida, la misma que había oído reproducir a Loren, el amigo de Raúl y de Matías. No le cabía la menor duda. A punto estuvo de levantarse, de saltar y de abrazar al subinspector, que ahora sonreía abiertamente.

Recordó a Loren plantado en la pista, abrumado por una noticia inesperada, lívido, completamente inmóvil durante unos instantes.

—Y mira aquí, son tus notas, tú misma me las enviaste ayer.

«... *entre los que salen a fumar habitualmente está Gustavo, uno de los contables. También él se mueve continuamente, pero no como Loren, el de la pista de baloncesto, que lo hace con ritmo y golpea con ritmo todo lo que pillá. Gustavo se mueve a pequeños espasmos, alza una ceja, tuerce momentáneamente la boca, levanta levemente la cabeza... Y estoy segura de que eso lo mortifica. Creo que se trata de un síndrome. Casi no me ha dirigido la palabra, ha bajado la cabeza y yo diría que ha concentrado sus esfuerzos en intentar no moverla. Da la impresión de querer que se lo trague la tierra.*»

—Llama a Matías. Mejor todavía, habla directamente con su jefe. Sí, mejor llama a Mauricio Nieto, dile que es urgente, que necesitamos hablar con Matías, pero que no es nada que lo incrimine. Sobre todo que no sospeche de él, sólo le faltaría eso. Dile que necesitamos hablar con él. Si me necesitas, si ves que el jefe no se aviene, me lo pasas. Le pediremos su autorización, no querría crearle a Matías más problemas de los que ya tiene.

Clara habló inmediatamente con el director de la sucursal, que no puso ningún impedimento y que le aseguró que Matías estaría en el despacho del subinspector al cabo de una media hora.

—Llama también a Raúl. Creo que, visto lo visto y considerando que la noche de los hechos estaba a muchos kilómetros, está libre de sospechas. Nos hará falta su ayuda. Necesitamos todos los datos que puedan darnos entre los dos. Todos. Lo que sabemos hasta ahora no prueba nada, ya lo sabes, todo podría quedarse en una coincidencia, en una mera especulación. Tendremos que pensar...

El subinspector no acabó la frase, la dejó flotando entre ambas cabezas. Sabía que suspender las palabras en el aire es la mejor manera de conseguir que no mueran de inmediato.

Raúl se presentó en comisaría minutos antes de que lo hiciera Matías. Propietario como era de una farmacia de barriada con un par de empleados, no necesitaba permiso alguno para alejarse del mostrador. Tenía la perplejidad pintada en el rostro y la boca, ocupada por un par de incisivos enormes, ligeramente abierta. Tomó asiento frente al inspector, que le suplicó un poco de paciencia.

—Pero... ¿No puede decirme de qué se trata? La verdad es que la policía no acostumbra a requerir mi presencia muy a menudo. No sé qué pensar, es como si...

El subinspector le anunció que Matías estaba al llegar, que no tardaría, y así fue. Nasarre prefería explicar las cosas una sola vez, tampoco era hombre de muchas palabras. A su llegada, el viudo miró a su amigo con aprensión, no entendía qué es lo que hacía su amigo allí sentado, con las manos cruzadas sobre el regazo y cara de susto. Y si no de susto sí de perplejidad. Por un momento pensó que Raúl quizás tuviera algo que ver con... Nasarre adivinó el curso de sus pensamientos y se apresuró a corregir su deriva. No debía sacar conclusiones precipitadas. A Matías le harían falta todos los amigos con los que pudiera contar.

—Le hemos pedido a su amigo que venga para que nos facilite cierta información, no es sospechoso, Matías. No lo mire usted así. De hecho si la pista que tenemos es de fiar, su amigo está casi descartado. Creemos que nos puede ayudar, que puede colaborar en la investigación.

El inspector hizo una pausa, esperó a que Matías se tomara un respiro. No fue así, continuó de pie junto a la puerta, sombrío y tenso como cuerda de guitarra.

—Siéntese y si les parece les dejo solos un momento y lo pone usted al corriente de todo lo que sabe. Creo que preferirá ser usted el que... Las imágenes están aquí, sólo tiene que...

Matías asintió, aunque hubiera preferido de todo corazón una exposición racional de los hechos por parte del policía. Tomó asiento junto a Raúl y carraspeó antes de empezar a hablar. Era una forma como cualquier otra de ganar tiempo.

—Voy a salir unos minutos, necesito un café. Si vuelve Clara que me espere aquí, que no se mueva, no tardo nada. Ella puede ayudarle a...

Un cuarto de hora más tarde, acabadas las primeras explicaciones, eran cuatro las personas presentes en el despacho, dos de ellas policías en activo. Matías Ballester, el viudo, y Raúl, su mejor amigo, que no salía de su asombro.

—Porque ustedes me lo dicen y porque he visto lo que hay y no tengo por qué dudarlo, pero... Me cuesta creer en algo así, que a alguien le puedan hacer algo así y además chantajearle. Es como si no tuvieran bastante con joderte la vida los muy cabrones.

La apariencia de Raúl, un hombre de naturaleza despreocupada y generalmente optimista, había cambiado por completo. La expresión de su rostro, de un constante asombro, era ahora grave. Una sombra de indignación y espanto le nublaban la cara. Permaneció en silencio unos instantes, consciente de que acaparaba todas las miradas. Un par de minutos después giró todo su cuerpo y lo proyectó hacia Matías.

—Lo siento, lo siento mucho, Matías. ¡Qué hijos de puta!

Había cerrado los puños y entornado los ojos.

El subinspector consideró acabadas las explicaciones más básicas, era el momento de seguir hacia adelante.

—Tengo una pregunta para usted, Matías. ¿Sabe si en las últimas horas alguien ha recibido las imágenes en su dirección de correo electrónico? Es importante.

—Que yo sepa, no. Es posible que alguien las haya recibido y no me haya dicho nada.

—También es posible que los autores de la filmación no se hayan enterado hasta ahora de la muerte de su mujer. Recordará que usted no concedió entrevistas, tampoco nadie de su familia, y que en la prensa sólo aparecieron las iniciales. Aunque uno de mis agentes ha encontrado alguna publicación en la que apareció el nombre de su mujer al completo, en la

mayor parte se respetó la voluntad de anonimato. Que no llegarán a saberlo es una posibilidad que no podemos descartar.

El subinspector dejó de hablar mientras concentraba su atención en la pantalla del ordenador. Buscaba el punto exacto, el sonido preciso.

—Les voy a mostrar un par de cosas. No son concluyentes, desde luego, nada firme, pero es lo único que tenemos hasta ahora. Necesitaré la colaboración de ambos para conseguir pruebas de verdad, algo que nos permita llevar a esta gente delante de un juez y a poder ser a la cárcel por muchos años.

Matías y Raúl se apresuraron a asentir, lo hicieron con firmeza y al unísono, a modo de coreografía, como si hubieran ensayado. En mejor momento hubieran reído a placer durante un buen rato.

En pocos minutos, y con ayuda de Clara, Nasarre descubrió sus cartas. Matías lo miró con la boca cerrada y los ojos bien abiertos, como un niño miraría a un prestidigitador. Nasarre no les habló de las largas noches en blanco ni de las persianas bajas, ni de la lluvia en los techados del patio de luces.

—Como ven no es mucho, pero si les parece vamos a averiguar si ese tal Loren pudo tener algo que ver. En primer lugar necesito su nombre completo y todos los datos personales que podamos conseguir. Y debo añadir que sería mejor obtenerlos indirectamente, es decir, a partir de los que ustedes nos puedan facilitar. No podemos arriesgarnos a enviar a un agente al gimnasio. Si levantamos la liebre no habrá forma humana de...

Continuaron asintiendo en señal de aceptación.

—Se llama Lorenzo Marqués, eso sí lo sé, en algún momento me dio su móvil, pero creo que no lo tengo en la memoria de mi teléfono —dijo Raúl mientras sacaba el aparato del bolsillo del pantalón e intentaba recuperar un número que no encontró—. Quizás pueda localizarlo, si lo anoté en la agenda y está por casa... pero no puedo asegurarle nada.

Lorenzo Marqués, apellido de noble y nombre de gañán, pensó Nasarre, que no abrió la boca y se limitó a anotar.

—¿Podría pedir su móvil en el gimnasio? Quizás se lo faciliten si es para jugar un partido o algo así, no sé, lo que hagan ustedes habitualmente... Si tiene usted confianza... —insistió el subinspector.

—No habrá problema. Lo que sí le puedo decir es que es visitador médico, de los que se pasan el día a la puerta de los despachos. Un comercial. No sé de qué laboratorio, creo que no lo ha dicho nunca. Y si lo ha dicho no lo recuerdo.

Matías negó con la cabeza con aire de desolación. Añadió:

—Yo casi no sé nada de él, sólo lo encuentro a veces en la pista, jugamos un rato, hemos tomado alguna cerveza al salir, no siempre. Pero apenas lo conozco...

—No se preocupe, ya averiguaremos lo que podamos. Lo que sí me gustaría que intentase recordar es si en algún momento habló de su mujer en presencia del señor Marqués.

A Nasarre le vinieron a la mente unas palabras de Groucho Marx, que se había dirigido a un grupo de nombres diciendo «*disculpen que les llame caballeros, pero es que todavía no los conozco bien*». También él, que todavía no conocía bien a Lorenzo Marqués y sólo acumulaba oscuras sospechas, había empleado el término «señor» a falta de un apelativo más ajustado a razón.

—Quizás sí, podría ser, a veces hablamos mientras jugamos, pero así, de momento... No sé. No puedo decirle.

—Si recuerda usted algo, cualquier cosa, un comentario que crea haber hecho en su presencia, una alusión, si salió en alguna conversación el restaurante en el que acostumbraban a cenar Raquel y sus amigas, la discoteca, el instituto en el que había estudiado Raquel, el curso, yo qué sé... Cualquier cosa que recuerde, por mínima que sea. Si tiene usted una agenda personal me gustaría saber si fue usted al gimnasio los días anteriores a la cena del mes de octubre. Si es así, llámenos. Aunque le parezca que no tiene importancia, usted nos llama. A veces un detalle...

Matías asintió esta vez sin convencimiento, pero con docilidad.

—Lo intentaré, le aseguro que haré lo que pueda. Pero no tengo agenda personal, sólo la del despacho, y en ella no apunto nunca mis asuntos, solo las visitas, las llamadas del despacho... Haré todo lo que pueda por...

No aseguró nada. No podía.

—Será suficiente —prometió el subinspector, al que le hubiera gustado jurarle que aquel caso acabaría con todos aquellos personajes en la cárcel por un periodo no inferior a veinte años. Pero era demasiado pronto, una temeridad.

—Bien, ya estamos acabando. Necesitaré una cosa más. Usted, Raúl, cuando consiga el móvil del señor Marqués deberá hacer dos cosas: en primer lugar, nos facilita el número, intentaremos seguirle la pista, después le llama usted en su nombre, y lo cita en la pista para un partido improvisado.

—Él acude al gimnasio cada tarde y yo acostumbro a ir los miércoles y los viernes. Puedo proponérselo mañana mismo directamente, creo que será

más lógico. No sospechará. Además, no lo he llamado nunca antes y...

—Sí, desde luego. Puede usted decirle que Matías necesita distraerse, o que Clara ha preguntado por él y que parece interesada, o que quiere usted volver a ver a Clara y no se le ocurre otra manera. Usted mismo. Lo que le parezca, pero estas cosas son las que mejor funcionan.

Raúl miró a Clara de reojo, esbozó una sonrisa y asintió. Nasarre adivinó que lo de volver a ver a Clara podría funcionar, al farmacéutico la agente no le era indiferente. Clara, completamente inmóvil en su silla, rígida como el palo de una escoba, más que nunca monja y alférez, ni pestañeó.

—Llegue usted hasta donde le parezca, que ponga él la hora o el día si no acepta el viernes. Dele usted todas las facilidades. Nos adaptaremos. ¿Me entiende?

—Perfectamente —aseguró, y al subinspector no le quedó sobre el asunto la menor duda.

—Cualquier información añadida que pueda usted conseguir a través del gimnasio o de algún conocido... Dirección, empleo, amistades... Lo que se le ocurra, pero discretamente, que no llegue a sus oídos. Y pregunte sólo a personas de confianza. ¡Ah! Lo que ha oído hoy aquí debe quedarse aquí. No hable con nadie de todo esto. Con nadie. Usted tampoco, Matías. Debe comprender que...

—No abriré la boca, descuide. Y respecto a los datos de Loren le prometo que haré todo lo que pueda. No lo dude.

—Por el momento eso es todo. Y usted, Matías, si recuerda alguna cosa, por intrascendente que le parezca... A cualquier hora del día o de la noche. A Clara, o a mí. No deje de ponerse en contacto con nosotros.

Matías y Raúl se levantaron, estrecharon ambos la mano de Nasarre y se despidieron de Clara. Matías, abatido. Raúl, indignado, todavía con las manos crispadas e impulsado por una rabia infinita.

—Disculpen, antes de que se marchen —los detuvo Nasarre en el umbral—. Matías, por el momento vamos a dar por finalizado el acompañamiento de Clara. Dé usted las explicaciones pertinentes en la oficina, yo hablaré con el señor Nieto y le diré lo justo. No se preocupe, le dejaré claro que no está usted bajo sospecha. Diga a sus compañeros que se ha puesto enferma, una apendicitis, una neumonía... lo que quiera. Explique que a causa de su enfermedad tardará unos días en volver, es mejor que nos cubramos las espaldas, no sabemos si lo poco que tenemos nos va a llevar a alguna parte. Cuando todo haya pasado ya habrá tiempo de aclarar las cosas, de momento todavía...

Matías asintió. Cuando ambos desaparecieron pasillo adelante Clara suspiró profundamente. El alivio era inmenso. Regresaba a comisaría.

Nasarre, con los dedos en las sienes y la vista baja, elevó en absoluto silencio algo parecido a una plegaria a las alturas. Un ruego a los dioses, con los que no había intimado nunca, ni cuando en la escuela franquista no le hablaban de otra cosa. Les suplicaba que hicieran cuanto pudieran para que la tarde del viernes no fuera lluviosa. Por mucho que rebuscara en su memoria, el subinspector nunca antes había deseado tal cosa.

Por el contrario, siempre y en todo momento esperaba ver derramarse la lluvia sobre la ciudad sedienta.

## 19. Miércoles, 9 de julio

PASABAN pocos minutos de las nueve de la mañana y Nasarre todavía no se había sentado frente a su mesa cuando lo sobresaltó el timbre del teléfono. Se apresuró a descolgar. Un policía nunca sabe...

Tras rogarle un par de veces a su interlocutor que se calmara, Nasarre reconoció la voz entrecortada de Matías Ballester al otro lado del hilo. Acababa de llegar, se estaba despojando de la americana y todavía conservaba en la boca la aspereza del segundo café corto y sin azúcar. Había dormido varias horas seguidas, pero seguía extrañamente cansado y el sueño pendiente le pesaba en los párpados como si llevara una semana sin cerrarlos, como lastrados por arena.

La voz le salió extrañamente bronca, áspera como el café y levemente amarga, pero Matías Ballester no pareció advertirlo. Era la quinta vez que llamaba a comisaría, había intentado hablar con él desde que apuntó el sol tras los cristales de la habitación en el piso de Ana, no pudo esperar.

—¿Matías? ¿Es usted, Matías? —preguntó el policía alarmado, creyendo reconocer la voz del joven viudo entre los atropellados sollozos de la persona que estaba al otro lado de la línea—. Tranquilícese, por favor. Si tiene usted que decirme algo... Tenemos tiempo, tranquilícese.

—Sí, sí, soy yo... Creo que sí, creo que he recordado... —balbuceó.

—¿Dónde está? ¿Quiere que nos veamos?

—No, no. Estoy en la calle, estoy llegando al trabajo. Llego tarde. Mejor que no nos veamos, sólo quiero...

El llanto interrumpió de nuevo sus palabras y con la oreja bien pegada al auricular Nasarre sólo consiguió escuchar el gemir de un hombre que lloraba sobre un irreverente fondo de voces y de coches arrancando. Se sentó sin desprenderse del auricular.

—No he dejado de pensar y creo que tenía usted razón, yo expliqué muchas cosas, y él... —De nuevo las palabras en el aire, desgarradas, rotas apenas llegan los labios—. Él, Loren... Él estaba allí, estoy seguro, casi seguro. Creo que fui yo, yo expliqué cosas que no debería... Hablé de Raquel, de sus planes... Estaba contento, no podía pensar que... Raúl se acordará, seguro que él también lo recuerda. Pero fui yo, yo hablé más de la cuenta. Yo...

—Por favor, tranquilícese, Matías, aunque usted explicara cosas que Loren pudiera utilizar, usted no es culpable de nada. No debe usted...

—Pero si yo no hubiera hablado... Si yo no... —No pudo continuar, las lágrimas no se lo permitieron, la voz que le quedaba era muy poca y se le anegó en llanto. Aunque lo intentaba, no conseguía despegar las palabras de su garganta. La circulación intensa, a juzgar por el mucho ruido que le llegaba a Nasarre, no facilitaba las cosas—. Si yo no hubiera... Ella estaría aquí, conmigo... Con David... No hubiera pasado nada de lo que pasó. Si en lugar de hablar como hablé...

Un puñado de palabras quedaron en el aire entreveradas de voces y bocinas, el subinspector no pudo descifrarlas.

—Si yo no hubiera...

—Matías, no debe usted pensar eso. Le repito que no puede usted... No sé qué es lo que dijo, pero usted no podía saber... No es usted responsable de nada. De nada ¿me oye?

Matías permaneció en silencio durante unos instantes. No hablaba, caminaba y lloraba. No podía volver a llegar tarde. Perder el empleo era lo peor que le podía pasar. A Nasarre su mutismo le pareció eterno. Tan largo se le hizo que llegó a creer que Matías se había desvanecido.

—Matías, ¿me oye? ¿Está usted ahí?

—Sí, aquí estoy, no se preocupe por mí. ¿Sabe? Hace horas que no pienso en otra cosa. He recordado lo que sucedió aquella tarde. ¿Quiere usted oírlo ahora o prefiere que pase por comisaría cuando acabe de trabajar? —preguntó de corrido como para acabar lo antes posible—. Estoy llegando a la aseguradora, pasan unos minutos y...

A Nasarre le pareció que Matías había recuperado el control sobre sí mismo y con él la compostura.

—No creo que sea necesario que vuelva por aquí. Si se siente usted capaz de hablar ahora...

—Está bien, yo también prefiero acabar con esto. Le explicaré todo lo que recuerdo. Un momento, estoy llegando, hablaré desde el portal, aquí en la calle hay demasiado...

Nasarre le agradeció interiormente que se alejara del ruido. No le llegaban todas sus palabras y temía perder algún dato de importancia. Pudo oír el breve siseo de una puerta automática al abrirse y advirtió que instantes después el ruido ambiental casi había desaparecido.

—Lo que recuerdo es que aquel fin de semana David y yo íbamos a pasarlo con Raúl en una casa que tiene en Puigcerdà, en la Cerdanya. Ya lo

sabía usted. Habíamos ido otras veces. Raúl es mi mejor amigo y el padrino de mi hijo, se adoran. Siempre lo habíamos pasado bien. Era viernes y Raquel salía a cenar y no nos veíamos en un par de días, por eso decidimos cambiar nuestras costumbres. Yo siempre voy a recoger a David al colegio, pero aquel día fue Raquel la que lo esperó en la puerta para llevarlo al parque. De ese modo yo podría ir al gimnasio. Nunca voy los viernes, sólo los sábados por la mañana, y no todos. Ella podría verlo un buen rato antes de irnos, pasarían la tarde juntos. Raquel no sabía vivir sin él.

Y a la vista de los hechos Nasarre pensó que algo de verdad había en las palabras de aquel hombre desolado. No sabía vivir sin...

Matías reprimió como pudo un sollozo y se interrumpió unos instantes. Nasarre, sin dejar el auricular y sosteniéndolo entre el hombro y la mandíbula como un mal contorsionista, buscó un bolígrafo y un papel por si necesitaba anotar algún detalle. No era habitual, tenía una memoria envidiable, podía recordar el menor detalle, la inflexión de una voz, una palabra a medias... Pero nunca se sabía. Aguardó en silencio, sin apremiarlo, mientras anotaba la fecha en la parte superior de una hoja.

—Raúl y yo nos encontramos en la pista, siempre jugamos un rato y después chapoteamos un poco en la piscina, unos largos, poco más. No me gusta mucho nadar. Aquella tarde Loren estaba allí, en la pista, quiero decir, mientras Raúl y yo hacíamos planes para el fin de semana. Creo que pasa allí todas las tardes, no se mueve de allí. Hablamos de ir a comer a un restaurante al que habíamos ido otras veces, de subir hasta un lago, de visitar a unos amigos que tienen una granja, de enseñarle a David, bueno, no es eso lo que importa, ¿verdad?... Qué sé yo, hicimos planes... El caso es que recuerdo que mientras hablábamos alguien me preguntó si me había separado. Como iba más al gimnasio y organizaba mis fines de semana con mi hijo... No recuerdo quién fue, quizás Loren, creo que fue él, estoy casi seguro, pero el que hizo la observación pudo ser cualquier otro. Tenía cierta lógica. Lo desmentí, claro. Ya le expliqué que Raquel y yo nos llevábamos bien, muy bien. Nunca se me pasó por la cabeza...

—Lo sé. Sé que no deseaba usted perderla.

Matías respiró profundamente antes de continuar.

—En la pista éramos siete u ocho. Loren siguió la conversación, quizás me tiró de la lengua, eso ya no lo sé, no puedo decirlo, pero en ningún momento pensé que estaba hablando más de la cuenta. Lo que explicaba no era nada raro, no tenía nada que ocultar. Nunca he tenido nada que ocultar, ¿sabe? Aunque no lo crea usted. Nada.

Matías calló durante unos instantes. Nasarre pudo oír cómo saludaba a alguien que al parecer entraba o salía del edificio. Continuó poco después.

—Estoy seguro de que Raúl también se acuerda. El caso es que lo expliqué todo, lo de la cena de Raquel con sus amigas dos veces al año, lo del restaurante al que iban habitualmente, hablé de la disco a la que habían vuelto a ir últimamente... Expliqué que eran amigas desde el instituto, que habían coincidido haciendo bachillerato de letras, que después cada una había tirado por su lado, pero que... Yo qué sé. Todo, lo expliqué todo. Otros explicaron otras cosas. Raúl habló de su hermana Elena, de Paquita, su empleada... Cada uno explica lo que puede, o lo que quiere. Yo estaba contento por nosotros, por David y por mí. Y lo estaba por Raquel, ella se divertía, le gustaba salir con sus amigas de toda la vida. Recuerdo que incluso enseñé, a Loren y a los demás, una foto de David. No recuerdo si me lo pidió él, sólo sé que normalmente yo no voy por ahí... Pero la enseñé, eso sí que lo recuerdo. Era una de las que llevo en la cartera, una foto en la que David está con Raquel, él sentado en un columpio y moviendo los pies en el aire y ella detrás, empujándole y riendo.

—Entiendo —dijo Nasarre para exorcizar tanto dolor como supuraban sus palabras.

—Yo mismo le enseñé a David y a Raquel. ¿Cómo no iba a reconocerla si le enseñé una fotografía en la que pudo verla perfectamente? Loren me la devolvió y me dijo que era un niño muy guapo, una preciosidad, y que mi mujer tampoco estaba nada mal. Quizás debería haberme dado cuenta. Pero...

Su voz era amarga como dicen que es la bilis.

—¿Recuerda algo más? ¿Algún detalle que pueda servirnos? ¿Explicó él alguna cosa? En qué calle vive, dónde trabaja, si tiene familia, hijos. No sé, cualquier cosa.

Matías negó con un gesto que el policía no pudo ver pero acertó a adivinar.

—No que yo recuerde. No habló de sí mismo. Ni una palabra. ¿Se puede ser más cabrón?

Ahora fue el policía el que aguantó el silencio estoicamente. Instantes después, sin que Matías hubiera vuelto a abrir la boca, Nasarre oyó un ruido. Tardó en identificarlo, era el clic de un mechero. Hubo un silencio largo y repleto de sobreentendidos. Matías acababa de encender un cigarrillo.

—Si lo tuviera delante lo mataría. No debería decirlo, y menos a usted, pero le juro que lo mataría.

Y no mentía.

Nasarre decidió que sería mejor que el viernes Matías pasase la tarde en el parque junto a David y sin pisar la pista.  
Ya encontrarían alguna excusa.

## 20. Viernes, 11 de julio

CUANDO el viernes por la mañana amaneció el cielo despejado e intensamente azul, Nasarre respiró insólitamente aliviado. Era previsible que la temperatura se encaramase a los treinta y tantos grados y que la pista de baloncesto estuviera seca y practicable. Había pasado horas enteras en vilo esperando reconocer un claro entre las nubes aparcadas sobre su cabeza y de un gris plomizo y sin fisuras. Llevaba días enteros lloviendo a intermitencias, intensos chaparrones habían llenado de charcos las aceras y al salir de casa pudo comprobar que de las hojas de los árboles todavía se desprendía alguna gota de aquellas que te obligan a estremecerte por inesperadas y sorprendentemente frías. Demasiado nervioso para encerrarse en su despacho, el policía decidió caminar hasta la comisaría para aliviar la tensión mediante el esfuerzo físico. No conocía otra manera. Más de cuarenta minutos y parecido número de semáforos más tarde, cuando traspasó el umbral y un mosso d'esquadra le saludó marcialmente, Nasarre había repasado muchas veces cada movimiento. Estaba convencido de que si todo marchaba como había previsto podría demostrar la culpabilidad de Lorenzo Marqués, quizás pudiera hacerlo dentro de unas horas. Pero el policía tenía demasiados años de profesión sobre sus huesos y un número no menos importante de investigaciones fallidas y no se engañaba a sí mismo. Los riesgos de la operación eran obvios y difíciles de asumir, también las posibilidades de estrellarse y de no llegar a ninguna parte. Un fallo, un descuido, una guardia baja podían significar...

Intentaba no pensar en el peligro que entrañaba, si lo hacía quizás daría marcha atrás, quizás abortaría el plan, sólo él podía hacerlo, así lo había dejado claro el comisario, al que informó oportunamente. Hay cosas que el subinspector prefería no cargar en la conciencia.

Le resultaba tan difícil apartar de su mente las imágenes de Raquel violada repetidamente, humillada, narcotizada... De ninguna manera podía permitir... Pero Enric Nasarre sabía mejor que nadie que no bastaría con la identificación de Alba Ventura en el caso de que la amiga de la víctima llegara efectivamente, y sin la menor sombra de duda, a reconocer en el rostro de Lorenzo Marqués los rasgos del hombre que se ofreció a acompañar a Raquel hasta su casa la noche de autos. Necesitaba pruebas, pruebas sólidas, concluyentes, no bastarían los meros indicios. Las sospechas no les llevarían a

ninguna parte y el hecho de que Marqués tuviera por costumbre golpearse los dientes con la uña rítmicamente, como única prueba ante un tribunal, haría reír a cualquier juez.

Marqués no tenía antecedentes, no había sido detenido nunca y mucho menos procesado. Carecían de pruebas determinantes, no podrían demostrar nada. Ningún tribunal, ningún juez dictaría una sentencia inculpatoria basándose en el ruido que produce una uña al chocar contra los dientes por rítmico y repetitivo que éste sea. No dejaba de ser un maldito indicio y los indicios por sí solos no permiten cerrar un caso. En realidad el asunto era como una mala broma, un chascarrillo. La uña contra los dientes. Ni tan siquiera el fiscal más solvente se atrevería a sostener una acusación tan endeble.

Al franquear la puerta de su despacho con la mente hecha unos zorros y todas las dudas del mundo como alcayatas hincadas en las meninges, Clara Núñez le salió al encuentro.

—Lidia Bermúdez está aquí, acaba de llegar, le estaba acabando de explicar... He pensado que su despacho era el mejor lugar para...

—Está bien, Clara, desde luego. Si no te importa me gustaría estar presente.

—Sí, señor —respondió Clara franqueándole el paso.

Nasarre se liberó de la americana arrugada, que colgó en el perchero, bajó ligeramente la persiana para velar la amenaza de un sol sin piedad y se sentó frente a las dos agentes. Lidia Bermúdez había aceptado, a propuesta de Clara, jugar el papel más arriesgado, servir de cebo. Una putada en toda regla, un riesgo que a Nasarre le ponía los pelos de punta. Miró de refilón a la joven policía sobre la que iba a recaer el peso y el mérito de la operación. Clara le había asegurado que era la mejor, que era valiente y lista como no había otra.

A simple vista, y casi de pasada, advirtió que la chica era de estatura media y que poseía un cuerpo bien proporcionado, llamativo incluso bajo el nada favorecedor uniforme de los mossos. El pelo rubio pajizo, probablemente natural, recogido en una cola alta como la de las bailarinas clásicas, la frente despejada, los ojos cobrizos y de mirada franca, la nariz recta, distinguida, los labios un poco demasiado finos, y una sonrisa capaz de confundir voluntades.

Lidia fue la primera en tender su mano, encajaron sin reservas. Al subinspector el estómago se le volcó al recordar el riesgo que la muchacha de la bella sonrisa y la mano impetuosa correría horas después. Su pensamiento voló de nuevo hasta Irene. No pudo hacer nada. Últimamente todas las

mujeres jóvenes le hacían pensar en Irene, como si en cierta manera fuera el padre de todas ellas. Le sucedía con Clara, con la desafortunada Raquel, con Alba, la llorosa amiga de la víctima... En esa especie de perversión del pensamiento notaba Nasarre el paso del tiempo, los días que se sucedían unos a otros y lo atropellaban sin clemencia. El padre universal, una verdadera maldición.

El discurrir de un tiempo sin vuelta atrás que había acabado por viciar el curso de sus más íntimas cavilaciones. Décadas atrás las contemplaba como el posible amante de todas ellas. Pero el tiempo no perdona, todo lo lastra, lo devora, invierte los pensamientos, los corrompe. ¡El padre de todas las mujeres! Hizo lo que pudo por cortar de cuajo tan tristes abstracciones. Lo consiguió sólo a medias, como casi todo.

Clara no perdía de vista la mirada del subinspector. Era ella la que había propuesto a Lidia, compañera de academia y buena amiga, para desempeñar un papel crucial en la trampa que Nasarre había ideado para Lorenzo Marqués. Sabía que Lidia le había causado a Nasarre una buena impresión, era indudable. No necesitaba preguntar. Esperaba un gesto de aprobación, una mirada, una palabra, cualquier cosa. No llegó. El policía era un hombre de gestualidad escasa y poco dado a comentarios sin trascendencia. Cuando las cosas salían bien, que no era siempre, no se felicitaba ni a sí mismo.

—Supongo que Clara te ha explicado el caso.

La chica asintió y su cabello, anudado en una cola, bailoteó en el aire.

—¿Has visto las imágenes?

De nuevo la chica se limitó a asentir sin dejar de mirarle directamente a los ojos. El semblante grave, los ojos muy abiertos y las manos descansando sobre la mesa. La postura erguida, con la espalda muy tesa y separada del respaldo, también le recordó a una bailarina. Y no es que el policía hubiera visto muchas.

—Nadie te va a obligar a nada. Sabes que no tienes por qué colaborar si tú no quieres. Y si quieres pensártelo... Puedes echarte atrás, nadie va a obligarte a... Es una misión que comporta un riesgo y...

Durante unos instantes, los que tardó Lidia en responder, el policía deseó que aquella chica tan guapa, tan saludable y, al parecer, tan despierta, se lo pensara dos veces y se retirara.

—No tengo miedo, señor. No se preocupe —le aseguró Lidia, que no parecía arrugarse por nada—. Sé lo que debo hacer y creo que no habrá problema.

—Está bien —dijo el subinspector convencido de que nada estaba bien ni lo estaría en muchas horas, y de que no volvería a respirar tranquilo hasta saber que Lidia regresaba a su casa sana y salva—. ¿Qué acostumbrabas a tomar cuando sales de copas?

—Soy de gin-tonics.

También Nasarre prefería el burbujeo amargo del gin- tonic o, en su defecto, la cerveza muy fría. No soportaba el regusto dulzón del cubalibre.

—Esta noche tendrás que cambiar, pedirás un cubata. En un cubata se puede echar cualquier cosa, ya lo sabes. No se ve nada. El estramonio es verdoso, Lorenzo Marqués se atreverá con un cubata, un gin- tonic plantea problemas y quizás...

La chica cabeceó de nuevo y su rubia cola brincó en el aire.

—Entendido, un cubata.

Sonrió ligeramente. A Enric Nasarre el estómago estuvo a punto de desprendérselo y caer.

—Yo estaré a tu lado, en la barra. No me conoce, no temas. Ignacio Arco, ya sabes quién es, el compañero de Clara, estará al otro lado. Es de confianza. Yo tendré un vaso, un cubata, lo acercaré al tuyo. Llévate el vaso a la boca justo después de que te lo dé el camarero, cuando lo acabe de servir, mejor si no toca la barra. Es por seguridad. Sólo un trago, después no bebas más, no quiero...

El policía no continuó la frase. Quedaba claro qué era lo que no quería por nada del mundo.

—Dale conversación, sonrío, ríele las gracias... Ya sabes, has salido a ligar. Eso es lo que él sabrá de ti, que buscas plan, que lo tendrá fácil.

A punto estuvo de añadir que se pusiera guapa, pero consideró a tiempo que a Lidia el consejo no le hacía ninguna falta.

—Ya sabes lo de las gafas y el color... Tiene que identificarte con facilidad. No debe confundirte.

Lidia siguió mirándole a los ojos sin titubear.

—Al cabo de un rato, no es necesario que esperes mucho, le dices que vas al lavabo y te marchas... Será el momento que aprovechará para... Por lo menos así lo espero.

—Entiendo, subinspector, no se preocupe.

—No bebas de nuevo hasta que hayan pasado unos minutos. Los suficientes para que cuando regreses y habléis de nuevo yo pueda cambiar tu vaso por el mío. Intenta ocultarme con tu cuerpo de forma que no pueda ver... Cuando haya pasado un rato y decidas hacerlo coge el vaso que tengas más

cerca, será el que esté limpio. Ignacio se llevará tu vaso, yo os seguiré. El vaso será una prueba, pero necesitamos...

—Lo sé, señor, necesitamos el resto. Los hombres, el garaje, la cámara... Imagino que habrá otras filmaciones, probablemente lo de Raquel Soldán no fue algo aislado.

También Nasarre estaba convencido de que no se trataba de un episodio puntual, pero no abrió la boca, prefería no especular en público. No lo había comentado con nadie y le alivió comprobar que la chica era resuelta y pensaba por sí misma. Todo apuntaba a que tenían entre manos un delito organizado y probablemente repetido y rentable, pero tampoco era aficionado a los castillos en el aire.

—Poco después, diez minutos, quince... quizás algo menos, puedes decirle que te encuentras mal, que te mareas. Parpadea como si no vieses con claridad, recuerda que debe pensar que tus sentidos se alteran, que tienes alucinaciones, que no ves bien, que no le entiendes cuando habla.

—Conozco los efectos, no se preocupe, subinspector —respondió la chica con audacia y un ligero vaivén de su cola de caballo.

Nasarre recordó que las pocas veces que había pisado una discoteca nunca había conseguido hilvanar una conversación. Le aturdía la luz escasa o parpadeante, le ensordecía el ruido y la proximidad de la gente, que no paraba de agitarse sin finalidad aparente. Estaba convencido de que le costaría bien poco simular un mareo.

—Titubea, sujétate a la barra, acércate a él como si le buscaras, como si le necesitaras... No sé... Insiste en que te encuentras mal, como si... —El policía continuó con sus indicaciones, era su deber instruir a sus subordinados.

—Lo entiendo, señor, he leído lo que puede provocar el estramonio o cualquier sustancia similar. Puedo hacerlo. No se preocupe.

Y en su mirada estaba toda la audacia que el subinspector echaba en falta en sí mismo. A su lado Clara asintió. Lo hizo para tranquilizar al policía, para incrementar su confianza, pero nadie en el mundo conseguiría serenar a Nasarre. No hasta que todo hubiera concluido.

—¿Quieres preguntarme algo? Lo que quieras...

—¿Qué hago si encuentra mi pistola?

Clara Núñez empezaba ya a desesperar cuando Lorenzo Marqués, vestido y calzado como para un partido de la NBA, entró en la pista con su sonrisa puesta. Todavía quedaban manchas de lluvia sobre el cemento y la humedad era tan alta que, incluso permaneciendo inmóvil y a la sombra de alguno de

los árboles que crecían en los márgenes, resultaba imposible no sudar. Eran cinco los jugadores ya dispuestos a pasar el rato y con la llegada de Loren podrían intentar un tres contra tres. Quizás todavía llegara alguien más.

Nasarre, al volante de un coche sin distintivos policiales aparcado a unos cincuenta metros y con el corazón en un puño, no perdía de vista la cancha. A su lado, Lidia Bermúdez se probaba unas gafas con la montura de color rosa exactamente iguales a las que usaba Marta Ribas, la becaria. Lo de las gafas llamativas había sido idea de Clara, con unas gafas así no había confusión posible. Lidia les daba vueltas y más vueltas y, por más que intentaba acostumbrarse, no dejaba de encontrarlas francamente espantosas, como de juguete de feria. Había decidido que colgaran de su cuello con ayuda de un cordón rosa, la incomodaba llevarlas puestas y, en todo caso, siempre podría dejarlas caer sobre su escote cuando Marqués la hubiera localizado.

—Lo siento, no he podido venir antes —se disculpó Lorenzo Marqués mientras dejaba la bolsa sobre una banqueta junto a las otras y ponía sus músculos en forma saltando sobre las puntas de sus pies.

—No te preocupes, hemos aprovechado el tiempo —contestó Raúl quitándole importancia y guiñándole un ojo a espaldas de Clara. Su sonrisa era tan amplia como la mar oceánica. No necesitaba fingir que Clara le interesaba. Era un hecho.

Loren respondió con una mueca de complicidad y empezó a practicar la aproximación a canasta. Lo hacía bien, tenía la técnica que sólo se adquiere tras muchas horas de entrenamiento. Y lo sabía.

—¿Y Matías? —quiso saber Marqués al caer en la cuenta de que se disponían a jugar y no iban a esperar su llegada.

—He pasado a buscarlo, pero me ha dicho que no podía venir. Yo creo que tiene un mal día. No he querido insistir. Últimamente se cabrea por cualquier cosa y no se despega de su hijo, es una obsesión. Tampoco me extraña, si me llega a pasar a mí...

Su explicación sonó convincente. Marqués movió la cabeza en señal de asentimiento. Clara asintió a su vez con un gesto sombrío refrendando las palabras de Raúl. Loren no insistió. Maldito hijo de puta, pensó la agente, pero su rostro no dejó traslucir nada, ni el odio que sentía, ni la opinión que le merecía un hombre como él. Raúl no añadió nada más. Ambos hicieron lo que pudieron por aparentar interés en el enfrentamiento y diez minutos más tarde reclamaron una pausa. Clara se acercó a la banqueta y abrió su bolsa. Raúl, casi exhausto, se limitó a sentarse en el suelo junto a ella y a recuperar el resuello. Loren se aproximó y rebuscó en su bolsa de deporte hasta dar con

una bebida isotónica mientras Clara se llevaba hasta los labios una botella de agua. Era la señal convenida. Fue entonces cuando, a una orden de Nasarre, sonó el móvil de Clara.

—Sí, sí, soy yo. Hola, Lidia. No, no puedo hablar mucho. Ya me extrañaba... No, ya te lo dije, no voy a acompañarte. No insistas. Además te he enviado un mensaje. ¿No sabes leer? No me gustan las discotecas, no me gusta bailar y no me gusta Luz de Gas. ¿Lo entiendes? Además, a la primera de cambio te arrimas a alguien, ligas y me quedo tirada como un trapo. Que ya te conozco. No sería la primera vez...

Durante unos segundos Clara se limitó a escuchar con cara de hastío.

—No, ya te lo he dicho, no iré contigo. Ni a las once, ni a las doce ni en ningún momento. Sí, ya lo sé, sé que los Aries sois tozudos como mulas y que no paráis hasta... ¿Qué me vas a explicar? Lo sé, no hace falta que me lo repitas. Sé que no aceptas un no. Pero... además, a mí no me necesitas para nada.

Pausa en la conversación. Raúl, muy cerca, sentado sobre el cemento, no perdía una palabra. Loren continuó demorándose junto a la banqueta muy cerca de Clara con parecida intención. Acabó su bebida, buscó una toalla, se la colgó del cuello y se sentó a pocos centímetros de la agente. Estaba dispuesto a escuchar hasta el final. No se tomó la molestia de disimular. Por el momento Nasarre no se equivocaba.

—Sí, me lo has dicho veinte veces, ya sé que estás muy necesitada. Lo sé, Lidia. Sé que desde que... Sí, sé que hace meses que... Sí, sí, lo sé, no hace falta que me lo repitas, pero tengo otros planes y no tienen nada que ver contigo.

En voz algo más baja, pero no lo suficiente como para que Loren se desentendiera de la conversación añadió:

—No, ahora, no. Ahora no puedo. Sí, te lo prometo. Ya te contaré —dijo mientras miraba de reojo a Raúl, que le correspondía con una sonrisa de sus dientes adelantados—. Sí, otros planes. No, Lidia, de Matías ni hablar, no pienso decirle que te acompañe a bailar. ¿Estás loca? ¿No te quedan escrúpulos? Si le digo que... Vamos, que me envía a la mierda. Y a ti detrás. Sí... Sí, lo sé. ¿Has llamado a Bea? Sí, Bea, hoy es viernes, mañana no trabaja y ésa se apunta a un bombardeo.

Con un gesto de cansancio y de impaciencia a la vez, Clara apartó el móvil durante unos instantes. Resopló. Al otro lado alguien seguía hablando.

—Si Bea no puede ir no importa. Tú no necesitas a nadie, ya lo sabes. Sí, mujer, estoy segura de que las extensiones rosas a juego con tus gafas te

quedan de muerte. Sí, seguro. No seas tonta, no te preocupes. Y si te cansas, mañana te las quitas. Trabajando en una peluquería lo tienes mejor que nadie. Que sí, que ya sabes que el rosa te favorece. No, no es muy cursi, sólo un poco. Un poco de nada.

Clara ríe.

—No te enfades, es broma. Oye, voy a colgar, ya hablaremos.

Loren guarda la toalla y cierra la cremallera de su bolsa.

—Puedes esperarme a las once, puedes esperar la noche entera. Por mí como si... No, no me pongo borde, eres tú la que no quieres escuchar. No, no voy a ir y por el momento tampoco voy a explicarte nada. ¿Es que no hablo claro?

La agente cortó la conversación abruptamente y con un suspiro guardó el móvil tras mirar a Raúl y dirigirle una sonrisa. El farmacéutico se levantó de un salto y se acercó a la policía. Se situó muy cerca, de forma que fuera evidente que la pretendida relación podía tener un futuro.

—No podía decirle que habíamos quedado. No tenía ganas de darle explicaciones. Hubiera hecho tantas preguntas... No sabes cómo es —se disculpó Clara de forma que Loren pudiera oírla—. No te importa, ¿verdad?

No le importaba. Raúl negó con la cabeza y lamentó profundamente que todo fuera una farsa.

Pocos minutos después Nasarre, al volante de un coche plateado con un golpe en la parte trasera y en compañía de una joven cuya airosa cola acariciaba el aire, pasó junto a la pista y se alejó. Clara y Raúl aparentaron no verlo y continuaron durante un rato un partido en el que tenían todas las de perder. Nasarre no les miró.

Por el oeste, allí donde descansan los muertos, se acercaban ya las primeras nubes.

A las diez de la noche la riada de vehículos que habitualmente bajan por la calle Muntaner en dirección al centro de la ciudad había mermado lo suficiente como para poder controlar la entrada de la discoteca desde un coche mal estacionado enfrente y un poco más arriba. Con las luces encendidas, como si esperaran recoger a alguien, Clara Núñez y Lázaro Buendía llevaban varados en la calle Muntaner, entre la Diagonal y la Travesera de Gràcia, más de media hora cuando vieron llegar a Lidia Bermúdez de un rosa subido, con las gafas a modo de bengala luminosa bailando sobre su escote. Las extensiones, de un rosa encabritado, eran visibles desde la distancia a la que se encontraban los agentes. Se había

alisado el pelo a conciencia, se había maquillado sin ninguna discreción y recordaba a un tigre de color rosa. Clara no pudo contener una exclamación.

—¡Joder! ¡Vaya pinta! Lo que hay que hacer. Lo de las mechas rosas en una melena rubia debería ser delito. En una melena rubia y en cualquier parte. ¡Un delito!

—Pues no me parece que le queden tan mal —añadió Lázaro.

Clara no entró al trapo.

Lidia entró sola en el local con la seguridad del que lo frecuenta habitualmente. Vestía de rosa de los pies a la cabeza. Top rosa brillante de tirantes muy estrechos conjuntado con unos pantalones rosa hibisco de cintura baja que dejaban al descubierto un piercing rosa en el ombligo. Así vestida, Nasarre no la hubiera reconocido nunca. Nada que ver con la avispada agente de uniforme que patrullaba las calles a diario y que se recogía el cabello en una cola alta. Una cola de bailarina en la cabeza de una agente de policía, recordó el subinspector.

Clara tenía los nervios de punta y había empezado a mordisquear sin compasión las yemas de sus dedos, costumbre adquirida durante la primera infancia y olvidada, con penas y muchos trabajos, durante su formación en la academia policial. En el tramo superior, entre la Travesera y Porvenir, Caries Sala y Toni Segura aguardaban sin perder de vista el coche azul oscuro que ocupaban Clara y Lázaro. Ninguno de ellos hizo el menor gesto de reconocimiento. Las órdenes eran claras. Nasarre no perdonaría un error.

Confirmando las expectativas de los agentes, algo más tarde, unos minutos antes de las once, entró Loren Marqués. Vestía de negro de la cabeza a los pies y todavía jugueteaba con las llaves de su coche cuando pasó ante los guardias de seguridad del establecimiento. Dos agentes, sin uniforme y sin vehículo, apostados junto a la parada del Nitbus, eran los encargados de no perder de vista a la pareja cuando, tal y como esperaban, abandonara el local. Ambos reconocieron a Marqués y comunicaron a Nasarre, acodado en la barra, que el sospechoso acababa de llegar. Clara, con el estómago contraído por el miedo, también registró su llegada. La operación se ponía en marcha. Nasarre tamborileó con los dedos sobre la barra como si estuviera aburrido. No lo estaba, sentía algo parecido a una arcada gestarse en lo más recóndito de su estómago. Lidia Bermúdez y, a su espalda, Ignacio Arco advirtieron inmediatamente el cabeceo del subinspector, la señal de que Marqués entraba en el local. Ambos se tensaron perceptiblemente.

La luz era escasa y parpadeante y en la decoración predominaban el dorado y el nada tranquilizador rojo sangre coagulada. La música, demasiado

alta, incomodaba al subinspector, que, parapetado tras un vaso largo, escrutaba el local repleto de gente con la intención de localizar lo antes posible al sospechoso. El suelo, que casi no vislumbraba por la ausencia de luz, parecía moverse bajo sus pies, todo retumbaba a su alrededor y todo su interior reflejaba el estruendo, como si todas sus vísceras se convulsionaran involuntariamente. A duras penas conseguía entender los mensajes que le llegaban a través del pinganillo que le cosquilleaba en la oreja.

Ni a rastras hubiera pisado una discoteca de no tratarse de un caso policial.

El policía, con los ojos medio entornados e intentando distinguir entre el gentío la silueta de Marqués, pensó irremediamente en Irene. En cualquier momento, en el lugar más inapropiado, su hija ocupaba su mente, era su mayor desvelo. Se preguntó, sorprendido y algo culpabilizado por no saberlo, si acostumbraba a frecuentar locales como Luz de Gas que, según le habían asegurado, era de lo mejor. Sabía tan poco de ella... Y la necesitaba tanto.

Advirtió su presencia cuando el sujeto estaba ya muy cerca, a pocos pasos. Había localizado a Lidia sin la menor dificultad y, tras un par de derivas para confirmar el avistamiento, se acercó a la muchacha, que no dio señales de haberlo visto. Plantó el codo junto a ella, muy cerca, rozándola. Pidió al camarero algo que Nasarre no acertó a oír y, dirigiéndose a Lidia, que sin mirar a ningún sitio sostenía en el aire un vaso casi vacío, preguntó:

—¿Qué tomas? Te invito.

—Un cubata de Larios. Pero ¿por qué ibas a invitarme? —respondió ella con la determinación de la mujer que no ha abonado una copa en su vida—. ¿Nos conocemos?

Nasarre, que no acabó de entender la respuesta de la agente, casi da un respingo.

—No, no nos conocemos, pero lo estoy deseando. Me has gustado nada más verte, me has gustado mucho. Además, quizás me equivoque contigo, pero yo diría que tú y yo podemos entendernos. Tengo buen ojo. Llámalo como quieras, pero no suelo equivocarme —contestó acercándose hasta casi posar sus labios contra la mejilla de la agente—. Y si no fuera porque igual te ríes de mí, creo que sería capaz de adivinar tu horóscopo. Hay caras preciosas, como la tuya, que lo dicen todo.

Lidia sonrió con coquetería. Dominaba el personaje y a pesar de las extensiones fulgurantes y de otros aditamentos nada favorecedores, su sonrisa era la de una mujer encantadora.

Marqués pidió la bebida al camarero al tiempo que dejaba un billete de veinte euros sobre la barra y le indicaba que no esperaba cambio. El subinspector se tranquilizó cuando depositó ante la chica un vaso con el contenido oscuro y grandes cubitos de hielo en su interior.

—Está bien. Inténtalo. No pierdes nada. Además, te aseguro que no me reiré —le retó Lidia levantando su vaso en el aire.

Entornando los ojos y demorándose largamente en la contemplación de sus labios, Loren Marqués acabó por afirmar con toda la desfachatez del mundo.

—Juraría que eres Aries. Sí, una Aries con todas las de la ley. Una mujer que sabe lo que quiere y lo persigue hasta las últimas consecuencias.

Lidia puso la pertinente cara de asombro, casi de admiración. El policía no esperaba menos. La chica merecía una ovación.

—Hasta me atrevería a adivinar de qué trabajas —continuó mientras la agente lo miraba casi con arrobo.

—Si lo haces creeré de verdad que tienes poderes.

—Me conformaré con que creas que podemos entendernos.

Lidia asintió.

—Lo creeré.

—Si me paro a mirarte veo una mujer que sabe cuidar de su aspecto, que no descuida detalle y que tiene un gusto muy particular. Una mujer que sabe maquillarse, que elige los mejores tonos y que se peina a la última. Puedo equivocarme, pero yo diría que eres estilista.

Nasarre no pudo evitar admirar el tacto y la inteligencia de Marqués. Lo que darían muchas peluqueras por ser llamadas así, estilistas. Un término actual, una profesión de moda. A su entender, y entiende poco, una pamplina. ¡Estilista! Lorenzo Marqués es hábil, de una astucia indiscutible. Es, en palabras de uno de sus abuelos, listo como las ratas coloradas.

—¿Acierto? —continuó con cierta expresión de inocencia en el rostro.

—Tengo que reconocer que no ha estado mal. Tienes cierta habilidad, eres observador... pero si intentas quedarte conmigo... —respondió la chica con una dureza claramente impostada—. Crees que me conoces porque me has echado un vistazo, pero en el fondo no sabes nada de mí. Nada —añadió jugueteando con el vaso y adornando sus palabras con cierto aire de misterio de baratillo.

Y nada había en el mundo más cierto.

Nasarre casi se atragantó con la bebida y a punto estuvo de escupir sobre la barra junto a la que permanecía escorado el trago que todavía tenía en la

boca.

—Sé todo lo que necesito saber, sé que me gustas —le aseguró Marqués con determinación—. Lo demás no importa.

A pesar de que estaba muy cerca no pudo saber de qué hablaron a continuación ni qué era lo que Marqués le susurraba a Lidia muy cerca de la oreja. Ella continuaba sonriendo con cara de embeleso, como si acabara de impresionarla hasta los tuétanos y dejándose acariciar por unos labios que bien podrían haber escupido veneno. Como lo que no era, como una verdadera enajenada.

El policía no pudo menos que reconocer que la chica valía su peso en oro y, mientras asistía a tan previsibles preliminares, al policía se le cerraron los dedos y, sin darse cuenta, en el extremo de sus brazos ya no tenía manos, sino puños. Saber con toda seguridad que aquel hombre era una rata y no poder apartarlo de Lidia a patadas le revolvía las tripas. Estaba furioso, tenso y alarmado. Tenía miedo de que el asunto se le acabara escapando de las manos, de que las riendas se escurrieran entre los dedos y Lidia acabara pagando los errores cometidos. Sabía, así lo había ordenado, que la chica llevaba encima una pistola. Cruzada sobre el pecho, en un bolsito de piel brillante, un arma diminuta con la que encañonar a Marqués y a sus esbirros si...

Lidia se alejó de Marqués en dirección al lavabo tras dedicarle una sonrisa capaz de derretir los polos, e instantes después el sospechoso, dándole la espalda a Nasarre, revolvió en sus bolsillos. El policía no pudo ver cómo vertía el contenido de un frasquito sin que éste dejara en ningún momento el resguardo de su mano cerrada. Ignacio Arco, que se había situado hábilmente justo al otro lado del sospechoso, le indicó a Nasarre agitando su vaso en el aire que la maniobra acababa de tener lugar.

El subinspector pidió otro cubata.

Lidia se apoyaba ya en el brazo de Marqués cuando se encaminaron hacia la puerta del local. Se llevaba una mano a las sienes, como si viviera un desvarío y confiara en poder detener así los pensamientos. Tenía los ojos entornados y el andar titubeante del que no puede confiar en sus propios medios y no se atreve a aventurar un pie delante de otro. No podía hacerlo mejor.

—No sé qué me pasa. No me encuentro bien. Yo aguanto lo que sea, pero esta noche...

Devorado por la inseguridad, Nasarre pensó que quizás habían cometido un error y la agente había llegado a ingerir el puto estramonio, o la puta

escopolamina, o lo que fuera. Lorenzo Marqués la sujetaba con firmeza, como el que acompaña a una persona ebria a la que le pueden fallar las fuerzas en cualquier momento. Una escena habitual, nada sorprendente la noche de un viernes a la salida de un local nocturno. Nasarre no podía saberlo, no estaba tan cerca, pero Lidia, que dominaba su papel en toda su magnitud, balbuceaba incluso palabras inconexas como si fuera tanta su confusión que no consiguiera enlazar unas con otras. Incluso parecía experimentar ligeros espasmos perceptibles únicamente para Marqués, que tenía contacto directo con su cuerpo.

El policía abonó su cuenta y los siguió de cerca. Caminaban despacio, Lidia tardaba lo indecible en avanzar y Nasarre tuvo que hacer alguna parada e improvisar un interés por la decoración, granate y oro, que estaba muy lejos de sentir.

En la calle comprobó que los agentes, apostados en la parada de autobús, seguían ahora a la pareja para localizar e identificar el vehículo. Todo estaba saliendo como había previsto, pero no se sentía más tranquilo ni mejor. Consciente de que le temblaban las manos, las ocultó en los bolsillos de la americana, y aparentemente despreocupado, salió a la calle. En el exterior ni el menor rastro de brisa, el aire completamente inmóvil, sofocante.

Varada en la acera de enfrente, Clara, al volante, le miró y cabeceó en señal de que las cosas marchaban según las habían planificado. El subinspector sintió ganas de acercarse a un árbol y vomitar el miedo en el alcorque. Demasiado fácil. Sentía el pavor agarrado a las tripas como una alimaña. No lo hizo, no vomitó, no recordaba haberlo hecho nunca; se limitó a dirigirse al vehículo y ocupar el asiento del copiloto, que Lázaro acababa de dejar libre. El agente, tras saludar al subinspector, se sentó detrás, inclinado hacia adelante hasta casi tocar la coronilla de Clara. Hubiera preferido hacerse cargo del volante, pero el caso era de Clara, se había implicado desde el principio y no se atrevió ni a sugerirlo.

—Sale del aparcamiento, el coche es un Audi 3 azul oscuro y la matrícula...

Nasarre y Clara cabecearon en señal de asentimiento, aunque su interlocutor, uno de los agentes de a pie, no pudiera verlos. También lo hizo Caries Sala unos metros más arriba, antes del cruce, por si la trayectoria no era la esperada, mientras aplastaba el cigarrillo en un cenicero repleto y Toni ponía en marcha el motor. El agente que había dado la alerta acababa de arrimarse a un portal para encender un cigarro mientras su compañero, otro de los mossos de la comisaría de Nou Barris, orinaba entre dos coches. En

Barcelona y en las cercanías de una discoteca nadie sospecharía de un joven aliviándose en un guardabarros.

Lidia, en el asiento trasero, tenía la cabeza contra el cristal, como si no consiguiera sostenerla, y el cuerpo derrumbado. La mejilla aplastada, el pelo en desorden y los ojos cerrados.

—Acaba de encender el intermitente, va a bajar por Muntaner según lo previsto, lo tendrán allí dentro de nada.

—Está bien, podéis iros a casa.

—¿Subinspector? ¿No cree que quizás necesiten un refuerzo? No sabemos con qué se pueden encontrar y nosotros...

—Está bien. Os informaré cuando sepamos hacia qué barrio se dirigen. Es posible que vayan a Nou Barris, sería lo lógico, pero no tenemos ninguna seguridad.

Clara encendió las luces y se incorporó a la circulación dejando un vehículo entre el de Loren Marques y el propio. Inmediatamente después lo hizo el vehículo conducido por Toni Segura, que avanzó al cabo de unos instantes hasta situarse justo detrás del de Marqués. El color oscuro del coche de Loren no facilitaba las cosas y no podían arriesgarse a perderlo de vista.

La ruta emprendida por el sospechoso, que al llegar a la Diagonal giró a la derecha y siguió en dirección a Gràcia para continuar subiendo hacia Collserola y alcanzar el acceso más próximo a la Ronda de Dalt, llevaba efectivamente hasta las proximidades de Nou Barris. Marqués dejó la Ronda de Dalt, casi completamente desierta a aquellas horas, por la salida que conduce a Horta, uno de los barrios colindantes, una antigua villa de recreo de las clases pudientes de la ciudad. Un barrio en el que todavía es posible encontrar callejas con frondosos árboles a ambos lados en las que predominan las casas bajas con un jardín diminuto, pero jardín al fin y al cabo. Tampoco son excepción las torres modernistas casi ocultas por árboles centenarios que alardean todavía de sus bellos enrejados y de los azulejos de colores en muros y tejados.

No fue fácil seguir a Marqués a través del difícil entramado urbano de un barrio empinado y completamente desconocido. Ni Clara ni Toni Segura, que desde que se pusieron en marcha se iban alternando en seguir al Audi tan de cerca como era posible, lo tuvieron fácil. Por fin Marqués, tras girar en un par de intersecciones y bajar una cuesta empinada y estrecha, se detuvo junto a un vado. Clara, a unos treinta metros, pudo clavar su coche en la embocadura de la calle y, con el brazo fuera del vehículo, le indicó a Toni que se detuviera inmediatamente. Retiró el coche unos metros dejando libre el cruce para que

Marqués no advirtiera su presencia y Nasarre se apeó del vehículo. También lo hicieron Lázaro y Caries Sala, el acompañante de Toni, que estacionaba como podía un poco más adelante. Clara dejó el coche en un vado e indicó su posición a los agentes que reforzarían la acción policial y que tampoco andaban ya lejos. Acabada la comunicación, echó a correr sin ruido en pos de sus compañeros.

Un pulsador colgado del cuello de Lidia y disimulado bajo una enorme concha a modo de colgante que la agente había pintado con laca de uñas de color rosa serviría para indicar el momento en el que la policía debería irrumpir en la escena. Lo habían probado un par de veces, funcionaba. Todo debería salir bien. Pero Nasarre, el subinspector al mando de la operación, oculto en la esquina desde la que vigilaba cada movimiento de Lorenzo Marqués y más camuflado que nunca, había decidido por su cuenta y riesgo que, si pasados cinco minutos Lidia no indicaba que podían entrar, irrumpirían en casa de Marqués por la viva fuerza. No podía correr el riesgo de que le hicieran algún daño, por pequeño que fuera, aunque sólo...

En parecidas cavilaciones andaba el subinspector cuando Marqués, sin bajar del coche y con ayuda de un mando a distancia, abrió la puerta de un garaje particular, una enorme puerta verde musgo, como el resto del cercado que rodeaba una casa unifamiliar de considerables proporciones. El aire, cargado de humedad, parecía haberse detenido sobre la ciudad, como estancado, respirado mil veces. El policía hubiera deseado llevar corbata para poder aflojársela y experimentar así algún alivio.

Instantes después el Audi desapareció en el interior de una enorme boca que se cerró ruidosamente a espaldas de la agente, rematando con un chirrido que al policía le recordó a un crujir de dientes y que le provocó un nuevo escalofrío. A ojos de Nasarre, temblar en una noche calurosa y asfixiante como pocas, no dejaba de ser un anacronismo. Un síntoma del miedo que le devoraba las entrañas.

Desde el otro lado del portón metálico el policía pudo oír el abrir y cerrar de las puertas del vehículo y un par de voces masculinas que celebraban con carcajadas la aparición de la chica. Eran voces desagradables, voces de borracho o de bravucón. No pudo reconocer las voces de la filmación. Pronto dejó de oírlas, quizás se habían adentrado en el garaje o habían pasado a otra dependencia. Experimentó una nueva arcada y se sintió tan culpable que a punto estuvo de ordenar de inmediato la entrada de todos los efectivos. Intentó contar hasta cincuenta interiormente sin perder de vista los accesos a la casa, para tranquilizarse y para dar tiempo a...

Cuarenta y cuatro, cuarenta y cinco, cuarenta y... Un disparo rompió la noche y pareció dispersar el aire, alborotarlo. Alguien acababa de apretar el gatillo en el interior de la casa. El subinspector, con el corazón desbocado y el estómago contraído hasta lo impensable, se abalanzó contra la puerta de entrada e indicó a todos sus números que podían avanzar y que lo hicieran deprisa. Respiraba con la boca completamente abierta, como un pez que agoniza fuera del agua. Por un momento pensó que se asfixiaría de calor y de miedo. De miedo por ella, por la agente bajo sus órdenes.

En un par de segundos, el que no pretendía entrar por la puerta principal lo intentaba por la gran puerta metálica del garaje. Fue Caries Sala el primero en conseguir hacer saltar la cerradura con un par de tiros y en empujar hacia arriba la pesada puerta verde. La primera en entrar fue Clara, lo hizo como una tromba, con la pistola dispuesta y adelantada y la embestida de un búfalo enloquecido en mitad de una pradera. Entró casi arrastrándose mientras Caries empujaba todavía la puerta hacia arriba para franquearla, se puso en pie de un salto y avanzó con el dedo en el gatillo. También ella temía lo peor.

Toni Segura la seguía muy de cerca con el arma a la altura de los ojos. Ambos fueron los primeros en llegar a una especie de enorme recámara a la que se accedía atravesando una puerta de metal que encontraron abierta. Era la prolongación interior del garaje y ocupaba gran parte de la planta baja de la casa, una especie de almacén sin aberturas al exterior. El zócalo gris plomizo hasta más allá de la cadera, las líneas azul y roja sobre la pintura blanca, los bultos arrimados a la pared, las manchas de grasa, la gran cama. No cabía duda, ambos lo reconocieron inmediatamente. Era el mismo escenario en el que se consumó la violación colectiva de Raquel, el principio de su fin.

Descubrieron a Lidia en un rincón, alguien le había arrancado la parte superior de la ropa, el top rosa brillante pendía de su cintura como un trapo. A la vista un sujetador rosa sin encajes que acentuaba su palidez. Las gafas rosas estaban en el suelo, rotas, probablemente pisoteadas, el bolso diminuto, a sus pies, la pistola firme en su mano. Su mano segura, sin un temblor. La agente, con el cabello dorado y rosa sobre la cara, había sacado su arma y apuntaba directamente a un hombre que ocultaba su rostro bajo un pasamontañas y que se hallaba a pocos pasos. El hombre había levantado las manos de dedos oscuros y uñas negras de aceite de motor. Se encogía ligeramente sobre sí mismo como para salvaguardar lo que, en su delicada circunstancia, resultaba imposible proteger.

Sus manos alzadas quedaban demasiado lejos y no se atrevía a apartar la mirada de la chica enfurecida que apuntaba directamente a sus genitales.

Parecía recién petrificado, como si participara en un juego infantil en el que los jugadores deben inmovilizarse al oír una señal. Si minutos antes estaba borracho o bajo los efectos de cualquier estupefaciente, el sujeto se había recuperado milagrosamente.

—¿Ahora no te ríes, cabrón? ¿Se te han pasado las ganas o es que ya no le ves la gracia, hijo de puta?

Lidia, terriblemente furiosa, conseguía disimular el miedo y parecía dispuesta a disparar contra el primero que pestañeara. La mano no le temblaba y su semidesnudez no parecía importarle ni poco ni mucho. A un par de metros, algo más allá, otro sujeto, sentado en el suelo directamente sobre una mancha de aceite de motor y apoyado en la pared, aullaba de dolor. Eran los gritos emitidos por una voz pasmosamente aguda, como la de un roedor grande y empavorecido. Había recibido un tiro en el muslo y sangraba profusamente. Se sujetaba la pierna con las manos intentando detener la sangre que cubría sus dedos y que se encharcaba ya en el suelo de cemento. El pañuelo azul con el que en la filmación se aseguraba el anonimato le caía sobre el pecho y su rostro al descubierto era el de un fante herido y aterrado. El pelo lacio y sudoroso, las cejas negras, muy pobladas, los ojos pequeños y demasiado cerca de la nariz y la boca contraída en un gesto de dolor. El hombre, que encogido y recostado en la pared parecía mucho más pequeño, era la viva imagen del pánico. A su lado, en el suelo, las cuerdas rojas de sangre con las que se disponía a sujetar a Lidia a la cama.

—Si te mueves te vuelo los cojones —gritó la agente instantes antes de ver a Clara y a Toni, mientras apuntaba directamente a los testículos del hombre de las manos sucias que, medio doblado por la cintura, continuaba con los brazos en alto y no alzaba las piernas por mera imposibilidad física—. Me alegro de veros. —Sonrió sin bajar el arma ni apartarla un centímetro de su objetivo.

En aquel momento Nasarre, en compañía de Lázaro, se precipitó en la sala desde la puerta que la comunicaba con el interior de la casa. Las palabras de Lidia le tranquilizaron, seguía viva y parecía dominar la situación. Constató la presencia de otro individuo junto a la cama que no acertaba a cerrarse la bragueta ni a asegurarse el cinturón. Tenía el torso completamente desnudo y brillante por el sudor aunque, en la pieza completamente cerrada, un aparato de aire acondicionado aliviaba los rigores de la temperatura y la falta de ventilación. Tenía la piel muy blanca y la cara descompuesta.

—Un movimiento y disparo —le amenazó Clara mientras encañonaba ahora su ombligo al descubierto—. Hay para todos.

El hombre alzó los brazos y abrió las piernas. Temblaba. Los pantalones, sin abrochar, apenas se sujetaban en sus caderas.

Ninguno de ellos parecía llevar armas encima, aunque los agentes deberían proceder inmediatamente a registrarlos. Las pistolas son fáciles de esconder y no sería de extrañar que alguien empuñara por sorpresa una navaja. Nunca habían necesitado las armas. Siempre resultó fácil. Las mujeres, ausente la voluntad, se mostraban dóciles, no oponían resistencia. Si lo hacían bastaba con un par de guantazos. Por un momento el policía recordó el cuerpo pálido de Raquel tendido por la fuerza sobre aquella misma cama vacía. En las imágenes todos reían, la insultaban, la violaban por turnos.

Todos menos Marqués.

Habían pasado muchos meses, quizás muchas mujeres.

El herido continuaba en un grito sostenido y al ver aparecer a los policías su queja se transformó en súplica.

—Llamen a una ambulancia, por favor. Ayúdenme. No me van a dejar aquí... ¿Es que no lo ven?

—Ahora ya no se ríe nadie. ¿Por qué no reís? Es divertido. A mí me parece divertido. ¿A ti no? —Lidia seguía encañonando al tipo del pasamontañas, que agitaba las manos arriba y abajo exigiendo calma. Como un niño, o como un payaso—. Yo le encuentro mucha gracia. Cuatro hijos de puta cagados de miedo y a punto de quedarse sin cojones.

Nasarre buscó con la vista a Marqués, sin duda el cerebro de la operación, pero sólo acertó a ver su silueta, que le daba ya la espalda. Se había parapetado tras una estantería repleta de cachivaches que llegaba hasta el techo muy cerca de la cámara, dispuesta ya sobre su trípode, dispuesta para retener la huella del infierno. Intentaba escapar sin ruido por la puerta del garaje.

—Toni, detrás —bramó el subinspector en dirección al policía que se encontraba más cerca.

El agente se giró a la velocidad de la luz sin bajar el arma y echó a correr al tiempo que gritaba en dirección al fugitivo:

—Quieto, quieto o disparo.

Marqués no se detuvo, confiaba en sus piernas. Caries Sala siguió a su compañero. Desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos. Marqués no les sacaba mucha ventaja y ambos eran jóvenes y estaban entrenados.

Volverían con el hombre que difícilmente se ahorraría algún mamporro.

Peor para él.

## 21. Domingo, 13 de julio

CUANDO IRENE llegó Enric Nasarre esperaba sentado a una mesa en compañía de una caña de cerveza muy fría y de un plato de diminutas arbequinas. El policía escrutaba la entrada esperando verla aparecer. No tenía prisa. Por fin había conseguido dormir una noche de punta a rabo. Se sentía relajado y relativamente dichoso. Miguel, el camarero veterano que andaba ya con cierta dificultad por una artrosis incipiente, la saludó por su nombre y la acompañó directamente a su mesa. Irene le dio las gracias y las aderezó con una sonrisa. Sabía hacerlo, no le costaba nada. Sonreía casi siempre, lo había aprendido de su madre, de Fina. Quizás incluso lo llevara en los genes. ¡Bendita herencia materna!

Antes de sentarse le regaló a su padre un beso en la mejilla y una caricia en el hombro. Nasarre hubiera querido abrazarla largamente, decirle lo feliz que se sentía, pero no lo hizo, no sabía. Se limitó a levantarse a medias, a sonreír y a iluminar involuntariamente los ojos. Para un hombre acostumbrado a andar de incógnito no era poca cosa.

Se encontraban siempre que podían en el restaurante preferido del policía. El local que frecuentaban desde hacía muchos años, antes incluso de que el policía enviudara. Comían juntos los domingos en los que Irene no andaba de una ciudad a la siguiente oficiando de traductora para los asistentes a una conferencia o a un simposio. Nasarre siempre pensó que era una lástima que Irene no se dedicara a la traducción de manuales o de novelas, o de cualquier otra cosa. No viajaría tanto y se verían más, mucho más. Si en alguna ocasión se había atrevido a formular la sugerencia, Irene había negado riendo y alegando que las traducciones estaban mal pagadas y que era trabajo casi de esclavos. Nasarre, con resignación y buen criterio, no había vuelto a insistir.

El restaurante de los domingos, el de los manteles rojos, el jamón sobre la barra y los camareros de edad avanzada y sordera incipiente. Uno de los establecimientos más antiguos del barrio. Cocina aceptable, de mercado, precio ajustado y platos abundantes.

Irene nunca proponía otro. Sabía que su padre se encontraba como en casa sentado a una de las mesas y esperando ver su silueta en la puerta del establecimiento.

La joven vestía unos tejanos ajustados, unas sandalias bajas que dejaban casi completamente al descubierto unos pies preciosos de uñas brillantes, y

una camisola casi transparente en tonos verdes, como sus ojos. Estaba mucho más morena que tres semanas antes, cuando hizo escala en la ciudad antes de partir para Hamburgo para ejercer de intérprete en una feria del automóvil. En aquella ocasión Nasarre se había quejado amargamente de lo poco que se veían, se había atrevido a decirle lo mucho que la echaba de menos. Había sido un encuentro triste. Mejor pasar página, pensó. El policía se resistía a entristecerse de nuevo, y menos en presencia de Irene. En el fondo estaba orgulloso de ella, de su alegría interior, de su belleza, de su obstinación. Quizás era eso lo que más le gustaba de ella, la causa también de su pesar y de su frecuente alejamiento, su obstinación. Quizás esa había sido su propia herencia, una testarudez a prueba de bombas.

El subinspector sentía ganas de hablar, de reír y de beber hasta bajar la guardia, hasta olvidar el mundo más allá de la puerta del local. Un local familiar, grato, en el que esperaba compensar, de una vez por todas, tantos días de mal comer, de comer a medias.

Escogieron lo que deseaban de una carta que ambos hubieran podido recitar de corrido y el policía, a modo de celebración preliminar, vació de un trago su vaso de cerveza. A pesar de que no tenía buena cara y de que se diría que no había descansado en muchos días, se sentía alegre, casi eufórico, de un humor sorprendentemente bueno y expansivo, poco frecuente, casi inaudito en un hombre de natural discreto. Quería saber dónde había estado, qué ciudades había visitado y si había tenido ocasión de conocer a alguien verdaderamente interesante.

—¿Qué entiendes tú por interesante? O lo que quieres saber es si...

Preguntó Irene torciendo el gesto y cargando el tono de sobreentendidos.

—Olvidalo —le ordenó el policía agitando una mano en el aire y reagrupando con el tenedor los restos de arroz que quedaban en su plato—. Es tu vida. Cuéntame lo que quieras. Me rindo.

Entre una pregunta y la siguiente, entre una explicación y la próxima, pidió otro plato de paella y otra cerveza bien fría. Irene casi se echó a reír. Manifestaba la voracidad de un lobo estepario y parecido aspecto. El policía podría haber rugido de hambre y de satisfacción. A medio trajinar el segundo plato de arroz, Nasarre levantó la vista y advirtió su mirada. La miró desconcertado durante unos instantes.

Sonrió.

—Discúlpame, Irene, es que llevo días sin poder sentarme a comer como lo hacemos ahora. Así, sin prisas, como ahora. En una mesa bien puesta, con

su mantel limpio, sus cubiertos impecables, un vino que no está mal, su primer plato, su segundo primer plato...

Se echó a reír al ver los ojos muy abiertos de Irene.

—No sé, creo que lo necesitaba. Estoy seguro de que lo necesitaba. No sabes el tiempo que hacía que... Pero no importa, sigue, sigue —la animó.

Nasarre estaba de un talante inmejorable. Marqués y sus esbirros en la cárcel y ni las peores artes del mejor abogado de la ciudad conseguirían ponerlos en la calle en mucho tiempo. Las pruebas eran muchas, el delito infame y las manos en la masa. No podía pedir más.

—¿En qué has andado metido? —preguntó Irene mientras el camarero se llevaba su plato—. Por la pinta que tienes y lo poco que me has llamado debía ser algo importante... Algo que, o mucho me equivoco o ha acabado bien.

Acercándose la servilleta a los labios, Nasarre inició una exposición breve de los hechos mientras el arroz se asentaba en su estómago y dejaba espacio en las vías altas para un contundente segundo plato. El suicidio sin causa aparente de Raquel, el dolor de su viudo, la súbita orfandad del hijo, la total ausencia de motivos, el chantaje, la organización a cargo de Lorenzo Marqués, la operación, los riesgos... Lo explicó casi todo mientras admiraba el plato ocupado en su totalidad por el estofado de ternera que Miguel acababa de plantarle ante los ojos con un *que aproveche, comisario*, que años atrás el subinspector había dejado de corregir. Nunca había sido comisario, nunca lo sería. No parecía importarle a nadie.

Acabadas las preguntas de Irene y mediado el estofado, pensaba rematar la gloriosa faena con un par de copas de vino tinto. Era un buen plan y los riesgos pocos y asumibles en solitario, como le gustaba a Nasarre hacer las cosas. Le bastaría con conseguir llegar a su casa, que distaba pocas manzanas, y tenderse en el sofá durante un rato a verlas venir. Quizás, pasadas unas horas, superada la digestión, pudiera leer algo.

Alguna novela de detectives, negra, negrísima, en las que todo es falso, completamente falso. Y casi mágico, como en algunas películas. Tenía una a medias que podría recuperar. Era un buen plan, el mejor de todos.

No mentó la infinita tristeza de Matías, ni su desconcierto, ni su dolor, no habló apenas de su hijo, ni del tembloroso cuerpo de Raquel sometido a las peores vejaciones, ni de sus ojos, en los que por momentos anidaban el pánico y la locura, ni de su hermana Alicia, la abogada, con la que el policía no había vuelto a hablar.

Calló muchas cosas, lo más escabroso, lo peor. Explicó lo esencial, si es que lo esencial existe.

Mientras daba por finalizada su exposición y seguía con el estofado, admiraba la bella mujer que era ya su hija. Irene permaneció callada durante unos instantes, como calibrando la magnitud del crimen. Sus ojos eran verdes, de un verde intenso, del color de las hojas que apuntan. El policía aprovechó para no dar tregua ni al tenedor ni al vaso.

—¡Qué hijo de puta! ¿Cuánto puede caerles? —preguntó Irene pasados unos instantes, los suficientes para que el policía se llevara varios bocados a la boca y los propulsara con un par de tragos de vino.

Los bellos ojos de Irene no habían perdido de vista los labios del policía. Las cejas bien arqueadas, la mirada atenta y una sonrisa que ahuyentaba las nubes. Así era ella. Definitivamente una mujer guapa, inteligente, ocupada.

—No lo sé, creo que de 5 a 10 años por participar en la violación y a Marqués, el cerebro de la operación, quizás alguno más —contestó el policía concentrando por fin su atención en el plato ya mediado—. Es lo que ha oído decir, pero nunca se sabe. Por mí se pudría allí dentro y no veía la calle, te lo aseguro.

—A veces me gustaría ser policía —dijo Irene aparentemente seria—. Lo que explicas es interesante, es la vida. Lo he pensado a menudo. Estoy un poco harta de tanto... No sé. A veces ya no sé ni dónde estoy ni qué calles estoy pisando, quizás me convendría un cambio.

Al subinspector la sangre se le arremolinó en los ojos, se le agarrotaron los dedos en torno al tenedor y un rictus de miedo le nubló la cara.

—No, Irene. Tú no puedes... Piensa que... No creo que... —balbuceó Nasarre con el rostro descompuesto y un trozo de carne a medio camino de su boca—. Tú, no... Se necesita una preparación, tú has estudiado, pero no. No estás...

—Era broma, papá. Era broma. Te lo crees todo. Yo no quiero ser poli, ni ahora ni nunca. ¡Vaya un investigador estás hecho! —Irene levantó su copa y padre e hija brindaron por las comidas del domingo.

Nasarre lo hizo con infinito alivio. Irene entre una carcajada y la siguiente.

## 22. Lunes, 14 de julio

A ENRIC Nasarre la presencia de Alicia Soldán en su despacho no le sorprendió. Le disgustó profundamente, no tenía el cuerpo para altercados y había previsto dedicar el día a redactar un informe completo de lo sucedido, pero no le sorprendió. No esperaba menos de una mujer como ella. Se descubrió pensando que no podía ser de otra manera. Alicia Soldán se presentaba en su despacho a primera hora y lo esperaba sentada a su mesa hasta obtener de él el relato pormenorizado de los hechos. Como si nada en el mundo pudiera moverla de la silla hasta no haber logrado su propósito. Lógico, predecible y profundamente desagradable. Por un momento, y al reconocerla sentada de espaldas a la puerta, pensó en huir, en refugiarse en otro despacho y atenderla más tarde o, mejor todavía, esperar a que se aburriera y se fuera, cosa que consideró poco probable. Podía incluso enviar a Clara, que estaba bien informada y podría...

No lo hizo. Se detuvo unos instantes en el umbral por darse a sí mismo una tregua que no esperaba de Alicia Soldán. Los abogados, en especial los abogados más caros, acababan por saberlo todo antes que nadie, lo había comprobado en muchas ocasiones. Antes incluso de que el responsable del caso hubiera redactado el informe y puesto al día a sus superiores. El cuerpo de policía era como casi todos, peor a veces, tenía resquicios que resultaba imposible tapar, grietas por las que la información reservada se escapaba como por las resquebrajaduras de una presa. Y la hermana de Raquel parecía a simple vista una de esas mujeres especializadas en obtener información de las piedras.

Vestida como para un desfile, rígida en la silla, la espalda apoyada en el respaldo, el bolso sobre las rodillas y la cabeza alta, Alicia no se dignó responder a su saludo cuando el subinspector, al entrar, le dirigió un *buenos días* de puro compromiso. Ambos conocían las reglas del juego. Tampoco se dignó mirarle.

—¿Señora? —preguntó el policía en el tono más neutro y ceremonial que pudo encontrar en sus escasos registros. El mismo que hubiera empleado para saludar durante una recepción en caso de verse obligado a asistir, Dios no lo quisiera, a algún acto de parecidas características—. Usted dirá.

—Es usted el que tiene cosas que explicar, no yo, subinspector.

—No sé si la entiendo —replicó Nasarre a modo de provocación. Algo en su arrogancia le sacaba de quicio.

—Creo que han detenido a los culpables. Mejor dicho, no es que lo crea, estoy segura. Quiero saber por qué nadie me ha informado de nada, ni de que sospechaba de alguien ni de que pensaba llevar a cabo las detenciones, ni de... Por qué no se ha dignado usted decirme que andaba detrás de...

—Yo, señora, no descuido mis obligaciones e informo a quien debo informar. Por otra parte la operación no ha acabado, todavía se analizan las pruebas y hasta que no se tengan...

A Alicia Soldán la indignación le subió al rostro como si la vaporizaran en forma de una nube rojiza, como sube el rubor a la cara de un adolescente. No abrió la boca, dejó que fuera el policía el que continuara hablando por hablar.

—El proceso tarda unos días, y el informe final...

Se le tensaron las manos y los nervios se destacaron en su cuello como sogas. Los dedos se le contrajeron sobre el bolso y se aferró a él como si el policía estuviera a punto de arrancárselo de entre las manos.

—No me venga usted con ésas ahora. Sé cómo trabaja la policía, usted podía haberme comunicado lo que pensaba hacer. Era su deber y usted lo sabe. Podría denunciarle por...

El subinspector clavó sus ojos, a los que asomaba ya la cólera, en el rostro de la mujer. No abrió la boca, quería saber de qué sería capaz, hasta dónde llegaría en el ejercicio de la prepotencia. Alicia Soldán no acabó la frase, se interrumpió y recompuso su peinado con un cabeceo.

—Perdone, piensa usted denunciarme por... —preguntó el policía con un sarcasmo evidente adornando sus palabras.

Era una mujer extraordinariamente astuta y plenamente consciente de su bravata. Prosiguió en un tono menor.

—Yo era su hermana, subinspector, la hermana de la víctima. Tengo derecho a saber que los han localizado, que los han detenido, que... Y he tenido que enterarme por mis colaboradores, por gente que voluntariamente me ha explicado de qué iba la operación. Y no intente...

—Yo no intento nada, señora. Informé de la operación a mis superiores en su momento, informé a Matías Ballester, su viudo, que colaboró en todo momento con nosotros. Por otra parte las operaciones de la policía, y la imagino a usted enterada de estas cosas, son secretas. Por lo menos deberían serlo. No se informa a nadie a no ser que se precise... Ni tan siquiera estaba obligado a comunicarle al esposo de su hermana que...

—No llegaron a casarse —objetó la abogada bajando sensiblemente la voz y la cabeza.

No ignoraba hasta qué punto las palabras que acababa de pronunciar sonaban miserables.

—Yo era su hermana —repitió.

La réplica de la abogada supuraba cierto resquemor, algo de resentimiento, quizás pura y dura envidia. A menudo envidiamos a los demás y ni siquiera somos conscientes de ello. *No llegaron a casarse*, había considerado necesario añadir con la peor de las intenciones.

—Me consta —respondió el policía y cruzó las manos sobre la mesa.

Empezaba a impacientarse. La prepotencia de aquella mujer, su seguridad, su forma de rivalizar en todos los campos y la perfección que parecía exhalar a su paso tenían la virtud de sacarle de sus casillas. Prefería mil veces lidiar con un carterista, con una prostituta o con un timador. En el fondo todos ellos, también el policía, conocían su papel, no intentaban trascender, ni impresionar a nadie. No eran los mejores, ni alardeaban de poder ni de refinamiento. Eran lo que eran, como todos en esta vida. Y como todos se limitan a jugar sus cartas lo mejor posible —Matías Ballester y su hermana Raquel eran pareja desde hace muchos años, consta en los registros —aseguró Nasarre sin tener sobre el asunto la más mínima seguridad—. Tenían un hijo en común.

Alicia acercó la silla a la mesa del policía con estruendo y, apoyando los codos, se inclinó sobre el tablero hasta que su rostro quedó a un par de palmos del de Enric Nasarre. Tenía un escote magnífico y unas manos largas, perfectas. Una presencia imponente. Pero Nasarre no se dejaba amilanar por las personas altivas, por el contrario, se crecía. Había chocado con muchas de ellas en los años que llevaba como policía y había aprendido a lidiar con todo tipo de sujetos, dentro o fuera de la ley.

—¿Quién se ha creído usted que es? —inquirió la abogada y al policía le pareció que acababa de escupirle las palabras a la cara—. Es usted un...

—Un subinspector de policía, señora. Ni más ni menos. Un policía que no piensa hacer una excepción con usted y que la informará, si así lo desea usted todavía, cuando la operación concluya si es que por entonces no conoce usted ya todos los pormenores. No me atrevería a poner en duda la eficacia de sus colaboradores.

Pausa para dejar reposar lo dicho antes de rematar.

—Por el momento puede usted hablar con su cuñado, conoce todos los movimientos, no creo que tenga inconveniente en explicarle...

La hermana de Raquel, con el rostro visiblemente envenenado por el dolor, la humillación y cierta forma sutil de culpa, capituló. Se levantó sin molestarse en alzar la silla, con un ruido que a Nasarre le puso los pelos de punta. Era una parte de la puesta en escena. Condenada silla, pensó el policía.

La mujer, como era de esperar, no le tendió la mano, no saludó, se limitó a encarar la puerta y salir como lo haría durante un paseo triunfal.

No todo el mundo es capaz de algo así.

## 23. Miércoles, 16 de julio

NASARRE ha llegado demasiado pronto. No sabe hacer esperar, nunca llegó a aprender. Acostumbra a acudir a sus citas quince minutos antes de la hora acordada por si aparece algún imprevisto. Si se retrasa, si algo lo retiene y no puede llegar a tiempo, el malestar se apodera de su estómago y la prisa, una prisa desaforada, de todos sus actos. Irene siempre se ríe de él por su manía de llegar siempre antes, dice que tiene su propia manera de medir el tiempo, su propio huso horario, el meridiano 0° menos quince. Le gusta reírse de su padre y a él no le importa, al contrario. Conforme envejece, y hay días como el que corre en los que se siente un hombre verdaderamente viejo, casi un anciano, más detesta la urgencia. Aborrece ir corriendo a todas partes, comer a toda prisa y acumular falsas obligaciones que devoran las horas y las dejan reducidas a una nada repleta de ocupaciones. Un parque es un buen sitio para esperar, por eso cuando Matías le propuso no quedar en la comisaría sino en un banco junto a una fuente, la única en todo el recinto, y a la sombra de un árbol enorme cuyo nombre supo alguna vez, Nasarre aceptó sin mediar negociación. Además hay días en los que el despacho entero se le cae encima. Las paredes blancas y desnudas, la pantalla llena de datos en los que no consigue fijar ni la vista ni la atención, la mesa desbordada de papeles y el continuo irrumpir de los agentes le resultan un verdadero suplicio. La calle, cualquier calle, un parque, una plaza, una esquina, una azotea, cualquier sitio es mejor que un despacho climatizado con las ventanas herméticamente cerradas.

El día es verdaderamente sofocante y sentado en el banco, a la sombra de una acacia cuyo nombre ha recordado porque el consistorio hizo clavar junto a cada ejemplar un letrero con el nombre vulgar y el correspondiente en latín, el policía se dispone a esperar a Matías y a su hijo. Hace semanas que el ayuntamiento apenas riega los parques públicos debido a la pertinaz sequía, pero la lluvia reciente ha fijado el polvo y ha dado cierto aliento a las plantas sedientas y requemadas por el sol. De la fuente no mana ni una gota y las madres acarrean botellas de plástico que igual sirven para saciar la sed que para refrescar una cabeza sudorosa.

No tiene prisa, ninguna prisa. Nadie le espera más allá de la entrada del parque.

En pocos minutos el pequeño jardín urbano que el policía ha recorrido casi en solitario antes de tomar asiento, se ha llenado de críos que se precipitan sobre los columpios seguidos de cerca por madres, abuelas, canguros y algún que otro padre con la tarde libre. Las cosas tampoco han cambiado tanto. Nasarre acompañó muy pocas veces a Irene durante sus correteos por plazas y parques, era Fina la que se ocupaba de esas cosas. Él ya era policía y andaba ocupado. Y no es que llegue a lamentarlo, pero en cierto modo añora lo que no llegó a vivir. Es una lástima que la vida no nos conceda segundas oportunidades.

A pocos pasos un par de adolescentes, un chico de bigote incipiente y granos purulentos y tan reales como la vida misma y una chica de ojos muy grandes y muy abiertos, lían un canuto. Se sientan al sol menguante, uno al lado del otro, sobre el respaldo de madera del banco con los pies en el asiento, parecen convencidos de que eso, y ninguna otra cosa, es la transgresión. Los pies en el banco y entre los labios un canuto que les nubla la conciencia. No les sobra ni la edad ni la experiencia. ¿Qué pueden saber si apenas se han asomado al mundo?

Un poco más allá una muchacha de piel cobriza y una trenza muy gruesa empuja cansinamente la silla de ruedas de un anciano que se ha desplomado sobre un costado con la boca abierta, la mirada extraviada, las manos temblorosas y una manta de cuadros azules tendida sobre las piernas. Nasarre resopla sin darse cuenta de puro y duro sofoco a la vista de la manta.

El viejo continúa desplomado y ausente y la manta parece no estorbarle. La chica busca a alguien con la mirada y se encamina hacia un estanque diminuto y completamente vacío junto al cual, sentadas en un banco, aguardan una mujer muy mayor que apoya sus manos en un bastón y una chica muy joven que sonrío al verla. Ambas se sientan muy juntas, como si se dispusieran a hacerse confidencias. El viejo ha perdido una de sus zapatillas de paño cerca de la entrada y una mujer gruesa y vestida de rojo la recoge con esfuerzo, se acerca y se la tiende a la muchacha, que abandona durante unos instantes la conversación para darle las gracias y volver a colocarla en el pie extraordinariamente blanco y escuálido. El anciano no se ha dado cuenta de nada.

Matías Ballester se aproxima de la mano de su hijo. De una bolsa de plástico saca una pelota roja que le entrega al niño junto a un beso en la frente. Es fácil besar a los hijos cuando son pequeños, muy fácil. Recuerda haber abrazado y besado a Irene cuando era una niña muchas veces, es uno de sus mejores recuerdos, los bracitos de Irene en torno a su cuello, sus mejillas

suaves, su olor... Hace años que el policía no besa así a su hija, con el tiempo ha perdido la costumbre y ya ni recuerda la última vez que le estampó un beso. Cuando lo hace son besos al vuelo, los besos de llegada, o los de despedida. Besos dados casi al aire, de refilón. Besos inacabados que saben a nada, que no son nada. Tampoco sabe ya cogerla de la mano. Lo desea, lo desea intensamente, pero no sabe cómo.

David se aleja corriendo antes de alcanzar el banco. Es un niño como tantos otros, como todos, un niño guapo, de ojos despiertos y sonrisa generosa. Tal y como le había explicado Matías pocas horas después de perder a Raquel, David es un tesoro, la vacuna contra la rendición. A Nasarre no le cabe duda. Quizás fueron las palabras de Matías, la seguridad con que las pronunció, su rotundidad, lo que le hizo creer en él, confiar en él. Recordó haber leído en alguna parte que *sólo hay una criatura absolutamente perfecta en el mundo y cada madre la tiene entre sus brazos*. A los padres, pensó el policía, les sucede algo muy parecido.

Matías le explica que han regresado al piso, pero que todavía no acaban de sentirse bien. Tanto él como David hacen cuanto pueden para pasar el día fuera y a menudo recalán en casa de Ana y de Ramón, en la que siempre son bien recibidos. Comen, cenan o miran la tele desde el sofá de la pareja. Con el tiempo las cosas mejorarán, pero por el momento...

—Raquel es tan real y resulta tan doloroso...

Matías continúa profundamente abatido, con enormes sombras bajo los ojos, la mirada lánguida y la sonrisa forzada del que no ha dejado de gemir por dentro. De poco ha servido que Marqués y sus colaboradores lleguen a pudrirse en la cárcel. No hay consuelo, ni alivio, para algo así. Nasarre lo sospecha, Matías ha alcanzado la certeza.

El policía le explica las conclusiones a las que han llegado los expertos que han desbrozado el material informático en poder de Lorenzo Marqués. Unas diez mujeres chantajeadas hasta el momento de las que cinco, incluida Raquel, continuaban pagando hasta fecha muy reciente. Todo el dinero iba a parar a manos de Marqués, que había convencido a sus secuaces de que las mujeres que llevaba a su sótano tenían curiosidad por las prácticas masoquistas y voluntariamente se prestaban a una especie de orgía de dolor. Les hablaba de mujeres ricas y dispuestas a todo, mujeres que todo lo compraban, incluso las emociones más fuertes, las más peligrosas. Un capricho, puro mercado libre.

Marqués se limitaba a entregarles 100 euros por noche, que según les repetía eran el pago previo efectuado por la mujer de turno para disponer de

varios hombres dispuestos a vejarla de la peor de las maneras. Les aseguraba que se trataba de amigas dispuestas a experimentarlo todo, un servicio a medida, como un deporte de riesgo, pero sin publicidad ni campañas de marketing. Les hablaba de una empresa de «servicios» discretos. Que las mujeres estuvieran completamente drogadas y no conservaran ni un punto de lucidez no les suponía el menor problema. Lo habían visto todo y el cerebro de la rentable operación les hablaba de desviaciones sexuales inimaginables.

Que Marqués grabara cuidadosamente cada uno de los encuentros tampoco les pareció raro. Les había asegurado que era parte del servicio, como el reportaje de una boda o de un homenaje, que no salían de aquella casa, que constituían una especie de vicio furtivo. Ninguno de ellos sospechó lo que ocurría a sus espaldas, ninguno hizo preguntas. Se tiraban a mujeres jóvenes y generalmente guapas que no se oponían a nada, saciaban sus peores instintos sin cortapisas y salían de allí con 100 euros en el bolsillo. Entre los tres no juntaban dos dedos de frente.

Uno de ellos había respondido durante el interrogatorio que cosas más raras había visto él y que las mujeres en general estaban locas de atar, y las que tenían dinero más locas todavía y más perversas. Además, había replicado, *cada uno es muy libre de hacer lo que quiera con su dinero*. Tardaron horas en comprender que tenían el agua al cuello y que serían acusados de violación con posterior extorsión de la víctima. Sería difícil demostrar la relación causa-efecto entre lo que le ocurrió a Raquel y su decisión de quitarse la vida. Los jueces acostumbran a andar con pies de plomo. La inducción al suicidio es difícil de probar ante un tribunal.

Matías escucha sin hacer preguntas. Nasarre no sabe si siente curiosidad o si se limita a cumplir con su papel. Continúa explicando que a Marqués le caerán muchos años.

—Es difícil saberlo, pero como mínimo pasará un par de lustros en la cárcel.

El material, las pruebas de la extorsión, todo estaba en su poder. El escenario del crimen le pertenecía y a sus cuentas abiertas en diversas entidades bancarias habían ido a parar los ingresos de las mujeres. La policía estaba todavía intentando localizarlas, necesitaba testimonios, mujeres dispuestas a suscribir la denuncia. Había podido hablar personalmente con un par de ellas. Una se había negado a participar voluntariamente. Cuando ocurrió lo que ocurrió no tenía dinero ni forma de conseguirlo, pagó un par de meses, después... El mensaje llegó a todas partes, amigos, compañeros de trabajo, parientes... Algunos la insultaron, otros simplemente dejaron de

hablarle, hubo de todo, alguno quiso saber... No le quedó otro remedio, lo dejó todo, se marchó de la ciudad e intentó iniciar otra vida. No había vuelto a ver a casi nadie, su familia todavía recelaba, su hermano no respondía a sus llamadas. No fue fácil, fue un infierno. No quería recordar, no pensaba colaborar ni prestar declaración, ni tan siquiera quería volver a pisar la ciudad. Nasarre recordó aquello tan cierto de que *el pasado nunca acaba de pasar*.

Matías escucha sin mostrar la menor curiosidad. Sigue con la vista a su hijo y de vez en cuando le acerca a los labios la botella de agua. Las chicas que acompañan al anciano de la manta de cuadros y a la mujer del bastón se levantan y se encaminan a la salida. No dejan de hablar ni por un momento. Quizás en esta ciudad que cambia de la noche a la mañana sólo se tienen la una a la otra, por eso se buscan y aprovechan cada minuto para estar juntas. Una de ellas, la más joven, se retira las lágrimas de la comisura de los ojos con el canto de la mano mientras camina del brazo de la mujer abstraída que no parece darse cuenta de nada. La otra intenta hacerla reír.

El policía permanece en silencio durante unos minutos, también él sigue con la mirada el ir y venir de David en pos de la pelota. Acaba de decidir que no le explicará a Matías que la segunda mujer con la que tuvo ocasión de hablar, Cristina Aranaz, una mujer cerebral y lista como pocas, se había limitado a enviar un mensaje a todas sus direcciones de correo electrónico alertando de que un virus fatal, un virus que lo formatea todo, que lo devora todo y que no deja ni un dato en tu ordenador ni en el de tus contactos, se expandía por el ciberespacio y que adoptaba el nombre de un amigo, de uno de tus contactos. Aseguró que algunos lo habían recibido ya bajo el epígrafe «Cristina Aranaz se divierte», o alguna variante parecida, y que aquellos que habían abierto el mensaje habían perdido todos los datos almacenados, los discos duros, las direcciones, todo. Y que además se había expandido perjudicando *urbi et orbe*. Una plaga bíblica. En algún caso, siempre según el alarmante mensaje enviado por Cristina Aranaz, el ordenador entero había quedado inutilizado para siempre. Irrecuperable.

Sólo un par de personas llegaron a abrirlo y quisieron saber. Cristina respondió que se trataba de un ex novio despechado y de un pirado de la informática. Un resentido que intentaba hacerle la vida imposible y que igual enviaba virus con su nombre que manipulaba imágenes pornográficas a las que añadía su cara utilizando las filmaciones privadas que hicieron cuando todavía eran pareja. Podía hacer cualquier cosa con un ratón y ante un teclado. Un cabrón con todas las letras. Ante la evidencia y la posible repetición de lo

ocurrido Cristina Aranaz envió un segundo mensaje en el que avisaba de unas imágenes terribles y completamente falsas que, a modo de venganza, un hijo de puta del que inventó nombre y apellidos estaba enviando a sus contactos. Si la imagen se mantenía en pantalla y el archivo no se cerraba inmediatamente el virus asociado ocupaba el ordenador. Adjuntaba un impreso, a todas luces falsificado, de la denuncia de los hechos firmada por ella misma.

Eso fue todo. Cristina no hizo ni un solo pago, había seguido con su vida, no perdió amigos, no tuvo que explicar lo inexplicable. Tuvo coraje, ingenio y salió mucho mejor librada que otras, mucho mejor que Raquel, desde luego. Pero no había conseguido olvidar aquellas imágenes, ni el dolor, ni... Prestaría declaración, así lo había asegurado, pero le había rogado al policía que se preservara su identidad, que por nada del mundo... Así lo había sostenido Nasarre aun a sabiendas de que resulta difícil que los nombres no acaben por salir a la luz. Había prometido que por nada del mundo...

Los polis a veces hacen estas cosas.

Empieza a anochecer cuando Matías rompe el silencio y llama a su hijo. Mientras se levanta y guarda la pelota en la bolsa, se dirige al policía en voz baja. Parece cansado y triste. Es evidente que no quiere que David escuche lo que tiene que decir.

—Le agradezco todo lo que ha hecho y que haya venido hasta aquí. Si no hubiera sido por usted... Pero... ¿sabe una cosa? La verdad es que no consigo dejar de pensar, no me lo puedo quitar de la cabeza.

—Carraspea ligeramente antes de proseguir y baja todavía más la voz—. En definitiva, si aquella tarde no hubiera hablado como lo hice, si yo no hubiera explicado nada...

Nassarre no despega los labios. Todo lo que pueda decir resultará inútil, un hablar por no callar. Bien sabe que los únicos culpables permanecen en sus celdas a la espera de juicio y de sentencia. Sin duda Matías Ballester tampoco lo ignora.

—Voy a tener que vivir con ello toda la vida.



Empar Fernández Gómez (Barcelona, 1962) es una autora que lleva mucho camino recorrido y cuyo talento y oficio empieza a destacar en el panorama nacional noir. Alterna la docencia con la escritura, tanto de ficción como de no ficción. Licenciada en Psicología Clínica, en Historia Contemporánea y Master en Psicología Ambiental, ejerce como profesora de enseñanza secundaria.

Desde que en 1998 firmara su primer trabajo escrito, *La ciutat foradada*, un guió de cine, ha publicado varias novelas en solitario y otras cuatro escritas en colaboración. Con su primera novela, *Horacio en la memoria* obtiene el XXV Premio Cáceres 2000.

En 2004 comienza su colaboración literaria con Pablo Bonell Goytisolo y publican *Cienfuegos, 17 agosto* adentrándose en el mundo de la novela de intriga; juntos crean al inspector Santiago Escalona, protagonista de las tres novelas siguientes que escriben juntos: *Las cosas de la muerte*, *Mala sangre* y *Un mal día para morir*.

Resulta finalista del IX Premio Unicaja de Novela Fernando Quiñones (2007) con *El loco de las muñecas*, la historia de un mendigo que es desgranada a partir de su muerte. Consigue el Premio Rejadorada de Novela Breve por *La cicatriz* en 2009 y al año siguiente publica *Mentiras capitales*. Colabora

ocasionalmente en prensa, como columnista, y como guionista en la producción de documentales históricos.